

MANRIQUE



C/ GARCIA LESMES, 4

Tfno.: 983 30 69 45

VALLADOLID

DGCL

A



SPM
A

Viaje por las Escuelas
de España.

t. 64503
c. 1187769

LUIS BELLO

Viaje por las Escuelas de España.

El cerco de Madrid. * Viaje a la Sierra.
Por Castilla y León. * Asturias. * El pre-
juicio contra el maestro. * La Sociedad
de Amigos de la Escuela.



MADRID * 1926

MAGISTERIO ESPAÑOL

ES PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS



Tipografía Artística. - Cervantes, 28. - Madrid.



R. 53812

DEDICO ESTE LIBRO
A LA MEMORIA DE MI MALOGRADO HERMANO

FRANCISCO BELLO,

QUE FUÉ

MAESTRO EN LLUMMAYOR

Y PROFESOR DE LA ESCUELA NORMAL DE PALMA

PRÓLOGO

AMIGOS míos y maestros, entre los que cuento ya con buenas amistades, me animan a imprimir en libro la VISITA DE ESCUELAS que apareció en *El Sol*. La resonancia lograda por estos artículos en toda España permite confiar ahora en una acogida favorable. Allá va el libro, pues, sin falsa modestia, como documento inicial de una campaña. He respetado los trabajos tal como salieron, sin enmienda apenas. Podía haberlos pulido y cincelado un poco, pensando en su valor literario, que no estimo, ni mucho menos, tanto como la obra, la acción que con ellos he pretendido realizar. Aquí están pintadas nuestras escuelas tal como las veo, y no por gusto del aguafuerte con tintas sombrías, sino por el propósito de interesar a todos en que acabe de una vez esta gran miseria. Creo haberlo conseguido ya, despertando «un movimiento de opinión». Por ello este libro se hará viejo muy pronto, y yo lo deseo. Mi afán consiste, precisamente, en vivir todavía cuando parezca arcaico e inverosímil este retrato de una época pintoresca, demasiado rica en color. No me resigno a escribir de una manera notarial, sólo para levantar acta, y lucharé con todas mis fuerzas, donde sea preciso, por el Niño, por la Escuela y por el Maestro.

UN SENTIDO A LA VIDA. — «¡Mejorar las escuelas; construir escuelas! — han dicho algunos —. ¡Ese hombre persigue un ideal de cal y canto!» Otros han estimado también demasiado pobre y a ras de tierra esta preocupación por las primeras letras, por la enseñanza elemental: «En la Escuela — insinúan — no estará nunca la cultura.» Si yo pienso de otro modo es porque doy un sentido a la vida, de acuerdo con íntimas convicciones que han ido aclarando y acendrando dentro de mí, los años. Lo primero para mí es el gran bien de la vida, y nuestra mayor riqueza, las cualidades naturales que traemos al nacer. La vida en sí es una maravilla, y en el hecho de tener conciencia de ella encuentro la máxima felicidad. — Doctrina del optimismo que expondré algún día con la «doctrina del Desinterés», como norma de moral a la que yo quiero ajustarme. Pero la conciencia de la vida y el disfrute de este maravilloso bien, así como de las cualidades naturales, no se logra si éstas no se cultivan. Debemos a los niños, tanto como la leche materna, la educación de su inteligencia y de su carácter, bienes que, una vez recibidos, nadie podrá quitarles, y que, por consiguiente, valen más que la riqueza. La suma ignorancia mantiene al hombre en categoría de animal inferior; cierra todo su horizonte, que se le convierte en cárcel o en cercado de reses, donde vegetará, presa de sus instintos. ¿Comprendéis por qué la Escuela es para mí antes que la Universidad? ¿Por qué pienso en los hombres, antes que en los doctores? No quiero que se le robe a nadie el gran bien de su vida íntegra, por nacer pobre o entre los riscos de una sierra o en el último confín de una dehesa boyal.

LA ESCUELA. — Empecé estos artículos con

motivo de la inauguración de una escuelita vasca de barriada en San Julián de Musques, al pie de los montes del hierro. Conociendo desde larga fecha las escuelas rurales del cerco de Madrid, pedí a la capital que hiciera un esfuerzo y acudiera en ayuda de sus pueblos, ya que el Estado, embebido en otras obligaciones, descuidaba la más urgente. «Le vemos distraído — escribí entonces —, como hombre ya maduro que quiere todavía garzonear, y conviene dejarle que desfogue su nueva primavera. Cuando vuelva a casa nos agradecerá que hayamos cuidado su hacienda.» Para despertar interés por la Escuela y para lograr el concurso de esa acción social, yo no podía llevar conmigo uno por uno a todos los vecinos de Madrid a enseñarles los pueblos del Guadarrama y del llano. Escribí mis artículos procurando darles algún color y fuerza gráfica, sin violencia, piadosamente. Este fué el comienzo de la *Visita de Escuelas* que luego, por iniciativa de D. Nicolás María de Urgoiti, en *El Sol*, se extendió a toda España. Por donde he pasado, desde Asturias a Andalucía, he ido viendo que tocaba un problema vivo, una llaga abierta. Quise reducir el esfuerzo, distanciarlo, por grados; y hablé, ante todo, de la Escuela: «Sin embargo, *el local* de la Escuela — me argumentaron en Madrid — no es *la Escuela*; y desde luego, no es la instrucción primaria.» Conformes. Pero yo sé la gran perfidia que envuelve esa verdad de Perogrullo. Ni el local, ni el material, son la Escuela; y, a pesar de ello, a mí me basta entrar en un local para saber si al pueblo le interesa la instrucción de sus hijos, si los quiere y si respeta y estima al maestro. Desde el primer momento comprendí que en esta aparente elevación de ideas, en esta posición de

altura, se emboscaba un enemigo. Así lo expuse, despejando, en defensa del maestro, una «cuestión previa» que se presentaba insidiosamente: «Qué es antes, ¿la Escuela o el maestro?» Para no hacer nada — «por ahora» — y proporcionarse a sí mismos una moratoria en el cumplimiento de su deber, políticos y técnicos oficiales se disculpaban: «Haremos escuelas; pero antes será preciso hacer maestros». Cuando se habla de construir escuelas, la resistencia pasiva, la inercia, la indiferencia organizada y documentada se ampara en la opinión de pedagogos muy ilustres. Sí. Yo conozco también las palabras de D. Manuel Cossío: «Cada profesión tiene sus fetichismos, y el material de enseñanza es el mayor fetiche de los maestros». «Se sueña con monumentos escolares; y yo creo, por el contrario, que el ideal está en acercarse cuanto sea posible a lo que Rousseau decía: *La mejor escuela es la sombra de un árbol.*» Pero conozco, además, el sentido político — pesimista, cauteloso, pragmático — que inspira tan modesto programa. No pedir todo para obtener algo. No ambicionar para no desesperar. Pronunciaba D. Manuel Cossío aquellas frases en Bilbao el año 1905. Allí hay escuelas y material de enseñanza. Otra cosa, no material, era necesaria: el héroe. El maestro-héroe, capaz de entrar en campaña sin carro regimental, con pan y queso en el zurrón. Administradas con malicia tales frases, sin su desarrollo, autorizaban todas las dilaciones. Si esto pensaban los más fervorosos apóstoles de la cultura, bien podían seguir en el mismo estado las escuelas hasta que hubiera una generación de maestros digna de mejor alojamiento. Pero los niños son siempre dignos de las mejores escuelas imaginables. No es preciso esperar otra genera-

ción de niños que merezca salir de los establos, de los antros húmedos y oscuros, de las cámaras frigoríficas. . . Yo estoy seguro de que a Juan Jacobo le costaría mucho trabajo resistir una hora de clase a la sombra de un árbol en Navacerrada para el mes de Enero o en Móstoles hacia el mes de Agosto. La escuela debe ser lugar agradable, templado, limpio, con aire y luz. En los pueblos míseros debe ser el rincón más alegre y hospitalario, y al mismo tiempo, el modelo de una existencia superior. ¡No temáis dar ambiciones a la infancia ni acostumbrarla mal a ciertos hábitos de comodidad, señores técnicos oficiales! El último niño de esas escuelas es tan digno como vosotros de vivir bien, siquiera unas horas, bajo la vigilancia maternal del Estado. El influjo de los primeros años en la vida de un niño tiene fuerza bastante para hacerle más tarde renovar el pueblo.

EL MAESTRO. — He dicho que en esa aparente elevación de ideas pedagógicas acecha un enemigo del maestro. Son muchos sus enemigos. Sobre los que tenía antes, por rutina, entran ahora los ponderadores de los grandes sueldos — que no son grandes y sólo alcanzan a una minoría —. Yo he querido estudiar en estos artículos las primeras causas del prejuicio contra el maestro, y a riesgo de herir su sensibilidad fui a buscarlas en la tradición de la escuela cruel del siglo XVIII, heredera, a su vez, de la tradición del dómine. El orgullo vano del aristócrata sintió contra su pedagogo — que ejercía autoridad sobre él estando a su servicio —, algo parecido a lo que siente la barbarie del pueblo contra su maestro. Ese propósito de mantenerle en servidumbre — sobre todo mientras el Ayuntamiento le pagó o tuvo la obligación de pagarle —

persiste, aun después de la creación y liberación espiritual del magisterio. Pero el maestro es pueblo, sigue siendo pueblo, y cae dentro de la más modesta y democrática jerarquía social. No se admite la idea de verle en un plano superior. Idealmente, podemos imaginar — escribí en otro artículo no recogido en este volumen —, una triple fila de hijos del pueblo mal desbastados todavía. Unos llevan ya los hábitos del seminarista. Serán curas. Otros vienen del reenganche y no hacen sino cambiar de uniforme. Serán guardias civiles. Otros han aprendido en pocos años rígidas nociones elementales. Serán maestros. Pues sólo a estos últimos se les rebaja comparándolos. Al seminarista, salido del pueblo, se le confía cura de almas. Al maestro se le niega facultad y poder para la cura de inteligencias. Y esta asociación de profesiones y destinos en la vida, que parece absurda, es perfectamente exacta, y todo el que conozca la realidad española sabe que no me equivoco si digo que tardará muchos años en desvanecerse. «La soldada de hambre que se le da al maestro, con ser tan mísera, no llega a ganarla.» Esta es una opinión ya clásica — del siglo pasado —, recogida aquí entre hombres de mundo por pedagogos españoles y extranjeros. «Es el primer enemigo de la instrucción primaria»; dicen otros, hablando de la víctima, esto es, del maestro: — Sería preciso borrarlos a todos del escalafón y nombrar personal nuevo. — Sí. Y borrarlos a vosotros también, no del escalafón, sino del mundo de los vivos, en que cómodamente disfrutáis del derecho a la estúpida maledicencia. El maestro puede ser mejor, y lo será, a medida que vaya disponiendo de mejores elementos y encuentre ambiente social más favorable. — Quiero agregar aquí las primeras

frases que escribí antes de esta campaña, en Septiembre de 1915, la fecha de las mil pesetas: «Para aceptar con alegría el sacrificio de consagrarse a la enseñanza por mil pesetas al año — desde entonces la mejora, proporcionalmente, no ha sido muy grande —; para reducir las ambiciones y cumplir cordialmente un deber que redundará en beneficio de la Patria; para ser sin amargura maestro de escuela, hace falta que el pueblo alcance la belleza moral de esa consagración. Sí. Es muy hermoso comprender la propia limitación, aceptarla, no resignados, sino contentos; dedicarse de un modo perdurable a la tarea, que alguien ha de hacer, de roturar inteligencias; pero, ¡por Dios!, que acompañe a la labor del maestro la simpatía y el respeto de todos; que sea, en cada pueblo, como un grano de sal para sazonar el desabrido vivir del aldeano. Y, por encima de esto, que aquí, en Madrid, donde se centralizan el poder y la murmuración, no demos por toda recompensa a su esfuerzo el pago de cotizarlos por bajo de sus mil pesetas. ¿Cómo es la escuela? ¿Cómo es el hogar del maestro? ¿Qué compensaciones de la penuria de sus recursos tiene en la limpieza y comodidad del cuarto en que vive? Si su mesa es pobre, ¿piensa alguien, ni siquiera él mismo, que puede alegrarse con un ramo de flores? Si los ingresos no dejan margen para el ahorro, ¿se siente, al menos, rodeado de esa estimación, de ese cariño efusivo y comunicativo que para la salud del espíritu vale tanto como un tesoro?»

EL NIÑO. — Entre los *Diálogos Latinos*, de Luis Vives, que por hablar de escuelas tengo a la vista en la traducción de Cristóbal Coret, hay uno en que el maestro — de la buena cepa socrática — enseña a un joven caballero aristócrata dónde está la verda-

dera virtud de la cortesía. Aparece en el fondo — muy profundo — un secreto encono, una pugna. Era todavía el tiempo de los grandes señores iletrados: — «Yo no necesito de aprender letras ni ciencias; mis predecesores me han dejado en qué vivir; y si me falta, no lo he de buscar con esas artes tan viles, sino con las armas». Pues en este diálogo, Luis Vives le demuestra al príncipe cómo las cortesías y honras deben hacerse por respeto primero a los demás y no por la reputación o interés de uno mismo. — ¿Quién juzgará que «está obligado por aquello que tú haces por ti mismo, no por él?» — Con este criterio debemos juzgar cuantos esfuerzos y sacrificios hagamos por la instrucción del pueblo. No es ya la razón egoísta del mejoramiento del país, ni aun la consideración más alta del progreso de la Humanidad. Es que en un Estado bien regido el pobre tiene tanto derecho a la instrucción como el rico. Se le debe la escuela. No es cortesía, honra ni merced que le hacemos. Y escribo esta consideración sin olvidar el gran negocio que hace un pueblo invirtiendo el dinero de su presupuesto en el gasto más reproductivo: el de roturar tierras nuevas, alzar levadas entre una mocedad no fatigada. En este libro aparecerá con mayor relieve la preocupación más modesta: el local de la escuela. En el fondo, no necesito decir que hay otras. Tampoco me conformo con la primera labor de desbroce, ni me dejo engañar por esa trampa burda escondida en la lucha contra el analfabetismo. Yo he procurado huir siempre de la palabra *analfabetismo*. Si tratan de eso las grandes campañas culturales, confieso que no me interesan. No basta enseñar a leer y a escribir, con las cuatro reglas. Cazar a un chico, enseñarle todo eso y devolverlo otra vez al campo,

es como someterle a una circuncisión o llevarle al herradero, donde le pongan el sello que dice *Sí*, en respuesta a la pregunta clásica: «¿Sabe leer y escribir?» Viven en plena miseria cultural muchos que llevan el hierro que dice *Sí*. La escuela debe aspirar a más. Carducci presentaba ya las desventajas de la vida para quien sólo posee conocimientos tan sumarios. «De jóvenes sabrán mostrarse discretos calígrafos escribiendo a la novia; de viejos podrán leer un periódico que les hable de política o algún mal novelón.» Y no era Carducci de los que creen que al pueblo le bastan, como decía su Ferdinando, las tres efes: *Farina, Festa e Forca*; o en la versión más dura de la misma idea que dió Fóscolo, las tres aes latinas; *Ara, Aratrum, Arbol patibulari*. La enseñanza primaria no es suficiente; pero sin ella no se llega a la otra. En la primera enseñanza va la iniciación de todo, y cuando se le encamina bien, de los cuatro a los catorce años puede llegar el niño a adquirir una preparación sólida para la vida. Es difícil que vuelva atrás un joven inteligente y que se hunda en la ignorancia absoluta, aunque se halle reducido a vivir en una aldea. Antes procurará hacer la aldea a su nueva medida y transformarla, con ayuda de una generación tan culta como él. — Aspiración modesta, ideal de vuelo corto; lo declaro sin ningún rubor; pero con esto me conformo. . . Vuelen otros más alto. Yo voy a trabajar porque los niños españoles tengan buenas escuelas. Hay que salir de Madrid. España es tan hermosa, que al recorrerla de pueblo en pueblo estoy seguro de no perder el viaje.

L. B.

EL CERCO DE MADRID

LA ESCUELA DE UN LUGAR

SE quedaron atascados en un remanso estos pobres lugares. Cuanto más rápida la corriente, ellos más quietos. Quiero advertir a mis amigos de que debemos ir a darles remolque, y alguno me pregunta: — ¿Usted conoce bien el problema pedagógico? — Yo no conozco bien nada y mucho menos el problema pedagógico. He sido alumno, discípulo, chico de la escuela. Nada más. Mi pedagogía apenas tiene puntos de vista que no sean accesibles a cualquier muchacho. Por eso, sin propósito de intercalar aquí, con abuso de confianza, unos párrafos autobiográficos, sino sólo a título de experiencia, recordaré, rápidamente, la escuela de un lugar. Antes había ido yo a la escuela en Luarca. Pero de este puertecito cantábrico no me acuerdo. Una habitación oscura que olía a vacas y a paja húmeda, y en la puerta, una doble fila de zuecos que dejábamos al entrar. Veo vagamente a los chicos persiguiendo a las chicas, y siento el calor de la mano que me sacaba de allí. Después, un colegio madrileño: Aulas enormes, largos corredores, con ladrillos rotos que suenan al pisar. Una fuente de latón

clavada en la pared, con agua que sabe a hojalata y a barniz. ¡Y los pies siempre fríos! . . . Claro que en Luarca, tierra de indianos, y en Madrid, ya hay otras cosas. No en balde ha pasado cerca de medio siglo.

Pero esta escuela de lugar, a seis leguas de la corte, donde al abecedario le llamábamos «el Cris-tus», y donde el señor maestro usaba palmeta, ha tenido suerte entre mis recuerdos de infancia. Siempre la he visto poetizada, transfigurada, con cierto encanto veraniego, como paso obligado para las escapatorias por las arboledas. Todavía estoy contemplando el nido de perdiz que guardaba Trompico, el albañil, bajo la tabla del pupitre: un nido con crías. . . Y le miro salir al maestro con sus gafas negras y su gorro de lana, por la puertecilla del jardín. Pues bien: no hace mucho tiempo, con motivo o pretexto de unas elecciones, he vuelto a la escuela del lugar. Allí no había tal jardín ni pudo haberlo nunca. ¿De dónde habré sacado yo ese jardín? No podía salir D. Juan, limpiándose sus gafas con el pañuelo azul, por donde yo imaginaba, porque no había puerta. Los pupitres no son de tapa. En aquel rectángulo, las cuatro paredes desnudas, con sólo unos cuantos cartones del silabario, os clavan la impresión más fría y más seca que pueden dar cuatro paredes. Es preciso ampliar el mundo inhabitable con un concepto más. Sobre la cárcel, el hospital, el cuartel, pongamos ahora la escuela del pueblo. . . Mi fantasía, siempre optimista y generosa, se empeñó en ver aquella desolación de otra manera. Se había olvidado de que arriba está el Ayuntamiento y de que puerta con puerta hay otro cuarto oscuro y húmedo, el calabozo, mejor dicho: la Cárcel Municipal.

Sí. Esa es la escuela. La verdadera impresión vuelve, y recuerdo, en efecto, que allí estaban los presos — casi siempre venían conducidos por carretera —, y muchas veces los oíamos jurar. Cantábamos más fuerte que ellos el silabario, la tabla de multiplicar y el credo. Por fortuna, D. Juan tenía muy pocos bríos para manejar la palmeta; pero sólo el verla sobre el papel rayado de hacer palotes me indignaba. ¡Qué ocasión para llevársela y quemarla si la encontráramos allí! Busqué entre las carpetas. Miré debajo de la mesa, donde solía esconderla aquel santo varón. No estaba. He aquí una posible diferencia entre ayer y hoy.

Mesitas rotas, bancos cojos y llenos de muescas — de navaja —, tinteros mellados, polvo, manchas de humedad en el suelo y en los zócalos. . . No es amable ni grata la escuela de hoy. Entonces le llevábamos a D. Juan dos cuartos, cada niño, todos los sábados. Cobraba, además, sus buenos seiscientos reales al año, que el pueblo le daba por reparto entre los vecinos. El D. Juan de ahora cobra las mil pesetas anuales. Otra diferencia; no sé en favor de cuál. Pero el resto no ha cambiado nada en cuarenta años. Como el espectáculo removía raicillas sentimentales tan hondas, tan lejanas, ofrecí a los señores del Concejo, en nombre de nuestro candidato, ya que no otra cosa, por lo menos un auxilio a la escuela en material de enseñanza. Y volvimos al «auto» para salir a la carretera. No habíamos llegado a las cruces del Calvario cuando desembocaron corriendo por una calleja varios amigos nuestros, con el sacristán y con el señor cura. Querían decirnos adiós otra vez.

—Y, oigan ustedes. . . De material de escuela no necesitan mandar nada. Nos arreglaremos con

lo que hay. Mejor es que vayan a Gracia y Justicia y reparen la torre de la iglesia que se está cayendo.

Se cae la torre. Se cae el pueblo, casa por casa, y no lo levantan. Estos lugares próximos a Madrid, al ser absorbidos desde lejos, pierden el equilibrio. Es preciso ampararlos, reforzarlos, asegurar en ellos el resorte moral. Algo trágico les ocurre y nadie se ha detenido a estudiarlo, como si no nos importara ver de qué modo va convirtiéndose en osario la tierra llana que nos rodea. Un paseo no muy largo; una hora — media — de automóvil, basta para comprobar esa ruina lenta. Y si queremos testimonios escritos basta comparar los datos de la Guía de 1925 con el Madoz de 1845. En ochenta años hay pueblos que han perdido la mitad de su población. Otros se conservan igual. Muy pocos la han aumentado.

Y menor aún es el número de lugares que tienen mejor servida hoy la instrucción primaria que en 1845. Una escuela de niños y otra de niñas. A veces un solo maestro o una sola maestra en escuela común para niños y niñas. A veces era el párroco o el secretario del Ayuntamiento quien desempeñaba ese servicio. El maestro cobraba con trabajo su mísera pensión. Salía ésta de bienes de propios, o era producto de un terrazgo, y el maestro de Fresno de Torote enseñaba a cuatro o seis alumnos «por seis fanegas de trigo que le da el señor del pueblo todos los años». Esto era a principios del XIX. Pero en ese lugar no hay ahora más que una maestra.

Pueblos fuertes y ricos — aunque inmovilizados — siguen con una escuela de niños y otra de niñas para mil quinientos o dos mil vecinos. Hay en Campo Real — por ejemplo —, cerca de Arganda,

automóvil diario a Madrid, café, «bar», cuatro modistas, once tabernas, cinco comerciantes de tejidos, veintiocho cosecheros de vino. . . Y un maestro y una maestra. Este es el caso del pueblo floreciente que no ha pensado nunca sino en el progreso de su vida material, sin duda porque cualquiera otra aspiración la orienta hacia Madrid. Y ¿cómo son esas escuelas? ¿Cómo vive el maestro? ¿De qué medios dispone para la enseñanza?

II

UNA ESCUELA EN DOMINGO

VAMOS a recalar en cualquiera de esos lugares que tienen puesto cerco a Madrid, y con su muda presencia están gritándole desde sus torres sin cigüeñas — sin tradición —: «¡Así fuiste tül ¡Así volverás a ser cuando te abandones!» Esta tierra, este pardo sayal tendido a los pies del Guadarrama, rinde con muy poco esfuerzo trigo y avena. Entregada a su propio genio, pronto la veremos florecer, y nacerán, espontáneas, amapolas silvestres y pueblecitos como Fuencarral y Alcobendas. Vamos a ir a Alcobendas en domingo a ver la escuela, aunque la encontremos vacía.

Alcobendas adelanta hacia Madrid un camino bucólico, con su puente sobre una rambla siempre seca, su alameda — que, sin duda, se ha sorbido la rambla — y una fuente donde beben los bueyes. La entrada del pueblo se abre en semicírculo estratégico, y como domina la carretera, se ve que con cuatro fusiles podría defenderse muy bien en una guerra con Fuencarral. En cambio, del otro lado, San Sebastián de los Reyes tiene la posición dominante. Pero Alcobendas es pueblo tranquilo. A los franceses que vinieron con Angulema les interesaron las viñas, y, sobre todo, el moscatel. Allí estu-

vo, en esa misma plaza del Ayuntamiento, el cuartel general. Quizá en este zaguán por donde ahora entramos en busca del maestro tenía su guardia el príncipe generalísimo, y en lo que hoy es escuela quedó acordada la Regencia del Infantado, con don Francisco Tadeo Calomarde. — La Historia se nos enreda a los madrileños a los pies en cuanto salimos de casa. — Pero ¿dónde está ya el duque de Angulema? Una vez dentro de Alcobendas, ¿dónde está ya Madrid? Todo en este pueblo es suyo, típico y genuino. Es el pueblo aborigen, sin enlace ni influjo, aunque venda gasolina y perturben su siesta las bocinas de los automóviles. A diecisiete kilómetros de la Puerta del Sol; y sin embargo, impenetrable, inconvencible...

Hemos venido a ver la escuela. Atravesando unos patizuelos nos asomamos a la clase de las niñas, que tiene hoy cerradas las ventanas y duerme pesadamente un triste sueño de párvulo exangüe y enfermo. La escuela se fatiga también, como los muchachos y como sus maestros. Llegamos, por sorpresa, a interrumpir su descanso dominical; y al tocar una puerta oímos como un quejido. Respetemos su sueño. Es simpática la escolita de niñas de Alcobendas. Salimos casi de puntillas.

Pero llega el maestro del pueblo, y, amablemente, nos informa, comenzando por abrir su aula. Es despejada, alta de techo y muy capaz para treinta o treinta y cinco alumnos. Unos bancos relativamente nuevos — son de fines del siglo pasado —. Y otros donde aprendieron a escribir los niños que vieron entrar al duque de Angulema... Está cuidada. La han limpiado cuanto puede limpiarse una escuela vieja; del mismo modo que se pasa y repasa el cepillo a una americana demasiado usada. Qui-

zá el lustre sea peor que el polvo. Tiene el mismo aire triste, cansino, de la escuela de niñas, y no despierta — esta es la rigurosa verdad — sino ideas humildes y míseras, acomodadas al pobre ambiente que flota como un vaho melancólico entre las cuatro paredes. Amplia y despejada, como digo, para treinta o cuarenta niños. ¡Pero van ciento veinticinco! La matrícula llega a ciento cincuenta, cifra que nunca se completa en la clase, por fortuna para D. Emilio y para los muchachos. Estos primeros meses de Octubre a Diciembre, faltan muchos. Luego, en primavera, cuando ya pueden ir a trabajos del campo, también se reduce el número. Pero de Enero a Marzo son ciento veinticinco niños los que acuden a la escuela.

— Y ¿cómo se les instala? ¿Dónde?

— ¿Dónde? Aquí. Los que pueden se sientan y los que no, se quedan de pie. Ya tengo dicho más de una vez a los inspectores que esto no es una escuela, sino un encerradero. Como nos ahogamos, necesito abrir las ventanas, todas, de par en par. Así estamos en pleno invierno.

A la entrada del aula, en un rincón, cuatro tablitas que no levantan veinte centímetros del suelo marcan el sitio de los párvulos. Están al pie de una ventana y detrás de la puerta. Se criarán fuertes, no hay duda. Si salen, si se logran, es que son de hierro.

Y ¿cómo puede enseñar un solo maestro a ciento veinticinco alumnos? Este es un problema difícil a primera vista, y sin embargo, la realidad lo resuelve de plano. Los enseña a leer y a escribir, las cuatro reglas y algunas cosas más; pero nadie puede exigirle que haga milagros.

Ya está en pocas palabras trazado el cuadro de

la escuela de Alcobendas. El pueblo es grande. Tiene más de mil trescientos habitantes. Los chicos van a la misma clase y oyen las mismas cosas desde los cinco a los catorce años: porque al maestro pocas veces le queda tiempo para graduar la enseñanza. ¡Nueve años de encerradero! Encerradero de ganado, que esto quiere decir la terrible frase. Si sus padres necesitan ayuda, ellos mismos, por huir de la escuela, se prestan a ganar un jornal o a cuidar de sus hermanos mientras la madre lava en el río y el padre sale al campo. ¡Antes coger cardillos que aguantar tres horas por la mañana y tres por la tarde amontonado entre un centenar de víctimas que se aburren como él y que aguardan el momento de salir como una liberación! El interés de la familia — el pobre y vil interés de cada día — está en sacarlo de allí cuanto antes. Pero si el niño se encontrara satisfecho y la instrucción fuera lo que debe ser: una gimnasia de todas las aptitudes, él mismo se negaría a salir y a cortar sus estudios.

Piensen por un momento los que relegan esta cuestión de las escuelas al plano más subalterno que el azar les hubiera hecho iniciarse a la vida en nuestra escolita de Alcobendas. Quizá los más inteligentes sean los más rebeldes contra los malos métodos, y por no adaptarse, por no aceptar la tortura del encerradero, hubieran podido quedarse sin la enseñanza elemental. Vendremos en invierno. Acaso para entonces se hayan dado cuenta los vecinos de Alcobendas de que eso que pasa ante sus ojos todos los días es peor que un abandono: es un crimen que se comete con sus hijos.

III

LA ESCUELA VIEJA DE PARLA Y LAS NUEVAS DE EL ÁLAMO

SEAMOS justos! ¡Digamos toda la verdad! Al salir de Madrid por cualquiera de esas temibles cintas polvorientas tendidas hacia el Sur, lo que nos ofende no lo puso el campo — aunque para insultarle le llamemos «estepa» —, sino el mismo Madrid. Madrid convierte las tierras circundantes en escombrera, en estercolero. Ellas solas, pardas hoy, verdes en primavera, doradas luego por las mieses de Agosto, saben presentarse con dignidad. Madrid es quien las degrada y las infama, con todos sus detritus de arrabal miserable. Apenas traspuestos los primeros kilómetros, sólo con llegar a Getafe, limpios los terrenos de cascote, papeles y hojalata, el campo adquiere una expresión sobria que tiene cierto encanto. Muchas huertecitas morunas, cada cual con su noria, su casita y su pequeño regadío, justifican el nombre árabe; y, en suma, ni las tierras ni el pueblo son pobres, sino al contrario. Un poco de desinterés, de efusión y de ambición estética — que no sólo de trigo vive el hombre — no les vendría mal.

Pero esto hemos debido decirlo con mayor oportunidad al llegar a Parla. Es pueblo rico. Tie-

ne más de mil doscientos vecinos. En la plaza de la iglesia había árboles hace años. Un plantío nuevo, que acaso prenda, los ha sustituido. La gente es fuerte, recia; buena raza, si no se empeñaran, desde niños, en ver la vida del más sangriento color rojo. Estos muchachos que siguen alegremente el automóvil y nos guían hasta la escuela, demuestran simpática disposición. ¿Serán menos iracundos y peleones que sus abuelos?

Salen — por de pronto — de la misma aula, y si algo ha cambiado no habrá sido allí dentro, sino en el ambiente de fuera. Con asomarse a la escuelita de D. Angel — el maestro es hoy D. Angel de la Vega — se percibe la continuidad monótona e invariable de los años, que pasan por allí dejando solamente esa pátina de las cosas viejas, pero no venerables, y ese inconfundible olor a moho de los sitios mal ventilados. Porque la escuela de Parla no tiene sino una ventana a la plaza y una puerta trasera que da a cierto corral del que me habían hablado antes de hacer esta visita. Ese corral, en efecto, además de patio de juegos y evacuatorio, sirve de toril durante las fiestas del lugar. Dos burladeros matan los ángulos y permiten asomarse a los chicos, para sus menesteres más urgentes. Por el otro lado del triángulo tiene el toro la salida a la plaza. Pero no es cierto que el chiquero esté dentro de la misma escuela. Está en el corral, donde además hay la boca de una alcantarilla y la reja de un calabozo.

La escuela, ni mejor ni peor que otras, pero estrecha, pobre, triste. . . Tengo razones especiales para mirarla con cariño. En esos banquitos se sentó y en la deslucida tabla de esos pupitres clavó sus codos para llevar la mano a la mejilla y buscar

en el aire las primeras nociones, las primeras ideas, las primeras musarañas, una persona que lloraría hoy de emoción si estuviera a mi lado. No tendrán el maestro, ni el alcalde de Parla, ni el Ayuntamiento en pleno, el amor que yo tengo a este rincón familiar, tan humilde hoy, tan mísero. Por la veneración que guardo a esas memorias, quisiera que un pueblo tan rico, dotado de tantas energías, acabara de una vez con la vergüenza de su escuela-toril. Y le pido un esfuerzo, sabiendo que me oirá, porque conoce el noble impulso y el afecto que inspiran estas líneas. Construir unas escuelas, las mejores escuelas de la provincia, con ayuda de Madrid, no le cuesta a ese pueblo — granero de Castilla — sino la mitad del diezmo de una buena cosecha. Dotarlas bien no será un sacrificio grande, y en cambio el resultado podrán apreciarlo antes de dos generaciones; en esta misma generación que hoy muestra deseo de aprender y no encuentra dónde. Hoy, pasando de cien alumnos el censo escolar, apenas asisten a la escuela una docena. El pueblo comprende que allí falta algo. Por sus propios medios sostiene un colegio de niños y otro de niñas. Esto basta. No hallaré mejor prueba de lo que es la escuela de Parla.

Seguimos a Griñón, pueblo limpio, discreto, trabajador. Luego, por el camino de Navalcarnero, damos en uno de estos grandes paisajes, serenos e intensos, de Castilla. La llanura se ondula para trepar a las primeras estribaciones de la Sierra. Y al volver un ribazo, asoma como un jinete el castillo de Batres. Le acompañan la iglesita del pueblo y cierto extraño caserón negro, fábrica, lagar o refinería de alcohol. Pero desde el castillo, como una gran crencha o un penacho tendido, cae al arroyo

la más soberbia y tupida arboleda. ¡Delicioso paraje, claro y plácido! Ni siquiera es preciso unir el nombre de Garcilaso, señor de Batres, para tener la sensación pura de esta tierra, dulcemente evocadora. Unos pasos más allá, cruzamos el río Guadarrama, entre olivares y viñedos. Pronto llega, con gran aparato estratégico, como si fuera una ciudad, la villa de El Alamo.

Y esto venimos buscando ahora. Nos trae a El Alamo, con el mayor interés y la más cordial afabilidad, el arquitecto D. Antonio Flores, que representa la intervención del Estado en la obra de construcción de escuelas. El Alamo estaba como los demás pueblos. Su Ayuntamiento dió unos terrenos y unos miles de pesetas, y dentro de poco inaugurará las primeras escuelas, al mismo tiempo que pone la primera piedra de otras dos, gemelas de las que hoy construye. Sale el alcalde con el maestro. Ambos satisfechos y llenos de esperanzas. Vuelven a entablar una vieja plática sobre la orientación del edificio. El alcalde preferiría que las ventanas dieran al camino. Al maestro le gustan como están, orientadas al mediodía. — El sol hace falta en la escuela. — Para usted, sí, que es andaluz—. Pero en esta polémica quien tiene razón, aun siendo andaluz, es el maestro; porque aquí el invierno es muy crudo, y en la canícula, que pasa pronto, apenas hay clases.

* * *

Ahora, al aparecer este libro, ya habrán tomado los muchachos posesión de las dos escuelitas limpias y claras. El maestro andaluz disfrutará en ellas el sol, como en su tierra. Pero yo he averigua-

do a quién se debe, verdaderamente, el milagro. El terreno para las escuelas no lo dió el Ayuntamiento. Fueron dos maestritas hermanas nacidas en El Alamo y hoy ausentes, que conservaban como única herencia de sus padres esas pobres tierras y que se desprendieron de ellas por amor al pueblo. Los miles de pesetas estaban en las arcas del Concejo desde el año anterior. Eran parte de la cantidad que había recibido el término como indemnización de los destrozos causados por una tormenta. Y en cuanto al favor oficial que representa la construcción de las escuelas, ha de agradecerlo El Alamo a una criada del primer secretario de Instrucción del Directorio, Sr. García de Leániz. Fué éste a verla con ocasión de hallarse enferma, y de la visita a la vieja sirvienta surgió la escuelita de El Alamo, cuyo origen no deja por eso de ser elocuente y expresivo.

IV

SIN OLVIDARNOS DE NAVALCARNERO

A unos quince kilómetros de París está Sevres, y a otros doce o catorce kilómetros de Madrid está Alcorcón. No todo es porcelana en aquella *banlieu* parisiense, ni todo es puchero de barro en los alrededores madrileños. Pero tiene su trascendencia el maldito prejuicio de uno y otro nombre, y no sirve que nosotros tratemos de salvar a Alcorcón por el matiz. De vuelta de El Alamo, presente aún el grato recuerdo del camino de Bares, yo hubiera querido ver las Ventas de Alcorcón a una luz propicia, pero estaba por delante Navalcarnero.

«Conviene tener presente el caso de Navalcarnero», me habían dicho. ¡No hay que olvidarse de Navalcarnero! Ibamos caminando hacia la villa, y yo no tenía intención de prescindir de Navalcarnero. Extensos llanos de rica tierra laborable, viñedos, algunos olivares; pero, sobre todo, trigos y más trigos, en largos surcos que caminaban con nosotros hasta las mismas tapias del pueblo. ¿Por qué razón en este viaje alrededor de Madrid, visitando escuelas con cierto propósito de apostolado, era conveniente reparar en el caso de Navalcarnero?

Parece que este pueblo, cuyo campanario vemos asomar ya en la recta del camino, es un argumento terrible contra la construcción de escuelas. Algunos lugares, cuando se les habla de construir, se hacen los distraídos. Otros acuden a la magnificencia de los antiguos señores o de cualquier terrateniente millonario. Los hay que se declaran pobres y confían en la generosa colonia veraniega. Los mejores ofrecen el solar, la prestación personal del vecindario para acarreo de materiales y algunas pesetas. Pero Navalcarnero construyó a medias con el Estado unos locales magníficos. Y luego hizo con ellos lo que el viajero que se comprara unas soberbias botas de agua, y, al ponerse en camino, empezara por arrancarles la suela. Las inutilizó. No son de ayer esas escuelas. Son de 1886. Cuando llegó a Navalcarnero, hace tres años, la Comisión de construcción de escuelas, se encontró con un hermoso edificio de dos cuerpos, rodeado de amplios jardines, con buenas luces e inmejorable ventilación. Pero ¡en qué estado! Las grandes salas estaban divididas por tabiques de tablas. Los jardines, deshechos. En el piso alto, donde tenían habitación los maestros, se ha derruido la techumbre, se hunden las vigas, y siendo inhabitable el local hasta para un maestro, el Ayuntamiento acordó alquilarles otras casas. La Comisión proyectó un plan de edificios escolares contando con los ya existentes, reformados, y construyendo, además, otro pabellón para las escuelas de párvulos. El coste total del proyecto se elevaba a trescientas cincuenta mil pesetas. «Aportaciones que el Ayuntamiento ofrece: *Ninguna*. Esta Comisión se ve en el deber de manifestar — decía la Memoria elevada al Ministerio — que, no obstante la situación preca-

ria a que alude el Ayuntamiento, los días 8 y 9 de Septiembre, por tanto después de hecha nuestra información, se han verificado dos corridas de toros y varias capeas costeadas con fondos municipales.»

Los comisionados tendrían buena intención, pero poca lógica. Corridas y capeas son de éxito invariable. En cambio, si el pueblo deja hundirse las escuelas de 1886, ¿por qué iba a molestarse en arreglarlas y completarlas en 1922? El Ayuntamiento estaba perfectamente seguro de que ese gasto no era necesario.

Ya invadimos las calles de Navalcarnero, pueblo rico en color y en billetes de Banco. Una villa de cinco a seis mil habitantes, animada, pintoresca, más parecida a los pueblos manchegos, incluso a Ciudad Real, que a estos sobrios y escuetos lugares castellanos. La gente circula bulliciosa. Las muchachas visten como en Madrid. Bajamos por el mercado, hacia el edificio de las escuelas; pero me niego terminantemente a visitarlas. Quiero tener derecho a dudar. Es posible que en estos tres años, tan críticos, la escuela se haya rejuvenecido, que las clases estén otra vez nuevas, firme el techo y el piso, y que en los jardines florezcan naranjos, mirtos y laurel, y hasta el árbol de la ciencia del bien y del mal.

V

TRES HORAS EN FUENLABRADA

DE esas tres horas, por lo menos dos las pasé en lucha con el alcalde, el secretario del Ayuntamiento, el del Juzgado Municipal y un número de la Guardia civil. El otro número vigilaba a mi buen amigo D. Luis García Bilbao, que había ido acompañándome y debía sufrir interrogatorio separadamente. ¿Quiénes éramos? ¿A qué íbamos a Fuenlabrada? ¿Por qué buscábamos al maestro de la escuela clausurada de orden gubernativa? ¿Por qué celebramos en su casa una reunión a la que asistía luego Quintín, el presidente de la Asociación de Trabajadores de Fuenlabrada? . . .

El interés de las autoridades de Fuenlabrada en buscar obstinadamente propósitos ocultos a nuestro viaje de veinte minutos demostraba que, en efecto, la situación del pueblo valía la pena de hacerle una visita.

Quiero prescindir de mi fracaso personal como publicista, a pesar de que pocas veces se habrá registrado ejemplo tan aplastante. Un escritor que lleva tantos años en los periódicos, que durante meses venía molestando la atención de los pueblos, hablándoles de sus escuelas, era perfectamente desconocido a tres leguas de la Puerta del Sol. Ca-

rabanchel, Leganés, Fuenlabrada. . . Un paseo. Y las autoridades no tenían la menor noticia de mi campaña, ni siquiera de mi nombre. La vanidad literaria nos ha perdido siempre, y esto me preocupaba más que la perspectiva de pasar aquella noche en la cárcel municipal de Fuenlabrada, hasta que se aclararan nuestras intenciones.

En cambio, donde fracasó la tinta, triunfó la sangre. Todo era inútil. Inútil el «carnet» de ex diputado a Cortes — demasiado «viejo régimen», por desgracia mía, pues databa del año 17, de la Asamblea de Parlamentarios —. Inútiles los papeles, las cartas de maestros que van siguiendo con interés estos artículos. Inútil toda explicación. El propósito era bien claro: sentarnos la mano. Por eso la pregunta más repetida era la siguiente:

— ¿Quién responde de usted?

Entonces me acordé de mi tío Manuel. Don Manuel Pérez era un magistrado integérrimo, honra de Fuenlabrada, pariente y compañero de mi padre. Había muerto hace años; pero este conocimiento y el de su familia bastaban para probar que yo no soy del número de esas pobres gentes que no han nacido en ninguna parte.

— ¿Don Manuel. . . Don Manuel. . .? Querrá usted decir *don Manolito*.

— Don Manuel le llamábamos en Palma de Mallorca, para mayor respeto.

— ¿Y por qué no ha empezado usted por ahí? Siendo pariente de don Manolito ha debido usted decirnoslo antes.

Tenía razón el secretario. También tenía razón el alcalde de Fuenlabrada al suponer que un diputado del año 17 puede muy bien ser criminal el año 25. Ellos no están obligados a leer periódicos,

ni a creer en el valor probatorio de treinta o cuarenta cartas dirigidas a una misma persona, y varios recortes de Prensa de toda España como garantía de una firma. Doy, por consiguiente, toda clase de disculpas a Luis García Bilbao por haberle expuesto a dormir en un calabozo en vez de llevarle a visitar unas escuelas, y quizá a mayores riesgos que, en realidad, no he conjurado yo, sino la buena memoria de mi tío don Manolito. Pero si yo cometí el error de creerme en mi tierra dentro de Fuenlabrada, el alcalde y el secretario se equivocan también suponiendo que el pueblo es suyo y que sólo les interesa a ellos cuanto allí ocurre. A lo mejor es un forastero quien comprende mejor los verdaderos intereses del lugar y quien juzga más acertadamente las luchas sociales que con el ímpetu propio de pueblos primitivos vienen entablándose desde hace años a las puertas de Madrid.

Incidente de esta contienda, agria y enconada, es la clausura de una escuela fundada por la organización socialista del pueblo para los hijos de los obreros. Cantaban la Internacional hijos de obreros, como la cantan por la calle de Alcalá en 1.º de Mayo millares de trabajadores. Otras causas debían motivar el cierre, y eso íbamos indagando, con simpatía por todo esfuerzo cultural, precisamente por venir de las clases más pobres. ¿Quién podría informarnos mejor que el mismo maestro? Para buscarlo habíamos corrido, de un cabo a otro, todo el lugar. Fuenlabrada es pueblo rico, de aspecto agradable. Sus casas bajas, de líneas amplias y pocos huecos, a la castellana, lucen su enjalbegado reciente. La cal, nueva, les hace parecer andaluzas, y sus zaguanes anchos, sus corralizas, miran hacia la Sagra. Tiene ya luz eléctrica y aceras en las calles. Poco

más; un avance fuerte: pavimento, alcantarillado, agua corriente, tiendecitas limpias — es decir: urbanización —, y Fuenlabrada sería un pueblecito delicioso, atractivo y plácido. Por la nota oficiosa y por un comentario de Castrovido — a quien agradezco la simpática referencia —, íbamos buscando la escuela de D. Quintín Escolar. Pero Quintín es el presidente de la Agrupación Societaria y no el maestro. El maestro se llama D. Rafael de Paredes. Cuando dimos con él — debería describir, si hubiera tiempo, la casa de la Antolina, donde se hospeda: la cama de hierro, el cofre y el brasero de tarima, las estampas de principios del XIX, en sus marcos planos, tradicionales; la ventanuca, tras cuyo cristal se asoman, de un salto, las greñas y los ojos fisgones de un muchacho —; cuando dimos con él, don Rafael se disponía a salir. Es hombre joven. Se educó en Barcelona, pero lleva mucho tiempo en Castilla; primero en Borox, pueblecito toledano de donde procede su familia; luego, como maestro, en Aranjuez. Trató de ir a Marruecos y se matriculó en un curso de Estudios árabes. Tipo de luchador; nada vulgar, levantino, enérgico, dotado de gran movilidad.

Quintín Escolar, que apareció después, es un hombre del campo. Admirable ejemplar de esta raza de hombres enjutos, de rostro noble, de ademanes severos y lentos, que no necesitan muchas letras ni tampoco muchas palabras para hacerse entender. Él nos refirió cómo se había fundado la escuela, obra de la Asociación de Trabajadores, que pertenece a la S. G. de T., y tiene más bien un carácter societario, con su cooperativa, sus socorros y su asistencia médica. Los jornaleros del campo han ganado terreno desde el año 17. Se ha roto la

vieja tradición. No son como antes sus relaciones con los propietarios. Creyeron que sus hijos estarían mejor en escuelas independientes, y llamaron primero a un viejo maestro retirado, y luego a don Rafael de Paredes, persona culta, abogado y muy celoso en los deberes de su cargo y en los fueros de su libertad. La Internacional, la Marsellesa de la Paz, la canción de la Fiesta del Trabajo, quizá el canto de la *Commune*...

Esto es lo que ha promovido desconfianza, por tratarse de un maestro letrado, capaz de sostener con mayores medios la defensa de la Asociación de Trabajadores de Fuenlabrada. En el fondo, es la resistencia a soportar ninguna fuerza contra el poder tradicional. Pero ¿es posible que a dieciocho kilómetros de Madrid deje de aparecer la lucha social en condiciones poco más o menos iguales a las de los otros pueblos? En todas partes se manifiestan ordenadamente dentro de la ley, no ya las Sociedades de trabajadores, sino las Agrupaciones Socialistas. ¡Pero Fuenlabrada resiste! Se obstina en atenerse a sus buenas prácticas. Juzga que hay un peligro en el progreso de las nuevas tendencias.

Y esto hubiéramos llegado a estudiar de no impedirnoslo inoportunamente la vara del señor alcalde.

VI

ANTÍTESIS. OTROS DOS LUGARES

UNO es Móstoles, pueblo rico, sanguíneo. El otro es Hortaleza, que, pese al garnacho, al moscatel y a los paúles, va dejándose morir de anemia. No caben en el mismo viaje; y si aparecen aquí juntos, no es tanto por antítesis como por demostrar de cuántas maneras distintas pueden ofrecérsenos las cosas sin dejar de ser las mismas. Hortaleza: calles en cuesta, grandes relejes y baches empecinados; casas macilentas, que se deshacen. . . En la plaza, sobre un barranco, la Casa Ayuntamiento; la escuela, fría y pobre, esquema de una escuela para gentes que se conforman con poco. Un lado de esa plaza, tan irregular, lo cierran las tapias de otro caserón derruido. Y en lo alto, a la vuelta de la iglesia, con su torre, que podría ser mudéjar, la salida del pueblo, que mira al camposanto.

A nuestros amigos, pintores en Madrid, les falta para ser artistas el gusto de los caminos extraviados. Porque si llegaran a asomarse con nosotros a las afueras de este lugar, verían aparecer como una isla maravillosa, en la espuma de una ola de tierra parda, la emoción pura que debe dar un camposanto. Tapias bajas; en la proa de ese islote

flotante, la capilla, con su cuerpo superior formando arco abierto, como un gran bostezo, como una mirada negra que sigue la veredita del ribazo y llega hasta la aldea. Hay cipreses, naturalmente. Pero hoy no es el ciprés el árbol tutelar del camposanto de Hortaleza, sino el esqueleto de un olmo, podado o muerto, con sus muñones implorantes que claman al cielo, blancos a la luz nacarada de este crepúsculo invernal. Blanco de hueso y no de árbol. Un olmo, sólo. Y luego todo el vastísimo oleaje de la tierra cenicienta, hasta los montes, dibujados a esta hora con la más suave estilización de estampa japonesa.

«Pero usted ha ido a Hortaleza para ver la escuela», me dirá algún lector. Cierto. Yo hablaría de la escuela de Hortaleza, como de otras, si allí fuera problema. No es así; lo que interesa en el lugar es el cementerio. Tratan de ensancharlo o de construir otro nuevo; y así veo planteada la gran cuestión en términos incompatibles: ¡O la escuela, o el cementerio! No pueden ser las dos cosas a un tiempo. Comprendo bien la angustia de ese olmo bárbaramente mutilado. Las tapias del camposanto le han visto nacer. Le costará trabajo vivir más que ellas.

Además, el maestro ha sido hasta hace poco alcalde. Ha ejercido autoridad, y es de suponer que habrá hecho por su escuela todo lo posible. En Hortaleza está afincado una primera figura de nuestro mundillo teatral: D. Carlos Arniches. Si las calles se han arreglado un poco, ha sido gracias a la generosidad y al trimestre de Arniches, que es en Hortaleza el único héroe, como en Móstoles el alcalde. Salgamos, pues, de este lugar por el camino que siguieron el año treinta y tantos las turbas madrile-

ñas arrastrando el cadáver del general Quesada, y busquemos la antítesis, otra vez por el camino de Extremadura hacia Móstoles y Navalcarnero.

En Móstoles hay plétora de vida sana y fuerte. Pueblo agrícola, de los que podrían llamarse carniceros, si hubiera otros herbívoros. Calles limpias, cuidadas, con un principio de urbanización, dentro de la tradición de esta Castilla baja que se confunde con la Mancha alta. Una reja; una puerta; una traza discreta, sobria y amplia, desde el zócalo hasta el tejadillo, en las casas humildes. Es agradable la escala de unas horas en este lugar de nombre histórico. Sus escuelas son relativamente modernas, y podrían reformarlas y mejorarlas convirtiéndolas en graduadas. Hay casas de labor que siguen la buena escuela clásica y cosechan como en el año 40: «trigo, cebada, algarrobas, habas, guisantes, algo de vino, poco aceite y hortalizas de todas clases.» Centro Benéfico Agrícola, Sindicato Agrícola. . .

Un misterio hay en Móstoles que todavía no he acertado a explicarme. En el año de 1847, cuando Madoz recogía por esos pueblos los datos para su Diccionario Geográfico, habitaban en Móstoles mil quinientas cincuenta almas. La última Guía acusa una población de mil quinientas cincuenta y nueve personas. Ochenta años han traído a lugar tan rico y tan próspero un aumento de nueve habitantes. En un siglo habrá ganado diez, acaso doce; velocidad que no es precisamente la de las grandes ciudades americanas. ¿Por qué razón? ¿Qué género de malthusianismo podría dar la clave de este hecho tan extraño? La tierra es fértil, la raza prolífica. ¿Dónde va su energía? Los muchachos de Móstoles no emigran a América ni a Argelia. Queda sólo Madrid.

Si hay emigración es a Madrid donde se dirigen.

Esta es la observación de carácter general adonde yo quería llegar. Móstoles sigue poniendo hoy dentro del término de su Concejo el mismo esfuerzo que en 1840. La tierra da para mil quinientos hombres y mujeres que se acomodan a vivir como sus abuelos, y el exceso de población viene a Madrid. No han aumentado apenas las necesidades urbanas ni las espirituales. Un pueblo grande, igual a sí mismo, serio, formal, que se limita a lo estrictamente indispensable para no perder pie, que no ambiciona ni pretende sacar al agro de arcilla y arena, sino el trigo, la cebada, la algarroba, el vino y el poco aceite que cosechaba ya en 1808.

VII

DE LUMPIAQUE A VICÁLVARO

PERDÓNEME el lector impaciente si le disgusto hablando todavía de una escuela y de un maestro. Mi insistencia aspira a conseguir lo que esos dolores sordos que deseamos olvidar como si no existieran, y, al fin, nos vencen y nos obligan a pensar en ellos, y aun a paladearlos. Este maestro de Vicálvaro es aragonés, nacido en Cinco Villas. En la manera de quitársele la gorra los chicos que vamos encontrando por la calle comprendo que el señor maestro sabe muy bien cuánto vale la autoridad. De Cinco Villas, y antes de venir a la provincia de Madrid, maestro nacional en Lumpiaque. Es joven; tiene un montón de chicos; todos con acento aragonés y los colores de Lumpiaque en la cara.

Cuando supo, hace pocos meses, que venía a cinco kilómetros de Madrid, el maestro de Lumpiaque vió el cielo abierto. Como sabe Historia de España, Vicálvaro tenía para él cierto prestigio cívico, e imaginaba que el pueblo había de corresponder a la categoría de un nombre tan sonado. En Lumpiaque lo trataban muy bien. Los muchachos y sus familias, un poco bruscas, pero en el fondo buenas gentes, le querían y le respetaban. Con todo el entusiasmo de un maestro nuevo, recién salido

de la Normal, se había dedicado en cuerpo y alma a la escuela. La escuela era todo el pueblo; no sólo el local que le daba el Ayuntamiento. Quiso demostrarlo con hechos. Fundó un periódico titulado *La Escuela*, que, sin duda, habrá sido el primer periódico de Lumpiaque, y cuya curiosa colección ofreceré a su tiempo a nuestra Hemeroteca. Estableció una biblioteca escolar, y solicitó una parcela de tierra para que los niños hicieran experiencias de cultivos. «Hay que trabajar con fe — decía un colaborador del periódico, «hijo del pueblo» —; así llegaréis a ser hombres de provecho y demostraréis a las gentes de los pueblos vecinos que ya han muerto los *tontos de Lumpiaque*, y que a su maestro, D. Mariano Moliner, en cuestiones de enseñanza no le *amanece templando*, sino que sabe tañer con mucho arte la vihuela de la Pedagogía. . . » Lumpiaque es popular, en efecto, por una frase que no basta para caracterizarlo, como Calatorao. Pero no está muy lejos de Monzalbarba, primer pueblo de España que hizo un motín pidiendo escuelas.

Se alegró, a pesar de todo, el maestro de Lumpiaque, viéndose ya tan cerca de Madrid, en mejor camino para sus ambiciones, y entró en Vicálvaro como si fuera el preliminar de otra entrada triunfal. Recuérdese que D. Antonio Cánovas fué también maestro, y que O'Donnell lo esperó en Vicálvaro para lanzar su manifiesto de Manzanares. Tomó, pues, posesión de la escuela y se dispuso a trabajar.

Pero yo he subido la escalerita empinada de la escuela de niños, y he sentido, al entrar en ella, la gran desolación de las cosas malogradas por abandono y por falta de voluntad. Es necesaria un alma testaruda, de Cinco Villas por lo menos, para se-

guir trabajando con el mismo entusiasmo en aquella habitación sórdida, amueblada miserablemente, donde bancos, mesas, pizarras, armarios, carteles y libros están pregonando la pobreza y el descuido de muchos años. El campo es rico. Los surcos se extienden con la misma sobriedad de línea y de color que reina en todo el paisaje del contorno madrileño. No hay que buscar la fortuna en las canteras de yeso negro y de pedernal fina, porque el cultivo puede bastarle al pueblo para vivir; sin embargo, hay industria, aunque muy verde aún. Las casas, como en Fuenlabrada y en Parla, no revelan miseria. Es la escuela, especial y singularmente la escuela, por fatalidad y por desidia que nadie acertará a explicarse, lo que demuestra mayor cansancio en esta raza al parecer tan enérgica.

A cansancio lo atribuyo y no a incapacidad. Cuando se hizo la escuela eligieron el mejor sitio del pueblo, y quizá la casa mejor. Abrieron una gran sala con dos crujías y dejaron a la espalda un patizuelo o corral que podía servir de campo de juegos. La gran sala está hoy reducida a poco más de la mitad, para hacer sitio a la vivienda del maestro. Del corral falta, no la mitad, sino tres cuartas partes, por atender no sé qué servidumbre. Y a ese corral, lleno de pedruscos y cascotes, da acceso la escalera-modelo, la escalera-tipo, la escalera sintética, que yo quisiera describir aquí para evitarme la descripción de muchas escuelas, pues ella sola basta a condensar todo el espíritu de una Pedagogía. Esta escalera, alta, de cuatro o cinco metros. está hecha de cemento, que con el sol de Agosto se agrieta; y para defender los escalones se les protege con aristas de hierro. El cemento se tuerce, sin llegar a caer, y los flejes de hierro se sostienen

bien. Pero no hay barandilla. Un pasamanos provisional, de madera, se rompió hace años, y los niños tienen que bajar y subir como albañiles en la obra: pies ágiles y cabeza firme. Bajar y subir, ¿para qué? Arriba está el retrete, sin agua — no hay agua en la mayoría de estas escuelas —; abajo, el *Kinder-garten* carpetovetónico, para cachorros de león. Poco espacio, pero todo él incómodo y hostil; rodeado de tapias de adobes y tejas pardas, sobre las que culmina un solo ciprés, pardo también: la torre de la iglesia. Cabeza firme necesitan, no ya los niños condenados a usar de esa escalera, sino los grandes que pueden mirarla sin imaginar una desgracia. Yo envidio a esas gentes felices que van por el mundo sin la carga molesta de la imaginación.

Al ver su escuela y al tomar posesión de todos sus dominios anejos, el maestro nuevo de Vicálvaro ha tenido una gran desilusión, invencible para cualquiera, aunque no para él. ¿Será posible aquí el periódico de Lumpiaque? ¿Le atenderían los padres y las autoridades, por lo menos como en Lumpiaque? Cuando se deja llevar de su buen deseo, cree que sí. Cuando mira a la escalera del corral, le parece que no.

VIII

HISTORIA DE UNA CARRETERA

LA historia de esta carretera, en buena lógica, puede desbaratarse con una objeción: No está construída aún. No existe. ¿Cómo vamos a escribir la historia de una cosa que, no existiendo, no puede tener historia? Pero existe el proyecto, y también la esperanza de verlo realizado algún día. Cabe, por consiguiente, historiarla como si anduviéramos ya por ella, y, en tal caso, proyecto y esperanzas deben ser referidos en un primer libro que comprenda la crónica de setenta años. ¡Setenta años hace que fué trazado su diseño en un papell! Todos los carreteros de la comarca han ido, uno por uno, a dar cuenta de sus terribles juramentos al otro barrio. Todos los viejos del pueblo sospechan que el proyecto es más viejo que ellos. ¿Cuántos alcaldes han desfilado por el Concejo? ¿Cuántas cartas han escrito los secretarios del Ayuntamiento? ¿Cuántos viajes a Madrid han hecho los ediles y los notables del lugar?...

Por prudencia, y por obligado respeto, paso por alto el detalle de que esta carretera, en proyecto durante setenta años, no pasa de ser «un ramal». No llega a carretera, ni en el tiempo, ni en el espacio, ni en el expediente. Y para que siga cumpliéndose

dose su triste sino, ni aun ahora que se habla de ella figurará en letras de molde el nombre del pueblo, ni el rótulo del legajo administrativo. Mi propósito no es que el Estado se rinda, por fin, y, harto de hacerse el sordo, construya en cuatro días la carretera, sino todo lo contrario: que el pueblo se canse y desista de pedirle favores al sordo que no quiere oír. Y el argumento — lo advierto de antemano — no va tanto por los pueblos que esperan caminos como por los pueblos que esperan escuelas.

Cuentan los otros lugares del contorno que, cuando se trazó el proyecto del ferrocarril, la vía pasaba en línea recta por el de esta historia, y que si no pasa hoy tienen la culpa unos lechoncillos. Las viejas de por allí dicen que esto no es murmurar, sino hablar de la gente. Había entonces en el pueblo uno de esos alcaldes socarrones que ven crecer la hierba, más sabihondo que Merlín y que Lepe y Lepijo, y, para decir toda la verdad, un poco miserable. Reunió Concejo este buen amigo para comunicar que, habiendo recibido carta de unos ingenieros de Madrid, encargados por el Gobierno de echarles un ferrocarril a campo traviesa, deseaba saber la opinión de los concejales. «¿Hay gastos?» — le preguntaron — . «Gastos hay — contestó — . Dicen que salgamos a esperarlos a la orilla del río, y que como ha llegado a Madrid la fama de los lechoncillos de este pueblo, no estaría mal que asáramos un par y se los tuviéramos dispuestos para el lunes al mediodía. ¿Qué os parece?» «Contestarle que se han *acabao*.» «Eso; les decís a esos hambrones de Madrid que este año todas las marranas de este lugar han *salto machorras*.» «Mejor será *no dir*» — sentenció maliciosamente.

mente el monterilla — . Y, en efecto, llegaron a caballo los ingenieros, trabajaron toda la mañana, esperaron una hora, dos, y cuando se convencieron de que no venían los lechoncillos ni el Concejo, acamparon legua y media más allá, en el término de otro pueblo más hospitalario. Otros opinan que si la línea huye del lugar no fué por unos tristes lechones, sino por antipatía de los marchantes al ferrocarril. Marchantes, trajinantes y arrieros preferían andar a tomar el billete del tren. La feria de Talavera debía acabar, como siempre, llevándose el ganado por el camino real, con las etapas tradicionales y el negocio consiguiente, hasta llegar al Matadero de Madrid.

Los primeros años miraban de reojo las obras del ferrocarril, y cuando empezó a sonar a lo lejos el pitido del tren, todavía tenían humor para reírse. Luego aguantaron las consecuencias del error con bastante dignidad, sin dar su brazo a torcer. Por último, convencidos de que ya recordaban tarde, y que rectificar la línea era imposible, se ilusionaron con una carretera que uniese el pueblo con la estación inmediata.

Y esta es la carretera de mi historia. La resignación del lugar se interrumpe crónicamente una o dos veces cada diez años, para convertirse en entusiasmo. La carretera es indispensable. Es facilísima. Va por terreno llano, sin puentes ni terraplenes. ¿Qué le significa al Estado tan pequeña obra? Durante medio siglo este lugar, por hoy innominado, ha venido movilizándolo a sus hijos más ilustres para ejercer presión sobre la burocracia madrileña. Tuvo algunas influencias valiosas — lo que allí decían «buenas aldabas» — ; pero, en general, es raza independiente, poco afecta al servicio oficial. Nun-

ca entró nadie de ese pueblo en Palacio, como no fuese de albañil o de carpintero. Muchos comerciantes, casi todos republicanos y revolucionarios. Uno fué aquel que despidió a Ruiz Zorrilla entregándole una bolsa llena de oro para el primer pan de la emigración. ¡Cuántos honrados labradores acabaron por venirse a Madrid y dejar que se hundiera su casa! Muchos fueron soldados de la libertad y milicianos nacionales. Otros se limitaban, buenamente, a sacar unos reales en la plaza de la Cebada o en la calle de Toledo. Alguno llegó a concejal en esta villa. Otro, el más digno y el más culto, obtuvo aquí una posición aventajada, por su trabajo y por su pluma; pero nunca supo pedir ni siquiera el camino de la estación de su pueblo. Hasta un ingeniero de caminos fracasó en la empresa. Y un *repórter* de los más sonados. . . Y un diputado periodista. . . La última esperanza, la más fuerte, se la proporcionó al lugar un torero. Pero esto trajo la mayor desilusión. Si no puede darles la carretera un torero de cartel, es que hay en contra algo superior a las fuerzas humanas. Sin duda *está de Dios* que el pueblo se hunda y se muera en un rincón.

Pues bien — aquí entra mi teoría — : imaginemos que los vecinos de ese pueblo, prescindiendo, con gran prudencia, del Estado, hubieran rendido cada cual una hora de trabajo a la semana durante cincuenta años. Que, reunidos los terratenientes — los primeros favorecidos por la carretera —, hubieran acordado abrirle paso. Que por una modestísima derrama hubieran reunido, real a real, céntimo a céntimo, las cantidades adecuadas a la fortuna de los capitalistas del lugar. La carretera estaría hoy, no en la estación inmediata, sino en La Coruña. No habrían solicitado favor. No habrían

mendigado lo que, en realidad, debió acordarles la burocracia sin dilación ni impedimento. ¡Asunto hecho, y a otra cosa!

«¡Lástima de tiempo perdido! — objetarán algunos — . Como hemos desperdiciado esos cincuenta años, ya es tarde para que la acción pública, sin el favor oficial, construya la carretera de ese pueblo y las escuelas que usted pide.» Pero el argumento no tendrá fuerza para quien sepa, como si lo estuviera viendo, que si se le deja solo al Estado otros cincuenta años, ni el pueblo de esa historia tendrá carretera ni habrá buenas escuelas en la provincia de Madrid. Que es lo que tratábamos de lograr.

IX

PEDAGOGÍA DEL RAYO DE SOL

CUENTO para este artículo con un paisaje fino, de gran prestancia histórica y sentimental. Sin embargo, antes de empezarlo, dudo; porque no me parece del todo lícito enmascarar su verdadero objeto con un telón panorámico de campo abierto, entre llano y sierra, un pueblo en la hondonada que va formando el río y un melancólico castillo en lo alto. El pueblo se llama Villaviciosa — Villaviciosa de Odón —; el río es el Guadarrama, y el viejo castillo, con pinares al fondo, reconstruido a fines del siglo XVI por Herrera, fué cárcel de Godoy, y antes había sido refugio para la melancolía de Fernando VI, que murió en su habitación más humilde.

Si yo quisiera justificarme, me bastaría pintar la doble hilera de cipreses encapuchados que salen del castillo en procesión, como si llevaran su cirio de respeto, como si aguardaran un doblar de campanas — que no tardará —, y se hubieran detenido al pie de la fuente de piedra. Esos cipreses disciplinantes y esos tres caños de agua antigua, maciza, inmóvil en su eterno fluír, han visto pasar por la puerta del viejo castillo muchos profanadores. Los

más amables eran los ingenieros de Montes. Llegaron después los carabineros. Por último, los niños del hospicio. Quizá tengan ahora encima otra amenaza más dura todavía, y yo imagino la protesta del recio cubo de piedra abriéndose una noche, a la luz de un relámpago, como la mansión de los Ulster, en el cuento de Poë.

Pero esto sería si yo buscase disculpa, y prefiero hablar con sinceridad. Lo que quiero decir aquí es un detalle, una observación nimia que sólo interesa al maestro y a los ochenta o noventa muchachos de la escuela de Villaviciosa. Esa escuela no ha visto nunca el sol. Ahí está todo. En realidad, no se me ocurre contar de Villaviciosa de Odón cosa más importante, y por eso declaro mis escrúpulos al comienzo de estas líneas.

¿Qué importa la orientación de una escuela? Es robar descaradamente el tiempo del lector dedicarse a comentar si los chicos de Villaviciosa tienen o no tienen sol. Las escuelas, muy amplias, están situadas en el Ayuntamiento, edificio espacioso que se abre a tres fachadas: una, al jardín; otra, a la plaza, y otra, a la calle principal. Si en vez de instalar a los maestros y a la oficina de Telégrafos de cara al Mediodía hubieran dejado esas habitaciones soleadas para las escuelas, este artículo no tendría objeto y se reduciría a unas pobres emociones de viaje. Probablemente me habría interesado averiguar cómo un Ayuntamiento importante sin agobios ni miserias, se deshace por una cantidad verdaderamente irrisoria — dieciséis mil pesetas — del jardín más hermoso que hemos visto en la provincia de Madrid. Como parque de juegos, ningún otro Concejo hubiera podido presentar nada tan soberbio, ni siquiera Madrid. Por

unas pesetas se les ha privado a los muchachos del jardín, después de haberlos privado del sol.

Escuela fría, escuela lóbrega, tiene que ser escuela mala. Pero lo que nos preocupa en este caso es el temor de que muchos lectores consideren excesivo este comentario, y, por mi parte, declaro mi prejuicio y mi debilidad. Hay en todas las ciudades gentes que viven muy felices y no ven nunca el sol dentro de su casa. Se alquilan los cuartos soleados y los otros. No es posible reparar en la orientación cuando buscamos piso. Para mí, sin embargo, es tan esencial el sol como para la vieja religión peruana, y estos días de invierno siento la tentación de rendirle culto, con sacrificios, si es preciso, como a una de las más gloriosas obras de Dios. El vulgo, aunque no sepa Pedagogía, comprende la virtud del rayo de sol. Cuando el pueblo quiere decir elegantemente que alguien ha ido a la cárcel, dice que «le han puesto a la sombra».

Pues bien. Sin pensarlo, y sin mala intención, claro está, la mayoría de los pueblos ponen a sus hijos a la sombra. Veamos si vale la pena de hablar de ello, aunque haya cien asuntos de más aparato y de más brillante actualidad. A mi juicio, basta con que extendamos la suerte de los chicos que asisten hoy a la escuela de Villaviciosa de Odón, en el espacio y en el tiempo. No sólo estos de ahora, sino diez, quince, veinte generaciones de alumnos, hasta que se hunda el sólido caserón municipal, estarán condenadas a helarse de frío, a enmohecerse de humedad y a malhumorarse de tristeza, trabajando a la sombra seis horas al día desde los cinco años hasta los catorce. Se les condena a una miseria innecesaria, que con el más sencillo cambio de orientación, sin dispendio ninguno, hu-

biera podido convertirse en algo espléndido, fastuoso y regio. El sol de Enero, entrando a torrentes por una ventana, vale más que cualquier decoración costosa. Y es, precisamente, en la meseta, en las estribaciones del Guadarrama, donde el pobre más pobre tiene su parte de riqueza sólo con pararse en medio del campo a tomar el sol.

No quiero insistir; no pretendo abrumar al lector, solamente advertirle que si no sabemos administrar la luz del sol, que Dios da para todos, ¿cómo vamos a saber administrar un presupuesto de enseñanza?

X

EN EL BARRIO DE LA LEGIÓN

NO hemos visto al maestro que regenta la Escuela Nacional del barrio de Guzmán el Bueno, partido de Carabanchel Bajo. Prefiero imaginármelo con capote de hule, botas altas, de agua, hasta la rodilla, ceño duro, y un rebenque o un rifle, como los primeros instructores californianos. Sin conocerle, le envió desde aquí un apretón de manos de gran estilo, como se usa entre héroes, porque no todo el mundo puede ser maestro en «las casas de la Legión».

Para ser maestro hace falta convivir, entrar dentro de la escuela y del pueblo, en cuerpo y alma. Tantas cosas difíciles acomete el hombre por servir un ideal o por ganarse la vida — horadar la tierra siguiendo un filón, como el gusano la manzana, alimentar la caldera de un trasatlántico en el mar de la India, pilotear un tanque contra la artillería —, que muchos no darán importancia al sacrificio de aceptar, con su ambiente y su contorno, la escuela de Guzmán el Bueno.

Sería conveniente, sin embargo, que se asomaran siquiera unos minutos. Pueden dejar el automóvil en la carretera de Carabanchel, al llegar a los Mataderos, no muy lejos del puente de Toledo. Dos pasos nada más y se encuentran en un país

movedizo, donde todo, menos el cascote, es interino y provisional. País de grandes nombres heroicos que se abre en la calle de Cervantes — un arroyo de agua jabonosa bordeado de casucas quizá medio derruidas, quizá a medio construir — y llega hasta el descampado que ostenta en la esquina de otra casita baja este letrero: «Plaza de Millán Astray». Del barrio de Guzmán el Bueno al de la Legión no sé cuántos nombres gloriosos hemos visto al pasar. Pero no hay tal calle ni tal plaza, sino la intención. Ningún arquitecto ha dispuesto el trazado. Cada cual construyó como quiso, desparramando las corraladas, chozas o chavolas, los abrigos de ladrillo, madera u hojalata, como una tropa cansada y despeada que se tendió donde le faltaron las fuerzas. No hay duda. Allí cerca está Madrid. Ha mandado el cartel de un «cine». Hay economatos, carbonerías, panaderías. Como en barraca de feria pobre, como en caricatura de cartón. Y allí cerca está también el pueblo. No lo digo por ese montón de trastos viejos encerrados entre cuatro alambres, donde viven como en un cesto unas cuantas gallinas, sino por la tierra de labor que veo al fondo y en ella una yunta de bueyes. Está Madrid. Lo más miserable, como aluvión o corrimiento de detritus. Y Carabanchel, como atalaya de la Mancha.

Pero tan extenso, tan vasto dominio, llega a envolvernos por los cuatro puntos cardinales, y aunque el viento pasa todo lo deprisa que puede, no deja de impregnarse de un olor fronterizo: ni madrileño ni carabanchelero. Este ambiente corre desde el camino de Toledo — donde se llama, no sé por quién, «Avenida Leandro Teresa» — todo el famoso Cerro del Pimiento. Cubre muchos kilómetros cuadrados. Penetra en millares de puerteci-

tas y de ventanas pobres, porque conviene saber que en este llano de la desolación viven más de seis mil personas. Dispersas, acampadas, esperando otra cosa; pero mientras la suerte quiere librarlas — que a veces no quiere nunca —, quietas allí. No muy lejos se extiende otro barrio disperso y espontáneo: el barrio de las Latas.

Por eso no hay calles en ese poblado a granel. Todo el suelo es camino. Mejor dicho: como se pisa en todas partes, no hay camino, ni vereda, ni siquiera pista. No ocurre lo que en el verdadero campo, donde el sendero es para el hombre y la tierra para la hierba. Los pies, muchos de ellos descalzos, han ido batiendo diez o doce kilómetros cuadrados de un suelo pastoso, gredoso, resbaladizo... ¡Cómo lo habrá puesto la lluvia de esta noche! Por donde fuimos ayer pisaríamos hoy un barrizal, y unos días de sol o unas noches de helada convertirían el suelo en algo indefinible, como el de Bapaume después de la preparación artillera. Aquí ocurre, sin embargo, el suceso inverosímil de que las casas nacen destruidas ya.

Y este es el mundo por donde anda hoy de misionero D. Severino Martínez, el maestro del barrio de la Legión. Los niños de su escuela han de ser como corresponde al poblado. Vienen desde muy lejos. Basta verlos fuera de la escuela, en sus juegos o en sus luchas, para comprender que hay en ellos algo distinto de los demás chicos del campo o de la ciudad. ¿Ha sido el azar quien ha puesto a su barrio el nombre de «barrio de la Legión»? ¿Quién define a quién? ¿La legión al barrio o el barrio a la legión? Ágiles y duros, como gatos monteses; pendencieros, prontos al remolino, a la persecución y a la pedrea. En otras partes un seto de

alambre espinoso contiene a los muchachos. Aquí yo los he visto colgados del alambre, en fila, entre pincho y pincho, columpiándose como en un cordón de seda. Llevan repelones, descalabraduras. Han salido de debajo de un terrón, como las cotovías.

Sin duda, el poder que llega a ellos, sea el Estado, sea el Ayuntamiento de Carabanchel, ha querido respetarles su ambiente y darles una escuela en consonancia con la leyenda del famoso Tercio. Es pequeña, fría, desnuda. Un encerado, un mapa de España, un Cristo. En el rincón, plegada, nuestra bandera. Doce mesitas bipersonales. Otras dos compradas en el Rastro. En suma, podrán sentarse treinta y cinco o cuarenta niños. *Pero hay ciento veinte de matrícula y otros sesenta esperando turno.* El poblado es inmenso. Los muchachos aprenden de pie. O unos cantan mientras otros escriben. El viento bate los cristales, y sin embargo no acaba de llevarse ese olor rebañego que hemos notado ya en aulas de más alta categoría que las escuelitas de barrio. Construidas en un declive, la casa del maestro — inhabitable —, la escuela nacional de niños y la municipal de niñas, todo en cuatro palmos de terreno, quedan muchas de sus puertas en el aire, como ventanas. Pero todo tan mísero, tan seco de espíritu, tan escueto de líneas, que sería imposible inventar nada más hostil. Ni la celda de una cárcel. Allí no hay agua. No llega el agua a toda esa serie de campamentos de dos o tres mil casas, desde los Mataderos al Cerro del Tifus. Una puerta desemboca en el corralillo. La de entrada tiene frente por frente el único espectáculo plácido y suntuoso; la formidable tapia del cementerio de San Isidro; y entre la tapia y la escuela, una gran

tierra de pan llevar, cuyos surcos parecen mostrarnos el camino, como una invitación.

— Y si a los chicos del barrio de la Legión les diera usted una escuela de lujo, tibia, cómoda, alegre, ¿cómo se arreglarían luego para acostumbrarse a vivir en sus casas?

¡Problema trágico! ¡Terrible pregunta, llena, aunque no lo parezca, de una conformidad aviesal! No se les quiere dar a los muchachos ni unas horas de bienestar. «¡Que no sepan, siquiera, lo que es eso!» No se le quiere perdonar al maestro ni una sola molestia. «Para eso se le paga.»

Consuélese usted, D. Severino, ya que vive en misiones, con la palma de su martirio, como todos los misioneros. Tiene usted para dar descanso a los ojos uno de los panoramas más hermosos del mundo. Más fino, más aéreo que el Madrid de Goya, desde la pradera de San Isidro. Goza usted de una luz delicada y cernida que en los crepúsculos llega a dar la emoción suprema del paisaje; y, aunque pise usted tierra pobre, no por eso deja usted de vivir en la estepa de plata. Si usted no se cansa antes, algún día Madrid saltará la linde y licenciará ese poblado heroico. Nada más fácil que convertirlo en un paraje delicioso, limpiar el cascote, civilizar al gato montés. Esos dos niños carirredondos, angélicos, con la nariz colorada de frío, con sus pobrecitas ropas oscuras color de tierra, cogidos de la mano y contemplándonos, al pasar, con divina inocencia, destacan, inmóviles, sobre el claro cielo madrileño, como dos pequeños *mujiks*. De la mano los puede usted llevar donde quiera. Por ellos soportará usted su escuelita de barrio, y por ellos seguiré yo poniendo a prueba la terrible insensibilidad de estas gentes que nos ven trabajar a usted y a mí.

XI

LO QUE LLEGÓ A COMPRENDER D. ANTONIO INIESTA

INIESTA... Antonio Iniesta... No lo busquen ustedes en la *Guía Oficial*. Consideren que los maestros pasan de veinte mil, y no hay sitio en las páginas de ese libro para tanto nombre. En el *Anuario General de España*, tampoco. Aquí aparecen, abriendo marcha, en lista honorífica dentro de cada pueblo, alcaldes, secretarios, jueces, fiscales, registradores, párrocos... La estafeta de Correos y la estación telegráfica imprimen también, en cierto modo, autoridad. La escuela, no. El maestro debe hacer cola entre el barbero, el estanquero y el fabricante de embutidos de la localidad. Hace falta ir a la calle de Luis Cabrera — o preguntar en el Museo Pedagógico, donde se sabe todo —, para enterarse de que D. Antonio Iniesta es maestro en la Escuela Nacional del barrio de la Prosperidad.

El barrio de la Prosperidad es Madrid todavía. Sólo un feliz error nos llevó a visitarlo, suponiéndolo ya dentro de uno de estos Ayuntamientos fronterizos de nombre heroico, como Tetuán de las Victorias o Nueva Numancia. Aquí vive y trabaja Iniesta, un maestro entre veinte mil. Y si al encontrarse con la crónica de este hombre oscuro teme

el lector que le amenacen, con el mismo derecho, otros veinte mil artículos míos, puede recobrar su tranquilidad. No se cuentan por millares los maestros como D. Antonio. Pero aunque todos fueran como él, habría que oírle y recoger sus palabras con atención. Es preciso que todos sepan lo que ha llegado a comprender con su grande y santa experiencia un maestrillo de la Prosperidad.

Llegamos un poco tarde. Ya ha terminado sus trabajos del día D. Antonio. El conserje, cansado y harto de tanta brega, nos lo señala conforme avanza arreglándose para salir su gabancito y su bufanda: «No queda ninguno más que éste.» En efecto: sus compañeros salieron en grupo. Sin duda, nos hemos cruzado con todos al desembocar en la extraña vía de Luis Cabrera y no hemos reparado en ellos por atender a los muchachos. Venimos a la Escuela graduada de la Prosperidad — Escuela Nacional — en uno de estos días grises, con lluvia, niebla y barro. La Prosperidad — como París y Londres, si bien por distintos motivos — gana con la niebla. Paisaje de arrabal. Paisaje urbano, de urbanización incipiente, destartalada. Improvisación que se cae de vieja. Cal y ladrillo, madera carcomida, almazarrón, tejas, tierra. . . Ni aldea ni ciudad. La Prosperidad próspera cae por otra parte. Aquí es preciso que el cielo — plata y púrpura — espejee en los charcos, para que la magia del agua y del crepúsculo den a estas pobres casas la única riqueza posible, riqueza de tonos delicados e inesperados sobre una monótona fantasía parda y gris. Y es preciso que salgan los chicos de la escuela, como salen siempre, riendo, riñendo, juntándose en bandadas y dispersándose entre gritos, para que la puesta del sol en esta parte desarbolada del barrio

madrileño tenga también su aleteo de pájaros de rama en rama.

— No queda ninguno más que éste.

Éste no podía ser otro sino D. Antonio, a quien le cuesta trabajo despegarse de la escuela.

— ¡Qué lástima! — nos dice —. Acaba de salir el director. ¿No le conocen a D. Pedro Pareja? ¡Se hubiera alegrado tanto de enseñarles su escuela!

Yo sé que a D. Pedro Pareja, director modelo, no le disgustará que aquella tarde fuera nuestro guía uno de sus maestros.

— Una lástima. . . De verdad. Han salido ya los niños. No los podrán ver ustedes en clase.

Estoy seguro de que el lector aprendería muy pronto a conocer al buen maestro sólo en el modo de decir «los niños». Maestro que no pone esa blandura en la palabra y esa dulce sonrisa paternal en el gesto, podrá ser un buen funcionario, cumplirá bien sus deberes, nadie lo tachará de incompetencia, falta de actividad o buen deseo; pero no acabará de ser un maestro. No es otra la razón de que muchos prefieran ser pedagogos. Aprender Pedagogía. Enseñar las nociones que aprendieron a otros maestros.

Así hemos visto la escuela, recién desalojada, sin los niños, como un nido todavía caliente. No es éste, no, el cuadro miserable y sombrío de las escuelas rurales, tal como acabamos de dejarlas en nuestro último viaje. Ciertamente que no hay sitio para todos los niños del barrio; pero los que allí reciben enseñanza están bien. Tienen aire limpio, respirable, tibio. Buena luz, material abundante. Y buen profesorado. Podrían ser más lujosas las escuelas de la Prosperidad; pero tal como son las quisiéramos todas.

— Vean ustedes. Hay seis grupos. Aquí vienen los párvulos. Este otro es el segundo. Por término medio entrarán en cada clase unos cincuenta alumnos. Y aquí están *los míos*. Todos vienen, ¡todos! No falta ni uno. Y están contentos, en lo que cabe. . . Porque — ¿saben ustedes? — este es un barrio de obreros. . .

Aquí D. Antonio baja la voz.

— Un barrio de obreros *pobres*.

Don Antonio ha subrayado lenta y gravemente la palabra, y se nos queda mirando con atención, para cerciorarse de que hemos comprendido todo su alcance.

— Son tan pobres, que los niños. . . — ya se lo explicarán ustedes — carecen de muchas cosas. ¿Ustedes los han visto al salir? . . . Seguramente habrán reparado. . . Son niños que llegan aquí sin abrigo; señores, casi descalzos. Alguna vez los miro, sin querer, por entre los bancos y veo cómo asoman los dedos de los pies. Les faltan muchas cosas. Esto para nosotros — ¡ustedes comprenderán! — es una tristeza.

¿Dónde he visto yo antes de ahora la sonrisa melancólica de D. Antonio Iniesta? ¿No eran los mismos ojos claros y los párpados un poco fatigados de Palomerín? Antiguo camarada, bueno, entusiasta, decidor. . . Este otro D. Antonio habla discretamente, muy despacio, venciendo no sé cuál dificultad que le hace precisar mejor los conceptos. Ha sido maestro muchos años en su tierra, en Albacete, donde, a pesar de nuestros prejuicios, estiman, respetan y ayudan eficazmente la obra del instructor de primera enseñanza. Tiene hoy un buen puesto, y — relativamente — un buen sueldo. Sus tres hijos, ya mayores, estudian. Uno será maestro,

como él, y hemos visto en el Museo Pedagógico sus papeletas de buen trabajador. Por ellos está aquí, entregado a una faena que llena su vida, exige mucho esfuerzo; pero que — ¡creánlo ustedes, señores! — tiene también sus satisfacciones.

— Nadie sabe lo que es ir viendo cómo adelanta un niño que no conoce ni las letras cuando entra, y que de año en año usted lo mira crecer y aprovechar. . . Sí, señor; esto es una alegría. Yo lo confieso. Alumnos míos, de allá, de Albacete, han salido de mi escuela preparados como unos hombres, y, sin más, hoy los tiene usted empleados en Bancos y en casas de comercio. Esto siempre agrada. Cuando los veo siento satisfacción. Porque a los niños. . .

Don Antonio se detiene un momento.

— A los niños acaba uno por quererlos. Y esto es lo que algunas veces me hace desear mi escuela de provincia. ¡Aquellos muchachos son fuertes! Estos. . . Ya han visto ustedes. . . Da pena pensar en ellos; y nosotros, los maestros, naturalmente, no podemos pensar en otra cosa. Los ve usted aquí sentados, tan serios, tan quietos, y de pronto nota usted que se les va la atención y se quedan mirando las musarañas. No tienen fuerza, señor. No pueden trabajar más. Olvidan las cosas. Parece que resbala sobre ellos lo que usted les ha dicho. ¿Y saben ustedes. . . ?

Don Antonio va llegando, con voz todavía más discreta, al corazón de la confidencia.

— ¿Saben ustedes por qué? Son buenos chicos. Son listísimos. ¡Créanme! Hubiese tardado más en enterarme si no hubiera pasado allá por la Beneficencia; pero yo conozco esto; lo conozco bien; así es que llegué a comprender en seguida: ¡No co-

men, señores! Lo que tiēnen estos niños se curaría si sus padres cobraran mejores jornales. La fuerza les falta porque se alimentan mal. Y si no se alimentan, ¿qué van a hacer? ¿Cómo van a soportar tantas horas de clase? Imagínese nuestra tristeza. Tampoco nosotros podemos hacer nada. Sabemos dónde está la causa de todo; y aquí, en estas escuelas, buenas, nuevas, con el mejor deseo del mundo, los vemos perderse. . .

Sin el temor de que juzgara demasiado rápida mi confianza, allí mismo, en aquel pasillo de la dirección, ante aquellos armarios de Física e Historia Natural, yo le hubiera dado un gran abrazo a D. Antonio Iniesta. ¡Es algo ser maestro cuando se tiene alma! Pero me han dicho que estos temas pedagógicos no deben ser tratados con ligereza sentimental; que haré bien en reprimir este torrente de emociones si quiero ver las cosas claras, porque la emoción arrasa los ojos de una neblina perturbadora. ¡Reportémonos, Sr. Iniesta! Ha tocado usted en lo vivo la medula de ese animal monstruoso que los científicos llaman el Problema Social. El pobre pobre ni estudiar puede. Pero, por fortuna, ustedes no regentan escuelitas rurales entregadas a Concejos incultos. Ustedes viven al amparo de Madrid, y la villa tiene autoridades e instituciones que saben cumplir con su misión. Si es imposible mejorar el jornal de los padres desde el Ayuntamiento, en cambio cabe instalar una de esas benéficas cantinas escolares para los hijos pobres del barrio de la Prosperidad. Lo pediremos al alcalde y al Ayuntamiento de Madrid entre todos, y el director cursará la instancia que definiendo en estas líneas. Aquí nos oyen. Un kilómetro más allá, otros alcaldes, otros Concejos, y no podríamos contar sino con

nuestros propios esfuerzos. Esta es la diferencia entre Madrid y Fuenlabrada. ¡Ánimo, pues, amigo Iniesta! Por esta vez no tenemos derecho a des-
esperar.

TERRIBLES ARGUMENTOS CONTRA LA CANTINA BENÉFICA

No debo ocultar a D. Angel Llorca, director entusiasta y competentísimo del Grupo Cervantes — en Cuatro Caminos —, que escribo estas líneas impresionado todavía por una frase suya: «Aquí la escuela no cumple funciones de beneficencia. Se limita a educar. Enseña a comer, de igual modo que enseña a leer, a escribir y a trabajar. Otros seguirán diferente doctrina; pero yo distingo entre la comida escolar y la sopa boba».

Será preciso volvernos a los niños pobres de la Prosperidad, que esperan su cantina, y decirles:

— Vuestra comida no es pedagógica. Renunciad, desde luego, a la esperanza de resolver el problema una vez al día.

— ¿Por qué? — preguntarán ellos, desencantados.

— No es pedagógica... Quiere decir que la escuela no debe meterse en vuestras cosas, y esto de la alimentación es asunto que compete a los padres...

— Pero en el Grupo Cervantes hay cantina...

— Sí, en efecto, la hay; pero, ¡fijaos bien!, no para alimentar a los chicos, sino para enseñarlos.

— Bueno; pues que nos enseñen a nosotros. La cuestión es que haya cantina.

Sólo con poner en labios de los muchachos esas palabras, que van siguiendo un razonamiento mío, temo hacerlos incurrir en cierta indignidad de que ellos no son capaces. Una vez que se ha hablado de la «sopa boba» ya no hay arreglo posible. El Estado no atrae su clientela como los conventos. No lo necesita; no debe, no puede hacerlo... Ante esa actitud, los hijos de obreros pobres, por respeto a sí mismos y al decoro de su pobreza, harán bien en no insistir.

Pero nosotros, en cambio, estamos obligados a buscarles algún argumento defensivo. Todo es sopa boba en la enseñanza del Estado, pues el ciudadano la recibe gratuitamente. Veamos el ejemplo más claro en esas propias escuelas de ensayo, tan superiores al medio en que se implantan, que todo

ha de considerarse como merced de un Estado generoso a un pueblo agradecido. Cuatro Caminos, orientado hacia Tetuán, es barrio de batalla. Su mayor simpatía está en la bulliciosa población obrera. Fué hasta hace poco un arrabal pobre, y empieza a florecer quizá por el influjo mágico de la fuente que estuvo antes en la Puerta del Sol. Quizá por la estación del «Metro» y por la natural expansión de Madrid hacia el Norte. Pero todavía es arrabal, y las espléndidas escuelas del Grupo Cervantes son como los ventanales del coche salón, tibio y confortable, que los lugareños miran ávidamente cuando el rápido se detiene medio minuto. La diferencia está en que aquí el pueblo entra y el coche salón es para él. Si sólo se tratara de enseñarle primeras letras, primeras nociones, es decir, de darle una buena enseñanza elemental, con menos bastaría. Pero se quiere rendir un servicio mayor. Se ha comprendido que hace falta un esfuerzo ejemplar para poner ante los ojos del pueblo como una muestra de lo que debe ser la educación. La cantina es ya detalle mínimo en el adorable cuento de hadas que viven los alumnos pobres unas cuantas horas cada día.

He de reflejar en otra ocasión el efecto — inmejorable — que causan estas escuelas de ensayo y las consideraciones que sugieren; hoy sólo me interesa presentarlas como argumento. Si tanto se hace fuera de lo ordinario y de lo exigible, ¿por qué no pedir también, a título de solución de problemas particulares, lo que es indispensable en cada caso? La escuela sirve un fin social. No es lícito separar en el niño su doble calidad de alumno y de hijo de familia pobre; tratarlo con todos los honores como alumno y dejarlo morir de hambre como pobre. En escuelas donde fácilmente se aprecie que la mayoría de los niños matriculados, o una porción importante, sufren los efectos de la miserable situación económica, lo más pedagógico es completar la tutela que sobre ellos se ejerce y darles de comer. ¿No se les procura local higiénico, aire respirable, campo o patio de juegos? ¿No se los obliga a ejercicios gimnásticos? Se vigila el menor de sus actos, conforme a reglas y prácticas estudiadas con todo cariño, con paternal espíritu científico, y se va a prescindir de lo esencial.

Sin dominar la Pedagogía, puede afirmarse que si en país de cultura normal, libre de estas pesadas y somnolientas crisis, no es pedagógica la cantina benéfica, lo es en barrios pobres como el de la Prosperidad. Hay muchas clases de anormales. Unas veces la anormalidad depende de taras o lesiones físicas; otras, el defecto está en la constitución económica. Dentro de la escuela algo se puede hacer, ya que no para tras-

formar el país, al menos para ayudarle a vivir y a ser hombre al pequeño ciudadano. Habíamos pedido una cantina escolar para esa barriada extrema de Madrid. El Ayuntamiento tiene, por lo visto, otras atenciones más serias, y será doloroso e inútil apremiarle con nuevas instancias. Por eso he desconfiado siempre de la acción oficial y he expuesto en numerosos artículos la virtud de la unión en Juntas, Grupos o Sociedades de vecinos.

XII

CORZOS Y NIÑOS EN EL PARDO

A esta parte por donde la ciudad ve morir el sol, Madrid tiene, no cerco, sino corona de roble. Si los montes de El Pardo llegaran a cercar Madrid, a la redonda, la villa quedaría como bajo un encanto letárgico; pero ya basta ese ancho trazo rústico, montaraz, de tierra sin desbroce, y apenas sin trato humano, para conservarnos, a la puerta de casa, una de las grandes maravillas del mundo, un parque único, como nunca ni en ningún otro país podrá creárselo la más ambiciosa capital. No existiría ya, tal como está, hace muchos años, sin el dragón que lo guarda, invencible e insobornable: el Patrimonio. El Patrimonio, con la Ley y la Monarquía, pueden más que un millón de ciudadanos, seculares, emprendedores y transaccionistas. El Patrimonio ha defendido, sin necesidad de dar batallas, la situación excepcional de unos bienes que lograron detenerse en una hora de la Historia — lejana ya, de seis u ocho siglos —, y que se nos ofrecen a los madrileños de hoy como algo monstruosamente magnífico.

Desde la carretera, y aun desde las alturas que dominan la vertiginosa Cuesta de las Perdices, Madrid se hace presente. Podemos ilusionarnos con

esta idea: El Pardo es nuestro parque; el parque de la capital. Pero yo quiero llevar al lector a la plaza de El Pardo, encaminarle por una cuestecita que desciende hacia el río y dejarle solo a la puerta de la escuela, en una plazoleta de casas bajas y de cielo ancho, por donde cruza, muy alta, una banda de grajos. El silencio de aquella plazoleta domina los gritos de los chicos que juegan. Viene el aire del monte, y se le ve que trae larga marcha, como en el mar. Quietos allí, aunque sólo sea por un momento, comprendemos que la capital es El Pardo, y que allí está la sede de un pequeño reino de charros, encinas, robles y pinos nuevos, en cuya agreste soledad viven, si no los animales de la selva, por lo menos los de un coto de caza.

¿Cómo será en esta pequeña capital palatina y venatoria la escuela de niños? Se ha ofrecido a enseñárnosla, muy amablemente, el maestro, señor don Recaredo, el cual está lejos de sospechar el profundo sentimiento de envidia retrospectiva que nos invade al cruzar la escuela y poner los pies en el patio-jardín. Si yo fuera chico de la escuela — ¡inquietante idea la de volver a empezar otra vez! —, ¡cómo me gustaría venir a este rincón de El Pardo! He aquí un maestro apacible y feliz. No tiene correas, ni caña, ni palmeta. Seguro estoy de que no sabe tener mal genio. Sus dominios, resguardados del viento, se conservan en una penumbra discreta. La luz clara, gris plata, como en el retrato del príncipe Baltasar Carlos, está fuera, en el patio, grande como la plaza de un pueblo. Y este patio es ahora el centro del mundo, un mundo inconmovible, lleno de plácida serenidad, limitado por las márgenes del Manzanares, el convento de Capuchinos y los robleales de Navachescas. Escuela natural, al aire

libre, puede ser este cercado que en otro tiempo servía para soltar los corzos, vivos. Escuela en plena naturaleza, sin ninguna afectación ni artificio, ni apenas intervención humana.

Pues bien: vamos a ver el conjunto de circunstancias extraordinarias que hacen falta para producir una cosa tan natural como la escuela de El Pardo. En primer lugar, la escuela del pueblo no era esa. La escuela era tan lóbrega, tan estrecha y miserable como otras que hemos visto. Fué preciso cerrarla y habilitar el salón de baile, a costa de los mozos y mozas del lugar. Por eso tiene buen solado de madera, y es ancha y cómoda para los cincuenta o sesenta alumnos de D. Recaredo. Me han dicho — rumores infundados, seguramente — , que, ofendidos los mozos, se llevaron un día el cielo raso, que era suyo, y lo quemaron en la plaza; pero no lo creo. Por otra parte, el patio ha sido, hasta hace poco, del Patrimonio, que lo empleaba como he dicho, y si ahora sirve a los niños y no a los corzos, es porque al delegado de San Lorenzo de El Escorial, D. Antonio Pérez Lorente — del cual, en justicia, diré que sólo he escuchado en todas partes elogios — , se le ocurrió la gran idea de solicitarlo para expansión de la escuela, y llegó a conseguir que en ello se interesara personalmente el Rey. Así, pues, la escuela no era escuela, el patio no era patio; el pueblo primitivo y el monte lleno de bosque se conservan por una milagrosa inconsecuencia de nuestro siglo. Si los chicos de El Pardo disfrutaban en paz, al llegar Abril, de una clase a la sombra de aquellos nogales y moreras, cuyas ramas bajas ramoneaban antes los venados, se lo deben a un buen delegado gubernativo. ¿Hay algo más sorprendente? Hablando de este patio con D. Fran-

cisco Alcántara, compañero y maestro mío — maestro en todo, pero singularmente en la ciencia de andar y ver —, me dijo que lo había pintado hace muchos años, cuando soltaban allí los ciervos, y como se arrinconara un hermoso ejemplar en el sitio que sirve todavía hoy para guardar los cajones en que los llevaban enjaulados, tomó un apunte rápido, que le proporcionó una de esas sorpresas gratas, una de esas confusiones inefables del azar; y fué que revolviendo, algún tiempo después, no sé cuál colección deshecha y dispersa hoy, sabe Dios por dónde, vió un cuadro de Velázquez, pintado en sitio semejante, acaso en el mismo, maravillosa reproducción de igual escena: el ciervo, desconfiado, con los jarretes temblorosos, el hocico húmedo en alto, tendiendo como una cabellera el ramaje de su cornamenta, y pegándose a la pared, ya que no podía escapar.

Esta es la escuela más original del cerco de Madrid. Allí, junto a los álamos del río, cuya sombra cae sobre el patio en las mejores horas de la mañana, enseña D. Recaredo a los chicos de El Pardo las primeras letras: Geografía, Historia, Aritmética, Física. . . Hasta nociones de Botánica y Agricultura. Pero yo quisiera traerle al señor maestro con los muchachos por el monte, siguiendo un rastro, y veríamos quién enseñaba a quién. Porque allí van hijos de guardas, jardineros, capataces y sobreguardas. Padres y hermanos trabajan en la huerta o en la labranza; hay carpinteros, leñeros; unos están dedicados al cierre de portillos; hacen otros de vigías para incendios; practican la corta, roza y arranque de leña. . . Como hace un siglo. Como hace cuatro siglos. No una ni dos, sino varias veces al año, empieza cualquier día a correrse por la escuela la voz

de alarma. . . ¡Es mañana! Al siguiente, la escuela en cuadro. D. Recaredo tratará en vano de dar una impresión de normalidad. Sólo asisten los párvulos, o los hijos de militares: la colonia. Los muchachos de El Pardo, en masa, han ido al ojeo. Doscientos o trescientos ojeadores son necesarios para el acoso y para «las vocerías». Todos estos chicos de blusita con trencilla negra o zamarra y calzones de pana, trepan, como unos bravos, por lo más espeso del monte, y ganan su buen jornal gozando una de las grandes alegrías de la vida. . . ¿Quién sabe más de ciencia forestal, el maestro o ellos? ¿Por qué lado saldrá este año el jabato grande? ¿Dónde se han ido los gamos, que no bajan ya por el camino de Torrelaparada?

¡Pensar que yo perdí tristemente mi infancia en un segundo piso de la calle de Esparteros! Los tiestos de doña Candelaria. . . Los ratones del zócalo en las clases húmedas. . . ¡He aquí mi Naturaleza! Entonces llegaban los ciervos hasta las mismas calles de El Pardo, y un jabalí venía todas las noches a hocicar en la puerta falsa de casa del cura.

XIII

EL PORQUERILLO QUE SE MALOGRÓ

AÑOS atrás frecuentaba nuestra tertulia y nos honraba con su amistad, un poco huraña, cierto maestro inteligentísimo, de genio destemplado, que anduvo siempre en lucha con el Ministerio y con el ministro, y que acabó, ya viejo, por emigrar a Chile. Era difícil discutir con él. Sabía con demasiada precisión demasiadas cosas elementales, y esto siempre embaraza un debate. En diálogo sosegado, sin piques de amor propio, era más interesante y valía más su conversación. Un día le pregunté si en su larga vida de maestro de escuela había tropezado en algún pueblo con algún muchacho verdaderamente excepcional. La idea de que por esas breñas hay talentos claros, malogrados sin culpa suya, por haber nacido en un rincón, me preocupa desde que empecé a ver tantos hombres de estudios y de letras que, sin el feliz concurso de providenciales circunstancias, estarían muy a gusto dentro de la zamarra de un gañán.

— A ninguna de mis escuelas ha ido Pascal, que yo sepa — me contestó —. El prodigio no nace todos los días. Confieso a usted que hoy, al cabo de los años, cierro los ojos y sólo se me representan aquellos condenados chicos que me daban más

guerra. (Ya lo he dicho: era hombre de mal genio.) Los atravesados, los malos de nacimiento, nunca se me olvidan. Pero... ¡jaguarde usted! En un pueblo de aquí cerca tuve, hasta los diez años, a un muchacho distinto de los otros. Cabeza fina. Penetración... Imaginación... Yo lo miraba con lástima. La imaginación en estos pueblos es cualidad nociva — y ya diré por qué —. Pero, a veces, una palabra suya, una pregunta o un gesto me obligaban a contemplarlo con respeto. Era hijo del porquero. ¿Usted sabe lo que es un porquero en tierra de Castilla la Nueva?

Conocía yo desde niño esa institución. El porquero es un funcionario. Le paga la villa por llevarse al campo todos los días el ganado de los vecinos. No sólo cerdos, sino cabras, ovejas; y si el pueblo no es grande para dar trabajo aparte a un borriquero, también asnos, mulas, caballos... Al pueblo le gusta llamarle por el oficio más humilde, y, sin embargo, se divierte en ponerle mote alisonantes. Al último que yo conocí, nieto del «tío Rey» — rey de los puercos —, le llaman todavía el hijo de «la Princesa». Por la mañana temprano ya está esperándole el ganado en la fuente. Se los lleva al campillo, al monte, al prado del Concejo, y en cuanto anochece ya están todos otra vez en el Egido — que allí dicen «Ligío» —, sin faltar uno. Ellos mismos, aunque el porquero no los mueva, toman la vuelta del lugar, y yo he leído en una crónica vieja, de Villanueva de Alcaudete, que conocían las alarmas: «las caballerías y ganados dispersos por el campo, al oír el toque de rebato, se volvían solos al pueblo».

Pues aquel chico era hijo del porquero, y no pasaba de ser «el Porquerillo». Yo le trataba bien.

Me complacía hablar con él y le perdonaba el cuarto de los sábados. Los chicos de gente principal, que en la cábila son «los notables», trataban de humillarle: Creo que le valían más su despejo y su simpatía que mis sermones, porque no se molestó nunca; pero es posible — no lo recuerdo bien — que alguna vez hiciera falta algo más que palabras. ¿Sabe usted a qué atribuían las mujeres el talento del chico? A que era hijo de sesentón y criado sin madre.

— ¿Y por qué considera usted peligrosa la imaginación en esos lugares?

— Porque los chicos ingeniosos, decidores, que tienen vena — lo que ustedes llamarían talento literario —, he observado que acaban todos en bufones del pueblo. No se me incomode si digo que viven siempre a dos dedos de ser los tontos del lugar; nadie los toma en serio, y, en cierto modo, esta injusticia tiene su explicación. Aquí mismo, en el mundo de ustedes, no se crean completamente libres de ese prejuicio lugareño. Sin contar con que siempre es infeliz el imaginativo.

Como la digresión era desagradable, corté en seco.

— Bien; pero, ¿qué fué del «Porquerillo»?

— Iba a decirle a usted que una mañana se despertó el padre medio baldado, y en vez de ir al monte él, fué el chico. Aquel porquero tenía muchos años y muchas conchas; porque cuando yo le hice cargos, me contestó cínicamente con una teoría. Para él lo mismo daba la escuela que el monte. «¿Tú te figurarás — me decía — que yo no soy maestro también? Igual educo yo mis bestias que tú tus chicos. Los entretengo todo el día y me dan un cuarto por cada uno, los sábados, como a ti. ¿Que

no aprenden? Es verdad. El carnero sigue carnero. El lechoncillo se hace lechón. El buche sigue buche mientras llega a borrico. Pero tú no cambias e natural de esos críos, y, aunque los amaestres, e torpe, torpe se queda, y el listo, ya dará de sí. Mi chico, si no es lerdo, saldrá adelante, aunque sea de porquero, que al fin y al cabo es un empleo de la villa, y pierde poco con no ir a tu escuela. Hazte la cuenta que ahora el maestro es él.» Aquel pillo sabía demasiado. Alguna vez había dicho yo, en días de mal humor, algo parecido. «La escuela es el redil.» «No hacen más que perder el tiempo.» Pero él lo que buscaba era no trabajar más, pasarse las horas muertas en la taberna del pueblo, bebiendo aguardiente y quejándose del reuma.

— ¿Y el chico?

— ¿El chico? Buen estudiante y mal porquero! Estoy seguro de que sufrió, no como un niño de diez años que era, sino como un hombrecito, aquella bárbara separación. ¿Querrá usted creer que daba una vuelta por no pasar junto a la escuela? Los hijos de los notables decían que la había tomado horror. — Ya eran canallas también como unos hombrecitos. — Y que «le tiraba» la dehesa. De todas maneras estuvo poco tiempo en el oficio paterno. Un día, a principios de otoño, las tardes iban ya acortando, «el Porquerillo» entraba por el Egido con su piara o su rebaño, cuando oímos las voces de la tía Paulina, la del Gitano, que echaba terribles maldiciones porque le faltaban sus dos cabras. Podía ir a buscarlas el marido, que estaba hecho a todo; pero el porquero padre gritó también que aquello no le había ocurrido a él en sesenta años, y el muchacho, asustado, volvió al monte. Quedaba todavía alguna claridad, y el cre-

púsculo muere allí tan despacio como si no fuera a venir la noche. Usted no conoce aquella tierra. Sólo la he hallado semejanza con los cerros de Escalona, y con el Berrocal de Nombela. En el llano se alza de pronto una masa imponente de granito, y aquí y allá otras, desperdigadas, como peñascos desprendidos de la sierra. También hay cuevas, como en los Curusinas; grutas como el Covacho de San Francisco, guarida en otro tiempo de facinerosos... Pero entonces todo estaba en paz. Lo único inquieto y febril era la imaginación del muchacho. Debía de parecerle un crimen su descuido. Ya le he dicho que sólo pueden esperarse males del exceso de imaginación. Desanduvo el camino. Fué de un lado a otro. Le alcanzó la noche, sin duda, cuando estaba en la otra parte del cerro, y no supo volver. Dios sabe lo que le ocurriría. El caso es que no volvió más. Ni apareció ni se supo de él. Puedo decirle a usted que soy hombre frío y sereno; pero aquellos días en que buscábamos todos al «Porquerillo», yo no tenía pena como las mujerucas, sino indignación. Corríamos el monte hasta la noche, y desde lo alto de una peña veíamos, a lo lejos, en el horizonte, un gran resplandor que incendiaba las nubes bajas: eran las luces de Madrid.



VIAJE A LA SIERRA

I

POR EL CAMINO DE FUENCARRAL

CAMINAR hacia el azul del Guadarrama siempre conforta y refresca el ánimo. Aunque, visto de cerca, vaya dándonos colores menos etéreos y celestes, el azul de la Sierra es para Madrid como una liberación de la llanura de prosa y asfalto. Pero Madrid tiene tres anillos, como Saturno. Rompemos el primero, rumbo al Norte, pasando Tetuán. Rompemos el segundo, pasando Fuencarral. El tercero, roca viva, gneis y granito, no lo queremos romper. Otra vez, a la vuelta, se deberá hablar de Tetuán, aunque es difícil. Tetuán de las Victorias no representa sólo la conmemoración del año 60, sino, además, la expansión del Madrid de ese terrible medio siglo que tarda demasiado en morir. Yo deseaba de Cuatro Caminos a Tetuán un Paralelo como el de Barcelona, aunque oliese a carbón, a ginebra, a «cabaret» y a dinamita. No puedo conformarme con el olor a churros y gallineja. Pero todo se andará. Por ahora, pasemos de prisa, entre la confusión de carros, tranvías, autobuses y maquinillas, y busquemos el verdadero camino de Fuencarral.

Que, aun naciendo junto a la misma Puerta del Sol más que ningún otro camino madrileño, no

arranca, en realidad, sino donde empieza el paisaje a serenarse, a dignificarse, a purificarse de cascotes, latas y papelorios ciudadanos. ¡Cuántos esfuerzos hace todos los años el arado por ennoblecer el urbano vertedero y darle honrado color de tierra labrantial. Lo consigue ya lejos del arrabal, cuando vemos dibujarse, carretera adelante, en una de esas largas perspectivas manchegas que ha simplificado el automóvil, la silueta de un pueblo castellano, con su iglesia de tres agujas, sus tejadillos y sus casitas bajas, que, desde lejos, pueden ser palacios. Acaso sea éste el pueblo en que debería emplazarse la villa castellana: la villa siglo XVII, renovada, restaurada, aunque sea contrahecha, como el mobiliario de que abusamos un poco estos últimos años.

Para apoyar esta fantasía hay, en efecto, dentro de Fuencarral y en la carretera, que le sirve de calle céntrica, más de una casa solariega. Tienen propiedades aquí el marqués de Santillana y el de Urquijo. Para llegar al cogollo de Fuencarral es, sin embargo, necesario apartarse un poco del camino — siempre habrá que apartarse un poco del camino para llegar a lo importante — y entrarse, por dos o tres callejas estrechas, hasta la plazoleta de la Iglesia. Ciérrala por un lado la parroquial de San Miguel. Por otro, una casa llana, de un solo piso, pero de tal prestancia, severidad y sencillez, que es imposible dar mayor nobleza a una fachada de cuatro o cinco metros de altura, con un portalón ancho y unas ventanas sin reja salediza. El secreto está — como siempre — en las proporciones. Corona el portalón un escudo cardenalicio. Hoy la habita el señor cura de San Miguel; pero quizá sirvió esa casa de refugio al famoso padre Nithard,

inquisidor general y confesor de la reina D.^a María Ana de Austria, madre de Carlos II, «El Hechizado», cuando se le expulsó de la corte por mal consejero. Otra casa de la carretera pudo servirle de alojamiento al mariscal Moncey el año 8. Como se ve, no le falta tradición, genuina y castizamente española, al pueblo de Fuencarral. El pasado no le desamparó. Vamos a ver cómo responde a su tradición en el presente.

Las escuelas están en el Ayuntamiento, y el Ayuntamiento, en la plaza principal. Todavía conserva la fachada unas columnas de piedra y un escudo labrado también en piedra de Colmenar, con cierta intención monumental. Pero al restaurarlo — no sé cuándo; quizá hacia la fundación de Tetuán de las Victorias —, surgió la torre del reloj, varió el plan, y sobre las columnas hay un balconcillo que no rima con la torre de San Miguel, las casas solariegas y la casa del cura. Más extraño aún es el plan interior. La escalera se abre en lo más oscuro del zaguán; tuerce después y os lleva a un descansillo sucio, como entrada a un desván, donde halláis varias puertas: «Juzgado municipal», «Colegio», «Subida al reló» — dicen los rótulos —. Pero este colegio es para las niñas. A la escuela de niños se entra por una calle trasera, mal empedrada, cuyo arroyo es más bien albañal, y, frente por frente, al entrar, daréis con un retrete, si no os supieráis defender. Otra puertecita igual, y allí está ya la escuela. Tanto abandono hemos encontrado antes de llegar, que nos parece mejor de lo que esperábamos. Es amplia, y sería suficiente si no necesitara contener más de cien niños que da el censo escolar de una población mayor de tres mil habitantes. Tiene sol toda la ma-

ñana, y es alegre. Hace algunos años un maestro pintó o hizo pintar al fresco un zócalo de colores vivos con graciosa fauna decorativa. Pero el sol atrae demasiado a los mozos del pueblo al rincón de la escuela, y allí juegan y riñen; los niños oyen de todo. Falta el reposo necesario. El silencio y el aislamiento son indispensables en una escuela. Si subimos a la habitación del maestro, veremos una modestísima vivienda, tan descuidada como la escalera y como el resto del paisaje municipal. Un ladrillo sí y otro no, podremos meter el pie hasta el tobillo. Sólo hay limpieza en la escuela de niñas, dispuesta con sencillez y con arte bastante para que no falte algún detalle femenino, juvenil, que refresca y perfuma el ambiente. No veo al maestro ni a la maestra. No es hora de clase. Pero adivino que lo mejor de Fuencarral es para ellos el camino de Madrid.

¿Por qué ha de ocurrir esto? Responde a nuestra pregunta, con sus mudas paredes, todo el edificio del Concejo. ¿Cómo va a hacer el Ayuntamiento de Fuencarral por las escuelas lo que no hace por sí mismo? Este es otro gran problema del cerco de Madrid. No tendríamos derecho a pedirle un esfuerzo del que le juzgamos incapaz, si el Ayuntamiento considera que todo, dentro del pueblo; debe estar al mismo nivel. Para cambiar la escuela sería necesario cambiar el pueblo.

Durante todo el día, Madrid manda un tranvía eléctrico por hora a Fuencarral. Pasan varios servicios de autobuses de línea. Pero hasta hoy no ha pensado en que le debe a la villa de Fuencarral un estímulo más enérgico para ayudarle a levantarse. Está en un mal momento. No le queda ya la grandeza del siglo XVII, ni ha llegado aún hasta ella la

vida urbana, cosmopolita, que a veces sigue el capricho de las colonias veraniegas. Desde aquí le daríamos un buen consejo a Fuencarral. Construya sus escuelas. Tiene fuerza y elementos para ello. Sería el principio de una renovación y no podría negarle su auxilio el Estado, que está más a su alcance que en ningún otro pueblo de España. De otro modo, Fuencarral llegará a ser, solamente, para unos, el camino de Madrid; para otros, el camino de la Sierra.

COLMENAR VIEJO O LA FECUNDIDAD

DE Fuencarral a Colmenar, durante largo trecho, el «auto» de línea avanza en carrera frenética, no con el pobre tren cansino, ni con el otro autobús competidor, sino con las tapias de El Pardo. Van delante, a nuestra marcha; como la Luna, por entre nubes, a la marcha del avión. Y se las ve despeñarse, trepar otra vez, colina arriba, dormirse en una recta, separarse para volver. Las tapias de El Pardo, sin embargo, no quieren entrar en Colmenar Viejo antes que nosotros. Leguas y leguas se limitan a defender dinámicamente sus cinco mil hectáreas de monte. Salen al camino, como galgos que no se cansan de correr y ladrar la gloria desmedida y desafortunada de su amo. De pronto, tuercen a mano izquierda... ¡Adiós! Poco más allá aparecen la ermita, la estación. Y las primeras praderas, jugosas y famosas, como los toros, la miel y la piedra de Colmenar.

Calles en cuesta — empedradas a veces con un solo canto que va de pared a pared —, casas alegres, en esta mañana de sol; bien enjalbegadas de blanco, pero casi todas humildes. En las afueras, del lado del Guadarrama, estas casitas, de una sola puerta y una sola luz, no levantan la altura de un

hombre. Necesitan defenderse del viento. Las casas solariegas, con escudos; la iglesia. Y en primer término — para los fines de nuestro viaje —, unas escuelitas elásticas, donde maestros y maestras luchan por instalar ciento cincuenta o doscientos niños, cuando sólo caben sesenta o setenta. Entre estas escuelitas elásticas, la primera de todas será la de párvulos.

Perdóneme mi buen amigo el maestro de Colmenar Viejo, D. Andrés Sánchez Pastor, que me animó a emprender este viaje, si doy preferencia a una escuela que no es la suya. Como la suya habrá muchos centenares de escuelas en España. Como la de párvulos de Colmenar no hay ninguna.

Imagine el lector una interpretación serrana, guadarrameña, del cuadro de la Fecundidad. Luz neta y cristalina en lugar de la luz rosada, paredes pobres en vez de la arboleda, charcos en vez de fuentes, guijos y pedruscos por hierba, niños rotos por niños desnudos. . . Pero en el fondo, lo mismo: La generosidad de la madre Tierra. La prodigalidad del Amor. ¿Cuántos niños vemos en esta escuelita de párvulos? ¡Más de trescientos! Hay primero un patizuelo descubierto, y en el suelo, en los poyos y en el umbral se incorporan, o se detienen para vernos llegar, unos muchachitos que Rubens no hubiera acertado a pintar nunca, porque carnes tiernas y sonrosadas, manos gordezuelas, mallas, pliegues y sotabarcas, no abundan en el Guadarrama, hecho de piedra poco sensual. El color sano no es rosa, sino almazarrón. La palidez de los niños débiles y su demacración, no tienen blancor de leche, sino de ceniza. Hay allí más tendones que músculos. Y hay, sobre todo, una simpática, tierna y amistosa pobreza. Prefiero esta pequeña

humanidad, que acaba de llorar o acaba de pegarse, a los pedantescos desnudos de los percheroncillos flamencos. Pero no trataré de imponer mi predilección, ni sostendré que es así mi modelo de escuelas de párvulos. El patizuelo da entrada a un zaguán, donde cada grupo, cada racimo de criaturas, en sus banquitos minúsculos, tiene valor decorativo, como figura de un Nacimiento ingenuo y pastoril. Las paredes claras, las vigas del techo y la construcción de tipo serrano, inconfundible, dan a la escuelita cierto encanto bravío. Pero esto no es propiamente la escuela. La mesa tradicional, las filas de pupitres y de bancos están en el aula inmediata. Allí, entre el corro de las pequeñas, lidian, dulce y heroicamente, las dos maestras. Su trabajo ha de ser como nunca llegarán a imaginar los que tasan desde un despacho el sueldo y el esfuerzo, es decir, el alma y la vida ajenas. Para ser maestra de verdad entre trescientas criaturas hace falta tanta discreción, tanta constancia, tanto valor, que yo imagino mejor dadas aquí cruces y recompensas que en la acción de guerra más enconada. Saludo a las maestras de Colmenar. No puedo enviarlas una reverencia cortesana ni un saludo militar, que serían igualmente inadecuados. Basta con que lleguen a ellas — ¡y a tantas compañeras suyas! — estas palabras de justicia.

Fuera de las escuelas y del patizuelo, queda todavía como desfogadero de los párvulos, campo de juegos y clase al aire libre, vasto corralón en pendiente, con algunos árboles viejos, descarnados en el invierno, y con soberbia orientación al Mediodía y a la parte más luminosa de la Sierra. Separado por las bardas del corral tienen los parvulillos un espectáculo no pedagógico: la parada de se-

mentales. Está toda la amplia, magnífica y desbordante Naturaleza. El Sol se encariña en este pañuelo de colores que, gracias a los párvulos, no deja un momento de bullir y brillar.

Y el conjunto, desde la entrada de piedra carcomida hasta la higuera del fondo, es tan armónico, aun siendo tan pobre, que yo pido un esfuerzo el día en que allí se construyan las graduadas, para que un arquitecto artista — es decir, respetuoso — conserve el encanto de florecilla silvestre que tiene hoy la escuela de párvulos de Colmenar.

Digo cuando se construyan las graduadas, porque considero seguro el éxito de las gestiones emprendidas desde hace algún tiempo y reanudadas ahora. Una instancia cursada en Diciembre del 24 señala el caso de que habiendo duplicado en pocos años su población, y llegando la escolar a mil seiscientos noventa y cinco alumnos, Colmenar cuenta sólo con dos escuelas unitarias de niñas, dos de niños y una de párvulos con auxiliaría. Quedan vagando por las calles más de mil criaturas.

¡Más de mil niños sin escuela! Ahora se explica por qué da este gran pueblo, extendido al pie de la Sierra, la sensación del rincón más prolífico del planeta. Para cada pedrusco hay un muchacho. Además de la nativa fecundidad serrana, han venido obreros a las canteras y a las nuevas fábricas. La población crece. Las comunicaciones son cada día mejores. Hacen falta — y así lo pide el Ayuntamiento — una escuela graduada de niñas, con seis secciones, y otra igual, también con seis secciones, para niños. Yo he visto el trabajo ímprobo que pesa sobre un maestro obligado a aceptar una asistencia de ciento cincuenta niños, en matrícula de doscientos, cuando apenas tiene sitio para la

mitad. ¿Cómo se realiza ese milagro? A costa de energía, de habilidad y de paciencia. Pero también a costa de tolerancia. Llegué a la clase de D. Andrés Sánchez Pastor, víspera de Carnaval. Corría ya por toda la escuela el ambiente revolucionario del día de fiesta. Los pequeños, apartados al cuidado de un mayor, bastante hacían con mantenerse quietos. Los medianos, en grupos, entretenían el tiempo, mientras les llegaba el turno. Los mayores daban una lección nueva: el vuelo de Franco sobre el Atlántico. ¡Qué fuerza tienen los ejemplos actuales! El más nervioso, el que se equivoca y arma trabalenguas para decir «pretérito, futúrito», «nominavito, genivito», acierta con los nombres más difíciles a la primera vez. Hay un calor en la voz y un brillo en la mirada, para hablar del hidroplano, que no tienen para diferenciar el verbo del adverbio. Aquí en Colmenar había «treinta gramáticos», en el Seminario del año 40. ¡Cómo debían sufrir! Lo que a éstos les gusta es lo que entienden, y la Gramática siempre la entienden mal. ¡Cómo va dibujándose el carácter, más que el entendimiento, en estas pruebas escolares! . . .

El esfuerzo por ir guiándolos a todos es gigantesco, y si consideramos que ha de repetirse de cada siete días seis, apenas si nos queda imaginación para concebir tanta paciencia. Y este es hoy el pleito de Colmenar. ¿Conseguirá ahora las dos graduadas para cuya construcción ofrece su Ayuntamiento ochenta mil pesetas? Aquí podría yo dar una nota del paisaje moral, tan interesante y pintoresco — acaso más — que el otro, si no fuera por mi convicción de que hoy marcharemos todos de común acuerdo: alcaldes, concejales, maestros, inspectores, funcionarios y pueblos. No es posible

aplazar más tiempo los problemas de la enseñanza. Si antes se pudo consignar para escuelas cantidades gastadas luego en transferencias, conforme a la vieja habilidad lugareña — y ciudadana —, hoy no debemos dudar de la mutua buena fe. Todos queremos que los pueblos prosperen. Colmenar construirá sus escuelas, con mayor o menor auxilio del Estado. Piense el Ayuntamiento en la magnífica fecundidad de esta generosa raza, y en que de cada piedra sale un chico. ¿No le aterra la idea de lo que será, dentro de pocos años, si Dios y el Concejo no lo remedian, el patizuelo de su escuela de párvulos?

III

MIRAFLORES. - LOS DOS ENJAMBRES DE D. JERÓNIMO

ARROPADO en el silencio de la noche, que abriga casi como otra manta, oigo al pie de mi ventana una gran voz. Es el sereno de Miraflores que canta las tres. «¡Y nublado!» Es decir, agua o nieve para la jornada próxima; la Sierra, de mal genio; los hierbazales que cruzamos viniendo de Colmenar Viejo, más fríos que la nieve de la Pedriza, y el espejo de esa terrible y fosca laguna de Santillana. Toda esta poderosa naturaleza, en pie de guerra contra nosotros. . . Sin embargo, hoy, al abrir las maderas, no penetra la nieve, sino el sol. Un sol sin estrenar, campechano, generoso. Con él parece que entra por la ventana, como una nube de proyectiles de oro, el enjambre de D. Jerónimo.

El enjambre, dorado y alado, de abejas de verdad, no suele engañarse como se engañan los almendros. Todavía no es floresta el campo de Miraflores; las colmenas siguen calladas. Pero D. Jerónimo, el buen maestro, tiene dos enjambres, y en este domingo de sol, cuando abre las puertas de su escuela, va entrándosele por ellas el otro. Como anoche estuvo enseñándome todas estas sencillas y al mismo tiempo sabias y previsoras redes con que

los niños de su escuela ayudan a trabajar, según arte, a las abejas, no puedo evitar la comparación y creo que los muchachos se agolpan y se deslizan dentro plegando las alas. ¡Bien venido el enjambre de mañana! Para éstos, el mundo entero será siempre floresta, con tal de saberlo recorrer. Como domingo — y domingo de Carnaval —, los chicos no tienen escuela; pero se congregan aquí para ir juntos a la Fiesta del árbol. Vienen limpios y bien lavados. Traen la mejor ropa. Han aprendido unas canciones cuya letra seguramente andará dándoles vueltas en la cabeza. Por la tarde les darán de merendar por cuenta del Concejo. Es un buen día para ellos y un día de trajín para el maestro. No olvidemos, sería injusto, a D.^a Elisa, la maestra, que dispone también sus filas con el mismo cuidado.

Si yo fuera secretario de Miraflores — a alcalde no llega mi ambición —, yo haría política hasta conseguir que la Fiesta del árbol se celebrase en primavera, alrededor del álamo grande, el patriarca, en cuyo honor debería quedar instituída. Estos plantones de Fiesta del árbol tienen en su contra muchos enemigos, visibles e invisibles. La teoría es que se los comen las vacas, en general, el ganado; pero hay otros animales capaces de hacerlos desaparecer misteriosamente. La fiesta del árbol que ha logrado el gran triunfo de vivir, crecer y llegar a gigante en medio de la calle, sería homenaje al éxito, al hecho material; pero no pondría a prueba la fe de los niños en su propia obra. Cosa en todas partes aventurada, y mucho más en la Sierra, donde las gentes no se pierden por exceso de imaginación, y las muchachos nacen ya con el colmillo retorcido.

Conviene apuntar aquí algunas observaciones

hechas en la escuela de D. Jerónimo Sastre, y decir que éste tiene en toda la comarca fama de buen maestro, ganada en veintitantos años sin moverse de Miraflores. Él apretó hasta conseguir las escuelas nuevas, que están muy bien; formó laboriosamente una biblioteca, y, con el concurso de un propagandista entusiasta, inteligente, culto y bien orientado en lo que debe ser la Apicultura: don Narciso José de Liñán y Heredia, generoso fundador de *La Colmena*, creó el Coto Apícola Escolar de Miraflores, institución naciente, sobre la cual llamo la atención de cuantos sean capaces de apreciar estas iniciativas. Institución que, hasta ahora, según consigna el mismo Sr. Liñán, sólo protegen sus fundadores, los padres de los niños... y las abejas. Aquí empieza, en realidad, la Sierra, y debo apuntar la primera impresión, que es ésta: No hay hambre, no hay pobreza fisiológica en la parte habitable del Guadarrama. Otra cosa será, por ejemplo, Atazar, o la Puebla de la Mujer Muerta; pero aquí no está la raza físicamente cansada y agotada. No es ésta la escuela de la Prosperidad, donde el hijo del obrero tiene peor suerte — peor *cuido*, dicen aquí — que el hijo del pastor o del carbonero serrano. Chicos fuertes, macizos, rechonchetes; carrillos frescos, no ya de manzana, sino de granada; docilidad, atención... Alguna vez asoma entre los bancos un tipo que apenas se concibe sin chaquetón de pana, montuno, con esos ojos pequeños, huidizos, que tiene movilidad de animalia del bosque. Pero la mayor parte son chicotes recios, normales. Entre ellos no suele haber extremada pobreza. Los muchachos irán a trabajar, pero no a pedir. En conjunto, retoños de raza seria y digna. En ese concepto castellano de la dignidad, dígame cual-

quier viajero harto de recorrer el mundo dónde ha encontrado un sacristán que no admite propinas y enseña su iglesia, *per l'onore*, como si fuese un compañero de aficiones artísticas. Pues así nos enseñó el retablo de Sánchez Coello el sacristán de Colmenar Viejo. Gentes aplomadas, de pocas palabras, que «pisan bien dentro de sus zapatos» — como dicen los ingleses —, siempre que tengan zapatos. Y a veces sin tenerlos.

A estos muchachos de gran sentido práctico les gusta más el coto de abejas que la Fiesta del árbol. De las colmenas sale miel, y de los plantíos sale — como en el chascarrillo — una cabra que se los come.

— Don Jerónimo — preguntó cierto día a su maestro uno de estos filosofillos del Guadarrama—, ¿quién las enseña a nuestras abejas, que sin ir a la escuela saben todo lo que necesitan saber?

— Su instinto; es decir: una cosa que hemos inventado para expresar el poder de Dios.

— Entonces, si nos soltara usted, también nos arreglaríamos nosotros solos.

Seguramente. Pero ésta es la diferencia capital entre los dos enjambres de D. Jerónimo. Uno se lo sabe ya todo; nace enseñado... y no progresa. El otro necesita maestros, y estudiando, estudiando, aunque es pequeño y a ras de tierra como un gusano, logra que le salgan alas.

BUSTARVIEJO. — El «auto» de línea, demasiado ancho para estas calles, nos deja al pie de un olmo tan viejo como Bustarviejo, donde dos docenas de mozos, vestidos de blusa azul, aguardan la salida de misa. Bustarviejo, pueblo-célula, donde hay de

todo: Un olmo, una plaza, una iglesia, una escuela y un pobre. La escuela está en el Ayuntamiento. Es pequeña e insuficiente para 125 niños. No caben los que van. Sin embargo, el alcalde, respetuoso con las autoridades superiores, castiga con multas de una peseta las faltas de asistencia. Los chicos se contentan con mirar por la ventana un delicioso prado comunal donde pacen las vacas, más felices y mejor instaladas que ellos. El pueblo es tan rico en montes de propios, que sus vecinos están exentos de cargas municipales. El maestro, joven y optimista, se llama D. Mariano Montero. ¡Ánimo, don Mariano! ¡Pida la escuela que el pueblo puede construir y que usted se merecel

¿Y el pobre? El único pobre de Bustarviejo vive con su familia en una cueva de troglodita que hace siglos debió de habitar algún ermitaño, jerónimo, según parece. El humo de su hogar entre cuatro piedras y una harpillera, va lamiendo y tiznando la losa — enorme concha de tortuga — que le sirve de techo. El troglodita de Bustarviejo no ha sido siempre pobre. Dígales usted, D. Mariano, a esos vecinos que si abandonan y descuidan la instrucción, acabarán por hundirse todos en cuevas semejantes a la del troglodita del camino de Valdemanco. Tienen prados, buenos montes de roble, mucho ganado. Son famosas las terneras de Bustarviejo. Pronto llegará colonia veraniega. No es como Valdemanco, perdido entre riscos, tan huraño y tan pobre que no hay maestra hace muchos meses, y las dos últimas han preferido perder la carrera antes de verse obligadas a soportar tanta molestia. Bustarviejo tiene «auto», gestiona el teléfono, es pueblo trabajador.

IV

NOCHE EN TORRELAGUNA

EL corral en estos pueblos, grandes o chicos, es, por desgracia, inevitable. Detrás de casa Montalbán está el corral, y en el corral, «la secreta», como decíamos antes en Castilla. Abro la puerta, y por el hueco se desliza, furtiva y silenciosamente, un perro que parece de goma. Ya estaría desierto el corral si no asomaran las primeras estrellas. Aun queda luz para distinguir el barro del estiércol, montones de leña junto al tapial, ruedas, yugos, trebejos de labor. . . Pero es el cielo, frío, con esa brillantez acerada del crepúsculo en la meseta, lo que atrae mi atención; y, sobre todo, el cielo visto a través de la única ventana de un paredón disforme, alzado como un fantasma, sobre la casa Montalbán. Es un antiguo convento en ruinas — quizá el convento de religiosas de la Concepción —, del cual sólo se mantiene enhiesto ese monstruoso lienzo de pared, con ese único ventanal por donde pronto se asomará la curiosa Diana. Se desplomará de un día a otro. Se deshará en polvo como D. Fernando y D.^a Guiomar, que dormían aquí su último sueño. Pero ¿será esta noche, o aguardará por lo menos otro sol para dejarnos salir vivos de Torrelaguna?

Con esa amenaza sobre nuestra cabeza salimos de la fonda. Torrelaguna, pueblo de labradores y ganaderos. Una calle cuidada, con ciertas pretensiones urbanas. Lo demás, melancolía e Historia. Vuelven los muleros del campo. Forman corros los hombres en las esquinas, y van pasando las muchachas, que visten como en Madrid. Primera escuela, la más antigua, la de D. Juan Sanz Relaños, maestro veterano, abierta sobre el arco del Coso, en un edificio mudéjar, cuyas venerables paredes conservan gracia y armonía, aunque se las come el polvo. ¡Delicioso rincón para limpiarlo, reforzarlo, asegurarlo, conservando todo su carácter, y dejar en él una escuelita de veinte o veinticinco alumnos! Pero lamentable cajón de niños para una escuela de batalla. Don Juan ha peleado mucho. Ha subido muchas veces esa escalerita empinada; paredes sucias, húmedas; peldaños carcomidos. Ha limitado el número, y aun así pueden más que él. Las ventanas que dan al Coso no tienen cristales. «¿Cómo es esto? — pregunto —. Se helarán ustedes.» Pero los cristales, en sus bastidores, los quita y los guarda don Juan todas las noches cuando cierra la escuela. Medida prudente, porque en el Coso hay muchas piedras.

Todavía aquí, si falta comodidad, espacio y material, no se echa de menos cierto prestigio arcaico. En el mismo Coso está un palacio del Renacimiento — que acaso sea el del marqués de Villanueva —, donde pronto quedarán instalados el Concejo y las nuevas escuelas. ¿Quién y cómo dirigirá la restauración? Pero hay otro maestro, el Sr. Quirós, que merece renglón aparte y cuya escuela tiene un solo hueco de un caserón, alquilado en 25 duros al año, donde no cabe ni la cuarta parte de la matrí-

cula. Es difícil imaginar más estrechez y mayor economía de sitio, de presupuesto y de atención a la obra del maestro. He visto también una escuela de niñas, que podía ser perfecta aprovechando bien el bellissimo edificio conventual en que está instalada. Y, por último, aparte de Carmelitas y Maristas, hay otra escuela, Patronato Montalbán, de construcción reciente, donde se respira aire sano: el de nuestro tiempo y no el de la época de Juan de Mena. Esto y el propósito de llevar las dos escuelas nacionales de niños al palacio del Coso, empieza casi a salvar la buena voluntad de Torrelaguna y a redimirla de anteriores culpas.

Son muchos, sin embargo, los descuidos de esta antigua villa, y todos ellos se revuelven en contra suya. El campo es muy extenso, y si la tierra no parece rica, el agua del Lozoya debe mejorar la vega. Montes, dehesas, viñedos, olivares, alamedas, forman el patrimonio de sus vecinos privilegiados. En el siglo XVIII — hacia el viaje de Ponz — contaría bien sus cinco mil almas. Un siglo después, Madoz apunta pocas más de tres mil. La última Guía no le da más de dos mil quinientas. ¿Por qué va menguando un pueblo situado en tan excelente posición? Para comprenderlo basta seguir en uno de sus paseos — casi siempre solitarios — al maestro más antiguo de Torrelaguna, a D. Severino Quirós.

Suele haber en la gran ciudad como en el pueblo chico alguna o algunas personas que son como la conciencia del lugar. Sienten y piensan por los otros, que se limitan a vivir, y su destino no es tan abrumador como pudiera suponerse teniendo en cuenta que la vida da en todas partes mayor cantidad de males que de bienes, porque la conciencia ya es en sí misma un bien, y lleva en el propio ejer-

cicio la compensación. Aquí la conciencia es un maestro: Quirós. Aspecto demasiado bronco. Formas, acaso, un poco rudas. Estos hombres a quienes la barba les crece tan deprisa parecerán siempre malos diplomáticos. Pero no creáis que en los pueblos, como en las ciudades, se revelan por el planchado y blancura de la tirilla los espíritus más delicados y más sensibles. Don Severino Quirós lleva veinte años aquí, y todo le afecta como si fueran tristezas y dolores propios. Por la noche, cuando ya ha terminado su trabajo, sale a dar estos grandes paseos, que hoy daremos también nosotros, aprovechando la media luz del creciente y procurando no tropezar.

Salimos por el arrabal. Comenzaremos la vuelta por el barrio más pobre. Casitas bajas, terrizas o empizarradas, pero la mayoría ruinosas. Pavimento de lecho de torrentera, con todas las piedras descarnadas. Hemos visto en más de una comarca este mismo espectáculo; pero no en igual proporción. Las casas que se hunden y no vuelven a levantarlas son casi tantas como las que conservan todavía pobladores. Llegamos al barranco. En la sombra es más imponente el derrumbadero. Volvemos a subir calle arriba para salir otra vez a las viejas murallas, internándonos en el corazón de la Torrelaguna señorial — que apenas late hoy —. Son casas antiquísimas en rúas estrechas, que casi tocan los aleros. Fachadas entramadas, con restos de la destruída ornamentación. Una cornisa sin sus gárgolas de piedra. Un arco sin el escudo. Ventanas ciegas. Puertas monumentales que dan acceso a un zaguán sin techo donde crece la hierba. La piedra se mantiene sobre la piedra, pero la tierra y la argamasa se blandean y hasta los cementos ceden. Quien haya

recorrido las calles de Santillana del Mar, donde la piedra ennegrecida vive aún, no llegará a imaginar cómo mueren los sillares de Torrelaguna. . . Al llegar a la plaza, de vuelta del paseo, la iglesia y el Concejo nos parece que guardan el silencio de un gran secreto, el gran secreto de la ruina y decadencia de un pueblo. . .

Montes, dehesas, viñedos, alamedas, olivares existían desde hace siglos alrededor de la villa que protegió Cisneros. ¿Cómo no han bastado para sostenerla? Cuando llegó D. Antonio Ponz en 1770 ó 1780 ya había casas destruidas en Torrelaguna, muchas de ellas solariegas. Del palacio de los Cisneros sólo quedaban los cimientos. El mejor, el del marqués de Villanueva, conservaba aún su galería de columnas. De entonces a acá, el campo y los montes siguen produciendo cada día más; pero cada día para menor número de familias. Ahora no trabajan para Torrelaguna sino en parte proporcional. Las rentas van fuera. Esto es lo que puede apreciarse en un sencillo paseo del arrabal a la plaza del Ayuntamiento.

V

CRUZAMOS EL REINO DE LOS PATONES

SANOS y salvos al llegar la mañana, seguimos viaje a Patones y su reino, ya dentro de la Sierra, a cinco kilómetros de Torrelaguna. Por cumplírseme este deseo de hace muchos años, venía yo dispuesto a arrostrar todo género de molestias y peligros. Pero en cinco kilómetros caben pocas aventuras, y ésta fué mi primera desilusión; pues yo me prometía algo serio y audaz, viendo que don Antonio Ponz no se atrevió a emprenderlo, a pesar de que su viaje estaba más cerca que el mío de la leyenda. Todas las referencias de Patones coincidían en presentarlo como rincón áspero y salvaje, en medio de escabrosos cerros, «de terreno tan pedregoso que difícilmente se encuentra en él un llano de veinte varas». ¡Imagínese mi desconcierto al oír que todos los días va y vuelve en bicicleta, de Patones a Torrelaguna y de Torrelaguna a Patones, un sobrino de D. Baldomero, el párroco! Este muchacho es ayudante en la escuela de la fundación Montalbán. ¡Es decir, que el reino de Patones exporta cultura! Por si lo dudábamos, al empezar la caminata por la vega del Lozoya, entre olivares y tierras bien labradas, vemos llegar perfectamente descansado al estudiante de Patones. Había venido

cuesta abajo, es verdad; pero por su aspecto sano y fuerte le juzgamos capaz de subir la pendiente a la misma marcha. Para demostrarnos de algún modo expresivo nuestro dominio de la Sierra, D. Martín Luis Guzmán — incomparable compañero de viaje — y yo decidimos no ir a Patones por la carretera, sino por el atajo.

Así llegamos, en efecto, a la gran cortadura de un arroyo llamado el Casa, por cerros pedregosos y ásperos. ¡Así es como se debe entrar en el reino de Patones! Por estas peñas debe andar la cueva del Requesillo, llena de estalactitas muy bellas. Nos han contado en Torrelaguna que un día los Patones, celosos de su independencia administrativa, dificultaron la gestión de un recaudador de contribuciones, descuartizándolo. Se descubrió el suceso porque un chiquillo encontró un brazo entre las jarras de esa cueva, y salió gritando: «¡Aquí está el brazo del recaudador!» Pero más tarde, en El Berreco, nos han dicho que los investigadores y recaudadores derrotados por los Patones fueron varios; y ello, de ser cierto, puede obedecer a razones históricas.

Y hora es ya de contar la leyenda de los Patones, tal como la refiere en su *Viaje de España* (T. 10. Carta II) D. Antonio Ponz, quien califica esta historia de «célebre antigualla». En la invasión mora, muchos buenos cristianos de tierra llana se refugiaron en las montañas, penetrando por esa gran abertura de la Sierra, entre Torrelaguna y el Jarama, buscando cuevas donde esconderse. «Fué de tal suerte — agrega el benemérito Ponz — que no cuidando los enemigos de la religión y de la patria de territorio tan áspero y quebrado, pudieron los Patones vivir en él todo el tiempo de la cauti-

vidad, manteniendo sus costumbres y religión, y sustentándose, como se cree, de la caza, pesca, colmenas, ganado cabrío y del cultivo de algunos centenos, como lo hacen también ahora. Eligieron de entre ellos a la persona de más probidad para que los gobernase y decidiese sus disputas, de cuya familia era el sucesor, y así se fueron manteniendo de siglo en siglo con un gobierno hereditario, llamando a su cabeza *Rey de Patones*. No es esto lo más gracioso, sino que después de haber recobrado España su primitiva libertad... se ha conservado en los Patones este género de gobierno (bien que subordinado a los reyes y su consejo) hasta nuestra edad, en que el último rey de Patones solía ir a vender algunas carguillas de leña a Torrelaguna, en donde lo han conocido varios sujetos, que lo trataron años pasados y me han hablado de él.»

Explica muy razonablemente D. Antonio Ponz de qué manera fué, poco a poco, cediendo sus derechos el rey de Patones, por cansancio, «por dejarse de cuentos» — «o acaso la ocupación del gobierno le impediría atender a su subsistencia» —. «Perdieron, por consiguiente, mil apreciables y antiguas prerrogativas, y no es poca la de que cuando el consejo comunicaba órdenes o decretos reales a los capitanes generales, gobernadores, justicias del reino, etc., escribía separadamente para su observancia al que regía este antiquísimo pueblo en esta forma: *Al Rey de Patones.*» «No hay que reírse — agrega Ponz —, que esto, según dicen, se puede comprobar en Madrid...» Entre el viaje a los archivos para ver si el Señor Don Fernando VI llegó a informarse de las circunstancias y gobierno de los Patones y el viaje a Patones, hemos dado preferencia al segundo; y aquí estamos.

Bajan por el cerro, hasta el mismo pie del arroyo, unas casitas humildes que se aprietan y amontonan, pero que en esta mañana de sol fuerte, de estío más que de primavera, nos parecen hospitalarias y alegres. ¿Quién hizo el milagro de llevar al primitivo reino de Patones una carretera ancha y cómoda que lo transforma y lo civiliza? Acordándome del recaudador, yo hubiera buscado un modo digno y heroico de entrar en el pueblo; pero las buenas mujeres que nos ven llegar se limitan a preguntarnos:

— ¿Qué venden ustedes?

— No vendemos nada. Venimos a ver al maestro.

Su pregunta nos dice que por esa carretera han entrado muchas gentes que no venían a cobrar la contribución. En efecto, conviene revelar ya el misterio: ese milagro de la redención de Patones lo hizo el Canal de Lozoya. El nuevo canal que abastece Madrid cruza nuestro reino godo independiente. Gracias a él hay casas nuevas, se reformaron otras, aumentó la población, tuvo casa la escuela y alojamiento el maestro. Desde la vega de Torrelaguna venimos siguiéndolo contra corriente, por uno de los paisajes más civilizados que puede ofrecernos la Sierra. El Canal de Lozoya preside y anima toda la comarca. Hay quien murmura que al acabarse las últimas obras y, por consiguiente, los jornales, se refugió en Patones alguna gente maleante; pero ésta es otra historia como la del recaudador. Subamos la cuesta que nos lleva a la escuela, sin ningún cuidado. Estamos entre amigos.

El maestro, D. Francisco Blanes, sólo lleva tres meses aquí. Tiene a su cargo sesenta y siete niños y niñas, en una escuelita soleada, simpática, pero

muy pequeña. Vemos que le emociona nuestra aparición. El camino es ancho; sin embargo, no le trae visitas todos los días y nos explicamos muy bien su sorpresa. La escuela de Patones requiere mucho material: mesas, bancos, libros, mapas... Los muchachos son fuertes y sanos. Su aseo va mejorando poco a poco. Pero además el maestro necesita comunicación. — Yo quiero declarar aquí un remordimiento. Hemos pasado por Patones demasiado deprisa; le hemos abandonado al maestro demasiado pronto. No hemos conocido al médico D. Mariano Echeverría, ni al párroco D. Baldomero. Todo esto por el exceso de fuerza traslaticia y locomotriz de que venimos animados. Necesitábamos devorar kilómetros, monte arriba, entre riscos, y Patones nos parecía ya poco primitivo, poco inédito.

Don Francisco nos dió su mejor alumno como guía, y nos dejó ir. ¿Hacia Atazar? ¿Hacia la Puebla de la Mujer Muerta? Todavía no. Por las márgenes del Casa, y a veces por el mismo arroyo, penetramos en la Sierra, gozando la delicia de este momento único en nuestra vida: el momento inicial de la verdadera excursión a lo desconocido. Un pastor de ovejas nos sale al paso. «¿Ande se camina?» «Al Berrueco» — le contestamos. «Este pastor — nos dice el guía — es el más rico del pueblo.» Tiene un gran plano frontal y unos ojos fríos. Sin duda sabe ya que no somos recaudadores; pero ha interpuesto su ganado y su cayada con tal autoridad que yo sé a qué atenerme: es el rey de Patones.

VI

DE PATONES A LOZOYUELA, POR EL BERRUECO

FEBRERO suave, febrerillo loco, nos permite remontar la corriente del Casa por el camino de guijos de cristal que va abriéndose él. Brinca el agua en las piedras. Con su pequeño redoble, da voz a la mañana de sol y a toda esta escondida y pacífica naturaleza, vestida de verde. En fin, no ya Garcilaso, sino Meléndez Valdés, vendría con nosotros muy a gusto por los dominios del rey de Patones. Pero si ahora, de pronto, se echara encima una de esas nieblas de la Sierra que traspasan los huesos, y el Casa procediera como quien es, como un torrente, veríamos trepar al buen Batilo, tropezar en jaras, espinos y peñascos, y acordarse de la sabiduría del moro que no quiso llegar aquí. Con viento y lluvia, o nieve hasta el fondo, el desfiladero ha de ser imponente. De ningún modo acertaríamos a encontrar senderos para dominar el macizo que guarda este barranco y para cruzar los otros valles hasta El Berrueco. Hay un lugar en que es preciso despedirse del Casa y encaramarse monte arriba. El muchacho va delante, como buen guía, y habla poco. Para caminar tan frescos y tan sobrados como él necesitábamos sus años, y además una ale-

gría equivalente a la suya por haber salido de la escuela con dos horas de anticipación. Pero ¡qué espléndida perspectiva en cada parada! ¡Cómo va ensanchándose el mundo! La respiración y la circulación se activan; y, una vez vencido ese primer cansancio de todas las iniciaciones, comienza la deliciosa fiebre de la montaña, que nos empuja a subir, a vencer la cima y a ver lo que hay al otro lado.

Ante todo, el pueblecito, con su iglesia y sus tejados rojos, no lo vemos ya. Aquí podría contar-nos el guía cosas de Patones, si no fuera tan discreto. Es hijo del secretario del Ayuntamiento, que, además, tiene taberna, estanco, ovejas y la secretaría del Juzgado municipal. Tan joven como es — once o doce años — y ya ha visto pasar por la escuela muchos maestros. El de ahora es muy buen hombre. Pero de quien más aprende él — estoy seguro — es de su padre. Digamos el nombre del muchacho: Antonio. Y el apellido: Melones. Antonio Melones, el más listo de la escuela y el mejor andarín, no ha estado nunca en El Berrueco; pero ha llegado a verlo dos veces desde la altura que ahora vamos buscando. Ha ido a Torrelaguna, y sabe bien de letra y de cuentas. ¿Por qué no ha de llegar este amigo nuestro, con el tiempo, a ser rey?

Todavía hay que cruzar dos valles con sus arroyos, monte bajo de roble, jarales, romero y tomillo, que anuncian ya este año la primavera temprana. Empieza a espaciarse el horizonte hacia el llano del Jarama, y, por fin, recompensa nuestro esfuerzo, al llegar a la loma, el espectáculo grandioso del otro llano que comienza a nuestros pies, en El Berrueco, y se extiende hasta las cumbres de Somo-

sierra. En la divisoria de aguas, Antonio se despide. El reino de los Patones no pasa de aquí.

Si esto fuera un libro de viajes, yo anotaría la pintoresca variedad del país que vamos recorriendo, y no dejaría de llegar al torreón que asoma coronando unas colinas de tierra roja, salpicadas de pedruscos calizos, blancos como cabritillos. Pero el plan se reduce a ver escuelas y a contar cómo son. Hemos de ver de aquí a Buitrago las de El Berrueco, Sieteiglesias y Lozoyuela. Quedaría, sin embargo, mal descrita la escuela de El Berrueco si no presentáramos el pueblo tal como lo hemos visto desde los altos de Cirujea, con su montón de piedras berroqueñas delante y el arroyo de la Dehesilla bordeándolo. Piedra dura que la corriente de siglos no puede socavar, y se limita a resbalar por ella puliéndola como un enorme canto inmóvil que hace rodar al agua. Más allá de estos peñascales empieza la llanura, y El Berrueco se extiende, no ya como una ciudad-jardín, sino como una ciudad-corral. En posadas y paradores sólo encontramos vino tinto. No llega a más la hospitalidad. Pero el maestro del pueblo nos desquita de esta penuria. Es joven, inteligente e ilustrado. Ha hecho hasta el cuarto año de Medicina, y sirve como buen practicante en casos de necesidad. Se llama Stéfani Reinel.

La escuela de El Berrueco es típica. Parte, a medias con el Ayuntamiento, una casita baja, y el lado mejor es el de la escuela. El Concejo se reúne en esa media cruzía sin cielo raso, viéndose al aire las vigas del tejado, como en una cuadra. La escuela, por lo menos, tiene techo. Es pequeña. Fué preciso limitar el ingreso. Aparece el alcalde, Gregorio Montero. Hombre recio. Blusa azul, boina, za-

jones y alpargata. Al lado del maestro, con su fisonomía viva, su frente ancha y su aspecto un tanto fatigado, bien se ve cuál es el producto natural del suelo. Si la escuela de El Berrueco es pobre, la vida lo es más todavía. Pero no se crea que el lugar es pobre en dinero y en recursos. El más modesto guarda aquí siete u ocho mil duros. Y el más rico — esto completa el cuadro — se acuesta después de cenar una ensalada de corujas, que a mí me parecieron acelgas o berros. No es dinero lo que falta. Les falta el arte de vivir. Aquí debía erigirse la escuela más perfecta, la más alegre, la que lograra más profundo sentido estético, porque de esto no tienen aquí, y en cambio, no necesitan ni dinero ni pan. Los vecinos de El Berrueco son labradores, ganaderos. Antes se les llevaban la lana los tratantes de Riaza. Ahora ya saben manejarse ellos. Compran y venden; pero el dinero lo guardan en billetes esperando a que salga una buena ocasión. Su sentido de la vida es sobrio, estrecho, berrueco también; careciendo de todo, llegan a no sentir privación en medio de la más inconcebible sequedad espiritual. Cerca del rollo, vamos a casa de Cecilio Cobertera, el secretario. Su padre ha sido muchos años maestro del pueblo, y es un viejecito risueño, limpio y simpático, lo más alegre y juvenil que hemos visto en este viaje a la Sierra.

Cada escuela es un caso distinto, y cada caso habría que tratarle como un problema de arte. La de El Berrueco exigiría abundancia, exceso de elementos, y esos nunca los daría el pueblo. Sería preciso llevarlos de fuera. En cambio, ¿con qué poco quedaría arreglada y decorosa la escuelita de Siete-iglesias! Este es el lugar fundado sobre piedra berroqueña, en el que la iglesia ajusta sus cimientos a

las grietas de una enorme concha de granito que el agua, la nieve y el viento han ido alisando y puliendo como el cráneo de un gigante. Cae ya en el llano, cerca del camino de Francia. La sorprendemos en plena clase. ¡Quietos! ¡Nadie se mueva! Es mejor que los niños sigan en sus bancos, aunque ya consideramos imposible hacerlos trabajar como si no hubiéramos llegado nosotros. Escuela diminuta y atractiva. Sólo necesitaría buen material. Los alumnos son pocos. Cuento, entre niños y niñas, alrededor de una docena, con lo cual la maestra — doña María Ortiz — parece que preside los trabajos de una familia. Algunos son pastores, que cuando pueden guardan el ganado. Todos tienen buena letra, cuadernos limpios. Hasta ortografía. En el afán con que se aplican, en la energía con que agarrotan sus manos habituadas a juegos y trabajos rudos, para manejar la pluma, se ve que ésta es una raza ordenada, económica, previsora, y, además, llena de energía. El serrano de por aquí podrá ir a cualquier parte y no se perderá.

Dos palabras nada más, pues ya es tarde, sobre Lozoyuela. Aquí, el local, instalado en los bajos del Ayuntamiento, puede decirse que está bien. Lozoyuela, en la carretera de Francia, es pueblo rico. Pero las ventanas de la escuela dan al Norte. En cambio, las del calabozo y otras dependencias inferiores dan al Mediodía. Hay sol para el alguacil y no lo tienen los muchachos. La parte alegre mira hacia la plaza, donde se corren toros por lo menos una vez al año. El maestro — D. Francisco del Fresno — lucha, inútilmente hasta ahora, para corregir ese error que desluce la buena voluntad de un pueblo celoso de su prestigio en toda la comarca.

VII

BUITRAGO Y SUS TRIBUTARIOS

DETÉNGASE el viajero curioso y ocioso en Buitrago. Cenará perdices — como en los cuentos que acaban bien —, buena perdiz estofada, y pan de la mejor cochura. Tendrá ropa muy limpia. Pero, además, verá cosas extrañas, únicas. Esas cosas que por singular permisión del Cielo nos es dado contemplar hoy, y que acaso mañana, cuando volvamos a pasar, se hayan desvanecido como el castillo de los Siete Durmientes. Apresúrense a ir, porque ese momento de la pulverización y disolución del pasado se aproxima. Hoy puede apearse del autobús de línea y pisar una de esas grandes paradojas vivientes que sólo quedan en España. Toda una villa histórica, deshaciéndose en el tiempo. Toda una ruina, los cercos y las murallas. Y dentro de la cáscara vieja, una almendra sana. Es el caso, siempre pasmoso, del olivo muchas veces centenario, de cuyo pie, seco como un cascajo, nace un maravilloso brote.

Hay una plaza en Buitrago. . .

Pero vamos despacio antes de llegar a esa plaza, donde está la escuela. Imaginemos una familia poderosa, que por legado de los siglos conserva viejas reliquias, deslucidas y apolilladas. Quiere

guardarlas, pero no se resigna a apolillarse con su propia historia. Esta familia aprovecha las más decorativas para su mobiliario y encierra las otras antiguallas en museos o desvanes. Lo que no hace es vivir como Buitrago entre ruinas amenazadoras y avanzar al paso del viajero — del visitante — unos murallones en equilibrio inestable que amenazan dar a las bocinas de los «autos» virtud de trompetas de Jericó. Pero, ¿cómo guardará Buitrago en museos las reliquias de su historia, si la historia es tan grande y la villa tan chica?

Ahora ya podemos llegar hasta nuestra plaza, la que está situada, no en la almendra, sino en la cáscara; no junto a la calle comercial donde lucen tiendas a la moderna: abacerías, café y billar, sastreías, farmacias, comercios de tejidos — con un anuncio luminoso —, sino la plaza del torneo, con el castillo de los Mendoza a un lado, la casa del Concejo y el Hospital del Salvador, al otro, y para cerrarla, frente a las casas solariegas, casi todas rotas, un paredón almenado, por donde la Edad Media se asoma a la eternidad; es decir, a la corriente siempre joven del Lozoya.

Aquí tenemos la escuela, en los bajos del Ayuntamiento, y va a guiarnos uno de los mejores maestros nuevos de esta región, D. Pablo Barrio. Sobre las paredes proyectan su sombra los torreones del castillo. Quizá por eso la escuelita nos parece tan medieval. ¿Cuándo se hizo el solado? ¿Es anterior a la entrada de los franceses? Se ve que lo han trabajado muchos pies infantiles y muchos dientes de rata. ¡Sabe Dios cuántas cosas saldrían de entre las astillas si diera aquí una pisada fuerte, no ya un caballero vestido de hierro, sino cualquier carbonero de Manjirón! La escuela, agujereada, húmeda,

pobre, estrecha, tiene espíritu porque el maestro sabe prestárselo... Pero no conviene decir más. Cuando volvamos a Buitrago ya habrá desaparecido. El Ayuntamiento ha resuelto derribar su casa y construir otra de nueva planta.

Al enterarnos de que están acordados el derribo y la reconstrucción, salimos a la plaza y contemplamos el pequeño edificio condenado a muerte. Una sencilla columnata arriba, formando galería. Una puerta de ancho dintel, con su escudo — la encina y el toro —, y sobre las ventanas, medallones del Renacimiento. Tal como está, desde fuera, parece bien; entona con este patio de armas, tanto que nos inquieta un poco la idea del futuro palacio municipal. (Hemos comunicado nuestros temores a un ilustre arquitecto, artista que sabe ver la vida de las piedras viejas: Anasagasti, el cual generosamente se ha brindado a trazar el proyecto de reconstrucción, aprovechando materiales y elementos decorativos. Traspaso su espontáneo ofrecimiento al Concejo y al maestro de Buitrago.) El Hospital del Salvador es severo y sobrio. El murallón almenado, una fortaleza. Y el castillo, elevándose enfrente, obliga mucho a quien toque una piedra en ese lugar. Sirve como campo de juego la misma plaza, con lo cual esos muchachos, sin darse cuenta, viven una infancia de cronicón y de archivo histórico. Habría que reconstruirla muy bien, nueva por dentro, entonada por fuera, para que la escuela fuese digna de perdurar junto a tan gloriosos vestiglos.

Pero ¿qué será del castillo? Aquí no hay piedra, como en Torrelaguna, sino ladrillo y argamasa; la típica mampostería. Los muros mudéjares han aguantado siete siglos; acaso más; y parecen llegar al cabo de su resistencia. Recuérdesse que a esas

ventanas ojivales se asomó D. Pedro *el Cruel*. Y si no hay fantasía para recordarlo, lléguese el lector, como hice yo, a mirar el palacio por dentro. No queda un techo. En 1769, cuando lo visitó madame D'Aulnoy, el duque de Pastrana lo tenía «magníficamente decorado y amueblado, con cuadros notables y raros tapices». Lampérez habla todavía de las chimeneas de traza oriental. Yo he visto ahora el patio de armas arado y sembrado de trigo. No puede decirse como del torreón de Fuen-saldaña: —*Hoy no cobija su recinto mudo — más que silencio, soledad y sombra.* — En los versos de Zorrilla cabían pájaros y telarañas, pero no mulas de labor. No queda una estancia en pie. Machos y verdugadas se desploman. Podéis salir al tajo del Lozoya para contemplar la ruina de aquel soberbio puente, grande y audaz como el de Toledo, y de pronto se os vendrá encima un bloque de argamasa del siglo XIII. ¿Qué va a hacer Buitrago? Si fuese París daría nuevos cimientos de oro a las gloriosas ruinas y sabría cotizar su pasado. Pero téngase en cuenta que con todas sus murallas, sus castillos, sus iglesias y fundaciones, la villa de Buitrago no tiene siquiera setecientos habitantes. No puede ni restaurar las ruinas ni derribarlas. Está condenada a la admiración y a la compasión de los turistas.

Su desquite lo toma la calle del Comercio. Nadie se explicará la intensa vida de este pueblo, que apenas pasa de medio millar de almas, si no sabe cuántos tributarios tiene Buitrago. Esas abacerías, sastrerías, farmacias, tiendas de tejidos, más que para Buitrago, son para los pueblos próximos. Desde hace muchos años venían a comprar bayetas, pañería, indianas y quincalla. Trabajaban los linares del campo y los telares de la villa. Ahora trabajan

los mostradores; los pueblecitos siguen fieles, y la calle Real de Buitrago, como la de Fernando, en Barcelona; la del Correo, en Bilbao; la del Príncipe, en Madrid, sostiene una tradición de judería, activa y lucrativa. Gracias a ella Buitrago deja la impresión más grata y más animada, entre todos los pueblos y villas de la Sierra. Gracias también a este espíritu de modernidad podemos confiar en que las nuevas escuelas serán verdaderas escuelas-modelo, para conservar el prestigio ante su clientela de pueblecitos tributarios. Gascones, La Serna del Monte, Manjirón, hasta Montejo de la Sierra y la famosa Puebla de la Mujer Muerta, con otros que valen para Buitrago mucho más que las ruinas del siglo XIII.

VIII

LA BATALLA DE SOMOSIERRA

DESDE los montes de El Berrueco a este camino que sale derecho de Buitrago hacia el Norte hemos tenido siempre enfrente Somosierra, con su gran enjalma de nieve y su puerto. Pero antes de seguir la tentación de esa línea recta, debemos ir a Gascones y a La Serna. Son los tributarios más inmediatos de la villa goda y semita, es decir, comercial y guerrera. En Gascones hay un buen maestro. Para ir a verlo es preferible cortar por los cercados, aunque sea necesario saltar algunas tapias. Son prados húmedos, salobrales, y la propiedad ya sabemos que defiende mal lo que no vale nada. El maestro de Gascones, D. Francisco Ruiz, tiene una escuela humilde, de la que logra sacar partido. Todo el pueblo con sus casas de adobes, y al pie el agua muerta de algún albañal, se limpia gracias a la generosidad de la Sierra, que mana muchas fuentes.

Pero allí hemos visto una casa típica del país; su amo, Felipe Briceño, labrador, y quiero citar el sitio en que se alza: la plazuela del Angel, porque allí hay una maestra — sin saberlo ella y sin figurar en nómina —. Una maestra de la Escuela del Hogar, tal como se entiende en Gascones, en la Sie-

rra y en toda esta Castilla carpetovetónica. Limpieza, economía, sobriedad: éstas son las enseñanzas que cultiva un ama de casa y que resplandecen desde el zaguán hasta el granero, desde las cantaderas a los peroles de cobre. En estas células de vida sencilla, pero íntegra, hay de todo; sólo desaparece, poco a poco, lo que antes fué preciso: el vargueño, la mesa de hierros y chambrana, el velón, el brasero de copa. . . Estéticamente, se han empobrecido estas moradas de labriegos acomodados. El hijo mayor está en Alhucemas o acaba de volver, y el pequeño ha ido al campo, con el padre. No se ve un libro en toda la casa. La madre limpia, cose, zurce, cocina, amasa el pan. . . Todo esto es lo que enseña a sus hijas y lo que éstas aprenden mejor cuando se les va borrando la lección de la maestra. Alguna vez chocan las dos enseñanzas. El exceso de economía es el mayor enemigo de las primeras letras.

Comparemos la casa de Briceño, mejor dicho, la de Josefa Carretero, su mujer, con la casita que ha destinado el Concejo a la maestra de La Serna del Monte. Esta es una de las escuelas más miserables de la Sierra. El pueblo es chico: ciento veintinueve habitantes. El local, reducido. Arriba, en tres habitaciones, limpiezimas y bien enlucidas, vive con sus dos hijas una maestra muy discreta, muy educada. Manos femeninas dulcifican y atenúan tanta pobreza, y hasta llegan a transmitirle cierta graciosa sencillez. La maestra es andaluza. En la salita veo un piano. ¡Un piano en la escuela de La Serna del Monte! ¿Cómo lograrían izarlo, si apenas he podido subir yo de frente por la escalerilla? Y las ventanas, aguardilladas, son más bien claraboyas. Cuando cubra la nieve de Somosierra toda la hondona-

da y se extienda el terrible silencio de la noche por estos contornos, imagino con qué mágica, extraña — o extranjera — poesía sonarán las notas de ese piano. Mozos y mozas sentirán, probablemente, la comezón del baile, aunque oigan música de Listz. de Chopin o de Beethoven. Déjenlos. Esta es toda vuestra compensación, maestras y maestritas: ya que no tenéis trigo en el sobrado, jamones y embutidos en la despensa y unas fanegas de tierra que os den para vivir. Otro ideal, otra cultura; otros tacones más altos — invisibles — para asomarnos por encima de las montañas. . .

Por este lado del último cerco de Madrid, la escuela más alta es la de Somosierra. Vamos a visitarla. Llegamos una mañana tibia de sol, que no engaña; los abrigo al brazo, y descubiertos, para recibir la caricia del viento primaveral. En el dintel, enterizo, de piedra está grabada una fecha: «Año de 1794.» Es anterior a la francesada. Y al abrir la puerta, bajísima, sale a recibirnos un hálito húmedo y frío, de 1794. ¡Vengan aquí los señores pedagogos que no dan importancia a la escuela y creen que el buen maestro hace bueno el peor cuchitril! Suban esos peldaños y no se preocupen si rechinan un poco. Bajen la cabeza para no tropezar en el techo. Han entrado en la escuela de Somosierra. Amontonados, unos cuantos pupitres y unos bancos, un mapa, una pizarra. Y treinta niños de seis a doce años, como pichoncillos que educa en su palomar D.^a Prudencia Martín Rojas, la maestra nueva. Un palomar. Cuando hablé al inspector de esta zona, Sr. Besteiro, de mi propósito de llegar hasta Somosierra, me dijo: «Allí verá usted un palomar.» Y así era. Yo comprendo que pueblos pobres difícilmente pueden hacer cosa mejor, ya

que sus viviendas apenas se diferencian de ésta. Por eso quiero que se les ayude. Si el Municipio y el Estado no pueden — sufran, por lo menos, la vergüenza de oírlo — acudamos en su auxilio todos los buenos ciudadanos y remedemos casos tan extremos de pobreza y de pequeñez espiritual.

Quizá esta casa de 1794 era ya palacio del Ayuntamiento de Somosierra en el año 8. Quizá fué asesinado aquí el cura que amablemente recibió a las primeras tropas francesas. Recorremos los montes. Dominándolos, es difícil aceptar la derrota de D. Benito San Juan, así como la carga de los lanceros polacos, mandados por el conde Felipe de Segur. Tenía el desdichado jefe poco material. Seguramente sus cañones — como en Santiago, como en Cavite — carecían de alcance y de proyectiles. Teníamos un ejército, jefes abnegados, soldados valientes. Pero les faltaba eficacia. Si Napoleón volviera hoy al puerto de Somosierra encontraría el pueblecito tal como lo dejó. No hemos dado un paso. Las mismas casitas pobres junto a la carretera, las mismas gentes. Sólo con asomarse al palomar de D.^a Prudencia comprendería de qué manera España sigue perdiendo todos los días, desde hace un siglo, la batalla de Somosierra.

EL PREJUIICIO CONTRA EL MAESTRO

«LA LETRA, CON SANGRE ENTRA»

ESTA frialdad de muchos pueblos, esta indiferencia manifiesta por la escuela, sería inexplicable si no hubiera un sordo y lejano rencor. Yo creo que los maestros de hoy pagan culpas de los bárbaros — y desdichados — maestros de otros siglos. La crueldad y la violencia; en suma: la maldad, nunca se pierden. Como el bien y como el trabajo, dan frutos fatales donde y cuando menos se espera. A veces con injusticia. Esto explica el martirio de unas cuantas generaciones de maestros, cuyo sacrificio expiatorio debemos considerar ya más que suficiente para merecer la redención.

Dura todavía la hostilidad, encubierta e inconcesada, en lugares donde las costumbres son de difícil mudanza. Para encontrar la clave de tan misterioso sentimiento he buscado testimonios escritos de lo que fueron nuestras escuelas hasta fines del XVIII. Son historias de ayer. No las consideréis demasiado remotas, lectores que por vuestra suerte habéis nacido a este lado del 900 y os complacéis en mirarlo como una gran cordillera que cierra, afortunadamente, el paisaje de vuestra vida. Son historias de ayer, y si caminamos un poco por los pueblos

de España no tardaremos en dar con las supervivencias.

En el «Fray Gerundio», en el padre Feijóo, en las cartas de Narganes, podemos aprender lo que era una escuela del 1700. El padre Isla, en ese libro garbancesco donde el sentido común ha tomado formas tan zafias y villanas que no lo soporta hoy nuestra urbanidad, habla con feroz desprecio de la escuela del pueblo. Era en ella tirano aquel cojo de Villaornates, discípulo del maestro Socaliñas, que vivía adulando a los personajillos y dedicándoles carteles encomiásticos. Los padres del héroe de Campaza lo entendían bien. «Además de pagarle muy puntualmente el real del mes, la rosca del sábado que llevaba su hijo era la primera y siempre acompañada de dos huevos de pava como dos bolas de trucos.» Para eso tenía que cuidarle y mirarle y sonarle, «. . . y hasta soltarle los dos quartos traseros de las bragas cuando quería proveerse. . .» Se burla el padre Isla de las primeras nociones de fonética castellana, tal como llegaron en el siglo XVIII a las escuelas de nuestros pueblos. Pero tan soez hizo a su «Fray Gerundio», que el paso por la escuela no le deja sino el recuerdo de un maestro cruel y servil — que azota a los pequeños por ira —, y de unos compañeros hipócritas o vengativos.

Es D. Manuel José Narganes de Posada, escritor de menos renombre, quien describe con vivo color la escuela de su infancia. Como otros muchos españoles de su siglo, y del nuestro, aprendió a ver España viviendo en otro pueblo. Enseñó en Vergara y en Soreze — de Francia —, y como su libro *Tres cartas sobre los vicios de la Instrucción pública en España* es poco o nada conocido, fuera de

los maestros que cursan Historia de la Pedagogía, voy a copiar aquí su terrible semblanza de las escuelas españolas a fines del XVIII y principios del XIX.

LA ESCUELA Y EL MAESTRO DEL XVIII

«Apenas sale un niño de los brazos de su nodriza, quando entra en poder de un mendigo ignorante que lo espera con la palmeta en una mano y el azote en la otra para enseñarle lo que llaman primeras letras; es decir, para darle la primera educación. Este es el primer beneficio que recibe de la sociedad, éste, el maestro, que la vigilancia paternal del Gobierno le destina para que forme sus hábitos y eche los primeros cimientos del sistema de sus ideas; en una palabra: para que forme su carácter, su moralidad y su razón.

»Sí, un mendigo ignorante, pues tales son y han sido siempre los maestros de escuela, sobre todo en los pueblos pequeños de España; y si alguno, por no haber visto más que las escuelas de primeras letras de las ciudades grandes, trata mi proposición de exagerada, que visite las de las aldeas y aun las de las poblaciones de segunda y tercera clase, y dígame luego si exagero en lo que digo.

»No es necesario que pregunte dónde está la escuela. Antes de entrar en el lugar oirá un ruido infernal, mezclado tal vez con algunos chillidos dolorosos, que le servirá de guía. Al entrar en la escuela verá un gran número de chicos de todas clases, de todas edades y aun de todos sexos, unos con libros y otros con papeles en las manos, leyendo en voz alta y quanto alcanza la fuerza de sus

tiernos pulmones: método ingenioso que los maestros han inventado para saber con certeza quién trabaja y quién huelga. El que yo tuve rezaba entre tanto sus devociones, o dormía apaciblemente al son de nuestro agradable canticio; y quando interrumpía tan santo y saludable exercicio era sólo para castigar a los que, cansados de gritar, o excitados por el deseo de jugar, tan propio de su edad, le habían distraído o despertado. Ni creas que para esto se incomodaba: bastaba con una seña; el reo se presentaba ante su tribunal, y la palmeta le decía que era menester gritar hasta enronquecer y estarse dos o tres horas sin reír ni jugar: semejante a los ignorantuelos (*Les P. P. Ignorantins*) que había en otro tiempo en Francia, su lengua estaba en sus manos y hubiera podido ser maestro de escuela aunque hubiera nacido mudo.»

Tal fué el maestro, tal fué durante siglos la escuela. En terreno propicio a rebeldías y odios, esto es, a reacciones violentas, los padres y señores tiranizan y maltratan al maestro, el maestro tiraniza y maltrata al discípulo, el discípulo llegará a ser alcalde y se vengará. Aprender a leer, escribir y contar es aprender a guerrear. El procedimiento de enseñanza es el mismo de las escuelitas moras que Gómez Carrillo acaba de visitar en Fez. Los moritos leen y recitan el Corán ante un hombre medio dormido, medio despierto. De pronto cae la caña del maestro sobre la cabeza rapada de un chico, y suena como una nuez de coco. Pero en Fez, por lo menos, ponen en sus manos el libro de la sabiduría.

LIBROS PARA LECTURA. LOS MODELOS

«Pero veamos quales son los libros elementales que les ponen en la manos. En esto no hay regla; porque como sólo se trata de que aprendan a conocer las letras y a combinarlas, para esto todos los libros son buenos, traten de lo que quieran.

»Unos tienen el *Belarmino* con los exemplos y sabias adiciones del traductor español; otros los *Gritos del infierno*; algunos, los *Casos raros de vicios y virtudes*, o el *Espejo de cristal fino y antorcha que aviva el alma*, y los más, la vida o milagros de algún santo abogado de su familia; pero todos han pasado ya el libro de aquel necio orgulloso, que tuvo la osadía de usurpar el nombre más respetable de la antigüedad para dar lecciones de estupidez a los niños. (*El Catón cristiano.*)

»Quando ya saben leer de corrido la letra de molde, pasan a leer la manuscrita, y esto se llama leer en carta o en proceso: los libros elementales para éste son cartas, las más veces de comercio, que los chicos se procuran en sus casas, o el expediente de algún pleyto de su familia, o que les presta el escribano. ¡Excelentes modelos para aprender la lengua y formar el estilo.»

Este párrafo de Narganes nos descubre la razón de una tendencia, que yo nunca había podido explicarme en personas de mediana cultura, a escribir con el molesto, difícil y farragoso estilo curial. La curia escribe por envolver conceptos y llenar pliegos. Estos pliegos fueron las primeras lecturas de muchas generaciones de españoles. Prosa curial o prosa de notaría; pleitos, procesos, expedientes,

documentos en derecho... ¡Por eso lo aprenden tan pronto los oficiales de escribanía, los secretarios de Concejo, los sargentos! Y a veces es una magnífica, recia y nervuda prosa castellana, que suena bien en ciertos oradores, aun sin ser abogados.

CRUELDAD, ENVILECIMIENTO

La ciencia que se estimaba más en el maestro era la del buen pendolista. Los niños que habían de seguir carrera pasaban muy pronto al latín. Los ricos tenían bastante con saber firmar. Los comerciantes necesitaban más y lo aprendían «a fuerza de azotes y de mojar papel con tinta y lágrimas». En la parte moral, el catecismo y unas oraciones; pero los maestros no daban a los muchachos ejemplo de ninguna virtud.

«... ¿No son ellos los que les presentan todos los días los ejemplos de la cólera y de la venganza, castigando sus faltas, no como un amigo que quiere corregir sus defectos, sino como un hombre ofendido que quiere vengarse de un agravio?

»¿No son ellos los que les enseñan a ser injustos por la arbitrariedad de sus castigos, proporcionados las más veces al humor del maestro, y no a la culpa, y por la interesada parcialidad para con los hijos de los ricos y mandones, a que los fuerza su misma pobreza?

»¿Hay día en que no se trate de acostumarlos a perder el rubor y la vergüenza, haciéndoles sufrir los castigos más ignominiosos y enseñar su desnudez delante de sus compañeros? ¡Y qué buena lección para las costumbres de las escuelas en que los

niños de los dos sexos son admitidos y tratados sin distinción!

»En fin, ¿quieres todavía más? Los maestros no son regularmente los que azotan; válese para esto de los niños mismos; y ésta es, entre ellos, una especie de recompensa; y no pocas veces el que hoy azota fué azotado ayer por el que hoy es paciente. Si el chico se resiste, lo que sucede muy a menudo con los que ya son grandezuelos, entonces el maestro llama a su socorro a toda la escuela: un *a él* basta para que todos los muchachos, que no desean hacer otra cosa, caigan sobre el cuitado, hasta que lo despojan y le hacen sufrir el castigo.»

Narganes de Posada hablaba ya el lenguaje de Rousseau y «del buen Pestalozzi». Veía cómo el aprecio de sí mismo es el móvil más poderoso que la naturaleza ha dado a los hombres para conducirlos hacia el bien «y que los afrentosos castigos y penitencias ignominiosas hacen cuanto pueden para destruirlo desde la niñez. . .» Pero el chico había de ser duro como el maestro. Disponíase a entrar en un mundo donde todos sus guías, valedores y compañeros, iban a gritarle sin duelo ni piedad: ¡A él!

NOTA A LA VIDA DE NARGANES

Leyendo el librito en que aparecieron sus tres «Cartas sobre la Instrucción», me interesó la vida de D. Manuel José Narganes, estudiante y luego maestro en el Seminario de Vergara, emigrado dos veces, profesor en Soreze (Francia) de Ideología y Literatura española, masón y afrancesado en Madrid el año 10, redactor jefe de *El Universal* el año 20 y eclipsado bruscamente a partir del año 23. Iba buscando un dato sobre la vida de Narganes, uno solo, el más interesante para juzgar de su valor moral. Narganes fué nombrado el año 23, al cesar la publicación de *El Universal*, redactor de la *Gaceta de Ma-*

drid, con atribuciones de director. Menéndez y Pelayo llega hasta aquí en una nota sobre esas cartas. El Sr. Gil y Muñiz, que publica un cuidadoso y bien inspirado ensayo sobre Narganes en el *Boletín de la Institución*, no agrega más noticias. ¿Qué fué de este profesor liberal, enciclopedista, nutrido en el espíritu del siglo XVIII francés, al volver la reacción fernandina?

¡Qué alegría, qué satisfacción causa disipar una mala sospecha! Si Narganes desaparece será porque huyó a Francia otra vez, o lo mataron los exaltados realistas, no porque transigiera con Calomarde y haya acogido su debilidad un silencio piadoso. En la historia de la *Gaceta* pasa como un relámpago. Le sucede, al entrar Angulema, D. José Dusso y Latre, capellán de honor de Su Majestad. El padre Dusso conserva a un antiguo redactor, cuyo nombre consta: D. Gabriel García, y nombra oficial segundo al párroco de Cobartelada, D. Antonio Sanz. Narganes no ha imitado a las gentes plegadizas, manuales y flexibles, capaces de vivir con la revolución y con la reacción. Ha emigrado, sin duda, como los constitucionales de verdad.

Otros se arreglaron con arte para no salir de su patria. — ¿Cómo va a aconsejar el general Guillerminot, que es *fladelfo* y dirige al duque de Angulema, un Gobierno arbitrario y despótico para España? — Así le hablaba a Alcalá Galiano un liberal patriota, compañero de Narganes en *El Universal*. Era, en efecto, un liberal y un hombre de talento; pero quería convencerse a sí mismo y no le faltaban argumentos. Los *Pipaones*, en España, como luego los *Peces* — yo no olvido mi Galdós —, siempre fueron prolíficos. Muchos cambiaron de casa tres veces en cuatro años, de 1820 a 1823.

No era de éstos el pedagogo — periodista que había nacido para luchar —. Se me permitirá, con ocasión, y, si queréis, pretexto de la frase citada por Alcalá Galiano y desmentida por los hechos de Calomarde, una observación de carácter histórico, y es: que desde entonces tienen ya su importancia, su utilidad y su destino providente esos tipos de hombres dúctiles, y otros más maravillosos todavía que con el tiempo habían de ser *los neutros*. Quizá no sea inoportuno recordarles esta frase de madama Stael: «He observado que en todas las revoluciones hay una porción de hombres que son los depositarios de la confianza e intereses de todos los partidos; tales son esos seres indiferentes y pasivos al sentimiento cívico. Pues estos hombres sin corazón son un bien para la sociedad en casos tales.» Traduce la frase y acierta a darle sabor español, muy siglo XIX, un buen hombre que apenas es escritor, ni

lo pretende, pero que escribía las *Memorias* de sus «vicisitudes políticas» hacia el año 24: el librero y editor valenciano D. Mariano de Cabrerizo. Buen hombre, he dicho, y buen liberal. «En efecto — agrega —, algunos de estos a quienes nosotros apellidábamos *pancistas* nos han dispensado en nuestros mayores conflictos, y a nuestras familias también, servicios humanitarios que no podemos olvidar, y estoy conforme con madama Stael en la necesidad de la existencia de estos hombres pasivos mientras que su indiferencia no se roce con el fanatismo en sentido alguno.» Si en cada momento lucháramos todos, una nación sería un infierno. La admirable y magnífica madama Stael tiene razón. Cabrerizo también. Hay gentes tan sencillas que saben ser los vencedores sin haber combatido. Pero D. Manuel José Narganes de Posada — conviene repetirlo — no es de esa especie. La historia de la *Gaceta* reivindica su buen nombre si alguien cree que llegó a claudicar.

II

A DOÑA LUZ DE LA FUENTE, MAESTRA NACIONAL EN CARTAGENA

SÓLO al sensible y delicado corazón de una mujer inteligente — la delicadeza en el sentir es siempre inteligencia — le está permitido inspirar carta tan halagüeña para enviarme reconvencción tan amarga. Cree usted ardorosamente, con vehemencia propia del amor entrañable a su profesión, a su vocación, que no debí recordar «el negro pasado de la escuela de primeras letras». «¿Por qué, señor, expuso usted a la pública vergüenza esa página dolorosa y humillante que tanto nos duele, sin culpa, a los maestros de hoy?» Refiérese a la tradición española del XVIII y a la semblanza de Narganes; pero, en realidad, es a todo *el pasado negro*. Por mi probado afecto hacia los maestros no quiere usted que considere cuanto dice como reproche ni como queja siquiera. «No es eso — agrega usted —. Yo me he permitido esta confidencia por la seguridad misma de ese afecto, con la misma confusión que se pregunta a un padre bueno y cariñoso la causa de su enojo o tristeza.» Si reproduzco en carta abierta su frase más exaltada, procediendo con cierta violencia, es porque no acertaré nunca a separar la parte sentimental en esto

que llamamos «problema de la educación», y porque sus palabras me justifican mejor de lo que yo pudiera hacerlo. Para explicar bien el motivo me interesa contestar públicamente a su amable carta.

Era preciso buscar alguna causa a la resistencia roma y obstinada de los pueblos. ¿Cómo no comprenden que vale más hoy en el mundo el que más sabe? ¿Cómo no despiertan, ya que se les ayuda, se les advierte, se les ofrece medios para mejorar su instrucción? Nos preocupan el pasado y el porvenir del maestro; pero es mucho más trágica y digna de interés la suerte de este niño grande, perezoso y resabiado que es el pueblo. En el fondo, todos los maestros de corazón están conmigo, y en tener ley a los pobres de espíritu fué nuestro primer guía el divino Maestro de Nazaret. Aunque los pobres de espíritu lleven capa y zamarra y vara municipal, era preciso buscar una razón, un pretexto siquiera para su conducta. Y uno de esos pretextos, si no razones, está en la tradición del XVIII en la escuela española, tradición larga, que va borrándose lentamente, pero que aún se alimenta, como un humor maligno, de los excesos del XIX.

Lentamente... Como pueden borrarse todas las tradiciones hondas. Y es que, en realidad, si el XVIII liberta la cultura, y el XIX trata democráticamente de extenderla al pueblo, es el siglo XX el que nos enseña a respetarnos unos a otros. Por lo menos ahora empezamos a cosechar lo que sembraron esos siglos trabajadores. El maestro respeta al niño. La sociedad respeta al maestro. Estado y Municipio quieren vivir en buen régimen de cordialidad con la escuela. Y si andan más remisos de lo que debieran, hasta el punto de necesitar impulso de las iniciativas privadas, es porque viven

metidos en otras aventuras. No haya temor de que volvamos atrás y veamos restaurada la mala tradición del XVIII. La escuela de Feijóo, de fray Gerundio y de Narganes se acabó. El pasado no volverá.

Y no volverá porque nosotros lo impediremos; entendiéndose que al decir «nosotros» figuran en primer término los maestros, y luego, todos los españoles capaces de comprender que, abandonadas las cosas a su propia inercia, tienden a lo antiguo. Más próximo está otro período, no menos ominoso para el maestro, en que su desdichada situación económica servía de regocijo al público de los sainetes, aquellos inverecundos sainetes de veinte años ha que, según frase de Grandmontagne, recién llegado entonces de la América hospitalaria y pródiga, se acababan tirando un panecillo a escena. Todo este abominable concepto de la enseñanza primaria tenía el mismo origen impuro.

¿Por qué no hemos de buscar las verdaderas causas del prejuicio contra el maestro, intentando una revisión, ya que tratamos de crear nuevo ambiente, más favorable, para la escuela? Usted, como maestra nacional, y, a juzgar por su carta, de las más cultas y más entusiastas, sabe muy bien que ese tipo de maestro del XVIII no nació por generación espontánea. Yo veo su caso como un ejemplo más de los obstáculos con que tropezaron siempre aquí las instituciones democráticas. El maestro era preceptor, instructor, ayo y *dómine de todos*. No del príncipe, ni del señor, ni siquiera de un grupo de muchachos hijos de personas de calidad, sino de todo el pueblo. ¿Se comprende la extraña situación de este hombre, cuya pedagogía rudimentaria no podía quitarle la idea de estar al servicio de la plebe? En compensación de su servidumbre

no gozaba ni aun el desquite de verse redimido de la miseria. Los de abajo no habían aprendido a estimarlo; los nobles no tenían verdadero interés en su función. Fué, pues, el maestro tal como la sociedad de su tiempo lo creó. ¿Qué relación puede haber entre el maestro de hoy y aquel desventurado en lucha con sus discípulos, con los padres y con su propia limitación?

Esa sombra de sumisión y de dependencia no la proyecta el pasado exclusivamente sobre el maestro. El pedagogo y el filósofo estuvieron siempre al servicio del príncipe. Todavía hoy sienten de vez en cuando veleidades por la fortuna y el poder que los oprimieron. Y el poeta, el artista, aun llamándose D. Diego Velázquez de Silva, y el literato, ¿cuánto tiempo hace que se libertaron de una situación inferior, servil más bien? Pues la misma suerte ha corrido el maestro. Cuando las bellas letras se humillaban, las primeras letras debían arrastrar vida mísera. Sólo ahora puede decirse que la situación del escritor y del maestro sean *una situación*, aunque modesta.

Creo haber respondido al fondo de su carta, aunque no haya expresado toda mi gratitud por el afecto que en ella me demuestra. Debo decir, sin embargo, aun arriesgándome a causarle nuevo pesar, que nunca será útil para realizar empresas grandes callar parte de la verdad «por espíritu de Cuerpo». Nuestra historia pedagógica debe ser exhibida con todos sus relieves, de modo que aparezcan bien razonados los términos y clara la perspectiva del panorama. Por donde quiera que vayamos, en tertulias de hombres que frisan los cincuenta años, no falta nunca alguien que conoce la tradición del XVIII y las supervivencias del XIX, por los re-

cuerdos de su niñez. ¡Cuántas anécdotas podría contar si no fuese por el temor de disgustarla! Los mismos que las refieren, hablan de ellas como del candil y la galera. ¡Tan convencidos se hallan de que sus memorias de infancia pertenecen a un pasado que no volverá! Y esto es cuanto puede ofrecer en descargo de su conducta este amigo sincero de los maestros y, en particular, de usted, que acoge mis trabajos en pro de las escuelas con tanta pasión como benevolencia.

III

LA ESCUELA BÁRBARA EN LAS «MEMORIAS» DE D. FEDERICO RUBIO

NO sólo D.^a Luz de Lafuente, maestra en Cartagena, sino también algunos maestros y profesionales de la Pedagogía, han hecho observaciones sobre la conveniencia de exhumar esa triste página en que Narganes describe la escuela española del siglo XVIII. Como estos últimos se atienen a la historia universal de la Pedagogía y recuerdan textos franceses reveladores de usos y costumbres igualmente bárbaros, yo debo advertirles que, en efecto, los orígenes de la escuela se parecen mucho, no ya en Francia y España, sino en todas partes; que en el siglo XVIII toda Europa estaba casi al mismo nivel, y que la diferencia de culturas depende, precisamente, de la mayor o menor distancia recorrida a partir de 1800. Pero diré más. Hay escuelas actuales de naciones que ostentan — y poseen realmente — gran cultura intelectual, que usan, acaso por principios, procedimientos rudos y crueles. Aquí, en Madrid, he tenido ocasión de oír quejas del mal trato que se daba a los alumnos españoles en un colegio extranjero. Y los compatriotas de esos maestros un poco bruscos, lo escuchaban sonriendo: «Ustedes, espa-

ñosles — decían — , nunca llegarán a educarse con un espíritu fuerte y disciplinado.»

No. Aquí la dureza de trato engendra el odio y enciende ansias de represalia. Pero el castigo no basta a caracterizar la escuela descrita por Narganes de Posada. Otros hábitos le hacían más odiosa, y, desde luego, menos eficaz. Si a fines del XVIII había escuelas en Francia, en Alemania, en Inglaterra, que manejaban aquellos rudimentarios y primitivos sistemas morunos, seguro es que para el siglo XIX apenas si dejaron huella.

El extracto que publiqué en *El Sol* de las cartas de Narganes suscitó en gentes ya maduras recuerdos de infancia. Un contertulio nuestro, vasco por haber nacido y crecido en Vizcaya, pero además por la costumbre de dar en anécdotas — casi parábolas — sus nociones y lecciones de cosas, como de ideas, nos habló de cierto maestro de Barrica que enseñaba la religión con «pipa». Todos los marinos vascos de hace cincuenta años podían olvidar en sus viajes sus buenos principios; pero los de Barrica, no. Los aprendían con «pipa». El maestro fumaba en esas pipas de barro que se caldean y llegan a ponerse al rojo: «Por la señal de la Santa Cruz — les decía a los muchachos — . La primera, en la frente. . .» Y la pipa, que casi ardía engarfiada en sus dedos de dómine, le dejaba la señal en la frente. . . Y así todas; de manera que los muchachos no lo olvidaban nunca. Así enseñaba el maestro de Barrica, según D. José María Soltura, la religión con pipa. Pero en este caso aprovechaba la lección. Otros eran mucho peores. Un ingeniero leonés nos describía una terrible escuela de León, regentada por cierto hombrecito que murió hace muchos años, y que, sin embargo,

para los que estudiaron con él es inolvidable. La sala lóbrega, la pecina en el patio, poco más o menos como otras muchas; pero en aquella escuela lo original y único era el maestro. Aquel hombre iracundo sustituía la palmeta con los travesaños de las sillas rotas; azotaba otras veces hasta hacer sangre. Y el día de su santo llevaba a los chicos a la alameda, donde descabezaban un gallo colgado de árbol a árbol, cabeza abajo, dándole a la carrera repetidos tajos con unos sables de palo. Cuando yo contaba este y otros detalles, en sitios distintos, un cónsul, alto funcionario hoy del Centro de la Economía Nacional, me interrumpió con emoción: «Está usted describiendo la escuela a que yo asistí de niño. Ese maestro se llamaba D. Manuel. Dígame quién es ese señor ingeniero, para ir a saludarle.» Cuarenta años nos separan de esas escenas. Cuarenta años que, por fortuna, no pueden volver atrás y que han abierto un foso bastante ancho para librar a nuestros hijos de la supervivencia del XVIII.

La lentitud con que hemos logrado separarnos de esa escuela típica es lo que me impresiona. Lo hemos logrado casi... Todavía hemos leído hace poco una descripción de la escuela del Cojillo, en Burgos. Pero yo doy por definitivamente arrancadas hasta las raíces de aquellas ignominiosas costumbres, desde el momento en que existe una escuela nacional regida por maestros que han seguido estudios en una carrera cada día más seria, visitada por un Cuerpo de inspectores celosos del cumplimiento de su misión y vigilada por el Estado.

Puedo, por lo tanto a sabiendas de que es historia y para apreciar mejor el camino que hemos andado en estos últimos años, recordar lo que fué

la enseñanza primaria hasta mediados del siglo XIX. Hay un libro admirable, apenas leído. Es la obra póstuma de D. Federico Rubio, publicada por su hija con el título de *Mis maestros y mi educación. Memorias de mi niñez y juventud*. Titúlase la primera parte «La educación de un niño contada por un viejo». ¿Hasta dónde llega en este libro la memoria fiel y minuciosa de los últimos años que, como se sabe, saca a flote recuerdos sumergidos entre dos aguas durante toda la vida? ¿Dónde empieza esa parte de creación por afluencia, no sólo de las facultades retentivas, sino de las sensitivas e imaginativas? Quiero decir, para no emplear lenguaje de ninguna técnica, que acaso el viejo Dr. Rubio haya puesto en las memorias de su infancia detalles demasiado compuestos. Pero es un libro admirable, que sólo tiene par en las memorias de Cajal y acaso en algunas páginas de Unamuno. Nosotros, españoles, hemos olvidado el género, y las memorias de infancia suelen ser muy rápidas. ¡Qué página podría habernos dejado el capitán Alonso de Contreras, si hubiera querido hablarnos de la escuela donde se crió tan atravesado y tan feroz! D. Federico Rubio era un hombre muy bueno. Le guía siempre un sentimiento de humanidad. Tiene también un instinto de rectitud y una invencible predisposición crítica. Lo que él condena debe ser condenado.

Nació en Medinasidonia en 1827. Intentaron llevarle a la escuela de párvulos de entonces, a «la amiga», a los tres o cuatro años; pero de ésta se libró pronto. Algo más tarde, vuelve. Empieza entonces las cosas «de coro». «En coro se nos hacía persignar; la maestra corregía las imperfecciones. También a coro rezábamos el Bendito, la Sal-

ve y el Padrenuestro. En la pared pendían algunos cartones con dos o tres abecedarios prendidos por una cruz. . . A la cruz se le llamaba «Jesús María» — lo que nosotros, en el pueblo toledano, llamábamos el *Cristus* — . Con la caña señalaba la cruz, y los niños, en coro, pronunciaban: «Jesús María.» Acto seguido señalaba la a, y los chicuelos debíamos repetir: «a a a», y así sucesivamente. El «Jesús María» lo aprendí, pero no las letras; porque no atendiendo a la caña, sólo cuidaba de repetir con los demás párvulos el sonido que pronunciaba la maestra. . . » Si reproduzco estas líneas, no es porque ofrezcan nada nuevo, sino para que pueda apreciarse la minuciosidad del recuerdo y el género de evocación o composición que desde las primeras páginas de su libro, es decir, desde sus más antiguos recuerdos, va trazando D. Federico Rubio.

Su primera escuela, en realidad — no ya «la amiga» —, fué la del convento de Santo Domingo, en Jerez. Era hacia 1831 ó 32. Cuando D. Federico Rubio tenía cinco o seis años. La escuela, de frailes, estaba en un granero, «bajo de techo, casi oscuro, dividido en dos andenes por pilares gruesos y arcos de mampostería. . . » Hileras de bancas y bancos negros como las filas de una compañía. Las bancas, con barrotes de madera en su parte posterior, del que pendían marcos con muestras de escrituras; en la tabla inclinada, superior, tantos agujeros como muestras ocupadas por un sombrerito de plomo que sirve de tintero. . . «Dando frente a la masa escolar, una mesa vieja, de herraje, con un tintero grande de piedra, en forma de cubo, del que sobresalían grandes plumas de ave. Detrás de la mesa, un sillón grande, cuadrado, con asientos de vaqueta y anchos brazos de talla. . . »

Y en el sillón, el maestro. D. Federico Rubio le describe, con vigorosos trazos, al agua fuerte. Entra en la galería de curas españoles que han errado la vocación, como el Antón Trijueque, de los «Episodios», o *el cura Polo*, de «Tormento». Galdós inventó poco, y sus personajes fué dándoselos el pueblo. El retrato físico de este hombre, recio y membrudo, con plétora de vida, sujeto a una ocupación sedentaria y a votos insufribles para su exuberante naturaleza, no es aquí preciso.

«... Yo no me lo explicaba, pero me senté en el banco temblando — cuenta D. Federico —. Más me eché a temblar cuando advertí sobre la mesa una vara terciada, como las de la cuadra de mi casa.

»De allí a un rato se levantó, dirigiéndose a la primera fila de bancos; fué inclinándose por detrás sobre cada chiquillo, uno tras otro, como examinando la labor que hacían. Pasaba tras de algunos y no decía nada. Pero a otro le cogía la mano con mal modo, para que enderezase la pluma; a otro le reñía, y a otro le soltaba un cogotazo que, a flojo que fuese, con aquella mano poderosa le hacía dar con las narices en la banca. Así recorrió todas las filas y volvióse a su asiento.

»— ¡Los de la primera decuria! — dijo con voz alta e imperiosa.

»A la voz, ocho o diez muchachos de los más espigados se levantaron como por resorte, viniendo a formar un semicírculo delante de la mesa. El primero de la derecha sacó un libro de la cartera que llevaba colgada y se puso a leer.

»A los cinco minutos dijo el maestro: «Al otro.» Y el lector pasó el libro al muchacho de su izquierda... Con frecuencia decía el maestro a los lectores: «¿Qué, qué? ¡Vuelve a leer con cuidado!» El

chico volvía atrás, leyendo de nuevo. «¡Qué, qué! ¡Lee eso otra vez!», gritaba el fraile con tono y ceño amenazadores. El discípulo, turbado, leía ya mascullando. Al llegar a la palabra mal leída, echando el preceptor mano al bolsillo, sacaba un manojo de cordeles o sean disciplinas, con que (¡a descansar, arriero!) cruzaba dos o tres veces al alumno.

» Mi temor estaba ya explicado, ¡me lo decía el corazón!

» No era esto lo peor del caso para mí, sino que, al pegar, gritaba: «¡Bruto, animal; ahí no dice eso, sino esto!»

Al día siguiente se produce una terrible escena. Es en la lección de Gramática. Canturreando y de memoria, contestaban los chicos, uno a uno. El que se atranca es... «uno de bastante más edad y estatura, casi un zancón. Entonces el fraile empuña la vara, y desde el mismo sitio donde se hallaba, le asestó silbando. El muchacho, más por instinto que por falta de sumisión al castigo, hurtó el cuerpo, con lo que el golpe falló el blanco. ¡Nunca hubiese sucedido! ¡Ni que le hubieran puesto fuego con una mecha! Salta, echando chispas por los ojos, vara en mano, se abalanza sobre la víctima; del primer crujido le derriba en tierra, y allí, entre los denuestos y espumarajos del uno, los gritos del otro a cada varazo y sus contorsiones de dolor, en el silencio de la clase, más silencioso que el de los cementerios, resaltaba el escándalo cual mancha de roja sangre en lienzo blanco.»

Esta escuela del convento jerezano, en las *Memorias* de D. Federico, no es la única que linda con la tragedia. Sondeando y juzgando después sus propios recuerdos, explica la violencia con pa-

labra que debieran leer todos los maestros. Allí había calabozo. Era el mismo zancón vapuleado quien aparecía con un manojo de llaves y se llevaba al niño castigado por la puerta de la escalera. «Denuestos, riñas, voces amenazadoras, pescozones, penitencias (hincados de rodillas con los brazos en cruz), disciplinazos, sobas con vara arrieril, pérdidas de comidas, calabozo oscuro. ¿Qué más puede inventarse para hacer de la escuela un purgatorio?»

Hay en esta página una conmovedora frase final, que no debo omitir, aunque la transcripción sea ya demasiado larga: «¿Qué aprendí allí? — se pregunta D. Federico Rubio —. A odiar la escuela con horror, a tener miedo. ¿Y nada más? Sí. De rezar con rutina a rezar con el corazón, para pedir misericordia; tomar a la Virgen como aliada; a ver un milagro suyo en la inesperada venida de mi madre.»

Rubio asiste después en el Puerto de Santa María a un escuela «particular». Entonces eran muy raras las escuelas a cargo de los Municipios. Era la escuela de «¡D. José Vivanco, cojo, tuerto y manco!» Así le gritaban los chicos en la calle; mejor dicho, éste era el ayo de la escuela de D. Diego Choquet. El ayo era bueno y el maestro malo. Con los palotes alternaban los palmetazos. Pero allí ocurre el episodio del «pobre Carlitos», y pocas veces he leído nada que llegue tan sencillamente al corazón. Era un jorobadito hijo de un señor tétrico, alto y flaco, envuelto en un levitón militar verde-oscuro que le llegaba a los tobillos, y a quien veían los muchachos pasear por los soportales del Vergel. «Solo, taciturno y con la cabeza baja.» Este señor se fué con los facciosos, y en la primera acción le cogieron y le fusilaron los cristinos. Quedó huérfa-

no el pobre Carlitos. Los chiquillos le llamaban «¡Carlino, jorobado!» Y él lo sufría. «Pero, amigo, lo que le inmutaba y le hacía palidecer era al oír decir: ¡Ahí vienen los cristinos!» El terror de esta amenaza le hacía acurrucarse, hecho un ovillo, debajo de los bancos. Pero la escuela estaba junto al cuartel de los cristinos, y un día entró a visitar a D. Diego un miliciano amigo suyo. «¡Un cristino!», gritó uno de los discípulos más bárbaros. Y el jorobadito huyó como una flecha.

Y aquí viene la escena trágica. El maestro, que se indigna por la desertión; otro chico, malvado y oficioso, que le persigue, y que al fin le trae en volandas como un fardo. «Lo mismo fué soltarlo que D. Diego le disparó un correazo con cuantas fuerzas pudo, derribándolo al suelo; allí fué a secundarle en su furia insensata, y gracias al cristino, que se metió por medio, con lo cual, lejos de apagarse, se encendió más la ira del preceptor...» Basta. Para descargar su emoción, D. Federico necesita contar la venganza que tomó por su mano «un párvulo de diez y ocho años». No sé si toda esta historia de la escuela de D. Diego Choquet debe figurar en una «Antología de las escuelas». Acaso no. Pero ningún español debe desconocer las *Memorias* de D. Federico Rubio. Así podrá poner al lado de estas terribles iniciaciones escolares la figura del buen maestro que D. Federico Rubio tuvo en Cádiz, y que se llamaba D. Domingo Fartos. Todo esto es lo que acabó definitivamente. La terrible supervivencia de siglos bien muertos que ya no pueden volver.

POR CASTILLA Y LEÓN

A D NICOLÁS M. DE URGOITI

Esta visita de escuelas traspasa hoy el cerco de Madrid para penetrar toda España. Cumpló así mis mejores deseos. No cometeré injusticia aislando lo que más quiero y crucificándolo, por amor; sino que Madrid será una provincia más, donde, por causas fatales, aparecen exacerbadas viejas dolencias ibéricas. Quien trabaje por Madrid debe trabajar también por toda España. Vamos a estimular un poco la conciencia de este pueblo. Vamos a hacerle ver cómo puede mejorarse, mejorando la escuela. Dos personas me obligan a especial gratitud, y quiero consignar aquí sus nombres. La primera, D. Luis García Bilbao, poeta en sus versos y en sus actos, que me acompañó en esa hora difícil para todas las obstinaciones, cuando la sonrisa o la mirada esquiva de los más próximos nos descifra la general incomprensión. La segunda, usted, que al cabo de treinta artículos tuvo la visión generosa y clara de la magnitud del tema, y juzgó que «El Sol» no estaba fatigado de la campaña. Por usted seguimos adelante mis escuelas, mis maestros y yo. — A D. Martín Luis Guzmán, escritor y político mejicano, que emprendió conmigo el viaje de instrucción por tierra castellana y leonesa, le envió también un saludo en la primera crónica.

PRÓLOGO EN EL TREN.
MEDINA DEL CAMPO

VIAJAR en tercera por España — todos lo sabéis — es entrar todavía en un mundo nuevo, original, espontáneo y pintoresco. Solía viajar así Galdós, por comunicar con el pueblo y por oírle hablar; y también D. Francisco Giner, por cierta especie de ascetismo. Cuando se mete en un vagón, el pueblo da, en efecto, más cantidad de espíritu y más informes de su vivir que las clases acomodadas. Pero no es el pueblo, son los *pueblos*, los que traen a un coche de tercera las más nuevas revelaciones. Cuando el carácter de esos pueblos duerma en textos literarios, anécdotas e historias, como los trajes regionales en el viejo arcón familiar, la tercera habrá perdido su interés. Queda cantera todavía para nosotros, nuestros hijos, y nuestros nietos. En primera nunca podremos ver a estas mocitas lagartonas y a este ganadero ricacho, de traza tosca, que resulta un Lovelace tuerto y patán, tramando entre los tres una novela picaresca, que empezará, luego, en Salamanca. Es difícil que las gentes exhiban su psicología, lógica y ética, tan a flor de piel.

Y más difícil aún hacerlas volcar el fondo de

sus sentimientos, a veces entre légamo, verdín y moho; a veces con razones más agudas de lo que pudiéramos suponer. Por ejemplo: hemos trabado conversación con un labrador de tierra llana, más allá de Medina del Campo, no diré dónde, porque el lector apreciará a cuál de los dos géneros pertenece su pensar y su sentir. Tiene unos pares de mulas; a fuerza de trabajo logró independenciar; madruga, vigila sus jornaleros, cosecha y guarda. De vez en cuando hace un viaje a Madrid, que es para él un hato de gandules. Odia a toda esa gentuza de los cafés y a esos vagos que roban el sueldo en las oficinas. Espera que aquella tropa de caciques y políticos no volverá nunca, y cree que se les va metiendo en cintura.

— ¿Cómo andan ustedes de escuelas? — le pregunto.

— De escuelas, demasiado bien. Ahora, de maestros. . . ¡Para lo que se merecen! Siempre están quejándose del aire, de la luz, del material, de la casa. . . ¡Disculpas embusteras! Lo que no quieren es trabajar. El maestro es el enemigo pagado, créame usted. Lo mismo que el médico. Allí en Madrid nos mandan lo que quieren: el desecho, y nosotros nos lo tenemos que tragar. Si a mí me hicieran caso en el pueblo, todo esto se acababa de una vez. Yo les llamaría a capítulo: «O se enmiendan ustedes, o aquí va a haber una gorda.» Y le juro a usted que o cumplían con su obligación, o les hacía pedazos.

— Pero ¿el maestro es malo?

— ¿Qué sé yo? Se pasa la vida leyendo, esperando el correo, comprando periódicos. Los pueblos deberían tener el maestro que ellos quisieran, y bien sujetito para bajarles los humos. Si oye

usted hablar de esas historias de locales y estrecheces, no haga usted caso. Cuando yo iba a la escuela — y aquí está la señora que lo sabe —, éramos más de ciento cincuenta chicos, y cabíamos en ese mismo local. Pero aquel maestro era muy bueno.

— ¡Un santo! — dice la señora.

— Y cobraba mucho menos. Una miseria. Lo que le queríamos dar. Ahora tienen lo que muchos labradores con dos pares de mulas. ¡Un simple maestro! ¡Y todavía se queja! Y la mitad de los chicos andan por la calle porque no los quiere admitir. ¡Como si a nosotros no nos hubieran enseñado sin tantas andrónimas!

Recuerdo, al transcribir esta conversación, la respuesta de Filiberto Villalobos — de quien se hablará pronto en estos artículos — a una mujer de no sé qué lugar de Salamanca que no quería escuelas nuevas y le salió al camino con otras muchas para increparle: «¡Va usted a otra parte a predicar, ande haya bobos! Aquí no hacen falta escuelas. ¿Ve usted ésa, tan mala como es? ¡Pues de aquí ha salido hasta un cura.» Villalobos se vió venir el conflicto de orden público y no quiso reñir:

— ¡Un cura; muy bien! Pero ¿ha salido algún obispo?

— No, señor; obispos, no.

— Pues cuando hagamos las escuelas nuevas tendréis obispos para empedrar las calles de Salamanca.

Esto ocurría hace un año, y ya están hechas las escuelas.

Toda la vida íntima de los pueblos, con sus razones y sus pasiones, aparece siluetada un poco bárbaramente en el desfogue del hombre del vagón de tercera. ¿Qué harían los pueblos si se les

dejara solos? Antes, por lo menos, se limitaban a no pagar a los maestros. Ahora querrían despedazarlos. Maestros y médicos entregados al libre albedrío, o a la prudencia de los Ayuntamientos, en unos sitios vivirían bien; en otros, sería preciso atarlos con cadenas para que no se fueran. Por fortuna hay leyes que obligan a todos, médicos y alcaldes, maestros y secretarios de Ayuntamiento.

Y vamos, sin otro preámbulo, a las escuelas de Medina del Campo, mientras aguardamos el *ligero* de Salamanca. Más tiempo y menos ligereza requerían, porque esta ciudad histórica, a la sombra del castillo de la Mota, no es un pueblo muerto que sólo viva de recuerdos. Su plaza, típica, de Castilla, hermana de la de Alcalá; sus caserones, sus calles viejas con escudos, ventanas y motivos ornamentales que nos distraen de mirar al suelo, mal empedrado, según tradición. Pero también su tráfico y su extensa vida comercial. Esta superposición de civilizaciones no se ha logrado en todas las ciudades castellanas. Domina una u otra. Veremos si en alguna llega a realizarse el ideal de que no aparezcan superpuestas, sino como continuación y consecuencia la segunda de la primera. El maestro que regenta las graduadas de la Alhóndiga se llama D. José Santamaría. Hombre celoso de su deber, reflexivo: un buen maestro. El local es amplio, pero el material pobre. No hay escuela de párvulos. Los alumnos matriculados son muchos más de los que ahora veo sentados en sus bancos. Y merecen ser recogidas las palabras de este maestro.

— Aquí lo triste es que cuanto más trabajo con los chicos, antes se los llevan. Cuanto más listos y más aprovechados, antes los reclaman sus padres. No aguardan a los doce años. Crea usted que qui-

siera inventar algo, aunque fuera una simulación, para que en sus casas parecieran atrasados. Pero, vea usted: «Si vendo tantas fanegas de trigo para comprar tantas ovejas a tanto, ¿a cuánto tengo que vender la fanega?» El día que los padres leen este problema bien resuelto en el cuaderno de su hijo, ya les parece que tiene alas y lo echan a volar. «¡Calma, señores, calma!», les digo yo; pero no me oyen. Y aquí me quedan... Ya ve usted... No digo yo que sean malos muchachos; pero los que se van eran mejores. Los mayores son, en realidad, los más débiles. No quiero ser cruel; pero los dejan, por eso: porque no les sirven.

II

EL GRAN EJEMPLO DE SALAMANCA

LAS piedras doradas pesan mucho sobre Salamanca. Gravitan con el aplomo invariable, definitivo, de las cosas perfectas, y tienden a serlo ellas todo. Como, además de la perfección gozan de la gracia, se bastan solas para darle al salmantino el salmantinismo integral. Hace falta ser un poco bárbaro — extranjero — para echarse fuera de su maleficio y seguir rumbos propios — cualquier rumbo, porque ellas ya no van, ya no caminan; se limitan a ser y a estar —, rumbos elevados, como los que siguió y sigue D. Miguel de Unamuno, o aventuras de caudillaje, como las que logró en Salamanca, con asombro de España, Diego Martín Veloz. Dejaré por esta vez, si es posible, las piedras doradas, porque yo vengo a ver escuelas.

Vengo, en realidad, buscando un gran ejemplo donde apoyar y robustecer mi convicción de que a este pobre Estado, menor de edad, incapaz de valerse por sí mismo en asunto que tanto le importa como la instrucción de sus hijos, hemos de sacarle adelante entre todos, mientras no sepa cumplir con su deber. En Salamanca no hace escuelas el dinero del Estado. Sus tres mil millones de pesetas no llegan a eso. Pero ya están construyéndolas, de prisa y

bien, los céntimos de los trabajadores. Es paradójico, ¿verdad? Es el obrero quien va a hacerle la caridad de sustituirle, dando medios a los Ayuntamientos, con tal eficacia que en pocos años no habrá en las tres provincias de Salamanca, Avila y Zamora un solo pueblo sin escuelas. Cuando hayamos vencido este largo período de la prehistoria pedagógica en España y las escuelas que ahora veo sean como cavernas del maestro neolítico, quedará memoria del esfuerzo más interesante y más simpático: el de las Cajas de Previsión Social.

Eso trato de ver, no sobre el papel, sino visitando las escuelas, ya en marcha. Sería confuso y desconcertante un viaje al azar; mientras que de este modo contaremos con algunos puntos de referencia: las escuelas nacionales construídas por la Caja de Salamanca; las de Villablino (León), obra de pueblecitos de poco vecindario, y no muy rico, donde por tradición no hay más analfabetos que los forasteros; las que van surgiendo por toda Asturias, en número e importancia considerables, por fundación o aportación de *los Indianos*. Nada hizo el Estado; poco los Municipios. Todo ello es obra de lo que pudiéramos llamar «la nación en armas».

En Salamanca no bastaría la ley del retiro obrero obligatorio, ni la Caja local, ni la idea de invertir sus fondos en construcción de escuelas — idea nacida en el Instituto de Previsión —, si no hubiera hombres activos, con prestigio, inteligencia y capacidad. Siempre se ha de contar con el hombre, y aquí todo habría fracasado sin Villalobos. Lo que D. Filiberto Villalobos es para Salamanca no cabe en un artículo; pero debo intentar su semblanza, porque la persona explica el éxito. Villalobos, con D. Fernando Iscar, ex presidente de la Diputación

y ahora de la Caja local, suman lo mejor de Salamanca. Iscar, maurista, ve con simpatía la posibilidad de que vayan saliendo ramas y brotes nuevos en el tronco demasiado escueto del sistema político de Ossorio y Gallardo. Villalobos, reformista, no se conforma con meter la cabeza en el agua para que pase la ola. Tres años de ola es demasiado. Hay muchas maneras de política, y la suya es la mejor. Sabe que si hay aquí un decálogo del buen ciudadano, sus mandamientos se encierran en dos: «Educar a los pobres. Regular la renta de la tierra». Mientras Villalobos sea quien es y no cambien hasta la raíz los sentimientos de su pueblo, nadie podrá impedirle que haga política. Su profesión, de médico; su situación independiente y su carácter abierto, así como el claro talento político de hacerse cargo — tan raro, aun entre los políticos —, no bastarían a explicar lo que puede Villalobos en Salamanca a quien no conozca su capacidad de trabajo y de sacrificio. Las consultas más extrañas llueven sobre él. D. Filiberto las resuelve todas. Algunas, más que un médico diputado, piden un confesor: — D. Filiberto, que mi suegra nos deshereda. — D. Filiberto, que mi novio se va a Melilla y cuando vuelva no va a cumplir. — Pues que cumpla ahora. — No puede ser. Si usted le hiciera dar palabra, nos arreglaríamos antes y ya nos casaríamos luego, cuando vuelva. Y D. Filiberto consagra el matrimonio con una ceremonia laica provisional, tranquiliza a los padres, y hasta si es preciso anticipa fondos. ¿Esto es política? Sí. Es política, indudablemente. Pero no pueden hacerla sino muy contados políticos. Yo he visto a Villalobos, en Béjar, cuando subíamos al automóvil deseando ganar tiempo, detenerse media hora para visitar la

casa de una pobre mujer que tenía su hijo enfermo y le reclamaba asistencia, por caridad. Y lo he visto también — todo ha de decirse —, en Salamanca, junto a Monterrey, haciendo política con una mujeruca de la Iglesia. Mientras nosotros veíamos un Ribera, Villalobos la preguntaba si el personal de servicio estaba afiliado. El retiro obrero es obligatorio también para los trabajadores del templo.

Con esta fuerza nada es imposible; ni siquiera convencer a los Ayuntamientos, tarea ímproba que sólo se logra con prestigio personal y con la más absoluta y fundada confianza en la gestión de la Caja de Previsión y de sus administradores. En lugar de ir explicando punto por punto cómo funciona esta institución y cuáles son los trámites, me limitaré por ahora a decir que todo se abrevia, y una vez asegurada con un criterio prudente — pero no de prestamista sobre hipotecas — la garantía y la solvencia de los Ayuntamientos, un formulario rápido, muy preciso y muy sencillo, facilita el despacho del expediente. Esto no sería decir nada si despachar el expediente no significara empezar a construir, y si el empezar no equivaliera a terminar la construcción en plazos brevísimos. Hay escuela que en menos de diez meses ha pasado de la primera solicitud del alcalde a la entrega en regla para su inauguración. Se ha buscado como condición esencial, dentro de las leyes y reglamentos, la estricta economía, la mayor disciplina en los gastos. Un arquitecto a sueldo de la Caja planea y dirige la ejecución de las obras, que se ejecutan por contrata. De este modo, en menos de dos años van construídas veintisiete escuelas, la mayor parte en la provincia de Salamanca; una, por lo menos, en Avila: la de Arenas de San Pedro, cuya edificación

está muy avanzada; dos en Zamora: las de Fermoselle y Benavente.

Para que aprecie directamente y por mis propios ojos este resultado, la Caja Regional de Previsión Social de Salamanca, Avila y Zamora ha tenido la bondad de invitarnos. Su presidente, el Sr. Iscar, y su consejero delegado, el Sr. Villalobos, nos guían en este viaje. Vamos, por Alba de Tormes, a la escolita de Peñarandilla.

III

ALBA DE TORMES, PEÑARANDILLA, SU ESCUELA Y SU «SANTO»

VAMOS a remontar el Tormes, camino de Alba, villa donde nací y donde no conservo raíces familiares, ni otro bien, ni otra tierra que la de alguna tumba. Basta con el bien de la vida. Pero hay algo en el cielo claro, en la luz clara, que me trae lejanas evocaciones, sin duda voluntarias, como un deseo de reconocer aquella primera luz de infancia y aquel suelo donde di los primeros pasos. Esta divina claridad y esta serena y diáfana amplitud de horizonte, así como la vibración azul que trae el aire y que acaricia ojos y frente, yo las tengo por mías y quiero creer que son mi patrimonio de Alba. ¡Déjemonos llevar, en silencio, más allá de sus casas! ¡Que huya la brisa y se aposen las emociones como la nube de polvo que va levantando el automóvil! Pasa el castillo abandonado por los duques de Alba. Sólo le queda un murallón. Como grandes señores, pudieron permitirse el lujo de dejarlo deruir, sin afecto y sin ternura. Y queda atrás el río, que en esta soberbia mañana de sol exhala, no niebla, sino luz.

¡Grandes, vastos y solitarios campos de Sala-

manca! ¡Encinares de árboles viejos que decoráis con fausto severo tierras de labor, prados y montes! Quien no vea la tragedia en la enorme extensión de vuestras magníficas soledades, habrá pasado ante vosotros como un turista. La tierra, tan rica, es de unos cuantos privilegiados que no habitan en ella. Para los hijos fieles que no quisieron emigrar, trabajos, estrechez. Acerquémonos a este pueblecito: Peñarandilla, junto a un riachuelo que llaman Margañón. Sólo hay un puente provisional. Casitas bajas, alguna de arquitectura primitiva, cuya puerta recuerda la boca del silo. Adobes. En general, limpieza; y en algunas calles, casas de ladrillo, con más pretensiones que las enjalbegadas. Aquí está ya terminada una de las primeras escuelitas de la Caja de Previsión. Secall, el arquitecto salmantino, ha hecho el milagro de dar una escuela amplia, luminosa, cómoda, capaz para sesenta niños, con campo de juegos y todas las dependencias y accesorias, sin gastar más de dieciocho mil pesetas. Muros sólidos, detalles bien rematados. Cierta principio de ornamentación sencillísima en las franjas azules que con el rojo de los tejadillos destacan sobre la blancura de las paredes.

Hemos visto también la que sirve ahora a los niños y niñas de Peñarandilla. No quiero recargar el cuadro. Las vigas del techo están al aire. Entra la luz por la puerta; no tiene ni siquiera corral. Pero debo declarar que de ella ha salido algo más que un cura y que un obispo. Ha salido un santo.

Porque en esta ribera del Margañón vive *el santo de Peñarandilla*, cuya fama no había llegado hasta ahora a Madrid, y yo deseo difundirla, aun a riesgo de acarrearle, sin querer, pecado de soberbia. Andrés Rodríguez, *el Santo*, tiene su casa fren-

te a la escuela nueva, y si entráis en ella, veréis algún mueble antiguo y decoroso: un banco, un arca, un sillón frailerero, cuadros y estampas religiosas que descubren, en conjunto, arreglo y bienestar de la familia, pero sin ninguna diferencia esencial de otras casas medianamente acomodadas. Atravesamos la cocina, casi a oscuras, porque venimos deslumbrados del sol; salgamos a la galería corrida que da sobre una huerta muy bien cultivada, y allí veremos el pórtico rudimentario de un templo, cripta o catacumba que Andrés Rodríguez ha ido cavando y labrando en la tierra, debajo de su casa, día por día, durante doce años.

Esta no es la obra del troglodita que se abre en la peña una guarida. Es la del místico laborioso que dice — y así lo escribe: — *Ofrezco a Dios el trabajo de cada día.* — Andrés Rodríguez, *el santo de Peñarandilla*, antes de ser *el Santo*, fué para su pueblo *el Bobo*, el maniático. Le veían sacar del sótano de su casa espuelas de tierra. No era para guardar vino. Año tras año iba ensanchando la morada interior, con un instinto de topo, según las gentes; pero, en realidad, con un sentido maravilloso de la arquitectura. No una, ni dos, sino toda una serie de capillas ornamentadas y reforzadas, de tipo en cierto modo románico, iban saliendo debajo de su casa. Cuando ya llevaba mucho trabajo hecho y vieron que era bueno, los hijos se aficionaron y quisieron ayudarle. Sacaban la tierra mientras él afirmaba las paredes e iba decorándolas, encalándolas y trazando las inscripciones. Siento no haber copiado algunas, aunque su estilo se parece demasiado al de los libros devotos que maneja. En la única fotografía que pudo obtener el Sr. Guzmán, leo estos cuatro versos de la Pasión y

un gran número 6 encima, porque la leyenda va corriendo las paredes:

Mírale, por amor nuestro,
en la más triste agonía,
y piensa lo que tú eres,
y quién es el que así expira.

Cuando aparece *el Santo*, con su zamarra de pana, su boína y una bufanda al cuello, aprendemos, de golpe, a no fiarnos en tierra de Castilla — y en todas partes — de las apariencias. Los ojillos y la barbata, las arrugas profundas, la boca desdentada no nos parecen propias de un santo de Ribera. Cualquiera aldeano puede mirarnos como él. Guarda el pensamiento y sólo habla de su obra; y si se refiere a su persona es únicamente para demostrar que no le pesan sus setenta y cuatro años. Creo que todavía hace de sacristán. Tiene sus tierras, pero las ha repartido ya entre los hijos. Estuvo en Salamanca, de joven, con un tío suyo cura; pero volvió en seguida a Peñarandilla. La idea de la muerte no le sale de labios afuera. Ha preferido labrarla en esta cripta, donde acaso piense ser enterrado.

Vista la escuela de Peñarandilla, en vez de seguir hasta Peñaranda de Bracamonte, volvemos por el mismo camino a Garcihernández, donde ya la obra de la Caja de Previsión es de más importancia. Una escuela con dos grandes salas, amplio patio de juegos, galerías cubiertas, biblioteca-despacho para los maestros, retretes y lavabos y una verja exterior. Ha costado todo treinta mil pesetas; y pienso insistir en estos datos, porque me parece esencial la economía en tierras donde con tanto esfuerzo y

tan a duras penas se logra vencer la pobreza de los Municipios. En Marzo de 1924 no había ni la idea de hacerlas. Hoy funcionan las escuelas de Garcihernández, y su maestro D. Antonio Morales, que lleva aquí ocho años, ha visto aumentar considerablemente la asistencia.

Volvemos por Alba, pero esta vez para detenernos. Villalobos ha querido brindarme esta delicadeza, y almorzamos en fonda limpia, ante una mesa bien servida, viendo desde el balcón la paz de las callejas blancas y lo que resta del castillo del duque. Poco habrá cambiado Alba de Tormes en medio siglo. Para ser útil de algún modo a la villa, visito las escuelas. El edificio es grande, las salas amplísimas. Pero ¡qué abandono! El esfuerzo hecho a fines de siglo — del 80 al 85 —, lo anula el descuido de estos últimos tiempos. Unos patios lamentables, que carecen de todo lo preciso, desnudos, polvorientos. Los maestros comprenden que allí trabajan en condiciones inaceptables, y yo siento la inquietud y el pudor de sorprenderles en un medio indigno de ellos y de su misión. Si algo vale mi voz, la primera ocasión en que puede ser oída, debo alzarla en favor de la escuela nacional de Alba de Tormes, para que el pueblo se defienda de la ruina, empezando por atender a sus niños y a sus maestros.

IV

A LA SIERRA DE CANDELARIO

TIERRAS de Salamanca, llamadas así porque son varias y distintas, como decimos «las Españas». Tan ricas en diversidad aparecen nuestras regiones, que cada provincia contiene varias Españas. Desde los encinares de Alba, sólo por el jugoso frescor de sus praderías distintos de la dehesa extremeña, hasta los confines de Barco de Avila o Las Hurdes, ¿cuántas tierras de Salamanca vamos viendo pasar? La carretera de Béjar, que luego sigue hacia Plasencia, va plegándose a esas mudanzas con docilidad: unas veces de tierra roja, otras de arenisca, hasta que llega a labrar la peña. Siete Iglesias. La Maya; entre el Tormes y el tren. . . El primer pueblo nuevo y próspero que encontramos es El Guijuelo. Es día de mercado. Toda la región va a El Guijuelo o viene de El Guijuelo. Es preciso contener la marcha del «auto» para dejar pasar a los feriantes. Muchachitas serranas con su manto, su pañuelo y su falda, entonados en colores graves. Chicas de la villa con medias de seda, a la puerta de una casuca baja y pobre. Cestos en la carretera. Caravanas de chalanes o de labradores que se llevan sus compras. . .

Esta fortuna de los pueblos que van subiendo

mientras otros se hunden obedece a razones conocidas; pero alguna vez parece un capricho de la suerte. El Guijuelo ha triplicado su población en medio siglo. Tiene escuelas graduadas, con cuatro maestras y cuatro maestros; dos librerías, varias fábricas, muchos comercios. ¿Cómo se explica la mudanza de este pueblo, que antes vivía de un monte capaz de sostener «cien cebones y trescientos camperos», y hoy da trabajo a seis perfumerías? Sin duda El Guijuelo es hoy a Alba lo que Buitrago a Torrelaguna; lo que Benavente a Zamora: un centro de transacción comercial eclipsando los prestigios históricos con su mortecino fulgor.

El acceso a la Sierra de Candelario por la Nava de Béjar tiene severa y magnífica solemnidad. Desde muy lejos nos atraen las cumbres nevadas, y como llegamos en día claro, a media tarde, reverbera el sol intensamente al dar en ellas, y parece que las tenemos encima. Cuando de verdad entramos en la Sierra es cuando se nos ocultan. Aquí están, en la más pintoresca situación, al revolver un monte, los Palomares: Palomar Alto, Palomar Bajo. Antes era difícil caminar por estos derrumbaderos, entre cerros de castaños silvestres, breñas y espinos. Hoy se va en automóvil. A la entrada del pueblecito, junto a una hilera de chopos, se alza la escuela más modesta que ha construido hasta ahora la Caja de Previsión de Salamanca. Parece un refugio alpino. Tiene sus ventanales amplios, sus dependencias, su despachito-biblioteca; todo ello reducido al mínimo, porque el Ayuntamiento de Palomares de Béjar puede poco. No llega a quinientas pesetas anuales lo que invertirá en pagar esta escuela, en veinte plazos. Pero todos los chicos en edad escolar tienen su sitio allí, y el maestro ha

podido destinar la escuela antigua a lo que en realidad es: a fresquera para salazón. La parte baja de la casita es, y habrá sido siempre, inhabitable. Arriba se puede vivir como en cualquiera otra guarida de la Sierra, y D. Jenaro Ruano está contento con su destino. Es hombre fuerte, que ama su profesión, y no le asustan las nieves. La escuela, alegre, clara, bien situada, costó en total nueve mil quinientas pesetas.

Más importante es la de El Cerro, que veremos pronto. Pero antes hemos de llegar a Béjar, y venciendo el deseo de escalarlo, peñas arriba, hemos de cruzar el río Cuerpo de Hombre, seguir por Cantagallo hasta el Puerto de Béjar, y entrar por el camino de Peñacaballera. Al Oeste, pocos kilómetros más lejos, empiezan Las Hurdes; pero aquí el terreno no es desolado ni ingrato. Desde la carretera, que ha ido escalando montes muy apretados de roble y encinas bajas, vemos, al fondo de su valle, las casitas de Montemayor, con un gran castillo que las domina. Como el castillo es del pueblo, y los pueblos no han encontrado todavía manera de dar trabajo a los castillos abandonados, Juan Cristóbal se lo compró sin verlo por dentro y sin moverse del olivar en que nosotros lo contemplamos ahora. En realidad, el gran escultor granadino tiene una opción de compra y un poder extendido a nombre de D. Filiberto Villalobos, lo cual es tanto como si el castillo de Montemayor fuera suyo. Recios cubos de piedra, paredones sólidos... Juan Cristóbal puede estar seguro de que el castillo esperará.

Va cayendo la tarde, y alcanzamos las casas de El Cerro a esa hora en que los montes empiezan a envolvernos con su adustez y gravedad. Las escue-

las son amplias. Se abre el patio de juegos sobre un panorama soberbio. Más abajo está el barrio de Valdelamatanza, nombre que evoca la Reconquista, y al otro lado de esas colinas sombrías, de glebas rojas, empieza Extremadura. Aquí hay una maestra que ha vivido en Vizcaya, y no se resigna al ceño de toda esta gran Sierra de Gredos. Puede consolarse, por lo menos, mientras esté en la escuela, transformando a sus alumnas poco a poco y preparándose a transformar también el pueblo. Por algo estas casas-escuelas tienen, al ponerse el sol, reminiscencias de urca, o de gran Arca de Noé que acaba de posarse en el Ararat. Todo han de contenerlo ellas. Todo ha de salir de ellas. Su vida interior puede bastar para volver a poblar la tierra y a darle un espíritu cuando no lo tuviere. Aunque el Ararat sea la Sierra de Gredos.

Ahora, desandando el camino, volvemos a pasar por delante de Béjar, y subimos la gran pendiente de Candelario. Nos acompaña el rumor del río, que no ha de abandonarnos ni aun estando dentro del pueblo, y el último saludo de los pájaros que pueblan los álamos, fresnos y sauces entre las peñas. ¡Lugar extraño, Candelario! Nieve perpetua arriba, y naranjos, manzanos y laurel abajo. Las calles y el indumento más arcaico, y la industria y las costumbres más modernas. El río que le da vida — Cuerpo de Hombre se llama — lo aprovecha Béjar, pero al pasar por Candelario se divide en numerosas corrientes, y baja por cada calle, animándolas y saneándolas. A ningún otro lugar del mundo — como no esté muy lejos — se parece Candelario. Dicen que en Suabia hay una villa semejante, con los mismos tocados femeniles, las mismas joyas, y, caso curioso, la misma industria que le ha

dado fama. Candelario mantiene su carácter antiguo, sin pátina. Es el pasado, vivo y fuerte, al que no ha llegado ningún género de descomposición externa.

Entremos en sus casas. La población apenas ha aumentado en un siglo. Sin embargo, el emigrante vuelve. No hay pérdidas. Lo que hay es pobreza vital, en medio del mayor bienestar económico. Matrimonios entre consanguíneos, con sus obligadas consecuencias y trastornos, como ocurre, en distinta medida, en las familias vascas. Limitación de horizonte. . . Con el cántaro a la cadera llega una de estas muchachitas pálidas, de tez asombrosamente fina, como una maravillosa flor que se marchitará con el soplo del viento. ¿Esta es la flor de Candelario? Esta es. Las que van llegando después no son menos lindas ni menos delicadas que ella. Una raza aristocrática perdura en el pueblo del embutido, y si el contraste os parece cómico, no lo será tanto si pensáis que todas estas fuerzas, las de la tradición, las del dinero y las del signo más popular del exceso de salud sanguínea, van apagándose y cifrándose en esa flor de juventud breve, como la flor del loto.

Candelario tiene, además de sus escuelas, una colonia de estío para los niños pobres de Salamanca, situada en lugar incomparable, con habitaciones y dependencias cómodas y un parque de rosales. El agua nieve baja de Navanuño y riega esta obra de beneficencia legada por un capitalista bilbaíno. Es tarde. Viene un viento frío. Ya es hora de refugiarse en Béjar.

EL ENIGMA DE BÉJAR

A caballo en su cerro, de piedra, Béjar aguarda con inquietud algún peregrino milagroso capaz de decirle si, desde ahora, será definitivamente una gran ciudad de nuestros días o quedará sólo como vestigio pálido de la grandeza pasada. Para contestar, no siendo zahorí, es preciso mirar al río. ¿Andan las fábricas? Pues ya empieza a marchar la ciudad. ¿Siguen paradas? Pues las cosas antiguas bastan. El Cuerpo de Hombre, río pintoresco, de nombre extraño, cuyo cauce va abriéndose por un paisaje de nacimiento, no sabe nunca a qué atenerse. A veces le piden más de lo que puede dar, a veces le dejan ir ocioso, tratándole, no a cuerpo de hombre, sino a cuerpo de rey.

Según sea la respuesta, así diremos quién tiene razón en la polémica de Béjar sobre el emplazamiento de las nuevas escuelas. El edificio, más suntuoso que todos los que llevamos vistos, se alza a un extremo de la ciudad. En la calle céntrica, tendida de un cabo a otro, como la espina dorsal del gran plesiosauro berroqueño, está lo más rico y lo más pobre de Béjar: el barrio aristocrático y el barrio obrero. Las escuelas nuevas, junto a la vieja iglesita medieval y el torreón de las murallas, han

ido a buscar, no sólo el paraje, sino también el vecindario más extremo. Para llegar a ellas desde el cabo opuesto, los niños deberán andar un kilómetro. ¡Pero si todos los problemas de Béjar fueran tan fáciles de resolver como éste! El barrio rico ya se hará otras, además de las que tiene, y si la ciudad vuelve a crecer, no le faltarán recursos para construir locales nuevos. Así plantea Béjar sus conflictos: «¡O todo, o nada!» Las abejas del escudo no piden más sino que las dejen trabajar.

El sitio es admirable. Da el campo de juegos hacia la Sierra de Candelario, que aparece muy próxima. Todo el valle está sembrado de casitas blancas: y como ya bien entrado Marzo son muy varias las tonalidades del campo y de los montes, la perspectiva desde la escuela es una fiesta para los ojos. Esto es un sanatorio. Las clases, anchas y luminosas; las salas de descanso, más amplias aún. Todas las dependencias trazadas con lujo. Sin embargo, las escuelas de Béjar han costado setenta y seis mil pesetas, a las cuales hay que agregar otras veinte mil para los difíciles trabajos de explicación por medio de un muro muy sólido. La Caja de Previsión Social de Salamanca ha hecho aquí una gran obra. El arquitecto ha sabido darle al edificio, con una simple portalada de piedra, cierto aspecto monumental.

La explicación de la inquietud actual en la ciudad de Béjar es mucho más sencilla que la solución. Ya en el viejo Madoz de hace ochenta años, cuando Béjar sólo tenía cinco mil almas — hoy se acerca a diez mil — leemos que allí se fabricaban buenos paños, con buena maquinaria, montada sin omitir gastos. «A pesar de ello, se hallan paralizadas la mayor parte de las fábricas por falta de sali-

da del mucho género que tienen elaborado.» Ahora no ocurre ya esto, porque la experiencia ha hecho cautos a los fabricantes, y más prefieren pecar por defecto que por exceso. Pero no tienen encargos.

Contaban antes con el paño bejarano para las capas. Ya apenas se usa ni el paño pardo ni la capa española. Tuvieron luego encargos para el Ejército, y ese apoyo les falta hoy. Los obreros esperan inútilmente unos pedidos que no llegan. Muchos emigran. Los mejores buscan trabajo en otra parte. Falta aquí la iniciativa industrial para cambiar de arriba abajo la fabricación, y cuesta mucho trabajo desprenderse de hábitos mantenidos desde 1824, cuando trajeron de Bélgica y Sajonia perchas, cepillos y aparatos para cardar e hilar. Toda la industria bejarana tiene sabor a siglo XIX, y tanto carácter de época como color local. Béjar y Alcoy hicieron ricos a muchos comerciantes españoles — sobre todo madrileños —, que luego se arruinaron con Sabadell y con Tarrasa, porque los catalanes se entendían directamente con tenderos y sastres. El almacenista holgaba, y en pocos años desapareció. Estuvo a punto de desaparecer también la pañería bejarana, sin la protección oficial. Pero una industria que sólo cuenta con trato de favor o auxilio del Estado, vive en precario. Cuando le falta, como ahora, no sabe buscar otras salidas, ni mucho menos transformarse. Se limita a esperar y a solicitar.

Por su parte, el obrero sólo tiene un recurso: emigrar. Y éste, en la mayoría de los casos, es tan doloroso que antes prefiere aguantar, esperar tiempos mejores y ayudar a los fabricantes para que sea más eficaz la petición. Las emigraciones en masa

que hemos visto en pueblos de Salamanca no han terminado aún.

Tal es la razón de que parezca inútil discutir sobre el emplazamiento de las escuelas de Béjar. Si las fábricas no vuelven a trabajar, la ciudad irá despoblándose, y ese local de barrios bajos servirá para la zona pobre, la más necesitada de edificios cómodos y sanos. Si en alguna parte escuchan al vecindario y empiezan a producir todas las fábricas, la situación estará salvada. En este tono sencillo podemos plantear la cuestión, aunque, caminando por los pueblecitos próximos a Béjar — Fuentebuena, Valdesangil —, recorriendo las calles, entrando en tiendas, casinos y cafés, llegaríamos a adivinar dentro de cada casa otro tono patético. Los maestros saben muy bien, sin salir de su escuela, cómo pagan los niños las grandes culpas de los errores industriales.

VI

MIRANDA DEL CASTAÑAR

EN Miranda del Castañar se entra por la plaza del Torneo. Las casas, todas de piedra noble y negra, ostentan escudos. Corre la Historia entre los guijos de sus calles en cuesta y los descarna como el agua de lluvia que va a dar en el arroyo Donvivas y en el río Francia. Sólo con asomarnos por este camino de la calzada de Béjar a los altos de Miranda, comprendemos que aquí empieza la sierra solariega, hidalga, capital de «gentes muy cristianas, de aguijada y abarca». *Por turbulencias* perdió Miranda del Castañar, en 1834, la cabecera del partido, que pasó a Sequeros. Se recluyó más, se metió más en su concha. Desde entonces debe de mirar hacia Salamanca y hacia Madrid con cierto recelo, que me parece justo, pues sólo hay en la Tierra una Miranda del Castañar.

Se entra — como digo — por un patio de armas, del cual rebanó el Concejo todo un gran lienzo de muralla para ensanchar el camino de carros. Fué preciso derribarlo y quitarlo sillar por sillar, porque aquí no se cae una piedra si no la tiran. Aquellos buenos castellanos, criados todavía con leche de la loba romana, construyen para la eternidad. Pero el resto, muros avanzados, cubos y de-

fensas almenadas, y, desde luego, la torre maciza del Homenaje, se mantiene soberbiamente en pie. Sin duda por ser Miranda del Castañar villa turbulenta, necesitaba y necesita señorío, y el ministerio que cuando estaba vivo el castillo ejercían los ballesteros del conde de Miranda, hoy lo desempeña la Guardia civil. Bajo la torre, a su sombra y ocupando la plaza del Torneo, construyó el Concejo un cuartelillo, una casa-cuartel. Este barracón se despega y nos desconcierta como una nota falsa en una sinfonía bien entonada. Espero verlo derruir cuando Miranda del Castañar sepa su propio mérito. Los franceses del año 8 se limitaron a quemar lo que podía arder, y en primer término, el Ayuntamiento; pero no construyeron nada. Tuvieron más respeto que estos otros enemigos de dentro.

Cuando llegamos a la villa turbulenta salen las mujeres de misa y se arremolinan a la puerta de la iglesita de Santiago. Trajes más montañeses, más astures que los de Candelario. Mejillas más sanas y ojos más infantiles. Las muchachitas llevan sus joyas: collares, pendientes y botones de oro labrado, como las charras de tierra llana y las payesas mallorquinas. Han salido a nuestro encuentro desde que nos vieron entrar por el arco de la Alhóndiga, donde campean todavía las armas de Carlos V. En la misma Alhóndiga, hoy escuela de niños, asoma, si no recuerdo mal, la mano de Cisneros, fundador y constructor antes que Carlos III. Pero es tan fuerte la sensación de vida remota y arcaica, que no necesitamos ir señalando fechas a las piedras, sino sencillamente internarnos calleja abajo, hacia el santuario de Nuestra Señora de la Cuesta. Mis compañeros de excursión se han quedado atrás, y el único ser extraño y anacrónico que

asoma bajo el alero de los tejados de Miranda soy yo. Me falta costumbre de pisar estas losas. Tardo en enterarme de que mientras yo levanto la vista a las gárgolas y a los escudos de piedra, unos ojos de mujer se están clavando en mí.

— ¿Dónde cae la escuela? — pregunto, para justificar un poco mi curiosidad.

— Don Filiberto lo sabe — me contesta riéndose.

Villalobos, en efecto, debe saberlo todo, aunque éste ya no sea su distrito de Béjar, sino Sequeros, donde tiene arraigo y afectos Eloy Bullón. Pero lo que no sabrán Bullón ni Villalobos es cómo ha podido conservarse el tipo fino de esta damita medieval, digna de vivir en la corte de Teobaldo, *el Francés*, tan arcaica por el peinado y tan moderna por la sonrisa con que se está burlando de mí. ¿Qué familias nobles quedan en Miranda del Castañar? Los olivares y encinares que rodean este término, ¿tienen todavía fuerza para sostener casas de cierta tradición? ¿O será, simplemente, esta muchacha hija de algún empleado de la Hidroeléctrica del río Francia?

Hemos encontrado, en efecto — porque D. Filiberto lo sabía —, las escuelas de Miranda del Castañar. Pero antes quiero completar el cuadro de esta villa describiendo nuestra entrada, mejor dicho, nuestra invasión en la iglesia gótica de Santiago, cuyo atrio, sostenido por cuatro airosas columnas, me trae, quizá arbitrariamente, reminiscencias romanas de Emérita Augusta. Hay allí una piedad, magnífica talla en madera; había una gran lámpara de plata anterior a los Zúñigas y Avellanedas, que resistió la francesada, pero que ya no está. Enterramientos que subsisten y cuadros que desaparecie-

ron. Todo el templo, incluso las columnas de piedra, está encalado. Y quiero describir también el viaje a través de las calles de Miranda, tortuosas, estrechas — y sin embargo, amables —; es decir, el viaje a través del siglo XIII, en compañía del señor alcalde, el secretario y el señor cura, para ver la ermita de la Cuesta, donde se apareció la Virgen al pie de un olivo. Subí al santuario, y a pesar de mi resistencia, por respetos a lo divino, un concejal dió vuelta a la imagen. ¡Juraría que no fué ésta la aparición y que ni el hijo del conde Grimaldo, de sangre real francesa, ni los primeros condes de Miranda, pudieron ver la que he visto yo! Todo el retablo está guarnecido de oleografías modernas. Sospechando que pudieran cubrir los cuadros antiguos, trepa un muchacho, tira de los lienzos y cae un bastidor. En efecto. La estampa cubre una pintura veneciana. Quizá de escaso mérito; pero ¿y las otras? ¡Quién sabe si habrá algo interesante debajo de los demás cartones! Realizado el descubrimiento al aire libre y bien enterado el Concejo, es ya difícil que nadie toque al tesoro artístico de Miranda del Castañar.

Pedir en este ambiente escuelitas rurales de tipo moderno sería como llevar otra estampa al retablo u otra casa-cuartel al patio de armas del castillo. ¡Tiéntese bien la ropa el arquitecto, Sr. Se-call, antes de intentar esa empresa! Pero la construcción es indispensable. Las dos escuelas que vimos van demasiado bien con el pavimento de las callejas. Una, cerrada ya, sólo tiene un magnífico miradero, resguardado del viento, donde florece un laurel y algún frutal. La otra se defiende con gran tesón. Empiezan a ceder los machones. Una de las paredes laterales, traspasada de humedad, va cu-

briéndose de incipientes estalactitas, que llegarán a formarse si antes no se hunde. Cruzan las grietas en zig-zag por distintos sitios. Y el techo, vigas al aire, está poblado de nidos de golondrina. Entran y salen, piando con su agudo y alegre chillido, las ave-citas del Señor. Dice el maestro: — Esto es muy bueno. Las golondrinas acaban con todos los bi-chos que hacen daño.

VII

CINCO PUEBLOS DE TIERRA LLANA

DEBIMOS avanzar hasta Sotoserrano, para bordear luego Las Hurdes, deteniéndonos en La Alberca, su pórtico, donde nos esperaban hurdanos, verdaderos hurdanos, que deseaban hablarnos de la educación de sus hijos. Hubiera sido algo más que un placer estético ver llegar en el frío del crepúsculo la sombra de los dos picachos con sus dos santuarios: Las Batuecas y Peña de Francia. Estas sensaciones fuertes, bróncas, de naturaleza madrastra, debe conocerlas todo buen español, sin lo cual hablará de muchas cosas de memoria. Pero hemos perdido tiempo — muy bien perdido, es decir, muy bien empleado — en Miranda del Castañar. El plan será volver a Salamanca por Sequeros, atravesando la sierra de Tamames y entrando por los encinares y los pueblecitos de tierra llana.

Quedan para otro viaje Las Hurdes. También hemos dejado para otra ocasión el paisaje lunar que imaginamos del lado allá de esas montañas nevadas; porque el camino de Garcibuey y Villanueva del Conde, con sol de primavera temprana en el mes de Marzo, poblado de árboles que empiezan a florecer, junto a los que mantienen hoja perenne, sólo puede darnos impresiones gratas y amables.

Por esos montes, muy espesos, baja estrechándose y abriendo un surco hondo, entre pintorescas laderas, el río Francia. La carretera traza curvas magníficas. Acaso en los inviernos crudos, de mucha nieve, sea temerosa esta Sierra; pero cuando la cruzamos nosotros nada indica que unos kilómetros más allá se agazapan Las Hurdes. De estas sorpresas abundan los viajes por España. ¿Quién diría que Sequeros es un paraje delicioso, digno de ser visitado con calma y no al pasar, como en una película?

Hubiera querido yo saber si tiene todavía Sequeros la misma escuela que hicieron construir por suscripción en 1845 varios vecinos del pueblo, y entre ellos el salmantino D. Juan Pacheco, cuyo donativo, enviado desde Cuba, fué el más importante. Deseaba ver el retrato del indiano, que debe conservarse aún. Pero pasamos como un relámpago. El automóvil nos expone a graves peligros y a faltas imperdonables: «Creo que al pasar por Sequeros — me escribe desde allá persona que yo debí haber visitado antes que al retrato de D. Juan Pacheco — estuvisteis en un sitio muy bonito que llamamos El Barrero, y precisamente una huerta muy hermosa que está junto al Barrero, donde veríais todos los frutales en flor, es la de nuestra casa, y, por consiguiente, la tuya.» Esto suele ocurrir con la felicidad: que más de una vez llegamos a sus puertas y vemos la flor de sus frutales sin darnos cuenta de ello. Al médico de Sequeros, don Eduardo Ferrán, cuyo nombre es popular y respetado en toda la Sierra, envío desde aquí mis disculpas; aunque el más castigado sea yo, que no supe conocer la huerta del Barrero. Desde Sequeros, por el campo de batalla, vamos entrando en el llano de Tamames. Empiezan ya los encinares. Forzamos la

marcha para comer en la estación de Fuente de San Esteban y volvemos luego a la visita de escuelas, en cinco pueblos de tierra llana.

Sepulcro-Hilario, Abusejo, Aldehuela de la Bóveda y Roblija de Cojos tienen ya escuelas construídas por la Caja de Previsión de Salamanca. Las de Tejares las construyó el Estado. Son los pueblos típicos de la llanura salmantina: paisaje de líneas amplias, encinas espaciadas, de gran copa, redonda y pomposa; surcos sin fin, prados vastísimos por donde cruzan, pacíficos, rebaños, pjaras y también puntas de ganado bravo. La distancia de pueblo a pueblo — ¡caso interesante! — es cada día mayor. No porque los pueblos cambien de lugar, claro está, sino porque algunos van muriendo, desaparecen, se hunden. Queda en su solar un despoblado, con existencia geográfica. El despoblado de Sepulcro-Hilario es la Fresneda. Ya hablaremos de estos despoblados y de estas soberbias y silenciosas tierras de señorío. Los caminos desarrollan su cinta de largo metraje sin tropezar con un ser humano. El cielo claro, de una diafanidad impasible, nos envía algunas veces un sople lento y frío. Aunque el Dr. Villalobos no quiera decírnoslo, yo comprendo toda la belleza y todo el peligro de estas llanuras. Cerca de Sepulcro-Hilario, donde nace el río Yeltes, está la Laguna de Cristo.

Estos pueblos, a pesar de todo, quieren vivir, y algunos han triplicado la población en medio siglo. Son trabajadores. Mejoran su instrucción. El entusiasmo con que aceptan la idea de edificar escuelas de nueva planta y el júbilo con que las ven terminadas, indican su vehemente deseo de salir del atasco en que vivieron durante muchos años. La de Sepulcro-Hilario, obra de estudiada sencillez, en

la que el arquitecto, Sr. Secall, logra realizar un tipo simplificado hasta el último límite, con sus dos grandes salas — para niños una y para niñas la otra —, despachos bibliotecas, dependencias, galería cubierta, patio de juegos, rodeado de verja, costó cuarenta y ocho mil pesetas. Maestros y discípulos entran allí con alegría. En uno de estos pueblos se había hundido la escuela vieja una mañana, salvándose milagrosamente los muchachos. Pasar de aquellos locales inhabitables a las escuelas nuevas es nacer a otra vida. Ahora depende de ellos, tanto de los maestros como de los Ayuntamientos, obligados a velar por la conservación y mejora de sus escuelas, que no se malogre el esfuerzo realizado.

En Abusejo, el antiguo dominio de Gor, también con su laguna, sus encinares, sus dehesas y su industria de carbón de brezo, buenas tierras a media legua del Huebra y una historia que se remonta al siglo XII, el presente vale mucho más que el pasado, próximo y lejano. Sesenta y cinco mil pesetas, que pagarán en veinte años a la Caja de Previsión, han resuelto el problema del pueblo. He visto a la maestra de niñas, D.^a Enedina Alonso. Todo está limpio y risueño. Las niñas han dejado sobre cada pupitre su delantal blanco. . . Quizá el material no sea tan limpio ni tan nuevo como merece la maestra. Si corremos el pueblo veremos una intención de arte en sus calles: esgrafiados originales en casitas humildes, gentes bien vestidas. . . Es domingo. Por eso, la calle de la escuela de Abusejo parece hoy la plaza Mayor de Salamanca.

Aldehuela de la Bóveda sirve a otros dos poblados: Bóveda de Castro y Villar de los Alamos; a dos aldeas, tres alquerías y un coto redondo que

se llama la Huerta de Mozarbitos. La población escolar es numerosa. Aquí las dos escuelas, con dos casas separadas para maestro y maestra, han costado cincuenta mil pesetas. Quizá sean éstas las que cumplen mejor los propósitos de la Caja de Previsión. Pero ya es tarde para hablar de ellas con la extensión debida, así como de Robliza de Cojos. Aquí hay uno de los maestros más inteligentes de la provincia. El pueblo sería rico si la propiedad apareciese en él en su forma normal. Sin embargo, debo decir, en justicia, que los hermanos Pérez Tabernero realizan buena obra a favor del pueblo, especialmente D. Antonio, que además de ayudarle facilitando medios de vida, distribuyó hace algunos años un centenar de fanegas de tierra, a título gratuito, entre los pobres del pueblo para que tuvieran huertos propios que cultivar. La escuela nueva, recién inaugurada, se desenvuelve con estrechez. Valdría la pena de ayudar al maestro que trabaja en ella con tanta fe, y al llegar aquí pienso otra vez en la Liga de Amigos de la Escuela.

Los últimos locales que visitamos, muy cerca de Salamanca, son los de Tejares. Aquí construyó el Estado. La arquitectura es, sin duda, de intención más decorativa y más suntuosa que las escuelitas de Secall. También el coste es mucho mayor. Lo esencial está menos cuidado, y en conjunto exigen un esfuerzo más considerable.

Ya estamos de vuelta en Salamanca. La obra que acabamos de ver es tan práctica que, por emulación, quiero dar a estas líneas finales un sentido semejante al suyo. La Caja de Previsión de Salamanca pide con carácter general, para todas las instituciones análogas, una cantidad módica — cinco mil pesetas — *por escuela construída y entre-*

gada. Esa cantidad es para la propia escuela, para pagarla y para un fondo de conservación y mejoras. Nada más justo que su petición. Nada más eficaz que esa pequeña subvención para estimular a nuevas construcciones.



VIII

DESCANSO EN SALAMANCA. LA CIUDAD Y LA TIERRA

COMO esta Universidad salmantina es la más gloriosa, puedo atribuirle, no sólo alma, sino también voz. Me asomé al claustro por primera vez el año 1902. Habían matado miserablemente a dos alumnos dentro de la Universidad, y llegué, como periodista, a tiempo de ver sus cadáveres atravesados de balazos. La segunda, con Rafael Gasset, en propaganda de riegos y caminos vecinales. Ahora me trae la visita de escuelas. ¡Escuelas! Me parece que la Universidad se encoge de hombros y me dice: «¡Nunca vienes aquí a estudiar!» Tiene razón. Le sobran magníficos y soberbios títulos para hablar con tal confianza. Bastaría la cátedra de fray Luis, con sus famosos bancos torturados y trabajados, para que se lo perdonáramos todo. Pero, además, la Universidad salmanticense, tradicional e histórica, puede permitirse un gesto de desdén ante el que venga aquí pensando en algo tan humilde como la escuela. La escuela era desbroce, roturación, faena de legos y frailes de pocas letras. A su función se le llamaba «desasnar». En suma: democracia. El concepto noble y elevado

de la escuela vino cuando ya estas piedras estaban bien doradas por el sol.

Por eso, conociendo la fuerza que en Salamanca tienen y tendrán siempre esas piedras doradas, no estoy conforme con la escuelita que levantan cerca de los Irlandeses. Secall ha construido la parte arquitectónica del monumento a Gabriel y Galán, obra que, dentro de su original modernidad, va muy bien con todo el ambiente sabio y cultísimo del Renacimiento salmantino. Quien ha sabido hacer ese frente tan decorativo, con líneas sencillas y armónicas, puede construir una gran escuela digna de Salamanca. En villas y aldeas bien está el tipo sumario, de tintas planas: blanco y azul, con su tejadillo reforzado y sus grandes ventanales. Pero aquí eso no es arquitectura. Hace falta encontrar el modelo, mejor dicho, crearlo; porque el Siglo de Oro de Salamanca podía darlo todo, menos escuelas. Quizá sea éste el único reparo que debo poner a la obra de la Caja de Previsión Social.

El descanso de un día nos sirve para ir entrando en la ciudad; para ir asomándonos a su vida, y no sólo a sus monumentos. Hemos venido a ver una empresa excepcional, llevada a cabo por hombres de acción y — bueno será decirlo — de acción política. Esto, en cualquier caso, aunque sintiéramos la tentación de estimar sólo el valor estético de las cosas, nos impediría limitarnos a la mera contemplación del paisaje y de la obra artística. Salimos al mediodía camino de Ciudad Rodrigo, y nos detenemos a comer debajo de una encina. La hora es grata — todavía no castiga el sol —; la compañía, más grata aún; los encinares se extienden carretera adelante, dándonos idea de la inmensidad de estos llanos de Salamanca y de estas fincas de

muchos centenares de hectáreas bajo una sola linde. La visión del paisaje sería incompleta si no pudiéramos agregar la parte humana, que aquí tiene valor estético también, porque la Historia es una suma de pequeñas tragedias personales, cuya síntesis puede ser apreciada a veces con lo que alcanzan nuestros ojos a la sombra de una encina.

Salamanca vuelve a subir después del terrible descenso del XVIII. Pero su crecimiento no será firme si no crecen también los pueblos. La gran cuestión de esta campaña — sería ciego, por ceguera o por egoísmo, quien no llegara a comprenderlo así — es el régimen de propiedad de la tierra.

— Fueron los caudillos de la Reconquista, con sus rapiñas — dice Villalobos —, la forma absurda y funesta en que se hizo la desamortización y el oro de los indianos, que adquirieron vinculaciones rústicas en toda la provincia, quienes crearon en realidad este régimen. Las consecuencias han sido fatales.

Aunque sean hechos y datos conocidos, no estará de más volverlos a citar. En Salamanca, cuarenta propietarios tienen más riqueza imponible que los otros quinientos mil habitantes. El sistema de colonia funciona de tal modo que han desaparecido, en menos de medio siglo, cincuenta y dos Ayuntamientos. Al propietario le conviene quedarse libremente con sus fincas, y acude a todos los medios para echar al colono. Alguna vez los expulsaron en masa, como en el caso de Campo Cerrado. Hoy esto no puede hacerse; pero acuden a otros procedimientos: niegan la sucesión a los hijos, denuncian el contrato, no admiten plazos largos, sino de seis años para la renovación de contratos. D. Filiberto Villalobos lo ha contado, con pruebas, en el Con-

greso. Hay un Ayuntamiento constituido por diez dehesas, y en el que hace diez años era el pueblo matriz no habitan hoy más que el rentero y el cura párroco, porque la maestra, al quedarse sin alumnos, en vez de reclamar, se fué a vivir a su casa. Los renteros no pueden admitir en sus casas personas extrañas a la familia. Sólo al herrero, al vaquero y al guarda. Y como los desahucios no bastan, porque los vecinos pueden volver, hubo un propietario — en Anaya de Huerva — que prendió fuego a las casas después de expulsar a los colonos.

En esta guerra, el colono siempre es derrotado. Las contribuciones ha de pagarlas él. Si es necesaria alguna obra ha de sufragar los gastos él. Sólo aquí podemos caminar noventa kilómetros, sin interrupción, por tierra de señorío. Y de esta tierra, poco a poco, van desapareciendo los pueblos, porque a los propietarios les interesa irse quitando estorbos.

Pero el mal es viejo. Quizá Villalobos y sus compañeros de propaganda han leído al benemérito Ponz. D. Antonio Ponz, que vió tantas cosas, anota en su *Viaje de España* (tomo XII. Carta 6.^a) las causas de la despoblación de Salamanca y su provincia siguiendo una representación del clero salmantino al Rey Don Fernando VI. Las guerras de los Austrias se llevaron la juventud. Se llenó el campo de broza y aspereza por falta de brazos. Fué más fácil encontrar pastores que labradores. Luego aumentó el número de gentes, pero no el de tierras cultivadas. Reducidas a pastos las labrantías, fueron ganando terreno los propietarios, convirtiendo los lugares concejiles en cotos redondos adhesionados. Perecen los pueblos. «La provincia vive en

cierta especie de mísera esclavitud.» «Las iglesias de los despoblados sirven de corrales y pocilgas para ovejas y cerdos.»

No fué necesaria la desamortización ni el oro de América: «En la latitud de siete leguas y longitud de solas cinco — dice esa representación a Fernando VI —, que tocan a los partidos de Baños y Peña de Rey, a que se ha reducido este estado (para demostración del restante de la diócesis), reconocerá V. M. ciento veintisiete lugares que todos o casi todos eran concejiles y tendrían pocas menos iglesias parroquiales y más de mil labradores de yunta, que cómodamente podrían mantener sus términos, con más los correspondientes artesanos, pastores respectivos, guardas y criados; y si la piedad de V. M. vuelve los ojos al que en el día tienen, reconocerá también que los ciento veintisiete poblados han quedado en solos trece; y que los ciento catorce restantes se han asolado con daño de V. M. y el Estado; que las ciento veintisiete iglesias están reducidas a cuarenta y siete vivas; que en el día aún existen otras cuarenta arruinadas, y que, manteniendo o pudiendo mantener mil treinta y dos familias, útiles, andan expatriadas y sujetas a servidumbre.»

Expatriadas andan — hoy como en 1786 —, y sujetas a servidumbre, estas familias útiles. Yo tengo fe en la instrucción. Creo que ese régimen singular y único acabará, y por lo tanto, que, suprimida la causa, la región de Salamanca prosperará con extraordinaria rapidez. Tal es la perspectiva, no muy lejana, ni tampoco ilusoria, que puede divisarse en el camino de Salamanca a Ciudad Rodrigo, a la sombra de una encina.

IX

TIERRA DE ZAMORA

VAMOS a Fermoselle (Zamora), en la raya de Portugal. Antes debería consignar una visita rapidísima a Ciudad Rodrigo. Su plaza, sobria y clara, merecía, por lo menos, un descanso junto a la fuente. Blanco festón de arcos muy abiertos, de encalado crudo; macizos pilastrones de piedra negra, tejadillo corrido... Estas gentes de la Salamanca fronteriza supieron hacerse una plaza claustral, un claustro alegre, donde llegan los ruidos del siglo sin demasiada violencia. Pero la primera concesión traería otras. No podemos detenernos aquí. Un corresponsal apasionado — con justa causa — me escribe desde León: «Si va usted a Ciudad Rodrigo no deje usted de preguntar por mi padre, que fué muchos años maestro en Campillo de Azaba, y después de larga vida de sacrificios y trabajos en local miserable, murió como un santo, cuando tuvo una escuelita con aire y con sol...» Traduzco las palabras del hijo como la mejor semblanza de un maestro que dejó memoria en la región y, no siendo posible visitar la aldea, doy aquí su nombre: D. Salustiano Vicente y Vicente. Pero ¡tantos maestros hay que viven con pobreza, entre sacrificios y trabajos! Tantos habrá en los campos

de Salamanca y de Zamora, por donde caminamos, que acaso sea poco piadoso recordar a uno solo.

Tampoco debo pretender que un viaje por tierra de Zamora, con parada en Fermoselle, en la capital y en Benavente, dé idea, siquiera aproximada, de toda la provincia. El «auto» ha dejado atrás la villa de Ledesma, erguida sobre el Tormes y apoyada con maravilloso gesto en el brazo del puente. Sesga hacia Portugal, río abajo, y más allá de Trabanca, las glebas pobres se le convierten en pedregales y montes, derrumbaderos y grandes cortaduras. Pasa el río salmantino cerca de su confluencia con el Duero, en una quebrada pintoresca, llena de viñedos y olivares, y llega a los altos de Fermoselle, miradero espléndido para contemplar la llanura lusitana que por este lado es rojiparda, como la de Zamora.

Fermoselle, pueblo grande, vieja aduana, con un castillo desmantelado, que en tiempos tuvo, para defenderse, dos compañías de inválidos, se encarama también sobre un cerro y va extendiéndose a una y otra ladera. En lo más elevado, ocupando una posición incomparable, están las escuelas que construye la misma Caja de Previsión de Salamanca, Ávila y Zamora. Esta es la más importante de todas sus obras. Escuelas graduadas, de seis grados, capaces para trescientos alumnos. Secall, cada vez más seguro, a medida que practica su oficio de constructor de escuelas, ha empleado aquí la piedra y la madera, dándoles intención decorativa. El edificio, terminado, no llegará a costar doscientas mil pesetas. Es la cifra más alta, como no sea la de Arenas de San Pedro, que yo no conozco. De esta manera, Fermoselle responderá a la buena nota que han sabido conquistarse las provin-

cias castellanas y leonesas; especialmente León, Soria, Palencia, Avila y Zamora. Esta última tiene uno de los mejores puestos en la estadística comparada de las escuelas nacionales. Si todos los chicos de Fermoselle no van a la escuela hoy es porque no tienen sitio. Zamora es una de las pocas provincias españolas en que los alumnos asisten los cinco años de la edad escolar y aun más allá de los cinco años, en las clases de adultos. Todavía Fermoselle es población importante. A lo largo de la carretera que entra en Portugal y sube hacia Sayago va formándose una línea de casas industriales, almacenes, depósitos. Quiere esto decir que ha sabido abrir los ojos al mundo. Pero seguimos adelante por los campos desnudos, donde la luz no basta a enriquecer la estameña del suelo; y aun en esas aldeas míseras, que ya no pueden hacer casas y cercados con montones de piedras, sino con adobes, los muchachos zamoranos asisten a clase en igual proporción. Los padres no se los llevan prematuramente, ni por abandono ni por codicia — o por necesidad —, como ocurre en Extremadura y en casi toda Andalucía.

Son, sin embargo, pueblos muy castigados por toda clase de inclemencias, que siguen ateniéndose a su pan de centeno y donde los mayores propietarios escasamente cosechan lo indispensable para vivir. ¿Quién puede pedir que sea una escuela modelo, alegre, limpia y luminosa, la escuela de Fadón? Si sus casitas bajas, que ya no parecen hechas de adobe, sino de barro seco, sin ninguna argamasa, han reducido hasta un mínimo inverosímil las necesidades de sus moradores, ¿cómo vamos a sorprendernos de que la escuela sea humilde también? En estos pueblos todo es color de tierra,

y la tierra es color de barro. Imaginamos que la lluvia va a disolverlos, como la marea disuelve y borra los castillos de arena que hacen los niños en la playa. Vemos también que con el sol de Agosto se abrirán, resecos y resquebrajados. Sin embargo, su fragilidad es aparente. El barro es eterno. Un género de eternidad, inmutable, como la del hormiguero — a cuyo ejemplo se acerca todavía más el silo —. Una eternidad sin rumbo, sin mañana y sin más allá, como no sea en otra vida. Las casas de adobes y la manta sobre la cabeza, casi tapándose los ojos, dan idea de un propósito de no ver, no comparar, no querer salirse de su propia individualidad. ¿Se alcanza bien el valor de la escuela, por modesta que sea, en estos lugares tan peligrosos para el hombre recogido, reconcentrado y propenso al ensueño o al estupor? La escuela lo lanza fuera de su pequeña realidad, a otra más amplia; le da nociones, ambiciones. Le dispone y arma para correr mundo. Por la escuela se enlaza su eternidad de barro con esta actualidad mudable en que vivimos, que yo no me atreveré a decir si es de piedra o cemento, de oro o de caucho; pero que vale la pena de ser entrevista desde los campos de Zamora.

Pocos kilómetros más allá de Bermillo de Sagayo cruzamos el puente sobre el Duero y entramos en Zamora. ¡Emoción fuerte e inolvidable, que sólo puede experimentarse una vez, y que para mí llega suavizada, gracias a la luz del sol, por un velo brillante, como una polvareda de plata! Zamora da siempre un tono frío; no es dorada como Salamanca, y si faltase el sol, la plata sería ceniza. A pesar de sus paseos nuevos, de sus calles modernas, su Instituto, sus cuarteles, sus fábricas y su vida de ex-

tramuros, lo que buscamos en ella anda alrededor del siglo XII. Si queremos ser sinceros al dar cuenta de una excursión por sus escuelas hemos de confesar cierto desencanto. Nos parecía que a las cifras de la estadística en toda la provincia debía corresponder una situación satisfactoria en la capital. No ha sido así. Creo preferible decirlo lealmente y estimular a los zamoranos para que se interesen por la situación de su primera enseñanza.

En Zamora, donde el censo escolar pasa de tres mil alumnos, hay más de mil niños y de seiscientas niñas sin escuelas. No llegan a setecientos los que reciben instrucción. La enseñanza particular, especialmente la religiosa, va sustituyendo, hasta donde puede, la acción del Estado. Hay una escuela de párvulos, sin graduar. Clausurada por falta de local la práctica de niñas, que tiene cuatro grados. Visité las escuelas de Fernández Duro, donde un profesorado inteligente realiza obra muy eficaz y meritoria. Llegué a la calle de Balborraz... No. No quiero difundir la leyenda de escuelas de otros tiempos, en parajes impropios. Basta la indicación de que la ciudad leonesa necesita un gran esfuerzo para ponerse al nivel de la buena fama que goza toda la región. Las últimas obras realizadas son de larga fecha. Hacia el 75 — medio siglo —, construyó escuelas públicas en el arrabal de San Lázaro. Hacia el 80, en el de San Frontis. Luego hay edificios arrendados para la enseñanza primaria; pero, en realidad, puede decirse que está en un momento de cansancio. El pasado va, poco a poco, gravitando sobre el presente. Necesita sacudir el sueño y aislar en su zona, puramente estética y religiosa, el maleficio del siglo XII.

X

CIUDAD DE ZAMORA VILLA DE BENAVENTE

AL amanecer salgo, solo y sin guía, para dar vuelta a las murallas de Zamora. En la plaza Mayor, nadie. Nadie en los soportales. Ese viento de la mañana, punzante y tónico, que conocen madrugadores y trasnochadores, me lleva a buen paso por callejas desconocidas. ¿Adónde voy tan afanado? ¿Qué tengo que hacer yo en la «rúa de los Notarios»? Si las escuelas no han abierto y los maestros duermen, ¿para qué tanta diligencia? Es por vivir más tiempo las pocas horas de mi viaje. Quiero saturarme del aire de Zamora. Yo iba buscando, no ya el castillo ni la catedral, sino una iglesia de Puerta Nueva que había visto pintada no sé dónde, grave como un capuchino, coronada por la veleta de Pero Mato, centinela perpetuo de Zamora. Sabido es cómo nunca se encuentra lo que vamos buscando en las ciudades que ignoramos. Veo, en cambio, el amanecer de la ciudad, que en todas partes comienza por los mercados y las iglesias. Rondo las murallas, como un compañero de Pero Mato, y tomando una gran vuelta doy en la rinconada que lleva el nombre de «El Degolladero». Ha ido naciendo, poco a poco,

un día sin nieblas, y llego a tiempo de disfrutar algo extraordinario: Yo he visto salir el sol por bajo los arcos del puente viejo, y cubrir de diamantes encendidos la panza de una pobre barca encallada en las arenas del Duero. Vienen los rayos, enfocados por los ojos del puente, como otros tantos reflectores, y un viejo mendicante y yo formamos todo el público del suntuoso espectáculo.

Después de las murallas, otra vez a la catedral románica y al miradero del castillo. El románico es tan abundante en Zamora, que no hace sino un aprecio relativo de su mérito. He visto una iglesia románica convertida en carbonería. La recorrimos de un lado a otro. El efecto de grandes montones de carbón, bajo las soberbias vigas de su techumbre bizantina, que han resistido ocho o nueve siglos y pueden arder cualquier noche, es, realmente, nuevo. Allí presenciarnos el extraño rito de los carboneros, cosiendo los sacos. El párroco de Santa María de la Horta nos llevó a ver su iglesia de extramuros, en la Puebla del Valle. También tiene apoyado en el ábside un almacén de carbón que tapa dos ventanas. Pero ¡hay allí tanto románico! que el buen párroco ha de gritar muy alto si quiere que le hagan caso.

No es ésta, sin duda, toda la ciudad de Zamora, ni quiero presentarla como un vestigio del siglo XII. Ahora aguarda la concesión del ferrocarril, que nunca llega. Su situación es espléndida, a orillas del gran río; pero el Ebro se ha adelantado, y no hay saltos del Duero. Zamora tiene que defenderse. Ha explotado poco el turismo. Piensa convertir en mercado una plaza magnífica; es decir, no ha comprendido la importancia del carácter. ¿Cómo se defenderá si no empieza por cuidar la instrucción?

Si alguien censura la ligereza con que sigo adelante después de tan pocas líneas dedicadas a las escuelas de Zamora, recuerde que vengo aquí de paso para Benavente. Todavía estoy bajo la jurisdicción de la Caja de Previsión de Salamanca, que construye para esa villa zamorana uno de sus mejores edificios. Vamos primero por las tierras agrias de Torres — asiento de la primitiva ciudad, campo de ruinas —, y luego, por la margen derecha del Esla, siguiendo una gran cañada que viene de la Extremadura portuguesa. El suelo parece ablandarse a medida que subimos hacia los montes de León. Todo va preparándonos a un cambio de ambiente.

Pero no es fácil adelantarse a imaginar lo que es la villa de Benavente, aun teniendo ya noticia de su genio comercial y trabajador. Desde que entramos en ella nos envuelve el trajín del mercado. Subimos por una plaza en cuesta — la plaza de los Bueyes, porque allí compran y venden los ganados — hacia el Corrillo de San Nicolás y la Rúa. La calle de Toledo en día de verbena puede dar idea de lo que es un mercado en Benavente. Antes bajaban de Ponferrada y hasta de Galicia, en años malos, a surtirse de grano — trigo y centeno —, y se lo llevaban en cueros de cabra. Ahora el radio quizá sea más extenso, porque muchos pueblecitos de los contornos tienen mejores vías de comunicación. Desde los charros hasta los leoneses llegan al ferial y se llevan su buen ganado, sus aperos de labor, sus objetos y utensilios surtidos por el comercio. Podía ser esto el movimiento pasajero de un día de feria; pero siguiendo calle arriba, hacia la iglesia de San Nicolás o San Juan del Mercado, veremos por todas partes un

pueblo que trabaja. Los talleres están en marcha; los comerciantes van y vienen detrás del mostrador; en las fraguas se oye el martilleo sobre el yunque. Hay librerías. Bernabé Palenzuela tiene su taller de encuadernador. Muchos médicos, diez o doce; muchos abogados. Todo esto, en una villa que no llega a seis mil habitantes, demuestra gran vitalidad.

Había en Benavente unas escuelas nuevas. Dos salas enormes, construídas con el criterio de hace treinta años, donde los maestros enferman de la garganta sólo para hacerse oír. Estas salas podrían ser divididas y desdobladas. Pero ahora el Ayuntamiento ha encargado a la Junta salmantina otras escuelas, terminadas en un año, las más capaces, las mejores que hemos visto aquí, y cuyo coste, sin embargo, no alcanza a cien mil pesetas. Así estará servido el pueblo y podrá continuar su buena tradición. Enviemos, al llegar al término de su jurisdicción, un saludo a Villalobos y a Iscar. Con el saludo va nuestro deseo de que el Estado favorezca a los pueblos que sepan construirse sus escuelas con una pequeña subvención. ¿No subvenciona las casas baratas? Mucho menos se le pide, y con más justo título, para las escuelas.

Y ahora ya podemos subir al castillo de los Pimentel, al magnífico torreón, último resto que permanece en pie del palacio de Benavente. Aquel *Pelegrino curioso*, doncel, vecino de Xérica, que descubrió y editó D. Pascual Gayangos para la Sociedad de Bibliófilos, y que hizo antes que Ponz — en 1570 — su viaje de España, llegó también a este castillo; pero entonces florecía en todo su esplendor. El peregrino valenciano, que firmó Bartolomé de Villalba, y dejó inédito su libro, no era un

escritor. Pero tampoco un aventurero, ni un pícaro, como otros peregrinantes del camino de Santiago. En Benavente le maravilló la campiña y la huerta «de lo bueno de Castilla la Vieja»; la armería del castillo, «lo mejor de España, sin agravio de nadie, quitando la del rey». Dos mil coseletes vió allí, todos con el aderezo necesario, «y unos espejos que os podéis mirar en ellos». Todo lo visitó despacio, porque tenía en Benavente un paisano suyo al servicio del conde, y como aquí describe, lo que no suele hacer en el resto del libro, lleno de digresiones, fábulas y desahogos poéticos, podemos saber lo que era en 1570 el castillo de Benavente:

«Es de los Alcázares reales buenos que hay en España, porque es palacio con todas las calidades que se requieren, lo uno porque es fuerte y está bien murado, con su foso y barbacana y otras cosas que le fortifican, y demás de esto, secundariamente tiene en sí todo lo que se puede pedir: gran patio, lindos corredores, hermosos balcones y *enaygas* y rejados grandes; salas, recibidores, antecámaras y entre las piezas muy buenas que tiene notó el Pelegrino la sala que llaman de las Armas, que es cuadrada, y todos los blasones de las personas calificadas están allí, y es muy dorada y vistosa, y demás de esto hay unos aposentos con un corredor que extiende la vista al campo, al río, a la huerta, a la villa. . .»

Es el soberbio corredor de dos cuerpos, abierto en el ancho muro del torreón que se conserva en pie. El doncel de Xérica se conmueve, viciado ya por un principio de aquella blandura que nos vino de Italia; pero pone el contento de las bellas vistas a cargo de algún caballero principal. «. . . Y todo es tan bueno — agrega — , que cualquier señor que

la viere quedará con gusto della.» El último señor, el más calificado, fué Napoleón, pero antes llegó un príncipe de Alemania. . . «Y ansí, llegando un príncipe de Alemania a visitar al conde, que se conocían, le comenzó a mostrar su recámara y armería y cosas particulares, y entre ellas el conde, por cosa que lo merecía, le mostró su palacio y grandezas, y, particularmente, viniendo a la cocina, como por allí son más epicúreos, dixo el príncipe: «Pequeña cocina me parece ésta, señor conde, »para tan gran casa.» El conde, que era sabio, le respondió: «Ser tan pequeña la cocina ha hecho »que la casa sea tan grande.» Respuesta de príncipe prudente, por cierto.»

Algunos restos de esta grandeza pudo ver Bonaparte cuando se alojó allí persiguiendo a las tropas inglesas. Todavía quedaban los árboles de aquellas alamedas que tenían «tres carreras de caballo», «mucha jardinería en las hierbas y muchos vireles con pescados». Lo que no estaba ya era la gloria de los Pimentel ni la entereza del gran conde de Benavente. Hoy no es posible asomarse al mirador sobre la Mota. Ya no existen el jardín ni la casa. . . «Y dentro del jardín, su casa, y en ella otra curiosidad no menos digna de notar: que está repartida de tal manera, que la condesa con sus damas no tengan que departir ni que ver, si quieren, con el conde ni sus criados. . .»

XI

LLEGADA A LEÓN. LA PROVINCIA MODELO

HACE algunos meses — empezábamos a peregrinar lugares del cerco de Madrid — vino a verme un maestro del concejo de Villablino (León). «Si va usted a Sosas de Laciana — me dijo —, donde cuenta usted con un amigo y una buena escuela, verá que allí todos los chicos saben leer y escribir. Y esto desde mucho tiempo. Antes de llegar yo ocurría lo mismo.» Este caso del valle de Laciana, que siempre me habían descrito como uno de los más hermosos de la montaña leonesa, despertó mi deseo de visitarlo. Necesitaba respirar aire más limpio, llegar a escuelas donde no fuese necesario penetrar con la lámpara Davy. Durante esos meses, hasta conseguir mi deseo, he visto cien veces las escuelitas de Villablino como un rompimiento de gloria, como un ideal creado por la fe. Sin embargo, era cierto. Pero no sólo el valle de Laciana, sino toda la provincia de León, tiene primacía sobre el resto de España. León, la milenaria — tradición, historia, lo cual para muchos quiere decir: polvo, herrumbres y telarañas —, cuida mejor que Madrid, Bilbao y Barcelona estos primeros y más humildes meneste-

res del aseo espiritual. (Por limpieza no debe haber analfabetos.) León y su provincia cuentan con mil cuatrocientas treinta y nueve escuelas. Es la cifra máxima. Luego siguen Oviedo y Burgos. ¡Apréndanlo esas regiones que acostumbran a mirar con desdén los esfuerzos de las otras!

León es la primera en asistencia escolar. Muy cerca del noventa y tres por ciento de la población escolar está matriculado, mientras en Cadiz no pasa del veintidós. León y Castilla van delante. Y como esto no lo habíamos visto sino en el papel, en la estadística, era preciso comprobarlo sobre el terreno.

Para ello seguimos, no la línea férrea que entra desde Zamora por campos llanos y pardos, sino la carretera de Benavente a León, toda plantada de viejos álamos, chopos y negrillos, que ahora empiezan a echar hoja. Región alegre, muy cultivada, a orillas del Esla, río para nosotros de gran prestigio. ¿No es ya buena señal esta alameda de setenta kilómetros que León quiso tender hacia Zamora y se detuvo en Benavente? Hay, por lo menos, una voluntad de agradar que estimamos tanto como la cortesía, y que no siempre se corresponde con la fortuna. Estos pueblecitos leoneses por donde pasamos, no son ricos. Algunos tienen silos para el grano y el vino. Otros viven dentro de esos silos. En algunas partes las casas son de adobes, puro barro; es decir, pura pobreza. Y en todas ellas los niños van a su escuela hasta los doce años. Ellos y sus padres quieren. . . Quieren. . . Basta esa palabra en honor suyo.

En el camino de Benavente, como en el páramo, hay casitas pobres, de tipo, no medieval, sino eterno. Sánchez Albornoz, para describir las casas miserables como una estampa más de la *Vida en León*

durante el siglo X, se apoya en las descripciones actuales de Fernández Valbuena: *La arquitectura humilde de un pueblo del páramo leonés*. «Paredes de barro, salpicado de paja, sostienen el barro y el césped de la techumbre, a dos vertientes.» «En Ardoncino las casas, verdaderamente típicas, carecen de chimeneas en las campanas de sus cocinas; el humo márchase por entre las tejas, lentamente.» Así están hoy, como en el siglo X, y como antes de la Era Cristiana. Hemos visto esas casitas humildes y sabemos cómo van tostándose las vigas del techo con el humo de leña verde. Hemos querido averiguar si todavía se celebra el *filanjeiro*. Pero esto nada interesa al asunto de las escuelas. Sólo para explicar la pobreza de estas escuelitas rurales y para admirar el buen deseo de los pueblos que, a pesar de todo, entre cuatro paredes de barro y un techo de paja sin salida de humos, dan la cifra más honrosa en las estadísticas escolares.

¿Qué resorte los mueve? ¿Cómo se logra ese prodigio? He querido explicarme la gran ventaja de las provincias leonesas y castellanas — después de León, Soria, Segovia, Avila, Palencia, Salamanca, Burgos... — por razón del idioma, que aquí tiene su cuna y pasa naturalmente, sin esfuerzo, sin violencia, de labios del maestro al oído y a la inteligencia del discípulo. Pero en Cádiz el idioma nativo no es el vascuence ni el catalán. Ni en la Sierra de Guadarrama, ni en las dehesas de Extremadura. Razones de otra índole han de ser, y seguramente las habrán estudiado nuestros pedagogos, aunque yo no lo sepa.

León — la capital — es hoy una de las ciudades más bellas de España. Bastaría su herencia del pasado — la catedral; San Isidoro, con el panteón de

los reyes; San Marcos, convertido en cuartel, y la casa de los Guzmanes — para darle un puesto único entre las ciudades históricas. Pero, en el mutuo desconocimiento que tienen entre sí las Españas, pocos se han dado cuenta de que León no mira tanto al pasado como al porvenir. Desembarcamos del *auto* en uno de esos puertos modernos, una de esas calles cosmopolitas, iguales en todas partes, con grandes hoteles y soberbias tiendas. Hay un palacio de Gaudí que salva la monotonía. Pero pronto aparece la línea severa y elegante del palacio de Gil de Hontañón. Aquí, como en otras ilustres ciudades antiguas, deseáramos ver lograda la aspiración de unir razonablemente los siglos. Zamora salta del siglo XII al siglo XIX, y se detiene en él. León ha sabido pasar del siglo XIII al XX, con escala en el Renacimiento. Falta, sin embargo, en la obra actual, para ser, por completo, de nuestro tiempo, el deseo de continuar una tradición.

Falta, además, para que podamos clavar una gran bandera sobre el punto geográfico de León en el mapa de la pedagogía española, que la capital se eleve a la altura de la provincia. Hay falta de locales del Ayuntamiento, y la mayoría de las escuelas ocupan edificios arrendados. En la Normal, de la calle del Cid, habilitada para escuela, así como en las graduadas, he visto buenos maestros — cuyos nombres no cito por no cometer omisiones injustas —, pero los medios de que disponen para la enseñanza son demasiado humildes. Yo esperaba más de León; mayor esfuerzo por parte del Ayuntamiento. Apenas si se ha preocupado de las escuelas en los últimos veinte años, y creo prestarles un buen servicio a los leoneses diciéndoles sinceramente que están obligados a honrar su pri-

mer puesto en la estadística construyendo nuevas escuelas graduadas, dotándolas de buen material y no dejando perder, como ciudad, el sitio que pobre y modestamente supieron conquistar las aldeas. Pero he de hablar algo más de la enseñanza primaria en León, y el espacio falta hoy.

XII

SEMBLANZA DE UNA CIUDAD

SEA León esta ciudad de la semblanza, pues paramos aquí y conocemos gentes que, desde luego, han conquistado nuestra simpatía. Conviene que sea León. Nadie podrá tacharle de incapacidad ni atribuirle vicios o defectos esenciales. El leonés de León no es otro que el leonés de esas aldehuelas heroicas, habituadas a cumplir valientemente su deber, llevando, como las hormigas el granzón, cargas diez veces más pesadas que ellas. Si el resultado es distinto, ha de buscarse la causa en motivos no personales. La aldea conquista el primer puesto de la instrucción primaria en España. La ciudad, en cambio, se descuida. No hagamos de esto un gran argumento rural contra las ciudades. Limitémonos a observar, trazando, con respeto del modelo, los rasgos de una semblanza.

La ciudad ha crecido en pocos años y va sintiéndose cada día con más sangre en las venas. Primero fué el ferrocarril; ahora, el autobús. Con esto va subiendo también la circulación y, al mismo tiempo, el afán de mayor bienestar. Asoma la riqueza y con ella el deseo de vida cómoda; ideal nuevo, que no ha sentido nunca hasta nuestro siglo ninguna ciudad española, en la medida y pro-

porciones actuales. Otro ideal nos trajo el XIX. Hoy los problemas de la ciudad son de abastecimientos, limpieza e higiene, alumbrado y alcantarillado. . . Comodidad y suntuosidad. Un gran salto para huír de la leonera medieval, poco pulcra y demasiado revuelta. Construir mercados, reformar el pavimento. Abrir, como en Toledo, paso a los automóviles por el Zocodover. Inaugurar grandes hoteles. Tal es, en realidad, nuestra hora.

La ciudad no gobierna sus sentimientos, ni mucho menos sus instintos. Hace treinta años, como resultado de un siglo de predicaciones y luchas, se preocupó de la enseñanza: arregló, mejoró y construyó escuelas. De esa época data el último avance serio que ha dado España. Véase la fecha de casi todas las construcciones. Treinta años en el descanso de una etapa son ya suficientes; pero no se trata de lo que nosotros opinemos, sino de lo que puede y quiere hacer la ciudad. Colectivamente, en la vida nacional y municipal, no se piensa en escuelas. La ciudad ha probado la gran felicidad del baño; viste bien, cambia su cocina, hace negocios y deportes. Es ya tarde — o es demasiado pronto — para instruirse.

El leonés de la ciudad, como el de las aldeas, no ha cometido ese delito de abandono, y prueba de ello son dos instituciones que conozco, situadas en planos muy distintos; pero ambas expresivas del interés y la preocupación del pueblo. Aquí, como en cien lugares de la provincia, la iniciativa individual crea instituciones de enseñanza por remediar la flaqueza del Estado y del Concejo.

La primera, muy conocida, es la fundación Sierra Pambley. D. Francisco Fernández Blanco Sierra Pambley, entre otras instituciones de que ha-

blaremos al llegar a Villablino, abrió en León una Escuela Industrial de Obreros, una Granja Agrícola y una Escuela de niñas. A estos servicios se agregó después la Biblioteca Azcárate. Casa grande, con amplias y soberbias salas, en el centro de León, junto a la Catedral; personal bien elegido, rentas suficientes... Sin embargo, atraviesa una crisis, que va venciendo, con lo cual la Escuela de León es hoy un pedazo más de la ciudad. El fundador empezó su tarea hacia 1886 — la época señalada —; dirigió personalmente todas las instituciones creadas por él, con asistencia y consejo de D. Francisco Giner y de los que luego formaron el patronato, entre ellos D. Gumersindo de Azcárate y D. Manuel Cossío; obtuvo un resultado admirable en las enseñanzas técnicas de Villablino, y puso en marcha, el año 1903, la Escuela de León. Hasta su muerte — 1915 —, regidas por él mismo las fundaciones, fueron, con muy justo título, el orgullo de la provincia. Luego hubo dificultades, pleitos, direcciones interinas, y ahora es cuando se encarrian de nuevo para reconquistar la fama que por su sencillez, su sentido práctico y su eficacia supo ganar para ellas el fundador. Su nuevo director, maestro joven y bien preparado: D. Vicente Valls, abre un período de actividad y de seguridad en la marcha de los estudios. Allí se enseña a una treintena de muchachos que entran por promociones cada cuatro años, y tienen ya las primeras letras. El trabajo se hace en forma cíclica, con cuatro horas diarias de taller (hay un maestro herrero y un carpintero), con más la preparación de cultura general. Asisten hijos de familias modestas, ferroviarios muchos de ellos. En la escuela de niñas, además de la clase habitual, se da carrera a seis niñas. La Bi-

biblioteca Azcárate funciona con servicio circulante y tiene más de mil quinientos lectores mensuales. Pero de la Fundación Sierra Pambley hemos de hablar muy pronto con más detenimiento.

Hay otra aportación individual, mucho más modesta, de un ciudadano leonés; y no sería justo prescindir de las Escuelas Julio del Campo. Este es un cantero, un trabajador llegado a mejor fortuna, que tuvo la feliz idea de construir unas escuelas en memoria de su suegro. Labrado de su propio cincel está el busto del fundador: Julio del Campo, con ingenua leyenda, y junto a su nombre el de los compañeros albañiles, canteros, carpinteros, herreros, que le ayudaron en la obra. El Sr. Del Campo vive no lejos del edificio; pero hizo donación de él al Ayuntamiento y allí está instalada una Escuela Nacional.

Si entramos en esa escuela, veremos que el Municipio leonés no corresponde al rasgo del donante. No se estima lo que nada cuesta. Y aunque costara, tratándose de escuelas, sería igual. El esfuerzo de un cantero, hombre del pueblo, merecía ser continuado; pero la ciudad no pensó en ello. Tiene otras cosas actuales, vivas, que le interesan más.

Y he aquí, para final de esta semblanza, el comentario de un maestro: «Perdemos terreno en una lucha de jurisdicciones de que no quiere darse cuenta el Estado. Hay quien acecha y aprovecha su debilidad. Además de las humildes escuelitas nacionales, están las instituciones particulares y las religiosas en primer término. Poco a poco se nos van los alumnos más aventajados, porque hay interés en atraerlos, y sus familias, aunque deseen resistirse, acaban por ceder. Abundancia de medios, riqueza de material, ropero, cantina escolar...

¿Qué haremos nosotros ante esa competencia? Poco a poco van recalando en nuestras clases los retrasados y los anormales. Es muy triste para un maestro que ame su profesión y tenga el orgullo de su obra, ver cómo se le priva de las más legítimas satisfacciones, y cómo se le entrega, indefenso, en una lucha sorda, cuando su causa no es, en realidad, suya, sino del Estado.

XIII

A VILLABLINO, POR EL RÍO LUNA

PARA Villablino tenemos — aparte la vía férrea — dos itinerarios servidos por magníficos «autos» de línea. Preferimos el que más cerca ronda Picos Albos. En vez del Orbigo y Murias de Paredes, vamos por Río Luna y las Babias. Nos atrae la nieve, y queremos ver si es aquí donde se asomó el inglés Clarke al llano de León. Eran unas montañas terribles y sombrías — *a brown horror*, según la frase de Pope —. Quizá le llevasen por la paramera del Sil. Quizá exageró un poco, lo mismo que su compatriota Borrow, que se vengó de unas tercianas, diciendo: «Nada notable hay en León, ciudad vieja y tétrica, salvo la Catedral, que es en muchos respectos, un duplicado de la de Palencia, elegante y aérea como ésta; pero sin los espléndidos Murillos que la adornan. . .» *Don Jorgito*, el inglés, dramatiza demasiado. Describe con tintas negras — *a brown horror* —, no ya los montes de León, sino su sociedad «entregada al papismo». Parece que hay alguna confusión aquí en los recuerdos de Mr. Borrow, y acaso se equivocara de ciudad. Y como los montes no han variado desde el siglo XVIII, hemos de suponer que Mr. Edvard Clarke llegó en día tempestuoso, poco propicio a

la observación optimista. De lo que estoy seguro es de que no entró por el río Luna.

Porque el río Luna sigue una de las riberas más hermosas del mundo. De León hacia el Norte cambia bruscamente la provincia. Ya las casas en Lorenzana, en Camposagrado, no son de barro, sino de buena piedra, y algunas están techadas de pizarra. Desde la carretera podemos ver edificios-escuelas de reciente construcción; pueblos acomodados, con calles limpias, tiendas, paradores, *bares*. Un caballito enjaezado espera en cada pueblo, atado a la pilastra de la taberna. Será del correo. Del peatón, que aquí no viene a pie. Cuando pasamos Otero de las Dueñas y aparece en pendientes rápidas, o en grandes remansos, el río Luna, el paisaje es ya de otra tierra. «Aquí — nos decimos — hay agua para regar la hierba y para construir escuelas.» Los prados se encuadran entre líneas de álamos y chopos. Es un campo verde, monótono, porque no ha querido matizarlo todavía la primavera. Y los montes que van llegando ya en sus estribaciones vienen también vestidos de verde, salvo las grandes rocas oscuras, que son como reducciones de la montaña. Miñera, junto a un puente de ocho ojos. Láncara. Praderas, y en ellas el ganado como en un parque inglés. Pero hay algo más admirable: Barrios del Río Luna. Aquí el curso del río ha ido labrando la roca y abriéndose paso por una formidable cortadura. Al estrecharse, vemos que no pueden pasar al mismo tiempo el río y la carretera. Sin embargo, avanza hacia nosotros una mandíbula de la enorme boca, y cuando vamos a estrellarnos en ella, el camino se resuelve en un túnel que nos da salida. Volvemos los ojos para ver qué ha sido del río. Va trazando una curva hasta

llegar al corte de la peña, como si hubiera derribado un murallón para abrirse paso. Hay un puente roto. Queda medio arco en equilibrio. . . Es difícil encontrar paisaje más romántico, y, sin embargo, vamos a descubrirlo muy pronto. Empieza la gran escenografía de los montes, asomando, como en marea, una tras otra, sus olas de un azul cada vez más claro. El pico nevado que destaca debe de alzarse ya en Asturias. Entre ellos y el río van dando a este viaje un interés folletinesco, con episodios plácidos, como el paso por Sena, vivero de hombres emprendedores y trabajadores, que supieron hacerse ricos y no se olvidaron nunca de su país. Si remontáramos el río Luna, llegaríamos a Puerto Ventana, y en la meseta de Picos Albos veríamos el lago de la Cueva. Pero no venimos a trepar montes, sino a visitar escuelas en Villablino. Nos contentamos con llegar a Villafeliz, detenernos siquiera un momento, por la magia del nombre y admirar el crepúsculo que tiñe los picos más altos de un rosa intenso, luminoso, como si el resplandor estuviera en el corazón de la roca. Así he visto otra vez — una sola vez —, en los Alpes del Cadore, la puesta de sol, con esa misma luz maravillosa, en la cima de Monte Cristalo.

Luego empiezan a ponerse graves y ceñudos los montes. Vamos por las alturas de Piedrafita, y llegamos, como una tromba, a la zona minera: Villaseca. Río-Oscuro. Villablino, por fin. Es de los viajes más atractivos que pueden hacerse en España. Si alguien cree ociosa su descripción, decídase a emprenderlo este verano y comprobará que, en efecto, la prosa es pobre y el paisaje merecía mucho más.

LA ESCUELA SIERRA PAMBLEY

La Escuela Mercantil Agrícola de Villablino, en el valle de Laciana, fué inaugurada en 1886. La fundó D. Francisco Fernández Blanco Sierra Pambley. La dirigió él mismo, y asistió a las bodas de plata de su institución en 1912. Vivió D. Francisco un año más, y a su muerte se hizo cargo de la escuela un patronato que hoy forman los Sres. Cossío, Pedregal, Uña, Rubio, Azcárate (D. Pablo) y el inspector Sr. Caso. Además de la escuela de Villablino fundó: En Hospital de Orbigo, una Escuela de Ampliación, una de Agricultura y otra de niñas. En Villameca y en Moreruela de Tábara, dos escuelas de ampliación de primera enseñanza. En León, la Escuela Industrial de que hablé anteriormente con otras enseñanzas anejas. El capital de la fundación asciende a cuatro millones de pesetas, la mayor parte en fincas cuya venta va realizándose por precepto legal.

Llegando a Villablino y entrando en la casa montañesa donde vivía Sierra Pambley, despierta tanta simpatía el fundador como la fundación. Siglo XIX. De arriba a abajo, siglo XIX; y siglo XIX español, lo cual quiere decir herencia del XVIII con sus preocupaciones por el progreso material y propósitos revolucionarios en cumplimiento de sus ideales democráticos. Por su cultura y su filiación intelectual, así como por sus relaciones de afecto, debe unírsele al grupo de D. Francisco Giner, Azcárate y Cossío. Por sus costumbres y por su recia personalidad debe considerársele como un caballero del campo leonés, labrador y ganadero, más

bien que hombre de letras. He oído contar a don Manuel Cossío la vida ejemplarísima de Sierra Pambley, regulada y ordenada por etapas como la de los Borbones de hace dos siglos. D. Francisco pasaba el invierno en Madrid. En la primera semana de Mayo iba al esquila de su ganado, en la dehesa zamorana de Moreruela de Tábara. Luego, por Benavente, a Hospital de Orbigo, donde esperaba el paso del ganado en busca de los puertos de Babia. A León hasta Julio, y a Villablino hasta fin de verano. Entonces deshacía el camino, siguiendo el regreso del ganado, y el 1 de Noviembre, Giner de los Ríos, Azcárate y Cossío podían contar con él en Madrid. Estos viajes los hizo en mulo hasta los ochenta años. — Murió de ochenta y seis. — Vestía en cada sitio traje adecuado al país. En Villablino no asistía a actos religiosos. En Moreruela, sí. Cuidaba personalmente sus instituciones. Vivía junto a ellas y quería verlas al asomarse a la ventana de su cuarto. A la protección del niño, a su enseñanza y orientación en la vida, dedicó sus sentimientos paternos con los felices resultados que hemos de ver en el próximo capítulo.

XIV

LACEANA DE LOS PRADOS LACEANA DE LAS MINAS

Es fácil decir: Laceana de los Prados, Laceana de las Minas, y aislar cada una de estas dos Laceanas sobre el papel. Pero sobre el terreno se confunden; y nada hay tan radiante, tan juvenil, tan primitivo como el verde de estas praderías que orillan los pozos. Estamos en una naturaleza fuerte, capaz de sumarse y asimilarse el carbón, armonizándolo con el hórreo y la vaca y el frutal en flor. De igual modo me dicen que acabará por asimilarse también esta otra gente brava, venida de todas las tierras de España por todos los motivos; y, poco a poco, normalizada, regularizada, convertida en gente pacífica. Las minas tienen fama de asolar los paisajes, y penetrar a sangre y fuego en su tesoro estético. Creo que se las calumnia, o, por lo menos, se exagera. Dando por muerta esta pequeña Suiza bucólica, ganadera y mantequera, había yo pensado para la fundación Sierra Pambley, la gloria de iniciar en España la industria de muchas sustancias químicas derivadas del carbón. Sin embargo, he visto que, o las vacas comen carbón, o hay todavía prados para ellas y para sus generaciones. Los montes ofrecen unas laderas jugosas y

húmedas; el Sil baja sin violencia, deseando ser útil. Mientras existan el río y las montañas, y nieve en lo alto, y un laceaniego con una vara en la mano, seguirá siendo pastoril y ganadero el valle de Laceana.

He aquí el encanto de Sosas de Laceana. Si allí hay minas, yo no las veo. Para subir hasta sus casas desde Villablino, dejamos la carretera que sigue a Villaseca, y pronto damos en el pueblo ideal, propio para la sosegada vida de un maestro, ya que no de un poeta. Es día claro, domingo de sol; sube recto el humo de la chimenea en cada casita, sobre los techos de lajas de pizarra. Quizá en invierno, cuando todo esto se cubra de nieve y sople por el cerro de las Lanzas un viento capaz de desenterrar los vestigios romanos, la vida del maestro de Sosas será un poco dura. Peor será la del médico que ande por estas breñas en «auto», a caballo o como pueda, para curar a unos heridos del grisú, del desplome de una mina, o simplemente para asistir a una parturienta. Pero hoy no puede imaginarse un cielo más amable. Dificulta nuestro propósito de correr varios pueblos el deseo de no pasar de largo por este remanso quieto y luminoso. Razón tenía el maestro de Sosas, D. Antonio Berna, en elogiarme su escuela y su pueblo.

Vamos a citar el caso de Sosas de Laceana como ejemplo. Tiene cincuenta y dos vecinos. La escuela — amplia, clara, limpia, magnífica — fué construída por el pueblo con subvención de la Liga de Amigos de la Escuela. Hizo el desmonte, acudió con las *facenderas* — la prestación personal —. En nada ayudó el Ayuntamiento de Villablino, ni tampoco la Siderúrgica, ni menos el Estado. Se basta Sosas de Laceana para que sus hijos y su

maestro estén bien instalados, con su biblioteca y con leña y carbón para la estufa todo el invierno. Asisten cincuenta y ocho niños. De ellos, ocho o diez de la Siderúrgica. Ahora, en los meses de Marzo y Abril, falta de cada cinco uno, porque salen a guardar las *veceras*. Pero luego van todos. Trabajan con fe. Los aldeanos reprochan al vecino que no manda su chico a la escuela. El maestro, perteneciente a esta nueva generación, llegó a conseguir del pueblo que construyera un teatrillo donde sus alumnos representaron obras dramáticas. No hay un analfabeto.

Y así es el valle de Lacedana. Su Ayuntamiento, Villablino, tuvo en el último censo cinco mil sesenta habitantes repartidos en pueblos, aldeas y caseríos. Pero hay dieciséis escuelas nacionales y otras seis de particulares. En el reemplazo del año pasado no hubo un solo mozo que no supiera leer y escribir. Sus escuelas reciben los libros de una Biblioteca circulante, organizada como la del Museo Pedagógico. En algunas se acumulan los alumnos, porque las minas traen aumento de población, y un maestro ha llegado a dar clase a ochenta y dos niños. Sería preciso, en estos casos, un auxiliar.

Cuesta gran violencia despegarse de este Lacedana de los Prados; pero no debemos salir sin llegar a Villaseca, donde reside el grueso de la población minera en unas extrañas, exóticas e incongruentes cajas de cartón, grandes como cuarteles, enfiladas como reclutas, desmesuradas, sombrías. . . Unica nota fosca de la otra Lacedana: la del carbón. En el piso bajo de una de estas casas hay una escuela. Cualquier pueblo es más cuidadoso y más generoso que la Siderúrgica. Pero la escuela nacional de Villaseca desmerece también al lado de las

que he visto en pueblos pobres. La maestra, leonesa, de Vega del Condado, vive con su familia, cuatro hijos, en una casa que no aceptaría un peón caminero. ¿No sería posible conseguir entre todos unas escuelas nuevas para Villaseca?

La excepción salta demasiado a la vista. Bajamos al delicioso pueblecito de Ríoscurro, orillas del Sil. Hizo la escuela el pueblo, y fué el arquitecto Amós Salvador. Junto a una casona modernizada muy hábilmente, con la solana típica convertida en galería, y sin perder su carácter regional, está la escuelita sencilla, pero amplia y cómoda. Un nogal viejo, entre el río y el camino, con su enorme ramaje, da proporciones más reducidas y más simpáticas a las casas y a la escuela de Ríoscurro.

Como Sosas, Ríoscurro, Orallo y Ramajo, se han construído sus escuelas los dos Caboalles. Y con mayores medios, también, San Miguel de Lacedana y Llamas. Estos dos pueblos tuvieron para ello la protección de una familia numerosa y poderosa cuyo origen radica en San Miguel. Fué el patriarca D. Manuel Rodríguez y Rodríguez, que vino a Madrid, de muchacho, a ganarse la vida, y alcanzó para él, con sus hermanos y para su descendencia, una posición única en la historia del comercio madrileño. Digo única, porque no se ha dado, ni probablemente volverá a darse, el caso de una Sociedad industrial constituída por treinta y tres miembros de una sola familia, ejemplo de unión y solidaridad, que sólo pueden ofrecer en España los laceaniegos. Constantino Rodríguez, Tomás Rodríguez, con los Gancedo y los Rubio, no dejaron nunca de pensar, de acuerdo con el lema de la Sociedad de alumnos de Villablino: «por el progreso del país y por la prosperidad de sus habitan-

tes». Pero si esto representa una fuerza es porque todo el valle piensa igual. La escuela de San Miguel de Lacedana la fundó D. José Gancedo Rodríguez. Es una de las mejores. El maestro va por el pueblo con su vara y tiene el aire de un laceaniero, de un ganadero más. Pero hay otros pueblos leoneses donde las gentes más modestas ayudan a construir la escuela con su propio trabajo, cuando no con su dinero. Así Cirujales, aldea de veinticinco vecinos, tiene una gran escuela de dos pisos, y Villaverde, con diez vecinos, ha logrado levantar su casa-escuela, mejor que la de Villaseca, diferencia de nombre que acaso explique todo el misterio, porque estos pueblos ordenados, previsores y prácticos, han sabido conservar joven y lozana la voluntad. Y ahora, sin deshacer la buena impresión que traíamos, sino al contrario, confirmada y mejorada, subimos la cuesta de Caboalles, hacia el puerto de Leitariegos.

VIAJE POR ASTURIAS

LEITARIEGOS. — BRAÑAS DE ARRIBA

POR el claro abierto entre dos lomas desmesuradas, leonesas todavía, penetran las primeras nieblas de Asturias. El viento y el sol las rechazan, deshilachándolas. Tardan mucho en fundirlas. A veces estas neblinas bajas se desploman Castilla adentro. Sin embargo, suelen quedarse en su hoya, remansadas, y hoy es uno de estos días felices en que se duermen en el umbral y se pegan al monte como si incubaran la primavera. Entro, pues, en Asturias, por el Puerto de Leitariegos, libre de nieve y con buen sol. Otros años, en Marzo y Abril, la campa — grande, desolada, de hierba pobre, sin árboles, como toda meseta de las cumbres — está cubierta por muchos palmos de nieve y apenas sobresalen las columnas — catalejos de piedra — que sirven para delatar el camino.

Entrar en Asturias por Leitariegos es asomarse a uno de los grandes y magníficos espectáculos que puede ofrecer al hombre la montaña. Deberíamos detenernos en Leitariegos para ver la escuela, pero sería perder tiempo, porque en Leitariegos no hay escuela. No hay médico tampoco. Solamente unas cuantas casas de camino real. Y, sobre todo, el camino, el puerto, que ya basta, pues sólo con ade-

lantar un kilómetro empezamos el descenso por la vertiente de las Brañas, y éste es el lugar más hermoso que he visto y pienso ver en mi vida. Será porque la niebla suaviza un poco el tono sombrío de los montes que le sirven de fondo. Será porque todo el primer término está iluminado con una luz intensa, cálida; y en este inmenso derrumbadero, que la carretera baja en zigzag, pueblos, bosques, prados y ganados que en ellos pastan, aparecen como en tangente, sostenidos por arte mágico. Esto sería poco; quizá el encanto se cifre en motivos más serios. El primer pueblo que ha logrado trepar hasta aquí se llama Brañas de Arriba, y se afirma como puede, agarrándose al suelo con los machones de sus hórreos y ofreciendo a la nieve unos extraños techos cónicos, africanos, de bálago o de paja hábilmente trabada por unas varas que sirven de flejes. Nos desviamos de la carretera, y el médico de Villablino, que actualmente me acompaña hasta Cangas, nos conduce al pueblecito más importante del Concejo de Leitariegos.

Brañas de Arriba tiene una escuela de montaña. Un albergue. Quien censure la estrechez y pobreza de sus cuatro paredes, la vejez de sus vigas, por donde fué filtrándose el humo de muchos inviernos, y la modestia de su menaje, dará pruebas de tener ojos y no ver. ¿No se ha hecho cargo de cómo viven las buenas gentes de Brañas de Arriba? Son catorce vecinos, si no recuerdo mal. La maestra, muy inteligente, muy suave, con la suavidad algo irónica de una aldeana culta, va contando su vida en la escuela. No tiene ningún mérito vivir tres o cuatro meses al año bajo la nieve, porque todo el pueblo vive así. Los niños y las niñas — son catorce — vienen por galerías que labra el vecindario si

la nieve queda tan alta que no se puede abrir calle. Aquí tienen pocos libritos, pocas comodidades. Siéntanse en sus tachuelos, dejan las madreñas arrimadas a la pared, y no son ni mejores ni peores, ni más torpes ni más listos que en la ciudad. Este año nevó poco. «No recuerdan los nacidos un Marzo como este — dice uno del pueblo, que nos guía — . Ahora ustedes pueden tomar el sol; pero todavía nevará. Y cuando ha nevado en Brañas de Arriba, viene el viento, sopla la nieve ¡y se hace un polvorín! . . . » A pesar de todo, la maestrita resiste muy bien. Es de Villacebrán, que cae cerca de aquí. Se llama Encarnación Valdés. Como interina, no tardará en salir; pero ya sabe que hay otras maestritas tan valientes como ella dispuestas a regentar la escuela de Brañas.

Con las privaciones y adversidades de un paraje tan inclemente y tan solitario se juntan otras circunstancias. La Naturaleza ofrece sus compensaciones, y vivir bajo la mole nevada del Cueto de Arbas tiene también encantos que no todos los maestros cambiarían por una escuela en Vallecas o en Tetuán, a quince céntimos de distancia de la Puerta del Sol.

Vamos siguiendo desde sus fuentes el curso del Naviego, que confluye luego con el Narcea, camino de Cangas de Tineo. El descenso es rápido, pero mucho más rápido es el cambio del suelo. Tibios y húmedos, estos rincones de las peñas tienen herbazales en todas sus grietas, musgos y flecos verdes que disfrazan la roca y suavizan el paisaje. Asturias es blanda, amable y efusiva en cuanto ponemos en ella el pie; y sale a recibirnos con su saludo más cordial: argomas y espinos, lo más aspero de sus montes, han echado ya flor.

CANGAS DE TINEO LA FERIA DE MAESTROS

CANGAS» quiere decir «quebradas». Las Cangas de Tineo, como las de Onís, ásperas, montuosas, no parecen del país de Asturias que encontraremos aguas abajo del Narcea. Un asturiano muy agudo, aun en Asturias, donde abundan la agudeza de ingenio y el buen discurso, ve con cierto recelo mi entrada por el Puerto de Leitriegos.

— El paisaje le gustó, ¿verdad? Seguramente le ha impresionado, porque observo que usted tiene todavía un concepto bastante romántico de la Naturaleza. Sin embargo, usted viene visitando escuelas. Yo le ruego que no forme concepto de Asturias mientras no recorra la costa.

— Pero ¿esto no es Asturias?

— Sí... Y no. En general, conviene desconfiar de estos grandes lienzos panorámicos que nos proporcionan las montañas. A paisajes soberbios, escuelas pobres. Lo pintoresco está siempre muy descuidado. A muchas cosas les quita usted la mugre, o el moho, o la pátina, y dejan de ser pintorescas. Por eso creo que haría usted bien en prescindir de esa deplorable leyenda que usted conocerá...

— ¿La leyenda de los hombres osos? ¿Las figuras pálidas y vellosas, que describía hace tres cuartos de siglo D. José María Quadrado con inarticulados gritos por lenguaje? «¿Los niños y mujeres huyendo con espanto al desacostumbrado ruido de las pisadas de un caballo. . .?» Esa leyenda se deshizo ella sola y así he podido apreciarlo desde el automóvil.

— No, señor. Otra cosa que, si ha existido ya, no existe. ¿Piensa usted hablar de la feria de maestros?

¡Esto le preocupaba a mi amigo de Oviedo! ¡La feria de maestros! Aunque no quisiera, debería hablar de ella; pero yo no cometeré la torpeza de verla como una escena de sainete. La llamada «feria de maestros» es, para mí, una prueba plena — honda y conmovedora — de la voluntad de esta raza, que se resiste a caer en la ignorancia y lucha contra su pobreza y contra el abandono en que la dejamos. La misma voluntad causa dos efectos de apariencia muy distinta, en el fondo iguales: la feria de maestros y las fundaciones de los indianos.

En tierra de León, al pasar por las Babias, y especialmente al encontrar algún campesino del valle de Omaña, nos hablaron de los maestros babianos como de una institución actual. Es falso que tengan hoy sitio en la feria, junto al ganado; pero todavía van a Asturias muchos mozos de Omaña y Babia a ofrecerse de Diciembre a Marzo, según tradición. — Y si espera usted unos días — me dijeron — los verá usted volver juntos. A veces llenan un autobús. — Podrá haber cambiado aquella forma ritual, tan pintoresca; pero el hecho sigue siendo el mismo, y no hay razón para que la costumbre se pierda, pues no ha cesado la necesidad que la creó.

La población de estas Cangas se halla esparcida en pueblos y aldeas, la mayoría sin maestros. Cangas de Tineo reúne en un solo Concejo cerca de setenta lugares. No llega a tener cuarenta escuelas. En invierno las comunicaciones son penosas; quedan las aldehuelas de aquellas brañas aisladas por la nieve. Los niños no pueden exponerse a los azares de una caminata de varios kilómetros. ¿Son estos pueblos los que envían sus comisionados al ferial? Yo he visto dibujadas al agua fuerte, es decir, muy acentuado el carácter local, precisamente por un inspector de escuelas asturianas, el Sr. Onieva, estas escenas de la feria de Lete — que no es Lete —. Describe como buen novelista a los babianos, vestidos de pana, su boína, su bufanda y una gran mochila a la espalda; bota fuerte guarnecida de clavos, reloj con cadena muy llamativa. Su garrote de nudos o su cayada, con labores hechas por ellos mismos a punta de navaja. Estos babianos se agrupaban en lugar determinado de la feria. Venía la Comisión del pueblo. Escogía uno: «Vamos a ver: ¿qué sabe usted?» Todos sabían leer, escribir, el catecismo, las cuatro reglas y los problemas sencillos que pueden ayudar la inteligencia de un aldeano. Hecha la elección y demostrada su ciencia ante buenos peritos, ajustaban el precio por la temporada, de Diciembre a Marzo. Solía ser el precio de treinta a cuarenta duros, y el maestro sin título se comprometía a dar escuela por la noche para los adultos. Onieva dice que eran preferidos los que supieran tocar el acordeón, porque en las veladas del invierno esta habilidad tenía mucha importancia para mozos y mozas. Falta sólo decir que los maestros babianos, o de Omaña, dormían y comían un día en cada casa. Así no eran gravosos

para ninguna. Yo apunté en Villablino que por esta particularidad de su contrato se les llama *catapotes*. Y altero aquí el tiempo del verbo; porque los leoneses consideran viva todavía la institución de estos maestros legos, practicantes o machacantes, cuyo trabajo de roturación o desbroce se limita a las primeras letras, pero que no dejan de cumplir humildemente un elevado fin.

Al referir a D. Ramón del Valle-Inclán esta práctica de las montañas de Asturias, pensando en el maestro y en su contrato temporal, remontaba a la época romana esta especie de servidumbre, y recordaba versos de Marcial, desde Bíbilis, cantando primero el buen trato — es decir, el pote —, y luego quejándose de su esclavitud. Al maestro babiano, Marzo le emancipa. Se lleva unos duros de plata o unos billetes. Ha hecho recitar muchos millares de veces el silabario y la tabla de multiplicar. Gentes frías y calculadoras, se vuelven a su casa sin dejarse prender en el llar de ninguna cocina.

III

LA OBRA DE LOS INDIANOS

CON impaciencia voy llegando al tema y motivo principal de este viaje. No aguardo a verme en la Vega de Cangas. Aprovecho la coyuntura de un nombre para salirme del camino y escalar una cima ideal que domina el Atlántico, por donde miro navegar, rumbo a Asturias, nuevos galeones cargados de oro. El nombre es Villar de los Indianos. Junto a Cibeá, del Concejo de Cangas de Tineo, íbamos buscando un pueblecito tan escondido que no está en los mapas y que se llama o se llamó Villar de los Indianos. Se nos pierde entre breñas y praderías. Se escurre entre Miramontes y Labeyera, y no nos deja tiempo ni aun para llegar a Cibeá, donde hay una iglesia milenaria, pero no hay escuela. Diez o doce poblados forman un grupo y los niños han de reunirse todos en Regla de Perandones. ¿De cuál de estos caseríos es el indiano que depositó o legó bienes para construir las escuelas de Cibeá y Onón, y además mil pesetas para cada pueblo que quiera construirse su edificio escolar? Cerca están Llamero, Sonande, Sorrodiles, Vallado y Villarino. Acaso el donante perdió una vez cuando niño la senda y no quiso volverla a buscar; acaso llegó a América como Peret, el cata-

lán, y ahora, en memoria de su infancia, trata de impedir que a sus paisanitos de hoy les ocurra lo mismo.

Centenares, millares de asturianos de América tuvieron igual sentimiento. Toda Asturias es Villar de los Indianos. Cuando uno de estos emigrantes vuelve los ojos hacia el ayer, se encuentra con la amargura de sus primeros pasos, y en la favorable perspectiva que le ofrecen la ausencia y el amor a su tierra, estudia, como un hombre, el mayor bien que puede hacer por ella y lega su fortuna a fundaciones de enseñanza. Sentimiento cordial, generoso y noble; pero también pensamiento basado sobre razones prácticas. El indiano piensa mucho antes de fundar. Si viera que los pueblos eran capaces por sí mismos de educar a los niños, no fundaría. Si creyera bastantes a los Concejos o confiara en el esfuerzo del Estado, daría a sus bienes otro destino. Pero conoce su país. Tiene idea exacta de que cada una de esas aldeas será siempre para el Estado como una familia, y sabe que nunca podrá darle a cada familia un maestro y una escuela. Tan difícil es servirlos a todas que el conflicto sólo puede resolverse con amor, y el amor no vive en la oficina de un Ministerio, sino en el pecho del hijo ausente. Aunque se pierdan entre los dedos de otros hombres hábiles algunos granos de oro, ¡no importa! ¡No os canséis de fundar, españoles de América! Yo, que seguí la historia de Pedro Vila y de sus millones de pesos argentinos convertidos en humo, os aconsejo previsión, cautela. Os pido que, si es posible, fundéis en vida, y si no, busquéis directamente personas de garantía. Es decir, que consideréis este negocio para el mañana como un negocio más, de los que nunca acometéis sin informes que

os merezcan fe. Asegurad el destino de vuestra fundación como aseguraréis la administración de vuestros capitales, entregándola sólo a hombres dignos de crédito.

He querido saber cuántas escuelas se han creado en el Concejo de Cangas durante diez años: Nueve. Y cuántos expedientes hay en tramitación: Uno. ¿Imagináis cuál es? El del indiano de Cibeá. Sin duda fué en Vallado donde nació, y no en Cibeá. Puedo equivocarme; pero hay motivos para creer que el expediente para crear la escuela de Vallado se debe a iniciativa de un indiano. Este es, sin embargo, el partido en que menos influjo tiene la protección de los asturianos de América. Hoy por hoy conserva más fuerza todavía la otra forma supletoria de la acción oficial: la institución de los maestros legos, que muchas gentes celebran como nota cómica y pintoresca, sin comprender su espíritu.

UNA INFORMACIÓN DE «LA PRENSA». — En León, donde temporalmente reside, tuve ocasión de conocer al inspector de Primera Enseñanza, don Benito Castrillo. Su cargo, en Asturias, le facilitó medios para reunir datos y enviar a *La Prensa*, de Buenos Aires, una información magnífica en varios números, *del aporte de los indianos a la instrucción primaria en España*. No ya su cargo, sino su entusiasmo vehemente por Asturias, le permitió destacar con vigoroso colorido el esfuerzo de los asturianos de América, ofreciendo, con amplia documentación, un cuadro optimista de sus escuelas. De aquellas noticias hice un extracto que voy a reproducir aquí. El contraste de la observación directa es lo único que yo podría agregar a un trabajo tan completo.

Asturias, con cerca de setecientos ochenta mil habitantes, tiene mil trescientas escuelas, en las que invierte el Estado cuatro millones de pesetas para el pago de los maestros. No separa el Sr. Castrillo el concurso especial para Asturias; pero sí dice que los emigrantes españoles, asturianos, gallegos y santanderinos, protegen setecientas cincuenta escuelas, «habiendo invertido en esta obra gigantesca más de cuarenta y cinco millones de pesetas». Primero se interesaron los grandes capitalistas. Luego se reunieron los que procedían de los mismos Concejos, y a la acción aislada de los millonarios sucedió esta otra acción colectiva. Hay en las Repúblicas americanas cuatrocientas Sociedades protectoras de la enseñanza. El Sr. Castrillo va detallando por partidos estas aportaciones:

AVILÉS. — El primer fundador: D. José Menéndez, llamado *el Rey de la Patagonia*, construyó la escuela de Miranda, su pueblo, y donó cien mil pesetas para la Biblioteca circulante de Avilés. Los hermanos García de Castro dieron veinte mil pesetas para la escuela de La Ferrería; D. Marcelino González y la condesa viuda de Peñalver — que fué alcalde de la Habana —, fundaron la escuela de Trasona. D. José Antonio Rodríguez da anualmente cinco mil pesetas de premios a maestros. Ambiedes, Bañugues, Avilés, el Castillo, San Cristóbal, Lodares y Heres están protegidos. Los emigrantes construyeron edificios, asegurándoles rentas, o entregándolos al Estado. Otras veces construyeron a medias con el Estado. En la fundación Pola de Luanco hay un periódico hecho por los niños y para los niños. Esto da idea de su desarrollo y de sus medios. Otras fundaciones: la Escuela de Comercio, de Salinas. La de Raíces. El Club

Avilesino de la Habana envía premios para los niños de las escuelas nacionales de su concejo.

BELMONTE. — En Aguerina construyó un hermoso local para escuela la Srta. Pilar Cienfuegos, de distinguida familia asturiana. En San Martín de Miranda, otra igual D. Manuel García. En el Concejo de Salas tienen escuela de patronato: Loro, Priero, Mallecina y Villamondrid. Como el sueldo de la fundación para el maestro era bajo, el Estado paga la diferencia. Hemos de ver que ésta es una cuestión muy importante para las fundaciones. En el Concejo de Teverga hay un pueblo: Fresnedo, al que donó el emigrante D. Antonio González Quintana un colegio magnífico y, además, veintiocho mil quinientas pesetas en títulos de la Deuda para su sostenimiento.

CANGAS DE ONÍS. — Tienen edificios modestos, pero higiénicos, donados por indianos: Vis, Eno, Corao-Castiello, Onao, Zardón, Lago, Vallobil, Caño, Abiegos, Taranas. Las Sociedades de Instrucción americanas han recaudado para construir escuelas en Coviella, Mestas de Con, Onao, Soto de Cangas, Santa Eulalia de Onís, Flos, San Juan de Beleña. «Pronto — dice el Sr. Castrillo —, en la ruta de Arriondas a Covadonga y los Picos de Europa no habrá más que buenas escuelas.» En San Juan, la Riera y Covadonga, tres magníficos edificios; el primero, donado por D. Angel Caso, con títulos por valor de cincuenta mil pesetas. La Sociedad protectora, Hijos de San Juan de Beleña, que reside en Cuba, subvenciona a los maestros de ese pueblo. En Ribadesella, Collera, El Carmen, Vega, hay ya soberbias construcciones. D. Vicente Villar donó veinte mil pesetas para la graduada de Ribadesella, cinco mil para la de Cardá. Aparte de

dotar unos asilos con dos millones de pesetas.

CASTROPOL. — Los emigrantes de este partido empezaron a organizar las Sociedades de Instrucción. En la Habana reside la de Naturales del Concejo de Boal. Han construído las escuelas de Castrellón, Lendiglesia, Ouria-Montaña, Rozadas, Sarcada, Serandinas, Villar de San Pedro y Villanueva de Boal. En planta, Prelo, Doiras, San Luis. En proyecto, el resto. Es decir, que dentro de muy poco tiempo todas las escuelas serán buenas y nuevas. Esta Sociedad publica *Obras Maestras de la Literatura Española*, y una revista decenal, *El Progreso de Asturias*. Es presidente honorario el señor Castrillo. Ha fundado en la Habana un negociado de Arquitectura Escolar. Castropol, Barrés, San Juan de Moldes, Ortiguada, Arancedo, La Braña, La Caridad, Lebrado, Miures, Valdepare, Viavélez, Villamarzo, Illaso, Villayón, Parlero, Ponticiella, Leudequintana, Arbón, Illano, San Esteban, Pastur, Bullaso, Oscos, Barcia, Castro, Nonide, Tapia y Campos tienen hoy locales nuevos, con sus casas-habitaciones, donados por emigrantes. Los de Viavélez y Ortiguera, fundados por los hermanos Jardón; uno de ellos, D. Fernando, agregado comercial de la Embajada argentina. De Castropol salió D. Tulio García Fernández, que dió un millón de pesos para construir la Escuela de Artes y Oficios de Tucumán.

LAS SOCIEDADES DE INSTRUCCIÓN. — Puede verse por estos datos cómo funcionan las Sociedades de Instrucción. Se trata de construir la escuela de Valdepare. Los emigrantes de este pueblo están dispersos por América. De Buenos Aires mandan cuatro mil pesetas; de Cuba, dos mil; de Puerto Rico, mil quinientas; de Valparaíso, doscientas

cincuenta; de Lima, veinticinco; de otras partes, dos mil. El resto lo paga, según costumbre, el organizador de la suscripción. Así, está lleno el partido de Castropol de obras costeadas por las Sociedades de Instrucción.

MAS ESCUELAS DE CASTROPOL. — La de Figueras se construyó con un capital de trescientas treinta y cinco mil pesetas, donado por D. Florencio Villamil, que fué comerciante en la Argentina. Don José Fernández Quintana dió un millón de pesetas para San Martín de Oscos. D. Fernando Fernández Casariego, millón y medio de pesetas para un Instituto en Castropol. A la escuela de Serantes destinó ciento veinticinco mil pesetas D. Rafael Rodríguez. Y en Bres y San Tirso de Abres hay también donaciones de los emigrantes que enviaron cien mil pesetas, pagando, además, a los profesores.

GIJÓN. — Recibe ahora, según los informes del Sr. Castrillo, dos millones de pesetas, que lega para un Instituto Obrero el emigrante a Cuba don Ramón Alvarez de Arriba. La casa Revillagigedo construye una gran escuela para maquinistas y mecánicos, invirtiendo quinientas mil pesetas y más de dos millones para sostenerla. Gijón, por sí, y con ayuda del Estado, ha construído más de cuarenta escuelas y grupos escolares en todo el partido. Albandi, Ambás, Guimarán, Logrosana, Grande, Leonio, tienen ya escuelas nuevas por donaciones de América. La fundación de Eutiquio Sala; las escuelas de Santa Doradia, obra de una hermana de Jovellanos. El Colegio-asilo de Suárez Pola. Esto y los envíos de la Sociedad Gijonesa, de la Habana, y del Club Carreño, constituye *el aporte de los indianos*.

INFIESTO. — Hay aquí menos emigración. Torá-

zo, Viñón, El Remedio, Cereceda, Pintueles, tienen escuelas construidas por las Sociedades de Instrucción. La de Cereceda, por Legado del insigne médico D. Faustino Roel, que dejó doscientas sesenta mil quinientas pesetas para enseñanza. En la villa de Infiesto nació el alférez real D. Juan Blanco de Lozana Piloña, que desde El Parral (Méjico) legó ochenta y dos mil quinientos pesos, en el año de 1724. *Ahora*, por reciente disposición, sus albaaceas han acordado destinar a enseñanza una escuela primaria.

LAVIANA Y LENA. — Partidos hulleros. La aportación es menor. Por donativos de América construyeron escuelas Tarna, Caleao, Sobrescobio, Villamarín. En Lena, coto minero de Comillas, fortuna hecha en América, tienen soberbias escuelas Ujo, Caborana, Bustielle, Cabañaquinta, Moreda. Algunos edificios construidos por la Sociedad Hullera, que él dirigía. Telleda, Nembra, Villamarcel y otras, por Sociedades de Instrucción. En Alier, D. Félix Suárez destinó ciento veintiséis mil pesetas a pensiones para estudiantes pobres. El señor Alvarez Terrero dejó en acciones del Banco veinte mil, «para mejorar el sueldo del maestro».

LUARCA. — Aquí destacan las figuras de tres indios: D. Ramón Asenjo, D. José y D. Manuel García Fernández. Sólo en escuelas han gastado en Luarca y Navia más de cuatro millones de pesetas. La última es perfecta. Intervienen en la Cantina Escolar distinguidas señoritas. Los García Fernández fueron desde niños a la Argentina. El segundo fundó el pueblo de Bellavista, con enormes extensiones de terreno, canales, ferrocarriles y plantación de caña. A D. José le ayudó en sus funciones su esposa D.^a Ernestina Mendi, que al morir

aquél asumió todos sus compromisos. D. Ramón Asenjo abrió entre los pueblos de Luarca y Navia cuarenta y seis clases. Hay veintinueve con escuelas nuevas, gastando, por lo menos, en cada una, veintiocho mil pesetas.

LLANES. — Aquí la emigración va a Méjico y a Chile, principalmente. Hay treinta y ocho escuelas con sus casas habitaciones, construídas por emigrantes. Más de cien mil asociados contribuyeron a levantarlas. Algunos que habían señalado pensiones se arruinaron en las revueltas mejicanas. Las de D. Juan Alonso, en Colombres; las de Iñigo Noriega, tan adepto a D. Porfirio Díaz, y más de cuarenta fundaciones sufrieron el mismo quebranto. D. Nemesio Sobrino dejó trescientas mil pesetas para una Biblioteca Popular circulante. D. Ulpiano Cuervo, otras doscientas cincuenta mil para una escuela de Comercio, que empezó a sostener don Iñigo Noriega.

OVIEDO. — No son muchas las aportaciones. Balsera, Biedes, Santullano, Soto, Cayés, Pisiera, Soriano, El Fresno. El Club Llanera, de la Habana, envió cincuenta mil pesetas por suscripción. Y, sobre todo, están las famosas escuelas de Colloto, fundación de «Pepín» Rodríguez; las de Loriana y la escuela de niñas de D.^a Cristina Fernández Aramburu.

PRAVIA. — Mucha emigración. Más población escolar que en ninguna otra parte del mundo. El inspector, que conoce su sociología y su pedagogía, dice que la fecundidad insospechada de las bellas pravianas llega a dar un término medio de diez niños por cada mujer. Trans cribo la cifra. Dentro del distrito están las escuelas Modelos de El Pito, fundadas por D. Fortunato Selgas. Las he vi-

sitado, y hablaré de ellas. Hay veintinueve pueblos con escuelas construídas por indianos. Queda la fundación de D.^a Carmen Miranda, con tres millones de pesetas, que todavía no se han aplicado.

SIERO. — Está la fundación Rienda Alonso, emigrado a los Estados Unidos, financiero que dotó a sus escuelas con treinta mil pesetas anuales. Siero, Collada, Lamuño, Lugones, Muñón, Valdesoto, tienen escuelas nuevas, del mismo origen americano.

TINEO. — La emigración va a Puerto Rico. Construyó siete escuelas, entre ellas la de El Pedregal. D. Segundo Cadierno, alma de la colonia y de la Sociedad de Instrucción, es hoy alcalde de Pola de Allande. D. Marcelino Alvarez construyó las de Navaral. D. Ignacio González dió cincuenta mil duros para las de Navelgas. D. Anselmo Marcos Rodríguez, trescientas sesenta y un mil pesetas para Casares.

VILLAVICIOSA. — Gran pueblo. Instituyó *el día* de los americanos. Hay una fundación Carrandi y otra de los hermanos Sánchez Pando. Escuelas y colegios. Está, además, la Escuela de Comercio de Colunga.

D. Manuel Rivero Collada construyó la escuela de Bedriñana; D. Obdulio Fernández, la de Cazanes; D. Antonio Guardia, la de Fuentes. D. Ramón Alvarez de Arriba dió dos millones de pesetas para una escuela práctica de agricultura en Peón. En Celada, D. Nicolás María Rivero, fundador del *Diario de la Marina*, de la Habana, y en Priesca, D. Manuel Cortina.

He seguido con bastante fidelidad en el extracto la detallada y extensa información del inspector

Sr. Castrillo. Basta para dar idea del sentimiento de solidaridad social de los asturianos, de su capacidad y de la certera interpretación que saben dar a los deberes de la riqueza y del trabajo. Esto es lo que aporta «el americano».

IV

EN EL CAMINO DE OVIEDO

CUÁNTAS Españas hay! ¡Qué gimnasia tan brusca la del funcionario — juez, fiscal, médico, sacerdote o maestro — que salta de una a otra, llevando debajo del brazo el mismo Código! Cada una tiene su color. Tonos intensos, demasiado vibrantes, demasiado crudos. Sin embargo, superpuestos en la *Gaceta*, nos dan un tono gris. O pardo. Entre estos valles húmedos y el llano de Zamora o la paramera leonesa, ¿cómo podremos encontrar un solo ritmo? Pero hay más: esta España de Asturias, tal como aquí la veo, y la que emigró, la España de América, que manda millones para escuelas, no parecen una sola. Si aquí los hombres se abandonan, desconfían, pleitean, ¿cómo allí les nacen sentimientos tan generosos, tan delicados, y cómo tienen fuerza de voluntad para el bien, aun a despecho de su natural suspicacia?

Un joven asturiano, Juan Uria Ríu — le supongo joven por haber leído sus trabajos en revistas juveniles; la última, *Verba* —, buen estudiante, buen catador de paisajes, dice de las montañas de Asturias que no hay en ellas ningún punto de mira a propósito para darnos perspectivas amplias, como

la del Guadarrama o los Alpes. Recordaba yo al leer este juicio, muy exacto, el entusiasmo con que me describía su visión del paisaje desde el aeroplano, uno de los mejores pilotos españoles civiles: el Sr. Navarro. No es ya imposible, ni siquiera difícil, ver toda la vasta y varia cordillera asturiana, desde el avión, pasando no muy alto, a la altura del Cueto de Arbas. Pero hay otro punto de mira, y lo tenemos nosotros mismos. Es la memoria. Aquí unimos las perspectivas. Visión a un tiempo panorámica y cubista. Visión integral, cuando son los conterráneos quienes van uniendo sus paisajes, a luces distintas, y no dejan de verlos aunque se aparten de ellos y se metan en la sidrería. Visión poética, es decir, perfecta. De esta manera podríamos llegar también a entendernos con las diversas Españas; ir dándolas la vuelta para ver dónde tienen unas con otras su ensamblaje, o ir penetrando en ellas profundamente, para hallar que el fondo es el mismo.

No vamos a meternos en tantas honduras, sino sencillamente en Cangas de Tineo, villa agradable, rodeada de montes alegres, a orillas de dos ríos: el Naviego y el Narcea, donde la vida parece fácil, grata y sensual. Es el primer poblado rico e importante que nos sale al paso en Asturias. Pocos sitios tan pintorescos como su puente de Ambaguas. Pocas calles tan armónicas, de línea y de color, como la calle que eligen las muchachas de Cangas para pasear al ponerse el sol. Sobre estos recuerdos domina, cuando escribo, otro mucho más poderoso, y es el de los cipreses de Santa María, allá en lo alto del murallón, coronando un paisaje entre ciudadano y campesino; cipreses que no quieren ser melancólicos, sino buenos hermanos de esta natu-

raleza fecunda y prolífica, con la fecundidad a flor de tierra. Por algo los recuerdo al dejar la iglesita de Cangas — con su sepulcro de alabastro — y al recorrer las calles viejas, donde todavía encontramos casas con escudos y tradición solariega.

Trepando a cualquiera de esas alturas, las casas blancas de Cangas se dispersan como la espuma de sus ríos, como la flor de sus frutales. Domina el monte a la villa; y esto ocurre aquí más que en cualquiera otra parte de Asturias, cuyas ciudades son las más campesinas del mundo. Pero no debemos huir, sino enterarnos de cómo tiene Cangas de Tineo sus escuelas. Aquí no llegó la aportación de los indianos. Es Asturias, entregada a sí misma, sin ayuda de los hijos enriquecidos en América. Pues bien: Cangas se ha descuidado. Puede decirse que esta generación no continúa la obra de hace cincuenta años. Las escuelas — amplias, espaciosas — son de 1868, inauguradas en 1870. Están en sitio céntrico e inmejorable. El edificio es soberbio. Pero responden a un concepto viejo de lo que debe ser la escuela. Dos grandes salas, nada más, para un censo escolar numerosísimo. Quedan fuera dos terceras partes. No hay escuela de párvulos. En el principal hay otra sección, y allí vive un maestro; pero sus habitaciones dan acceso a la escuela; es decir, que su casa no tiene intimidad, no es un hogar, sino un lugar de tránsito. Y Cangas, sin embargo, es un pueblo muy rico. Vendido ese edificio o traspasado para otros fines, podrían construirse con su importe, en terrenos del Concejo, las mejores escuelas graduadas de Asturias. ¡Qué satisfacción tan sincera para mí, si estas líneas despertasen en Cangas un movimiento de interés por la escuela! Hace ocho o diez años pasó por allí un inspec-

tor: el Sr. Vigo, y dejó esta semblanza: «El pueblo es sano, aunque poco higienizado; la vida, cara; el interés por la enseñanza, escaso; el vecindario, sociable». Ahora se le podrá demostrar que su opinión era demasiado dura. Ni siquiera es preciso formar Sociedades de Instrucción, como las de América. Basta con que el Ayuntamiento se reúna y tome un buen acuerdo.

En el partido hay algunas escuelas buenas; pero la mayoría eran ya malas en 1918. La acción del Concejo puede llegar difícilmente a *sesenta y siete* pueblos y aldeas que no tienen Ayuntamiento propio, por ser agregados de Cangas. ¿Cómo resuelven estos lugares su problema, si no tienen la suerte de que uno de sus hijos llegue a ser *rey de la Patagonia*? Esta es la gran cuestión de Asturias, y no se ha querido plantear nunca por excesiva confianza en el oro de América. No debemos engañarnos. Esa confianza honra a los emigrantes; pero, en el fondo, es inmoral para los que se quedan. Con información amplia, acudiendo a las autoridades en la materia, a los técnicos y a las personas que conocen bien el país, debería buscarse remedio a un mal que no es sólo de Cangas, sino de muchos partidos del Norte de España. Espero que pueda intentar pronto ese estudio, si nadie lo hace, una Sociedad local de Amigos de la Escuela.

El autobús de la línea Cangas-Tineo-Grado-Oviedo zarpa al amanecer. Todavía es de noche. Apenas adivinamos el monasterio de Corias — Escorial asturiano —, residencia hoy de los Dominicos, construido por un Herrera con grandeza, pero sin fantasía. Llegamos a los montes de Tineo envueltos entre nieblas; de pronto el cielo abre y en una vuelta del camino queda la niebla rebasada.

Salimos de ella, como si saliéramos del fondo del mar. Es un mar gris-plata, bañado por el sol, con su oleaje y sus rompientes, que allí dicen: *la marea*, tan extenso, que durante una hora vamos viéndolo a lo largo del valle, y tan definido, que llega a dar la sensación exacta de la costa. Un mar solitario; sin una vela ni un penacho de humo; pero con sus islotes de rocas o de álamos, a veces tan cerca de nosotros, que nos parece divisar, ya las tumbas, ya las sirenas de Boecklin.

V

GRADO Y SUS CONTORNOS. DE LA UNIVERSIDAD OVETENSE A LA CUEVA DE CANDAMO

GRADO está en el camino que traíamos de Cangas a Oviedo; pero el lector habrá de disculparme varias libertades en el itinerario. He ido a Oviedo. He paseado, de nueve a diez, por la calle de Uría. He comprado un paraguas de urgencia, y he tenido la suerte de ver, junto a la estatua del fundador, Valdés, en conmemoración universitaria, las seis mejores chisteras de Asturias. Como esto no me autoriza todavía para hablar de Oviedo, referiré antes una excursión a Grado y sus contornos, hasta la cueva de San Román de Candamo. Así enlazo el viaje desde Leitariegos a Luarca, para seguir por Cudillero y Avilés hasta Gijón y regresar a la capital haciendo antes escala en Sama de Langreo.

EL AUTOBÚS DE LA RECLUTA. — Este plan no me impedirá recordar el encanto del paso por Tineo, una de las villas más atractivas del Norte de España — y, por consiguiente, del mundo —, ni la pintoresca variedad de paisajes, a base de prados, montes, arboledas y quintanas, con sus hórreos. Tampoco evitará que deje consignado aquí cómo

crucé muchos pueblecitos de la carretera, sin verlos casi, porque fué distrayéndome la observación de otro cuadro dentro del cuadro. El Pedregal, La Espina. . . Al llegar a Salas, yo no recuerdo haber visto la torre cuadrada de los condes de Miranda, ni la colegiata del Gran Inquisidor de Sevilla — el de Dostoiewski —, que nació allí. En Cornellana no me interesó ningún vestigio milenario. Y era porque en cada pueblo, en cada aldehuela, a veces en medio del camino, trepaban a la baca del autobús los mozos de veinte años que iban a incorporarse a la Caja de reclutamiento. Sin el primer *ijujú* que estalló arriba, como despedida, hubiéramos tardado en enterarnos. Pero pronto vimos repetirse la misma escena y era imposible no comprender. El padre, que acompaña al chico y mete por el cristal el zapatón ferrado en vez de posarlo en la escala. Los hermanos pequeños, que no saben qué hacer cuando se les va el mayor, y se quedan quietos, pegados uno a otro. La mocita de la posada. . . Para ésta es el *ijujú* más agudo, seguramente. La hemos oído bromear cuando llegó el coche, y ahora se le apaga la voz. . . No seguiré. Me ha advertido algún crítico que es peligroso dejarse llevar en esta «Visita de escuelas» y de pueblos por sentimentalismos dulzones. De no ser así, alguna lectora estaría ya con los ojos arrasados de lágrimas; pero advertencias de esta índole no se le harán dos veces a un castellano como yo. ¡Suban todos los mozos de Asturias al autobús de la recluta!

EN EL PUENTE DE PEÑAFLOR. — Yo también he ido, como *Gil Blas*, por el camino de Peñaflor, pero sin topar con mendigos ladrones. Y ahora, en este puente sobre el Nalón, será donde penetremos para dar vuelta sobre Grado, haciendo de dos via-

jes uno. Un guía inmejorable me acompaña esta vez: el Sr. Onieva, inspector de la zona, autor de la mejor novela del maestro de que yo tengo noticia — en España —, periodista en Oviedo. Aquí, en este mismo puente de Peñafior, tendría el señor Onieva una buena batalla que ganar, tan buena como la que ganaron hace más de un siglo los paisanos del Concejo contra los franceses. Todavía hay gradenses que llevan apellido francés, de los que se quedaron en la tierra, resistiéndose a volver a su patria. Atraídos por la historia de este episodio de la guerra de la Independencia, entramos en la escuelita de Peñafior. Parece que acaba de terminar el combate, y que los vencedores han guardado aquí los caballos de los prisioneros. Algo indefinible queda todavía en el ambiente. ¿Esto es una escuela? Desde luego, por pobre que sea, mejor es que la escuela de niñas, en el piso de arriba. Maestro y maestra, marido y mujer, forman con ambos locales un conjunto extraño. La batalla que habría de ganarse aquí tiene un primer objetivo: echar abajo la escuela y rescatar a los niños de Peñafior.

GRADO. — ¡Delicioso lugar para una cura de reposo que fuera compatible con la sidra del país y con la cocina local! El valle de Grado, risueño, hospitalario, honra del partido de Pravia, está poblado como el suelo de Bélgica, y tiene también gentes laboriosas, que, sin embargo, no le piden a la vida — ni a la tierra — mucho más de lo que buenamente puede dar. Por todas partes están ya florecidos los árboles frutales. En algunos cercados vemos asomar la copa redonda y apretada de los naranjos. Un poco más y llegaríamos a sentir lo que parece reservado al Abril sevillano: el aroma

del azahar. Grado hizo sus escuelas hace algunos años. Delante de ellas hay un jardín público. Construyó un buen edificio. Logró que se convirtiera en escuelas graduadas. Y luego — ¡dígame la verdad, amigos del Nalón! —, luego... las abandonó. Cerca de doscientos cincuenta niños acuden normalmente para cuatro maestros. Yo sé por un gradense, Valentín Andrés Álvarez — por fortuna para él, no hace muchos años que salió de esa escuela —, con cuánto celo la regentan y la sirven aquellos maestros. Pero el local está descuidado. La sensación de cansancio por parte del Concejo es evidente. No quiere continuar el esfuerzo de la generación anterior. Si pongo de relieve el caso de Grado es porque sirve como ejemplo de lo que ocurre en muchos Concejos asturianos. Los padres trabajaron; los hijos no siguen la obra, aunque ahora costaría pocos sacrificios.

Muy cerca de Grado está el pueblecito de La Mata, que tiene unas tristes escuelas. Otras muchas de aldeas próximas estarán, sin duda alguna, bien instaladas — hay que contar con las dificultades de un Concejo que suma treinta y tres agregados —; pero en La Mata se diferencia poco la escuela de otras que hemos visto en la sierra de Guadarrama. Hay un edificio en proyecto, y hasta se llegó a cercar el terreno y se festejó la primera piedra; pero dentro del cerco quedan unos árboles, y en el vecindario se ha planteado esta cuestión: «¿Cortamos los árboles? ¿O los dejamos? ¿Son de la escuela? Quien vendió el terreno, ¿vendió los árboles?» El pleito es largo. El maestro — D. Fernando Álvarez Fano — tiene que gobernarse con ciento cincuenta niños en cuatro palmos de terreno. No todo está bien en Asturias, ni siquiera en los partidos ricos. Cuando

los vecinos se pongan de acuerdo construirán unas escuelas modelo. ¡Pero mientras tanto!

SAN ROMÁN DE CANDAMO. — Una vía férrea pasa por delante de San Román, hasta el mar. Líneas de automóviles le sirven. Granjas, tierras de buen cultivo; y en accidentada y bellísima ladera, un pueblo nuevo, que conserva sólo por coquetería algunos viejos hórreos tradicionales. En lo alto del monte nos llama — y no podemos desoírla — la cueva troglodítica del hombre primitivo. Vamos a visitar esa escuela de los tiempos prehistóricos, declarada hoy monumento nacional.

VI

ENTRE TODOS, LO SABEMOS TODO

ESCRITOS ya estos artículos del «Viaje por Asturias», que fueron apareciendo en *El Sol*, recibo en Madrid cartas y recortes de periódicos rectificando o aclarando algunos datos, especialmente sobre el concurso de los indianos a la construcción y sostenimiento de escuelas. Creo preferible recoger ahora esas observaciones que mejoran una información forzosamente incompleta. Yo no sé nada de las fundaciones asturianas. El inspector Sr. Castrillo sabe mucho; pero algo se le escapará, y es posible que más de un informe no lo haya extractado yo bien. Entre todos, lo sabemos todo; y si, tratándose de fundaciones, esta afirmación parece demasiado optimista, me acojo a ella sólo para demostrar mi buen deseo de aproximarme a la verdad. Así lo expuse al recoger en un solo artículo las amplias informaciones que el Sr. Castrillo envió a la *La Prensa*, de Buenos Aires, por encargo especial de su director D. Ecequiel P. Paz. La comprobación, la confrontación con la realidad ha empezado desde que se hizo pública la gigantesca labor de iniciativa individual realizada por los asturianos de América. Recibo nota de muchas omisiones y también aviso de irregularidades en la

administración de algunos legados. En conjunto, lo esencial no varía. El esfuerzo es enorme; la aplicación y provecho eficaz de cantidades tan importantes no siempre responde al entusiasmo de los fundadores.

LA BIBLIOTECA CIRCULANTE, DE AVILÉS.—Por venir la rectificación en varias cartas y en *La Voz de Asturias*, consigno, ante todo, la referente a las cien mil pesetas que según mi extracto había legado D. José Menéndez, *el Rey de la Patagonia*, para la Biblioteca Circulante de Avilés. «D. José Menéndez — dice *La Voz de Asturias* — dejó a su muerte un millón de pesetas para obras de cultura en España, y donó, efectivamente, cien mil pesetas, de que se hizo cargo el entonces alcalde de Avilés D. José Antonio Guardado; pero fué para distribuir las entre distintas instituciones avilesinas de cultura, arreglo y ampliación de escuelas, etc., correspondiendo o entregando este señor a la Biblioteca Popular Circulante *cinco mil pesetas*, no cien mil. . . » La diferencia hubiera venido muy bien para construir un edificio que el Patronato de la Biblioteca tiene en proyecto.

EL FUNDADOR DE LA ESCUELA DE TUCUMÁN.— El fundador de esta Escuela de Artes y Oficios no fué D. Tulio García Fernández. «Este — según me comunica D. Fernando Alvarez Cascos, desde su quinta «La Barrera», de Luarca — era un joven de veintiún años, hijo del gran filántropo D. Manuel, sobrino de D. José (fundador y sostenedor del Colegio-Asilo de Luarca, y del Asilo de Ancianos) y hermano de D. Manuel, joven ingeniero argentino, que este verano donó cien mil pesetas para el Reformatorio de Jóvenes Delincuentes en construcción en Oviedo. Dicho D. Tulio murió en Madrid,

en 1921, y su padre D. Manuel fué quien a la memoria de su hijo levantó esa grandiosa Escuela de Artes y Oficios de Tucumán (Argentina), que costó bastante más de un millón de pesos.» No eran de Castropol. D. Tulio era ciudadano argentino y su padre, como su tío, eran de Luarca.

EL VALLE DE CIBEA. — «¿De cuál de estos caseríos es el indiano que depositó o legó bienes para construir las escuelas de Cibea y Onón, y además mil pesetas para cada pueblo que quiera construir su edificio escolar?» A esta pregunta responde muy atentamente, en carta interesantísima, D. Rafael R. González, abogado y notario en Cangas de Tineo. Publico íntegra la parte no personal de su respuesta, agradeciéndosela en nombre de todos los lectores de *El Sol*.

«Al contestar a su pregunta voy a permitirme facilitarle otros datos que demuestran que en este Concejo es quizá hoy el sitio de Asturias donde se ha despertado mayor entusiasmo por la escuela entre los campesinos, y más ansia inextinguible de que sus hijos aprendan.

»Onón, perteneciente al partido de Sierra, en este Concejo, dista muchos kilómetros de Cibea, y no tiene con este valle otra relación que tener por capital a Cangas. D. Marcelino Peláez, natural de Onón, rico hacendado en la Argentina, fué el indiano — americano como ahora les llamamos en Asturias — que construyó a sus expensas una magnífica escuela en su pueblo natal, y la dotó del material y menaje necesario para su funcionamiento, y él fué quien ofreció a todos los pueblos que quisieran construir su escuela una subvención de mil pesetas. Esta conducta loabilísima y filantrópica de Marcelino Peláez, unida a su propaganda personal

en sus breves estancias en ésta, fué semilla que rápidamente fructificó haciendo nacer en nuestros labradores el deseo de tener escuela en su pueblo, y por hermosa cooperación social, facilitando éste maderas, aquél la piedra, el otro otros materiales, todos su modesta aportación pecuniaria según sus posibilidades, y todos su prestación personal, con modestas subvenciones de este Ayuntamiento, y las de Peláez se han construído en este Concejo, en los cinco años últimos, dieciocho escuelas en los pueblos siguientes: Agüera, San Pedro de Caliema, Santa Marina, Villategil, Posada de Besullo, Larna, Carballo, Llano, Villar de Lantero, Ridera, Parada la Vieja, Aranigo, Robledo, Linares, Pueblo de Rengos, San Pedro de Arbas, Villacibrán y Bruelles.

>Por cierto que la filantrópica conducta de Marcelino Peláez le valió, con ocasión de una lucha política, ser denunciado a los Tribunales, a pretexto de que sobornaba a los electores de cada pueblo dándoles mil pesetas para la construcción de una escuela.

>También la acción particular hizo algo en favor de la escuela; pero no fueron los americanos o indios, porque aquí la emigración a América data de poco tiempo, y nuestros emigrantes no llegaron; salvo pocas excepciones, a otra cosa que a ganarse el sustento en la tierra americana, o aportar el capital necesario para la compra de la casería. La emigración de esta zona se dirigió, y aun se dirige, preferentemente a Madrid, donde es colonia numerosísima, ocupada en oficios subalternos: serenos, mozos de café, empleados de Bancos y Bolsa, etc., algunos de los que llegaron a poseer grandes fortunas, y así el Valle de Cibeá cuenta con varias fami-

lias millonarias, cuyos deudos residen en Madrid durante el invierno, y aquí pasan el verano, habiendo algunos que cuentan los millones por medias docenas; pero éstos no han sentido todavía el altruismo de favorecer la escuela, y ha podido darse el caso de que la de Cibeá, residencia veraniega de esos ricos, estuviese cerrada algún tiempo, por hallarse tan deteriorada que no podía darse clase en ella, y para su reapertura fué el Ayuntamiento y los vecinos más pobres, quizá, los que mayor empeño pusieron en repararla. Hubo excepciones, sin embargo, y en Genestoso, cercano a Villar de los Indianos, D. Francisco Pérez, conocido por *el Teresín*, realizó un doble beneficio. Siendo sus vecinos pobres labradores, colonos del duque de Alba, compró a éste las fincas que poseía en Genestoso, y las dejó a sus colonos, pagando una modesta renta, que habría de destinarse al sostenimiento de la escuela, que él mismo construyó en el pueblo, y así lo hizo constar en su testamento.

»D. Francisco Pérez, natural de Sonande, conocido por *el Maduro*, construyó a sus expensas la escuela de Vallado, respecto de la que se está instruyendo expediente.

»D. Román Arango, notario que fué de Cartagena, construyó una escuela en Biescas, y su hermano D. Antonio, residente en Madrid, está construyendo una escuela en Tebongo, pueblo donde nació su padre. Y D. Gerardo Gómez Rodríguez, de la familia de *el Maduro*, compró y regaló al pueblo de Bimeda, una casa para escuela.

»Este despertar de este pobre país en favor de la escuela lo inició con su filantropía y su propaganda Marcelino Peláez, y es digno de que sea glosado en *El Sol*, como estímulo a toda protección

particular a favor de la escuela, y satisfacción a estos pobres labradores que tanto esfuerzo ponen para que sus hijos reciban la luz de la enseñanza.»

Toda glosa es innecesaria. La carta basta para que toda España sienta hoy una gran simpatía por los vecinos del valle de Cibeá.

LA BIBLIOTECA DE LLANES. — *El Pueblo*, de Llanes, advierte que un legado de D. Nemesio Sobrino no fué para la «Biblioteca Popular Circulante». «El legado del año 1863, fué para un colegio de Segunda Enseñanza, que después se tituló de La Encarnación, y la Biblioteca Popular Circulante se fundó por suscripción pública como cincuenta años después.» Ya el Sr. Castrillo me había enviado una nota explicando que ese legado de trescientas mil pesetas fué para favorecer la enseñanza. Pero lo cierto es que hay un pleito; que durante muchos años han disfrutado la subvención los Agustinos, y que ahora, resultando que el Patronato corresponde al Ayuntamiento, éste proyecta dedicar las rentas a una Escuela de Artes y Oficios.

ALGUNOS NO SON INDIANOS. — No todos los que salen de su pueblo van a América. Habíamos dicho que en el partido de Belmonte, D. Antonio González Quintana, legó un colegio magnífico y veintiocho mil quinientas pesetas para sostenerlo. Este señor no emigró a América, sino que vino a Madrid, y figuró en la guardia de la Reina Isabel II. Precisamente González Quintana fué quien desvió el puñal del cura Merino. «Es justo que la Reina le protegiera, y además demostró que merecía la protección.» Este dato es también del Sr. Castrillo, a quien se lo envía la familia del Sr. González Quintana.

VII

CANDAMO Y SU CUEVA. — LUARCA

L ECCIÓN DE COSAS, TROGLODÍTICA.—Sí. Yo sostengo la teoría de que esta cueva de Candamo es una escuela prehistórica, y las pinturas rupestres, material escolar. Aquí vinieron los más venerables e hirsutos varones de la tribu a enseñar Historia Natural a sus crías, durante muchos siglos, y el arte Venatoria y Trinchante, con algo de anatomía zoológica. Quizá su lenguaje rudimentario necesitaba ayudarse de ejemplos para la trasmisión a la prole. Si alguien rechaza esta hipótesis, diré que otras más absurdas oímos para explicar Prehistoria. Las pinturas podían ser religiosas. La gruta lo era todo. Y si lo era todo, era también escuela. Al primer artista le sugirió la idea de grabar el primer bisonte en las paredes de la gruta, un rayo de sol penetrando en esta soberbia cámara oscura. Colaboraron el sol, el bisonte que acertó a pararse ante la cueva y ese otro rayo de luz guardado en la mente del hombre, y que sólo esperaba para brillar una circunstancia feliz. ¡Imaginad lo que sería una lección de cosas al resplandor del fuego sagrado en el fondo de la cueva de Candamo! De todos modos, aun siendo mi teoría inaceptable, diré que uno de los grandes encantos de estas cavernas pre-

históricas es la salida, el aire libre, el jirón de cielo azul enmarcado por entalladuras de roca.

Viene con nosotros en esta ascensión a la Edad de Piedra un vecino de San Román de Candamo, vestido de pana, con anchos zapatones ferrados, que yo le envidio, para trepar por estas breñas. Conoce bien la cueva y se adelanta al guía. Lleva su lámpara de acetileno, y cuando todos hemos encontrado ya el camino — con prudencia, para no resbalar —, él sigue buscando por el suelo.

— ¿Se te perdió algo? — le preguntan.

— No. ¡Busco, busco! . . .

— ¿Qué buscas? — insisten los paisanos, sabiendo que es hombre de buen humor.

— ¡Malos diaños te lleven! Busco los diez mil pesos de D. Juan Antonio Bances.

Y ríen todos, hasta el bisonte rojo y el caballo grande de la cueva. Porque este D. Juan Antonio Bances, natural de San Román, que emigró a Cuba y llegó a banquero en la Habana, fué quien donó la cantidad precisa para construir la escuelita de su pueblo, que acabamos de ver. Escuelita pequeña, insuficiente para ochenta y cinco niños que tiene allí el maestro. Pero además de la escuela, toda de piedra, en un sitio admirable sobre el mejor panorama del Nalón, capaz para los niños de San Román de Candamo en 1873, D. Juan Antonio dejó a su muerte un legado de diez mil pesos «para mejorar la enseñanza». Con la renta de esos diez mil pesos debió el Ayuntamiento pagar un maestro superior al que había, o mejorar la enseñanza de otro modo, ya que hoy los paga a todos el Estado. Y si Pachín de San Román busca los diez mil pesos entre las estalagmitas de la cueva de Candamo, es porque hasta ahora, desde el 29 de Diciembre de 1910, fecha en

que fueron girados al Banco de Castilla, ni se ha mejorado la enseñanza en San Román ni aparecen prácticamente los intereses de la cantidad legada.

Yo sé que ahora se explicará todo. Sé, además, que si no hay muchas cuevas de Candamo, en cambio sobran trogloditas para devorar fundaciones. Es preciso aprender a dibujarlos, estudiar sus costumbres y dominar los procedimientos de caza. ¡Tan clara como viene el agua del Nalón, a pesar de ser un río carbonero! ¡Tan ingenuos y tan sencillos como son estos pueblecitos de la ribera, habitados por gentes de buena voluntad! Desde la cueva de Candamo, al caer de la tarde, podemos creer que todo el valle conserva aún su primitiva rusticidad. Si vemos algún hórreo tenemos derecho a suponerlo una habitación lacustre.

LUARCA. — Vamos en autobús por Cornellana, Salas y los montes del Rañadoiro, a la costa brava de Luarca. Nos hemos despedido de aquel amable sol que venía acompañándonos como un amigo asiduo. Apenas si le vemos dos o tres veces al día; pero cuando asoma nos saluda, entre nubes, galán y reidor. El sol de Asturias, en Abril, siempre acaba de salir del baño. Toda Asturias aparece como él, joven, alegre. Sólo cuando nos acercamos al mar vemos que no todo es bondad. Llueve. En el horizonte van espesándose las nubes, casi tan negras como el Cantábrico. Por aquí salió de Luarca *Don Jorgito, el inglés de las Biblias*; y esos picos pueden ser las Siete Bellotas; pero Borrow dramatizó demasiado y, por lo menos hoy, el paisaje no tiene nada de terrible. Verdad es que esta carretera por donde se desliza el «auto» de línea, no es aquel camino de herradura, y que desde 1830 llovió mucho, sobre todo si abundaron días como el de hoy.

Llueve. Gotean los árboles, los tejados, los paraguas, la capota del autobús y nuestras cuartillas de notas con «el aporte de los indianos». Luarca aparece entre un telón de lluvia.

A pesar de todo, al descender del automóvil buscamos el puerto. Lanchas de pesca, vaporcitos carboneros. Cargando, en el muelle, las carretas de bueyes. Un espolón curvo, con grandes bloques de piedra, trata de matar la fuerza de las olas, entrándolas de costado, pero no creo que lo consiga siempre. Este puertecito, tan lindo, con su murallón fuera, resto quizá de algún castillo, debe de ofrecer muchos días la inquietud de alta mar. Así son tantos puertos del Norte, que parecen flotar al mismo tiempo que sus boyas cuando llegan esas olas grandes, pesadas, que tienen tanta fuerza al subir como al desplomarse. Llegamos hasta la peña del malecón. No entran barcos. Los boyeros disputan con las gentes de mar. Para hacer las paces entran en «*El Báltico*, cervezas y mariscos». Sin saber por qué, adivino aquí como un paréntesis, como un largo compás de espera. Cumplido el rito del hombre de tierra adentro al acercarse al mar, vamos a ver las escuelas de Luarca.

Tiene Luarca, muy justamente, fama de ser uno de los partidos asturianos más favorecidos por la emigración. De aquí salieron, entre otros, D. Ramón Asenjo y los hermanos D. José y D. Manuel García Fernández, que llegaron a reunir en la Argentina grandes fortunas, y fundaron en Luarca y sus pueblecitos muchas instituciones de enseñanza y de beneficencia. He visitado, en primer término, las escuelas graduadas, construídas con auxilio de los emigrantes. Deseo reflejar con absoluta fidelidad la impresión recibida. Primero, de asombro ante la

perfección y la riqueza de un edificio erigido con lujo, como un monumento a la cultura y al pueblo natal. El esfuerzo generoso de los particulares no puede llegar a más. Los asturianos de Asturias y los de América — supongo que también los de Madrid y de toda España — hacen por sus pueblos sacrificios realmente conmovedores. Luego, cuando esas instituciones caen bajo la férula de la administración municipal, he visto que, poco a poco, se mustian, pierden todo su brillo y llevan una vida tan difícil como la de cualquier institución sin valedores. Aun teniendo noticia de las escuelas de Luarca, me sorprendió verlas instaladas con tanta esplendidez. Pero pronto advertí que si la instalación fué espléndida, la conservación y entretenimiento son mezquinos. Los maestros que allí trabajan, y en primer término, por su cargo de director de la graduada, D. Juan Jesús Díaz Estébanez, cuentan con escasos medios fuera de los que les proporcionan su inteligencia y su amor a la profesión.

He visto cerrada la Biblioteca Popular Circulante. El Municipio guarda la llave. ¿Cuánto tiempo hace? Más de dos años. ¿Por qué? Porque no hay consignada para el bibliotecario sino una pequeña gratificación, menor que la mitad de lo que cobra el encargado de dar cuerda al reloj. Acudía ya el vecindario con interés por la lectura, y, bruscamente, se cortó de raíz esta buena costumbre, recién iniciada.

He visto también el magnífico local de una Escuela de Artes y Oficios. Amplios salones, capaces para dos centenares de alumnos; matrícula copiosa. Al frente de la escuela un buen profesor de Dibujo y Modelado. ¿Qué más? Nada más. Este pro-

fesor es toda la escuela. No tiene consignación de material, ni para lápices.

Al recoger estos detalles del cuaderno de notas, siento el temor de ser injusto con una de las regiones más preocupadas por su enseñanza pública. Pero si tiene lo más difícil, lo que más cuesta, gracias a iniciativas populares y personales, es lástima ver malograrse el buen deseo de unos por incuria de otros. Luarda cuenta hoy con un Colegio Asilo, fundado por D. José García Fernández. Los emigrantes ayudaron a las obras del puerto, a la construcción del hospital, de un casino, de un lavadero. . . El mejor lavadero de España. Por cierto que, según me dicen, las mujeres prefieren ir a lavar al río, al aire libre, donde se puede hablar con las gentes que pasan. Y en cuanto a los pueblos y aldeas, es tan considerable la obra realizada, que merece párrafo aparte.

VIII

EL CONCEJO DE VALDÉS LOS VAQUEIROS DE ALZADA

POR donde no miran al mar, las calles de Luarca se cierran con telón de bosque o, por lo menos, de prados colgantes en laderas empinadas. El río Negro entra alguna vez en la villa, desbordando sus malecones; las olas amenazan siempre, y los montes pesan con su eterna presencia. A pesar de lo cual, Luarca no es un pueblo triste. Como Somosierra de Madrid, Luarca dista de Oviedo cien kilómetros por carretera. Durante largos años esos cien kilómetros fueron muy penosos, y la capital del antiguo concejo de Valdés llegaba más fácilmente a América. Vivía orientada hacia América, que construía, sobre la antigua, otra villa nueva, con casas graciosas, modernas, y edificios monumentales de piedra de sillería casi azul. Por los caminos del mar venía oro, para el puerto, el mercado, el lavadero; para puentes, locales escolares, hospitales, pensiones y fundaciones. Por el camino de Oviedo llegaba con demasiada lentitud el ambiente civilizado de la ciudad universitaria. Si hubieran entrado ambas cosas a un tiempo, el oro y la cultura, Luarca sería hoy una villa maravillosa. Hoy todavía se le vienen encima esos

montes foscos, donde nos parece adivinar el humo de las brañas.

A estos pueblos del concejo de Valdés — que son más de doscientos, con cerca de veinte parroquias —, la carretera, el camino vecinal y el autobús de línea han venido a traerles lo que les faltaba. Es difícil que haya en España otras gentes tan deseosas de aprender y salir del enorme atraso en que su situación geográfica las tenía. Casi todos estos pueblos, aldeas y parroquias se plantean ahora su gran cuestión del edificio para escuelas. La mayor parte van construyéndolos ellos por suscripción popular, con o sin el auxilio del Estado.

Falta, sin embargo, el apoyo constante de los Ayuntamientos. Muchos de ellos no han habilitado casa para los maestros. En Cadavedo, en Quintana — donde una pobre maestra anduvo peregrinando de casa en casa en busca de posada —, en Barcia, Alienes, La Mortera. . . En la Mortera, no sólo no hay casa para el maestro, sino tampoco escuela. El pueblo ofreció al Ayuntamiento solar, maderas, prestación personal y unas pesetas; pero no fué atendido. La escuela, alquilada, es desastrosa.

Los pueblos, por su propio esfuerzo, poco a poco, van levantándose del hoyo en que viven. En Rollón de Meras, un vecino construyó la escuela y se la cedió al Estado. En Argumoso, una sola habitación servía para escuela y para vivienda del maestro. Era oscura y estrecha — una zahurda —. Unos mapas colgados del techo servían de tabique o de cortinaje pedagógico, y al otro lado habitaba el maestro con su mujer y con sus hijos. Se reunió el pueblo y acordó construir por sí mismo, sin ningún auxilio, una escuela mixta, que fué inaugurada hace año y medio. En Carcedo estaba cayéndose la es-

cuela. El pueblo reunió por suscripción diez mil pesetas, y evitó que las paredes se vinieran al suelo.

El caso de Carcedo podría servir muy bien para un cuadro de costumbres. Construídas las escuelas, antes de inaugurarlas fueron destinadas provisionalmente al culto, mientras se edificaba una iglesia. Allí se celebraban misas, bodas y funerales. En tanto, los niños tenían su escuela en un local húmedo, más bajo que el nivel del suelo. Cuarenta padres de familia consiguieron que se restituyera el edificio a la enseñanza.

Deseo destacar el ejemplo de Leirella, porque el nombre de este pueblo y el de sus agregados, Caborno, Candanosa — quizá también Busmorisco y Busindre —, lo habíamos visto consignado por Acevedo, por D. Fermín Canella y por Señas Encinas en sus estudios sobre los *vaqueiros de alzada*. En las brañas de Luarca, en los montes y hasta la costa de Cudillero, han vivido muchos siglos, como raza aparte los *vaqueiros*, perseguidos por una tradición histórica, inexplicable — o por lo menos mal explicada hasta ahora —, tan ciega y tan cruel como la que separó de sus convecinos a los *cagots* franceses y a los *agotes* navarros. En la iglesia de Santiago de Novellana los pescadores de Cudillero saben cuál era el sitio reservado a los *vaqueiros* y la raya de donde no debían pasar. En la «Apología», piadosa y noble, de Acevedo, se cuenta cómo se les negaba la comunión dentro del templo y cómo se les demarcaba en el campo santo la tierra de sus sepulturas. Odio y separación antiquísimos, y sin duda, fundados en una lucha y en una fuga o destierro a las montañas, de la raza o del grupo vencido. Pero, ¿qué diferencia positi-

va hay entre el *vaqueiro de alzada* y sus enemigos seculares los *xaldos*, de las breñas y los *marmuetos* de la marina? Yo he visto en Mallorca, no ya la persecución del *chueta*, pero sí la del apellido. Sé lo que todavía falta para que se borre definitivamente — borrado de verdad y en absoluto — el prejuicio de casta. Es posible que en los montes de Asturias vaya más despacio la comunicación, y el *vaqueiro* sienta a su alrededor el aislamiento secular de su raza, cuyo origen y cuyo delito desconoce. Pero sus hijos van a la escuela con los otros. A Leiriella bajan los de Caborno y Candanosa, que no tienen escuela. Y esto es posible hoy, gracias a la iniciativa de un vecino que construyó los edificios y los cedió al Ayuntamiento. Nueve pueblos acuden a esa escolita mixta: Ríoseco, Folguerón Candadin — además de los nombrados —, Gallinero, Busindre y Busmorisco. Al maestro le está reservada aquí una gran misión, humanitaria y apostólica. Yo me prometo para otro viaje próximo no salir de Asturias sin haber visitado, aunque está bastante desviada, la escolita de Leiriella.

IX

EVOCACIÓN DE D. FORTUNATO DE SELGAS

LLEGO como un intruso por este caminito verde, al brazo la cayada del paraguas, en la mano un maletín ligero, sin recuerdos que me unan al terruño; esto es, sin emociones, como un extraño asomado a la verja del parque suntuoso, por cuyas avenidas nunca correrán sus hijos. Pero de algo valdrá la virtud de transportarse al fondo de otras almas y sentir con ellas. Quiero imaginar que no soy yo quien llega, sino D. Fortunato de Selgas, fundador. Cada hoja de estos árboles, engalanadas todas con pendientes de gotas de agua, cada sillar de estas escuelas, cada muchacho que asoma, con sus madreñas, por estas sendas, adquieren ya un valor de afección. Puede seguir, camino de Avilés, el autobús de línea que tomamos en Luarca. Nosotros nos quedaremos aquí.

Si el fundador volviera, volvería, como siempre, a trabajar. Con esto sería más feliz que nunca. No concibo la felicidad sino en el trabajo. «La felicidad — leíamos a fines del siglo pasado — es como un vago deseo de dormir...» Hoy vemos que la felicidad está en el séptimo día de la creación. La felicidad es como una certidumbre de haber hecho

algún bien. ¿Qué hizo aquí sino trabajar para el bien D. Fortunato de Selgas? Y lo mejor para los fundadores de vocación es que nunca acaba de llegar el séptimo día. Siempre falta algo. Siempre la creación es incompleta y los pequeños mundos que nosotros creamos son también perfectibles, aun cuando sintamos tentaciones de darlos por buenos. Pero la felicidad de D. Fortunato de Selgas consistía precisamente en seguir mejorando su obra y agregándola apéndices y complementos.

Hizo un palacio, una escuela y un templo. En el templo — de tipo románico, ideado por él mismo, que no en balde dirigió la restauración de la iglesita de Santullano — abrió una cripta funeraria, un Escorial menos sombrío que el del Guadarrama. En el palacio acumuló gran número de obras de arte, y a su alrededor convirtió en parque y jardín, hasta cerca del mar, una extensión enorme de la cañada que desemboca en Cudillero, tierra fértil, donde puede florecer el naranjo. En la escuela es donde puso más cariño y donde realizó con más acierto su mutación de cuento de hadas.

Porque todo esto lo creó en el Concejo de Cudillero, partido de Pravia, para un lugar de poco más de cien habitantes, llamado El Pito. Si ocurriera hoy alguna alarma, como en la Edad Media, todo el pueblo podría refugiarse en las escuelas. Todo el pueblo cabría en la nave de la iglesia. Y hasta en la quinta creo que se podrían albergar todos los vecinos con sus familias y con sus ganados.

A esta misión de fundador sólo le faltó fundar el pueblo, que hoy viene a ser, poco más o menos, tan importante — o tan poco importante — como hace un siglo. Le ha dado, sin embargo, paisajes

nuevos; y el parque señorial se destaca en el valle bajo los montes de las Ontedas, como un coto de estufa, como una foresta de plantación exótica. Fué una prueba que quiso hacer D. Fortunato, transformando el suelo. La prueba salió bien. ¿Por qué no domesticar y casi urbanizar esta flora demasiado silvestre, demasiado rural, obligándola a servir el plan de un parque inglés o de unos jardines versallescos? Siempre le quedará su encanto a la flor espontánea. Aquí brota un espino, fuera de la verja. Sus ramas en flor, iluminadas por un rayo de sol sobre un fondo oscuro de nube cárdena, dominan y presiden todo el espectáculo. Las flores, finas — antigua laca nipona en un paisaje tempestuoso de Patinir —, reinan humildemente, como buenas hijas que son del espino plebeyo. Yo supongo que en las escuelas Selgas los chicos del monte y de la costa, pastores y marineros, los que vienen de Piñera, Aroncés y Atalaya, sabrán sostenerse, tan intrépidos como el espino.

Si el fundador volviera, aunque sus escuelas están muy bien, algo le quedaría por hacer. Vivió ochenta y tres años: 1838-1921. Cuando empezó las escuelas, por sí y en memoria de sus hermanos D. Ezequiel y D.^a Francisca — estas fundaciones tienen siempre un sentido religioso, familiar —, no advirtió todo lo que luego fué viendo a medida que realizaba sus planes. Cuidó los menores detalles: desde la amplitud de las salas hasta la limpieza del material. Las dejó en marcha, y hoy están como él las dejó. Esto es lo que quizá corregiría él mismo si el fundador volviera. . . porque el tiempo no pasa en vano. Algo habría que reformar para que las escuelas Selgas continuaran siendo las mejores de España.

Creo no haber dicho una sola vez que éstas sean las escuelas de El Pito. Esta es una fundación particular autorizada. La verdadera escuela nacional de El Pito yo la he visto en la carretera, y es una de las más miserables de Asturias. La pobreza y el desamparo de la escuelita pública hacen que me separe de la sombra de D. Fortunato de Selgas. Su labor es privada, solariega. Tiene, como los antiguos señores, el placer de velar por los suyos y hacerles más amable la vida a la sombra de su propiedad. Yo debo llegar a Avilés con fecha fija. Para ganar tiempo, fletó una moto con sidecar, y una vez instalado y lanzado a toda máquina por el camino costero de Muros a Piedras Blancas, pierdo todo derecho a evocar sombras apacibles y bienhechoras. Un aguacero intermitente, pero testarudo, nos ametralla cada vez con más ira y desde más cerca. Huimos hacia el enemigo, como en la gran guerra.

X

ELOGIO DE AVILÉS

EN otros tiempos, este elogio hubiera sido una *Oda* o, por lo menos, un *Himno a la villa de Avilés*. El autor se lanzaría a escribirlo, valerosamente, seguro de encontrar el tono propio, elevado y hasta magnífico; pero le detiene el recelo de que puedan leerlo con espíritu crítico en Oviedo y en Gijón. Tal reserva no impedirá que vaya por debajo de la prosa llana un modesto compasillo lírico. Avilés merece mucho más. Merece un título de honor entre todas las villas y ciudades de España, y yo cumplo mi deber consignándolo así en esta «Visita de Escuelas».

¿Cuál será el secreto de Avilés? ¿En qué consistirá su encanto? Me dicen que en las proporciones, y creo muy acertada la respuesta. Si Avilés hubiera llegado a ser la gran ciudad comercial o fabril que supone su ría, con cien mil habitantes, con todos sus contornos, hasta el mar, arbolados de chimeneas, no tendría resueltos sus problemas de un modo tan discreto, ordenado y armónico como los tiene hoy. La villa, con su puerto, es pequeña. Sigue manteniendo en efectividad la cabecera del distrito por el mercado de los lunes; y los pueblos açuden a ella y la enriquecen. Le interesa el mar,

No constituyen sólo una vieja nota pintoresca los mareantes de Sabugo. Pero el mercado de ganados es lo primero; la formalidad del mercado, que guardan, con sus ritos y prácticas consuetudinarias, hombres del corte de Carlos Lobo. Campesina y marinera a un tiempo, la villa de Avilés sabe mirar hacia América — sobre todo hacia Cuba —. Tiene un sentido patriarcal de la vida, y sin perder el abolengo ni borrar sus escudos solariegos, ha sabido modernizarse y tender hacia la playa de Salinas una red de jardines y casitas de vanguardia.

Si es aquí perfecta la escuela, no puede decirlo quien llega por primera vez y curiosear un instante. La escuela es el edificio; pero también es el maestro. Lo que sí puede asegurarse es que el vecindario de Avilés pone de su parte todo lo posible para que sea buena. He visto la escuelita de la Asociación de Caridad, tipo del Sacro Monte granadino, con sus mapas de relieve en el jardín y un confortante y nutritivo olorcillo a fabada que sale a vuestro encuentro desde que os asomáis por la puerta, y no os abandona hasta que estáis lejos. Acaso por la sensualidad del pote, y acaso, también, porque define en gran parte la pedagogía de Avilés, di preferencia en mis notas a esta escuela Manjón. Fué fundada por suscripción. Se sostiene por cuotas mensuales que paga el pueblo, y su primer cuidado consiste en esta obra de misericordia, que aquí no tiene caracteres trágicos, porque no se concibe que en Avilés haya hambrientos: «Aquí, por lo menos — me dicen —, puede uno acostarse tranquilo en la seguridad de que nadie se ha quedado sin comer». La Asociación presta, además, servicios de asistencia domiciliaria. Un núcleo de «americanos» administra con el mayor escrúpulo la ins-

titución. A su amparo, la escuelita funciona; y, sin duda, los chicos aprenderán como en cualquiera otra; pero se ve que en este barco las calderas principales son las de la cocina.

Las escuelas nacionales tienen dos edificios nuevos. El grupo escolar del barrio de Sabugo, soberbio, de construcción recientísima. El de la calle de San Francisco tiene al lado una escuela dominical para mujeres, otra de Artes y Oficios y una biblioteca circulante. Todo ello en marcha y no abandonado, sino en plena actividad. Una biblioteca con libros y con lectores, que no se limite a ostentar un letrero a la entrada. Una Escuela de Artes y Oficios creada por el pueblo de Avilés, sin apoyo ni concurso oficial, y organizada con gran sentido práctico, adaptándose a las necesidades de los artesanos. Practican en ella antiguos artesanos, los más expertos, y son más de diez las enseñanzas.

Por todas partes puede apreciarse el entusiasmo que pone Avilés en su cultura. La misma escuela de San Cristóbal ostenta el busto en mármol de un maestro: D. Domingo Alvarez Acebal. Si algo falta aún, no es por culpa de Avilés, sino por dilaciones y entorpecimientos ajenos. Otra escuela de Sabugo espera hace dos años el despacho de un expediente para convertirse en graduada. Y si salimos del casco de la villa encontraremos en las barriadas el mismo ejemplo. En Villalegre está la escuelita de D. Ricardo Escolar, uno de los mejores maestros de Asturias. Piedras Blancas, que pertenece ya al Ayuntamiento de Castrillón, tiene locales dignos de una gran capital. Llegamos, con el inspector Sr. Onieva, cuando los muchachos del grupo ensayan juntos, a todo pulmón, un himno optimista: *¡A la Patria queremos honrar!* Por suer-

te para ellos, aquí la Patria se ha cuidado de instalarlos bien. No harán más que corresponder.

Ya en Salinas, a orillas de la extensa playa, solitaria estos meses, hay una Escuela de Comercio, construída por fundación. Edificio amplio y rico, salas vastísimas. Los muchachos pueden salir de allí dispuestos a volar por el continente americano. El Patronato no se ha posesionado aún de la escuela de Salinas; pero se dan las clases. Aquí se precisa bien cuál es casi siempre el deseo de los fundadores: preparar a los chicos para la exportación; evitarles los primeros choques. Hay quien sostiene, sin embargo, mirando a los afortunados que vuelven rudos y ricos, la opinión de que cuanto más ignorantes los asturianitos, más se crecen al llegar a América. Pero no se acuerdan de los que viven fundidos en faenas durísimas, entregados e inermes en un medio que, aun siendo primitivo, es superior a ellos.

¡Si toda Asturias fuera como Avilés!... Esto es decir poco. ¡Si toda España fuera como Avilés! Pero entonces no haría falta ninguna cruzada, ni tampoco sería preciso encargar a un poeta civil el himno a la villa de Avilés.

XI

LOS MAESTROS DE GIJÓN

DEBO gratitud a los maestros de Gijón. Ellos han sido «los primeros». Para mí, ellos han roto el hielo en que venían perdiéndose estos trabajos sobre las escuelas, y con su fe y su entusiasmo empezaron a darme algún derecho a creer que no estoy solo. Sin los maestros de Asturias, y especialmente los de Gijón, Oviedo y Sama, quizá me hubieran faltado fuerzas para resistir mucho tiempo la indiferencia de los pueblos. Pero esto es demasiado personal. Lo que al lector le interesa es saber que así como algunas villas y ciudades pueden quejarse de que sus maestros no valen lo que sus escuelas, en Gijón las escuelas están muy por bajo de los maestros.

Todas las he corrido: Cabrales, Santa Doradia, El Arenal, Begoña. En vez de presentarlas una por una, presentaré dos alumnos, dos gijoneses de ocho a diez años que acaso algún día sean ilustres.

Me acompaña del Arenal a Campos Elíseos un muchachito muy despejado. Es hijo de un maquinista de barco pesquero. Le pregunto si será marino también.

— No. ¡Eso de estar siempre en el mar! . . . Yo mejor iré a un escritorio.

- Pues tu padre ¡bien ganará!
- Gana más que todos los maquinistas.
- ¿Cuánto?

— Gana ochenta duros, señor. Sale todas las noches, a las doce, a las dos o las tres, y cuando vuelve por la mañana ya son las nueve. Y siempre en el mar. Yo estaré mejor en un escritorio, como mi hermano.

— Pero ganarás menos.

— ¡O no! ¡Quién sabe! A lo mejor se pesca más en los escritorios...

El otro es hijo de un empleado de oficina. También sale toda la noche, pero no se embarca; no pasa del muelle. Éste sólo gana sesenta duros, y por el día trabaja de zapatero. Tiene cinco hijas. Tres van a coser. Una guisa y arregla la casa — porque no tienen madre —. La pequeña, ya se sabe, a la escuela.

— ¿Y tú?

— Yo seré artista.

— Artista, ¿de qué clase?

— Escultor, ¡lo menos!... Primero entraré en los asfaltos y luego ya veré.

Los dos son aplomados y hablan como hombrecitos. Su destino los llevará, quizá, a nutrir las filas de una nueva y modesta burguesía gijonesa. Desde luego, ni ellos ni sus compañeros de escuela forman en el mismo grupo social que los alumnos de Cimadevilla.

¿Cuáles son los de Cimadevilla? Yo los descubrí sin ninguna noticia previa, caminando, solo y sin guía, por el muelle viejo; como debe hacer todo el que llega a un puerto para él desconocido, ¡Entrégate siempre, lector, aunque no seas aventurero, a ese azar y a esa sorpresa, que te darán las mejo-

res emociones de viaje! Si llegas a la punta del espigón verás entrar a la *Bella Elisa*, con cargamento de madera. Hasta que el remolcador la deje bien dentro del puerto, no te muevas y aguanta a pie firme, como ese marinero vestido de lona, inmóvil hace media hora junto al bauprés. Así hice yo en Gijón, como en tantos otros muelles cantábricos y mediterráneos; y el premio consiste en llegar insensiblemente a la idea pura del puerto, a la fusión — un poco panteísta — con las dos almas del mar y de la tierra. A otro puede interesarle más el precio de la madera que trae la *Bella Elisa*, sin que por eso le consideremos inferior. Visto el muelle y anclado el pailebote, podemos asomarnos ya al Gijón antiguo y subir por el barrio de Pescadores.

Aquí está la Travesía de Ballenas, cara al muelle. «*El Planeta*, Viveres para buques.» Todos los demás letreros geográficos quedan apabullados. Como el hilo de Ariadna que me guía, y las piedrecitas mágicas que me señalan el camino son las escuelas, pregunto a una pobre mujer cargada de chicos.

— Tiene usted que ir a Casa Nava.

Voy a la Casa de Nava. Es un caserón, increíblemente viejo. Las paredes, maltratadas y desconchadas, amenazan ruina. Sin embargo, allí se han reunido el Municipio, el Pósito Marítimo con su ministerio, una Sociedad privada de Cultura e Higiene y el Ministerio de Instrucción. Cada cual ha instalado tienda de campaña en la Casa de Nava.

Primero doy con la Escuela Auxiliar Municipal de Cimadevilla. Sábado. Pocos niños. Tiene luz. Es amplia. Pero el maestro me lleva, muy amablemente, ante una puertecita llena de rendijas, por donde entran el sol y el aire. Es la puerta de una

habitación indispensable que se les hundió un día cuando, por suerte, no había nadie dentro. Toda la galería amenaza hundirse también. A este maestro auxiliar, que ha trabajado como un héroe, le paga el Ayuntamiento dos mil quinientas pesetas; pero inseguras. Puede prescindir de él cuando quiera. Hay en el Concejo de Gijón doce o catorce escuelas como ésta, por cuenta del Ayuntamiento. Todos los chicos son de familias pobres, y casi todos hijos de pescadores. Pálidos, mal nutridos, la mayoría. La brisa marina, por lo visto, no basta para que se crien fuertes los hijos del pescador. En cambio son bravos, indóciles, gente de pro. . .

Al lado está la escuela de D. Ladislao, el maestro nacional. El problema de D. Ladislao no es pedagógico, sino de instalación. Quieren hacerle vivir en una casa de duendes, una especie de barco viejo, recién baldeado, pero que hace agua por todas partes. Tiene también muy pocos chicos. ¿Por qué? Porque se los ha llevado la Escuela Nueva del Pósito Marítimo. Aquí la tripulación es magnífica. ¡Intrépidos pescadorcitos, patrones futuros, cachorros o lobeznos de mar! . . . Uno de ellos se ha dormido sobre su libro, y el maestro, irritado, le despierta de un pescozón. Abandono, sin más palabras, como protesta, la Escuela del Pósito Marítimo. ¡Vámonos a la Escuela de Cultura e Higiene, un piso más arriba! Pero ¿cómo subimos, si la escalera está completamente a oscuras? «¡Cuidado! — dice el práctico que me pilotea — . Encendemos una cerilla, porque esto no andaré bien. Sabe usted que los chicos, cuando tienen prisa, no aguardan a llegar a la calle.» En «Cultura e Higiene», un maestro joven, animoso, lleno todavía del espíritu de sus libros, empieza a enterarse de lo que es

una escuela. Polvo, goteras, grietas, cristales rotos... El no quiere ver nada. Daría su clase con la misma impavidez en una trinchera.

¡Adiós, Casa de Naval! ¡Ahí os quedáis, pescadorcitos de Cimadevilla! Tenéis ya desde niños un buen campo de preparación. Como vais a pelear en vuestro oficio con vientos muy duros, quieren que os vayáis acostumbrando. ¡Animo, y buena suerte! Pero los gijoneses que lean estas líneas, conociendo los esfuerzos del Municipio en pro de la enseñanza, dirán: «Es usted injusto. Hay más bueno que malo en las escuelas de Gijón. ¿Por qué se mete usted en Cimadevilla?» Porque es «un caso». Porque habrá pocos argumentos tan fuertes como esa Casa de Nava para pedir la construcción de escuelas, y porque el nombre de Cimadevilla, al cual habíamos asociado siempre la figura de un gran gijonés, de un gran español, me hace confiar en que pronto se alzarán un «Grupo Escolar Jove-llanos» en el barrio de Pescadores.

— A las seis en Cabrales — me habían dicho los maestros. Si hubiera ido directamente a la escuela graduada de Cabrales, no conocería la escuela del Pósito. La impresión habría sido agradable. Doña Asunción Pardo tiene tanto fervor y trabaja con tal entusiasmo, que todo se transforma y se mejora ante su optimismo. Allí está, seguramente, lo mejor de Gijón. Buenas clases, buenos maestros y maestras. Pero, en general, el estado de las escuelas en todo el Concejo revela el descuido de estos últimos años. Hace treinta, el Ayuntamiento trabajó mucho en pueblos y aldeas. No las conservó. Ahora vuelve a arreglar un poco; pero dentro de Gijón no hace nada. Falta valor para acometer la gran obra. Tiene edificios alquilados, alguno de

ellos regio, como la escuela graduada del Arenal, en el local de la Feria de Muestras. Pero en estas mismas escuelas hay cincuenta niños inscritos esperando turno. En Santa Doradia y en todas las del centro de Gijón ocurre igual. La ciudad crece. La organización escolar sigue a la medida de 1885. Necesita un impulso tan grande como el de esa fecha; y ya que el Instituto Jovellanos se lleva la mejor parte del capítulo de enseñanza en el presupuesto municipal, los gijoneses deberán arbitrar medios extraordinarios para sus escuelas.

XII

EN LA REGIÓN MINERA SAMA DE LANGREO

DE Gijón a Langreo, cruzando una punta del partido de Siero, camina el tren, sin prisa, por los montes y valles más asturianos de Asturias. Cae, además, esa lluvia lenta que refresca las mañanas de Abril y suaviza el paisaje, dándole limpidez y perspectiva. En los prados lucen infinitas variedades del verde esmeralda. Todo el monte se enciende con el oro viciado del árgoma y toda la pradería con el amarillo escandaloso de la flor de alfalfa. Más hórreos, más paneras, más facinas. . . Es decir, nuevos tipos de esta graciosa célula rural que se llama la quintana. Crecen, espigados y lozanos, grandes eucaliptos en esta tierra blanda, traspasada de humedad y neblina. La tierra, que sólo se ve cuando está arada y van descubriéndola los surcos, blanquea en las sendas, como la raya de los cabellos de una moza. Bellas mujeres la trabajan. Llegan, incluso a los oficios más penosos. Parece que Asturias acaba de abandonar su lecho de hojas de roble, y descotado el pecho, desnudos los brazos, inicia alegremente las faenas del día.

Por Sotiello y San Pedro todas las aldeanas traen sus vasijas de leche. Comprendemos ahora

que cada prado, grande como un pañuelo, tiene una familia que lo cuida y una vaca que lo despunta. Y vemos hasta dónde llega la fuerza de esta naturaleza, donde los palos del telégrafo parece que van a echar brotes como la vara de San Gundián. Ya en la estación de Vega empieza a cubrirse el suelo de polvo de carbón. Entramos en la zona minera. Humo espeso, grandes tinglados de hierro, maquinaria y, sobre todo, niebla. Son ya las nueve y todas las luces están encendidas.

La llegada a Sama de Langreo es sorprendente. Un paseo espléndido, ciudadano, con jardines bien cuidados, macizos de flores y estatuas, a orillas del Nalón, da idea de lo que ha llegado a ser esta villa industrial. Acaso se haya perturbado para siempre la paz de Laviana, según leímos en *La Aldea Perdida*; pero, a cambio de la paz, han venido otras cosas. Vivían en paz — hasta cierto punto — unos pocos, los privilegiados de esta Arcadia feliz; ahora hay vida para muchos millares de familias. El Concejo de Langreo tiene treinta y cinco mil habitantes. Enseñan en él treinta y ocho maestros nacionales. Como de esos treinta y ocho fueron pocos los que no acudieron a Sama al tener noticia de mi visita, acaso la gratitud influya en estas notas favorables; me limito a reproducirlas tal como las tomé. Entre ellos hay una gran mayoría de maestros competentes y entusiastas. Pero el número de alumnos les ahoga. El problema de Langreo es un problema de crecimiento de población.

Estos pueblos creados, enriquecidos y embellecidos por el azar de las explotaciones carboníferas, son como muchachos que necesitan ropas crecederas. En Sama hay unas buenas escuelas graduadas con tres grados y doscientos cuarenta alumnos,

Pero el censo escolar comprende quinientos niños y otras tantas niñas. La lista de aspirantes es interminable. Parece que estas cifras no tienen sino un frío valor estadístico; sin embargo, no es difícil darlas color de realidad. Centenares de muchachos vagan por el pueblo y rondan las minas. Hay entre esos niños sin escuela muchos hijos de viudas por accidentes del trabajo, y, en consecuencia, pobres. La necesidad y la libertad les lleva hasta las escombreras a coger carbón. Más de una vez no lo cargan de las escombreras, sino de los vagones. Y los guardas tienen orden de disparar. Niños de diez a doce años, heridos en esta lucha, cuyo peligro, sin duda, les atrae. ¿Se comprende ahora cuántas clases de problemas hay que resolver en la floreciente Sama de Langreo? Hasta el del agua; porque las minas han cegado casi todas las fuentes. Por eso las escuelas no tienen agua. Hay, además de las graduadas, otra de la Casa del Pueblo, un colegio de monjas y alguna escuela particular.

Partiendo de Sama, como centro de operaciones, visité La Felguera. Hay capitales de provincia menos importantes que esta nueva urbe industrial, metalúrgica. También tiene su graduada con tres secciones, del mismo tipo que las de Sama de Langreo, un poco anticuado; pero éstas y otras dos unitarias son insuficientes. Los Hermanos de la Doctrina Cristiana, patrocinados por la Duro Felguera, y las monjas de *Notre Dame*, educan también a niños y niñas de los obreros. Pero una población de diez mil habitantes necesita mayor número de escuelas nacionales.

Aquí he visto por primera vez en España, gracias a la iniciativa de maestros inteligentes, un principio de Museo Escolar de la Producción In-

ustrial. La escuela se dirigió a varias fábricas españolas pidiendo muestras y explicación gráfica de las industrias. A esta feliz idea respondieron muy pocas. La Papelera de Cegama envió en cartones, con método y arte verdaderamente instructivos, todo lo necesario para hacerse cargo del funcionamiento de la industria. Asimismo la fábrica de cartón de Prat de Llobregat, la fábrica de sedas artificiales de Valdenoceda (Burgos), la de ladrillos refractarios de La Felguera y otras, pero no muchas más. Valía la pena de extender esta idea a otros Centros de enseñanza, incluso a las Normales.

Crecen al mismo tiempo que los grandes Centros mineros y fabriles, pueblos, aldeas y caseríos. He visto en Ciaño un buen edificio escolar, mal cuidado, al que asisten unos setenta niños, y quedan muchos más esperando turno. En Barros, escuela nueva, donde el maestro, identificado con el país, tiene tanto de maestro como de hortelano. En Frieres (Riaño), una escolita pequeña, húmeda y triste, con las vigas carcomidas al aire. En la parroquia de Riaño van los niños a La Barraca, porque no hay quien dé un solar. Y en todos estos pueblos la mitad del censo escolar se queda en la calle.

Ocurre esto en comarca muy rica, donde, por tradición, no se descuidó nunca la enseñanza primaria, donde las organizaciones obreras son fuertes y hay Sociedades de cultura, como La Montera y el Ateneo Popular. En el salón de estas Sociedades, ante un público de obreros y maestros, en su mayoría, hablé del milagro realizado por la Caja de Previsión Social de Salamanca. Hay allí maestros como D. Joaquín y D. Gervasio Ramos, y hombres de iniciativa como el presidente del Ateneo, don Julián García Muñiz, capaces de tomar a su cargo

una acción de propaganda intensa. He visto que, después, un concejal de Sama, maestro nacional de esta villa, D. Arturo González Mata, ha presentado al Ayuntamiento una moción para crear nuevas escuelas y construir edificios, de acuerdo con el Instituto Nacional de Previsión. Siento la alegría de haber ayudado a iniciar un movimiento útil. En otros sitios quizá se perdería el impulso, pero Asturias no es un pueblo muerto, donde las gentes se cansen y se rindan ante el primer obstáculo.

XIII

OVIEDO: LA CIUDAD Y LOS PUEBLOS

NOSOTROS, que leímos de estudiantillos *La Regenta*, siempre veremos la vieja ciudad de Oviedo a través de *Clarín*. Pero, una vez aquí, resulta que Oviedo no es una vieja ciudad sino cuando queremos contarle las piedras a la catedral. Es una ciudad alegre, bajo la lluvia. A veces demasiado nueva. Desde *Clarín* acá se ha rejuvenecido, se ha hecho cosmopolita, y hasta la iglesita románica de Santullano ha pasado por la gran novedad de volver a su siglo x. Entre la *Vetusta*, de Leopoldo Alas, y la *Pilares*, de Ramón Pérez de Ayala, Oviedo se escurre, se yergue, se independiza, y, en suma, es la que vale más de las tres.

Hablo de Santullano, porque al llegar a Oviedo quise buscar una fundación de que me habían hablado, y que estará en otro Santullano de Asturias, pues en éste no hay fundación, ni siquiera escuela. De la visita al templo me distrajo el estampido de una descarga de fusilería, y luego el tableteo que a mí, acaso por falta de costumbre, me pareció de ametralladora. Allí está la Fábrica de Armas, en plena vida y en pleno trabajo, siguiendo las fluctuaciones de nuestra acción militar, que repercuten en Oviedo y en Trubia. No he

venido a visitar fábricas de fusiles y cañones, sino escuelas; pero debí acercarme a ver el increíble desarrollo de nuestras industrias de guerra. La extensión de los talleres, el número de obreros, la importancia de los trabajos, son mucho mayores de lo que nuestra incompetencia suponía. ¡Pero si en Madrid mismo nadie sabe todo lo que hay en esa vasta ciudad que se llama el Campamento de Carabanchell! Deberíamos saberlo, sin embargo. Todo es interesante, apenas nos alejamos cuatro pasos de la Puerta del Sol.

Dejo para otro viajero esos descubrimientos y vuelvo a las escuelas. Han venido a saludarme cinco maestros, y viendo sus clases puedo hacerme cargo de la situación en Oviedo: D. Pablo Miaja y D. Emilio Ruiz, de las graduadas de Fray Ceferino; D. Sandalio Martínez, de la de Fontán; D. Celestino García Ruiz, de la del Postigo; D. Baudilio Arce, de la de Altamira. Son menos de cincuenta maestros para seis mil niños. Casi todos bonísimos; personal probado. Junto a esos nombres que cito debería poner otros de maestros y maestras inmejorables. Pero su labor es agotadora. Tienen cinco escuelas graduadas, que antes fueron unitarias, amplias, pero de tipo atrasado, divididas por tabiques. Algunos edificios son de alquiler. Están repletos de alumnos, y ya no pueden ingresar más. Algunos niños llevan ya dos años de espera. Uno que solicitó entrada en Abril del 24 ocupa el número cincuenta. Muchas de las mejoras escolares son solamente epígrafes en la estadística. Hay cantina escolar, pero los muchachos no la quieren. ¿Por qué? ¿Será porque treinta y cinco céntimos dan poco de sí? ¿O porque es muy aleatoria la cifra de diez raciones por escuela?

Necesita, por lo tanto, Oviedo resolver su problema como cualquiera otra ciudad española, contando con que los «americanos» tienen predilección por aldeas y villas y no suelen cuidarse de proteger al fuerte. Debe advertirse que el descuido de las ciudades nunca es tan absoluto ni tan nocivo como el de las aldeas. En el ambiente de un gran pueblo como Oviedo hasta el aire trae las primeras letras y las primeras nociones. No creo fácil que ningún muchacho inteligente deje de instruirse, aunque sea con mayor esfuerzo de sus padres. Pero siquiera por estética y por vía de ejemplo, para justificar su tradición universitaria, Oviedo debe mejorar sus escuelas, completarlas y construir unas graduadas modelo. Con el inspector Sr. Onieva he visitado al rector de la Universidad, señor Galcerán, que en la Caja de Previsión Social, colaboradora del Instituto, tiene medios de favorecer un proyecto de ese género. El inspector jefe, don Macario Iglesias, de justo prestigio en toda Asturias, y otros hombres no menos entusiastas, apoyarían las primeras gestiones.

Pero conviene ver desde Oviedo, capital, toda la provincia. Junto al soberbio colegio de Colloto — quizá en el mismo pueblo — hay escuelitas humildísimas, y en muchos lugares ni siquiera eso. La población vive dispersa. Cada Concejo abarca muchos poblados, y las mil trescientas escuelas asturianas no bastan. Confiar en el dinero del «americano» parece poco digno, porque la obra debe hacerse entre todos. Los pueblos quieren instruirse, y en ocasiones la clausura — necesaria — de una escuela produce verdaderos conflictos.

Escuelas en el atrio de la iglesia, escuelas debajo del hórreo, quedan pocas. No están consentidas.

Hay lugares donde el maestro no puede vivir; otros donde sólo llegaron los labianos. Como la acción municipal ha de ser muy lenta, debe buscarse el medio de estimularla y favorecerla. El estudio de esta dificultad local, no sólo para Asturias, sino también para Galicia, León y otras regiones donde los Concejos funcionan de un modo semejante, debería suscitarse desde Oviedo; acaso organizando y convocando una asamblea de la Escuela Rural.

* * *

Aquí terminan estas notas de Asturias. Deberían llegar a Castropol y Ribadeo, por un lado, y a Llanes por la costa oriental. Cangas de Onís merecía también una visita. Queda para otra vez, aunque, en la intención, el trabajo útil a un pueblo es útil a todos. Y ahora creo justificadas unas palabras de gratitud a los diarios de Castilla, León y Asturias, a los de Madrid y a los de toda España, que me han proporcionado estos últimos meses la gran alegría de verlos cordiales, generosos conmigo, y entusiastas en una causa noble. Temo olvidar muchos nombres; pero sería ingrato si omitiera los de Alberto Insúa — que a principios de Enero vió todo el desarrollo de esta campaña —, Roberto Castrovido, Luis de Zulueta, Gómez de Baquero, Alvaro de Albornoz, Luis de Hoyos, Chaves, Luis de Santullano, Sánchez Rojas, Marcelino Domingo, Antonio Dubois. . . Al emprender otro viaje, algunos amigos me preguntan: «¿Hasta dónde llegará usted?» España es muy grande; pero estos trabajos terminarán a la menor señal de cansancio de los lectores, que, hasta ahora, los han acogido bondadosamente.

ANTEPROYECTO

PARA UNA SOCIEDAD DE AMIGOS
DE LA ESCUELA

LOS FINES

ANTES de apelar a la escuelita de Zarzalejo — escenario del drama sórdido en que ha sucumbido oscuramente una pobre maestra —, ofreciendo su caso como argumento de excesiva fuerza patética, no será inoportuno trazar las líneas del anteproyecto para una posible Sociedad de Amigos de la Escuela. Hemos visto ya demasiado. Quizá le sobren al lector hechos y datos después de tantos artículos. Y como lo personal estorba cuando se convoca para cualquier acción colectiva, reduciré todo lo posible mis explicaciones y mis excusas por el insólito espectáculo que viene ofreciéndoles un escritor obstinado en el mismo plan durante tantos meses seguidos. Así como mi gratitud a *El Sol* por haberle soportado hasta llegar a este momento en que parece proponer algo práctico.

Porque la situación desoladora, trágica, de los pueblos que circundan Madrid no era un secreto para nadie. «Se mueve usted en la región de las verdades obvias» — parecían decirme con su silencio muchos compañeros —. Ellos saben tan bien como yo la pavorosa limitación espiritual de los lugarejos madrileños, y se dan cuenta de la impor-

tancia que tendría reforzar intensamente su instrucción y su educación comenzando desde la escuela. Y uno a quien estimo, quiero y respeto, porque su nombre no podrá hurtarse a la historia de la cultura española: José Ortega y Gasset, añadía afectuosamente esta prevención: «Temo que sea otro gran gesto inútil. Otro alarido más.» De muy lejos y de larga fecha viene ese temor. Ya sé que las raíces llegan al 98. Pero, en efecto, el aire tiene hoy para nosotros transparencia y temperatura polar. Esa misma frase de Amigos de la Escuela, con su sabor a enciclopedia, a peñafloridismo y a siglo XVIII, si nos parece arcaica es, justamente, por apoyarse en un sentimiento cordial. Encontramos en ella un falso tono cálido, y estamos seguros de que más fácil será reunir firmas para una Sociedad por acciones que para una Sociedad por afectos.

El caso es que la Sociedad de Amigos del País, apenas nacida, fué una Sociedad económica. Los vascongados injertaron en ella desde el primer día iniciativas nada sentimentales, como el estudio de las ciencias físicas y matemáticas; y a su poder de proselitismo quiero acogerme hoy recordando el buen ejemplo de una de sus hijuelas: la obra de D. Pablo Montesino, creador de la *Sociedad encargada de propagar y mejorar la educación del pueblo*. He de volver sobre este precedente, pues no escribo sólo para pedagogos y maestros, los cuales con oír el nombre, ilustre, comprenden toda la fuerza de su evocación. Montesino apeló antes a la sociedad que al Estado para fundar las primeras escuelas de párvulos que nacieron en Madrid gracias a la suscripción particular. El impulso lo dió una agrupación privada.

Una Sociedad de Amigos de la Escuela, creada

hoy en Madrid, debería realizar fines menos extensos, pero más profundos que los de Montesino en 1840. Cuando se constituya, podrán determinarlos quienes tengan competencia y autoridad para ello. Siempre quedará su misión reducida a disminuir el tiempo que por circunstancias fatales va prolongando demasiado el Estado español en la obra de elevar el nivel de cultura de los pueblos.

— ¿Por qué sorprenderse de la pobreza de nuestras escuelas rurales? — me preguntan personas conocedoras de la realidad —. Acéptelas usted como exponente de todo un estado social. Cuando los pueblos mejoren, mejorarán también las escuelas. El mal es conocido. Los remedios se hallan al alcance de cualquier traductor del inglés o del alemán y aun del francés. Llegado el momento, ya verá usted cómo no es preciso ningún esfuerzo particular ni colectivo. El nivel de la escuela subirá como el mercurio en el termómetro cuando nuestra cultura irradie más calor.

De la misma laya es el argumento contra las escuelas ricas y cómodas en pueblos pobres donde la vida es dura. Velando por los chicos, se les quiere impedir la felicidad de unas horas al día, para evitarles luego tristes comparaciones en su trabajo y en su casa. Se anticipan al dolor del *felice tempo* en la miseria. O, como dicen los ciegos mendicantes: «No hay mayor desgracia que el haber visto y no ver». Enseñarles toda una civilización bella, previsoras y magnífica a muchachos condenados a vivir entre riscos es, a juicio de algunos, hacerles doblemente infelices.

Aquí hay un error. Quizá un error político. «Quien añade ciencia, añade dolor.» Sí. Pero también añade poder. Y si el modesto aprendizaje de

las nociones escolares que caben en un cerebro de doce años, no va a darle a ningún muchacho la inquietud de Pascal, en cambio le proporciona armas útiles para vivir. Hasta para luchar con las inclemencias de la Sierra sirve una escuela bien entendida. Los maestros que instruyen a esos chicos deben saber cómo aprovechan regiones de clima semejante otros hombres de países más cultos y más prácticos. Y cuando el país sea absolutamente inhabitable, la escuela les enseñará a desalojarlo.

Parecen problemas ociosos y resueltos ya en todas partes los que dejo apuntados; pero hay aquí una tendencia muy curiosa a resucitarlos en la serie de cuestiones previas. Como lo del huevo y la gallina; es decir, si ha de ser antes la escuela o el maestro. Una Sociedad de Amigos de la Escuela comenzaría por tener fe en la escuela. Sabiendo cuál es la situación de los pueblos próximos a Madrid — puesto que sólo se trata de esta provincia y otros extenderán igual propósito a las demás —, se busca la escuela como órgano de cultura de un nivel superior. No basta la que corresponde al lugar; pues, por doloroso que sea confesarlo, muchas escuelitas rurales, mezquinas y mal regentadas, son lo mejor del pueblo. Desde la escuela cómoda, tibia, alegre, limpia, dirigida por maestros competentes y bien dotados, se quiere actuar, como un ejemplo, sobre la vida moral y material del pueblo. No es imposible la tarea. El Estado no llega a ese concepto casi agresivo que emplea como fuerzas de choque a los maestros, confiando en los alumnos como en el gran ejército del porvenir. No puede tampoco establecer preferencias y distinguir a la provincia de Madrid; antes ha sucedido lo contrario: que en diez años casi se ha limitado a proyec-

tar y apenas si hay dos o tres escuelitas construídas de nueva planta. Más de doscientos pueblos siguen el paso cansino a que se acostumbraron durante todo el siglo pasado, y aun los más ricos tienen descuidada la enseñanza primaria. El impulso no han de darlo ni los mismos Ayuntamientos ni el Estado, que caminan con velocidad adecuada a sus fuerzas. Ha de llegar desde Madrid. El instrumento de Madrid puede ser una Sociedad de Amigos de la Escuela.

Esta Sociedad, al amparo de la organización oficial, ha de construir nuevos edificios o cooperar a su construcción. Contribuirá a dotarlos de material. Mejorará el sueldo de los maestros. Pondrá sus elementos al servicio de la inspección. Organizará la escuela móvil y las bibliotecas. Será una ayuda constante y eficaz. Necesita para ello no sólo espíritu sino recursos. Si el capítulo de los fines es llano y sencillo, algo más difícil se ofrecerá el de los medios en esta época tan poco propicia a milagros como los que realizó D. Pablo Montesiño.

II

LOS MEDIOS

NUESTRA experiencia, heredada de algún escarmentado diablo tartesio, más sabio por viejo que por diablo, nos aconseja siempre ahuyentar esos dos fáciles y peligrosos camaradas: el Optimismo y el Arbitrismo. Contra ambos auxiliares, enemigos pagados, socios ilusos, aduladores y agradadores, tenemos ya la buena costumbre de ponernos en guardia. No nos dejamos engañar. Somos demasiado listos para forjarnos ilusiones acerca de ninguna cosa que cueste violencia o esfuerzo, sobre todo si el empuje hemos de darlo nosotros. Quien confíe en algún plan que exija la voluntad perseverante de más de tres personas pecará de optimista incorregible. Quien imagine medios para llevar a cabo cualquier proyecto laudable de difícil realización incurrirá en el delito de arbitrismo. En general, será arbitrista todo español que sueñe planes no realizados. Nuestro diablo tartesio, que sabe leyes en verso, viejas de seis mil años, es capaz de escribir en la tumba de Joaquín Costa este epitafio: «Aquí yace el último arbitrista».

Sin embargo, para seguir adelante en la idea de una Sociedad de Amigos de la Escuela, soy opti-

mista y arbitrista. El optimismo no se adquiere. Entra en el número de aquellos dones que *Salamanca non prestat*. Al arbitrista lo calumnian. Se mueve entre imposibles. Tiene su panacea y viene a ser como el poseedor del bálsamo de Fierabrás. Pero quien se proponga hacer algo deberá soportar la sonrisa de suficiencia de los hombres cautos, los hábiles, los pisaquedito, para quienes el arbitristismo es locura siempre que no trate de arbitrar en beneficio suyo. De ellos, forzosamente, habrá que prescindir, sobre todo en los primeros momentos, iniciales, difíciles en cualquier empresa.

Una Sociedad de Amigos de la Escuela sólo podrá congrega a personas de buena fe que, conociendo la diversidad de obstáculos con que tropezará su acción, estén dispuestas a plantear un programa máximo, para obtener, por lo menos, el programa mínimo.

No queda un español — hablo de los que pueden ir siguiendo estas líneas — que no conozca bien la realidad. Es público el inconcebible atraso de nuestra instrucción primaria, y yo he querido convencerme de ello sin salir de la provincia. El comentario más frecuente a mis artículos sobre las escuelas pobres del cerco de Madrid es éste: «Eso ya lo sabíamos». Algunos, transigiendo con esa misma realidad, agregan: «Pero demasiado se hace. Los Ayuntamientos no pueden con sus cargas». Otros, por último, sienten la más absoluta indiferencia por la escuela «de primeras letras» y creen que a la nación sólo interesan los muchachos de doce a catorce años, al llegar, por un lado, al Instituto, camino de las Universidades y de las carreras especiales; por otro, a los talleres y Escuelas de Artes, Industrias y Oficios, camino de otras ense-

ñanzas técnicas no menos necesarias. Nosotros creemos que la Escuela primaria debe dar instrucción y educación elemental *a los niños que no pueden tener otra*. Nuestra doctrina es democrática. Piensa en el pueblo. En el mayor número. De ese mayor número saldrá luego mayor y mejor aristocracia; porque si en la economía agraria no suele darse el caso de tierras fértiles sin cultivo, aquí hay enorme masa de gentes iletradas cuya capacidad de cultura es para nosotros un misterio y para ellas mismas una tragedia. Un pueblo europeo del siglo XX no tiene derecho a dejar entregado al azar del nacimiento o a la protección del destino, que es ciego, la preparación de millones de inteligencias. Perderlas significa para el pueblo un despilfarro estúpido, una prueba de impotencia más grave que dejar correr los ríos sin utilizarlos en riegos y saltos de agua. Despilfarro y prodigalidad criminales, con millones de víctimas en cada generación, y con las agravantes de llevar el esfuerzo a otros fines menos precisos y renegar de la eficacia de la escuela, así como de la virtud de la cultura, viviendo en pecado perpetuo y contumaz contra el Espíritu Santo.

Es público que las escuelas están mal y que su enseñanza es insuficiente. Es de dominio público también la imposibilidad en que se halla el Estado de lograr una gran ofensiva a fondo contra la incultura, y mucho más localizándola, porque su misión es general, y parecería inaceptable cualquier criterio de preferencia. Una Sociedad de Amigos de la Escuela debería reunir los esfuerzos de todas las personas que coinciden en estos tres puntos: primero, en dar valor esencial a la instrucción primaria; segundo, en considerar demasiado lenta la obra

del Estado; tercero, en juzgar posible una acción social complementaria. He separado, por excepcional, el caso de la provincia de Madrid, sosteniendo que la gran ciudad debe acudir en auxilio de los pueblos incapaces de valerse a sí mismos. He limitado a esa zona nuestra jurisdicción, confiando en que las demás provincias organizarán Sociedades semejantes, sin hablar de la enseñanza primaria en la capital, porque este Ayuntamiento no necesita protección, y porque, a juzgar por las publicaciones municipales y por los comentarios de escritor tan competente como D. Luis Santullano, ha entrado ya en período de construcción y enmienda. He citado como ejemplo del poder de la asociación el de la Sociedad que fundó Montesino, *encargado de propagar y mejorar la educación del pueblo*. Ella dió el impulso para transformar *la amiga, las escuelas de amigas*, tal como las frecuentó de chico D. Luis de Góngora, en escuelas de párvulos. Montesino, progresista, emigrado en Londres, tenía fe en el esfuerzo personal y trajo a España la perseverancia de aquellos «hombres de energía y coraje» que salvan el siglo XIX británico. Toda labor es útil, cualquier momento es oportuno; al menos para recordar que nos queda mucho por hacer y para estimular el buen deseo de las instituciones oficiales.

III

UNA PARÁBOLA Y VARIAS NOTICIAS

PARÁBOLA DE LOS TRES CAZURROS. — Oí contar esta parábola cuando yo era chico en un lugar de la Sagra toledana que le dicen Carranque — *Guad-Arrank* en lengua de moros —. Me parece que los guadarranqueños no le llamaban a esto parábola, ni siquiera cuento, sino, lisa y llanamente, un sucedido. Por no separarme todavía más del habla vulgar, pongo «los tres cazurros» donde pensé poner «los tres pesimistas». Y eran estos tres cazurros labradores pobres que apenas si sembraban entre todos un celemin de trigo. Tan ruines y miserables iban quedando ya, que un día, reunidos en la taberna, firmaron los tres, con una cruz cada uno, ante el secretario y el sacristán, una apuesta seria: a ver quién trabajaba más y quién tenía mejor cosecha en el Agosto del año que viene. Eran estos tres cazurros, para que se sepa, Celedonio el de Batres, el tío Migas y Perdiñé.

— ¡*Aguáte, aguáte!* — se decían unos a otros —; ¡en Agosto verás!

Todo el invierno y toda la primavera se lo pasaron compadeciéndose mutuamente; y sólo tenía su secreto el secretario.

— ¿Usted qué hace, tío Migas?

— Mientras los demás duermen, yo no le dejo al trigo en paz. Muy callandito, allá me voy, y tiro de los tallos *pa* que crezcan.

— No lo digas a nadie — esta confidencia era de Celedonio el de Batres —: mientras ellos duermen, yo aprendo todas las oraciones que sabe la tía Pachica. ¡Y que trabaje San Isidro!

— Pues yo — habla ahora Perdiñé — ni siquiera he sembrado; pero la apuesta es para mí.

— ¿Por qué?

— Porque guardo el grano, y, además, todas las mañanas me voy a patear el sembrado de éstos.

Celedonio el de Batres, el tío Migas y Perdiñé quedaron empatados aquel Agosto; pero desde entonces tienen derecho a decir, como dicen, que si la tierra es mala, y la gente peor, y Dios no ayuda, cuanto más siembres más pierdes, y cuanto más trabajos más te ahogas.

Esta es la parábola de los tres cazurros.

CARTAS Y PERIÓDICOS. — Por fortuna, ya los conocemos. Son tipos populares cuyo espíritu no dejará de mandarnos y desviarnos del buen camino cuando nos vean intentar cualquier empresa. Pero cada vez estamos más prevenidos contra ellos. Apenas iniciada esta serie de artículos sobre las escuelas de la provincia de Madrid, puedo hacer un resumen por el estilo del que harían los tres cazurros de *Guad-Arrank*. He hablado con simpatía de la escuela de Parla, y aquel Municipio no ha demostrado el menor interés. En Alcobendas sólo les preocupó desmentir que el local, insuficiente, fuera un encerradero. La escuela del barrio de la Legión y el barrio en que se halla emplazada le parecen

muy bien al alcalde, y no comprende otra opinión que no venga de un enemigo. En Fuenlabrada nos detienen a Luis García Bilbao y a mí, por complot contra el orden social y reunión clandestina con un maestro. La autoridad vela por el bien público, y aunque se equivoque, no lo confesará. . . Todo eso es verdad. Pero todo eso es muy natural y muy razonable, porque si esas cosas no ocurrieran, faltaría fuerza a la propaganda que inicio desde aquí; no habría motivos para hablar del cerco de Madrid si con unos cuantos artículos los doscientos lugares hubieran construido doscientas escuelas y la provincia hubiera hecho desaparecer su 44,92 por 100 de analfabetos. (Vaya, entre paréntesis, la insinuación de que el alfabeto no es bastante, y hay muchos analfabetos que saben leer y escribir). Si esos lugares no fueran como son, ya estarían conquistados. Y, sin embargo, acabarán por entregarse con un poco de perseverancia. Yo, que los conozco, sé que allí estarán pronto nuestros mejores amigos.

La sorpresa para cuantos hayan seguido con alguna curiosidad esta exposición de motivos, no había de ser, por consiguiente, que tropezáramos con resistencias. Lo sorprendente es descubrir que no hay tal atonía de la opinión; que el público se interesa por temas nobles. Y, sobre todo, lo que a muchos parecerá nuevo: que los maestros buenos son innumerables y demuestran un entusiasmo por su misión, una fe y un deseo de ser comprendidos realmente conmovedor para quien entabla con ellos, ahora por primera vez, una relación de cordialidad y de simpatía. Por si eso fuera poco — sépanlo todos los cazurros —, la idea no era nueva. La protección social a las escuelas se había iniciado ya. Muchas pequeñas células estaban traba-

jando discretamente, sin ruido. Lo que hacemos ahora, por lo tanto, no será sino continuar y dar publicidad a un pensamiento común.

La primera carta que recibí dando cuenta de estos trabajos era de D. Daniel Ranz Lafuente, director de la Escuela graduada de niños de Ateca (Zaragoza). He de publicarla íntegra, con otras del mismo género. Pero hoy conviene recoger, como información de interés público, sus noticias. En Ateca se fundó, por su iniciativa, la Asociación Circum-Escolar.

Anteriores en fecha de fundación son otras agrupaciones de que hablaré luego; pero debo recoger con mención especial una carta del catedrático de Valladolid D. José López Tomás, que con sensibilidad fina para no considerar soportable el espectáculo de nuestras escuelas, formó hace cuatro años el proyecto de constituir una Sociedad para mejorarlas, la constituyó en seguida.

Y otros han empezado ya, con fortuna; por ejemplo: D. Antonio Ballesteros, inspector de primera enseñanza, fundador con otros maestros, igualmente entusiastas, de las Sociedades de Amigos de la Escuela segovianas. Pero esto, así como la cumplida respuesta a mi buen amigo D. Luis Santullano, que piensa en Madrid y ve, con indiscutible acierto, la conveniencia de localizar la protección social a las escuelas, merece capítulo aparte.

IV

UNA PARÁBOLA Y VARIAS CARTAS

PARÁBOLA DE LOS TRES CONFORMISTAS. — Es muy corta y muy fácil de interpretar, amigos míos, la parábola de los tres conformistas. Este era un indiano de las Indias reacias que volvió a su pueblecito de la Sierra sin dinero. Con idea de emprender otro viaje más venturoso, se le fueron pasando los meses, los años, y nunca se decidió a partir. Pero vivía más en las Indias ricas que en la Sierra, gracias al poder de su imaginación. Una mañana, al levantarse, notó cierta extraña molestia en el cuello y otros síntomas que aquel pueblo conocía muy bien. Era el bocio. Un indiano con bocio; un hombre ya redimido, que ha visto el mundo, ha cruzado los mares, ha dormido bajo el signo de otras estrellas, ¡con bocio! Hizo venir un médico.

— ¡Por lo que usted más quiera — le dijo —, sálveme! Yo puedo morir de la enfermedad que usted elija; pero del bocio, no. Y vivir con bocio, como mis paisanos cretinos, no lo sabría resistir.

— Es el agua nieve, demasiado pura, según parece — le dijo el mediquito —. Es la montaña. Debería usted salir de aquí.

— Sí. Debería salir, y, mejor aún, debería no

haber vuelto. Ni el agua, ni el suelo, ni el cielo, doctor; es la tristeza de verme pobre, entre gentes tan pobres. Es la pena que me da verme rodeado de tanta miseria, cuando fuera de aquí el mundo es tan hermoso. Pero, ¡qué quiere usted! Esta es mi suerte, y debo conformarme con ella.

Así, pues, se quedó el indiano. «¡Viva la gallina, y viva con su pepital!» Se quedó allí, tuvo hijos; y años más tarde, fué uno de estos hijos quien necesitó los auxilios del médico. No sólo él, sino toda la descendencia, estaba alcanzada del mismo mal. Como el mediquito se había hecho hombre y había estudiado mucho, no habló de causas, sino que dió un plan.

— Pide usted demasiado — interrumpió el hijo del indiano — . Quiere usted revolver esto de arriba abajo, como si no hubiese bocios más que en esta Sierra. Así como así, toda la vida los hemos tenido, ¡y tan conformes!

Llegó el mediquito a ser un sabio, y descubrió nada menos que la curación del terrible mal de la montaña. Por agradecimiento al pueblo en que lo había estudiado por vez primera quiso el buen viejo visitarlo. Se había corrido la voz y lo esperaban a la entrada el alcalde, el secretario y el sacristán. Los tres primeros bocios del pueblo. El alcalde, nieto del indiano, se adelantó resueltamente y le dijo:

— Hará el favor de retirarse, señor doctor. Sabemos a lo que viene, y no lo necesitamos para nada. ¡Respete usted el bocio de nuestros mayores!

PARA D. LUIS SANTULLANO. — Yo quería convencer a todos de la razón del método propuesto para llevar a los pueblos pobres de la provincia de Madrid la acción eficaz de una gran ciudad. Es

que desconfío de su acción propia. ¿Cómo lo diría yo de manera que no fuese preciso repetir la anterior parábola? Ofrecí, en otro artículo, recoger una cuestión de procedimiento — muy importante — expuesta en *El Imparcial* por D. Luis Santullano, escritor de gran competencia en asuntos pedagógicos, que conoce a fondo el estado de la instrucción primaria en Madrid y su provincia. Advertiré de pasada, una vez más, que yo no lo conozco a fondo. «Lo que usted ha visto no es nada o casi nada», me dicen muchos profesionales. «¡Si usted supiera!» Eso quiero: saber. Pienso enterarme poco a poco, y, mientras pueda, por observación directa. Al Sr. Santullano le interesa especialmente Madrid, la capital. Yo deseo reservarles esa campaña a él y a otros campeones no menos preparados. Mi propósito se limita a los pueblos, porque los veo tan solos, tan abandonados, que nadie piensa en ellos, ni siquiera ellos mismos.

¿Está ya convencido el Sr. Santullano de que el caso de los pueblos del cerco de Madrid es único en Europa? ¿Quiere una prueba más? Desde que publicó *El Sol* mi primer artículo sobre «Escuelitas rurales» ha ido interesándose en el tema un número cada vez mayor de corresponsales espontáneos. Comenzó, naturalmente, por escribir en nombre de la Asociación de Maestros Nacionales de Madrid, su presidente, el Sr. Rodríguez Espinosa. Digo «naturalmente», porque en Madrid y en los maestros es en quienes confío. Y comenzaron a llegar cartas de toda España, generalmente de maestros y maestras, de inspectores de escuelas, de letrados y profesores de Instituto, de Universidad y de Escuelas Normales; desde Granada a Lérida y desde Huelva a La Coruña. Cartas conmo-

vedoras; muchas de ellas impublicables, según mi concepto de la obligada modestia del escritor; otras que verán la luz en sección especial por expresar puntos de vista generales dignos de ser conocidos.

De un pueblo aragonés, por tradición muy culto, de Fonz (Huesca), donde nació Codera, el gran arabista, cerca de la patria de Costa, envían sus palabras de estímulo cuatro maestros: Consuelo Amerle, Carmen Benedicto, Luis Lleida, Antonio Tricas. De otros lugares apartados, que no he de citar hoy, vienen testimonios de que a los maestros y a los pueblos les interesa profundamente el propósito de crear una Sociedad de Amigos de la Escuela, y sobre todo les complace la posibilidad de remover la atención pública en toda España.

Pero, ¿y la provincia de Madrid? Son más de doscientos los pueblos de la provincia de Madrid. ¿Cuántos han respondido? Sépalo el Sr. Santullano. ¡Ninguno! ¿Cuántos maestros? ¡Uno! El de Móstoles: D. Gerardo Muñoz, a quien saludo desde aquí por su amable originalidad. ¡Un solo maestro y ningún pueblo! Yo sé que el Sr. Santullano no se sorprende, pues conoce bien el medio en que vive. La idea de que el cerco de Madrid está hecho de una tierra distinta del resto de España se impone sin necesidad de este ejemplo. En vista de ello, cualquiera se echaría atrás, ahorrando esfuerzo y diciendo: «Es inútil». Yo creo que debemos decir: «Es necesario».

Por lo tanto, el procedimiento no queda a nuestro arbitrio, sino que nos lo da la realidad. Es en Madrid donde debe crearse la Sociedad de Amigos de la Escuela, que favorezca la instrucción primaria de esos doscientos pueblos. En otras partes se podrá constituir la célula, tal como propone

el Sr. Santullano con el ejemplo de los pueblos segovianos, aconsejados por un inspector inteligente: D. Antonio Ballesteros, y de unos cuantos maestros igualmente entusiastas.

LA JUNTA CONSTITUTIVA. — En el mes de Mayo de 1926 quedó organizada en Madrid la Junta constitutiva de la Sociedad de *Amigos de la Escuela*. Presidente, D. Ramón Menéndez Pidal; Vicepresidente, D. Angel Ossorio y Gallardo; Secretarios, D. Luis Bello, D. Angel Galarza; Vocales, D. Luis de Zulueta, conde del Valle de Suchil, don Victoriano F. Ascarza, D. Tomás Navarro Tomás; Tesorero, D. Luis García Bilbao. Domicilio social: Plaza de Santa Ana, 4. — El porvenir que le está reservado a esta Sociedad de Amigos de la Escuela depende del ambiente que halle, primero en Madrid y luego en toda España.

Madrid, 1925-1926.

INDICE

Páginas.

Prólogo. 7

EL CERCO DE MADRID

I. — La Escuela de un Lugar	19
II. — Una Escuela en domingo	24
III. — La Escuela vieja de Parla y las nuevas de El Álamo	28
IV. — Sin olvidarnos de Navalcarnero	33
V. — Tres horas en Fuenlabrada	36
VI. — Antítesis. Otros dos lugares	41
VII. — De Lumpiaque a Vicálvaro	45
VIII. — Historia de una carretera.	49
IX. — Pedagogía del rayo de sol	54
X. — En el barrio de la Legión.	58
XI. — Lo que llegó a comprender D. Antonio Iniesta.	63
XII. — Corzos y niños en el Pardo	72
XIII. — El porquerillo que se malogró.	77

VIAJE A LA SIERRA

I. — Por el camino de Fuencarral	85
II. — Colmenar Viejo o la Fecundidad.	90
III. — Miraflores. Los dos enjambres de D. Jerónimo.	96
IV. — Noche en Torrelaguna	101
V. — Cruzamos el reino de los Patones	106

	Páginas.
VI. — De Patones a Lozoyuela, por El Berrueco . . .	111
VII. — Buitrago y sus tributarios.	116
VIII. — La batalla de Somosierra.	121

EL PREJUICIO CONTRA EL MAESTRO

I. — «La letra. con sangre entra»	127
II. — A doña Luz de la Fuente, maestra nacional en Cartagena	136
III. — La Escuela bárbara en las <i>Memorias</i> de D. Fe- derico Rubio	141

POR CASTILLA Y LEÓN

A D. Nicolás María de Urgoiti.	152
I. — Prólogo en el tren. Medina del Campo	153
II. — El gran ejemplo de Salamanca.	158
III. — Alba de Tormes, Peñarandilla; su Escuela y su <i>Santo</i>	163
IV. — A la Sierra de Candelario	168
V. — El enigma de Béjar	173
VI. — Miranda del Castañar	177
VII. — Cinco pueblos de tierra llana	182
VIII. — Descanso en Salamanca: La Ciudad y la Tierra.	188
IX. — Tierra de Zamora	193
X. — Ciudad de Zamora. Villa de Benavente.	198
XI. — Llegada a León. La provincia modelo.	204
XII. — Semblanza de una ciudad.	209
XIII. — A Villablino, por el río Luna	214
XIV. — Laceana de los Prados. Laceana de las Minas	219

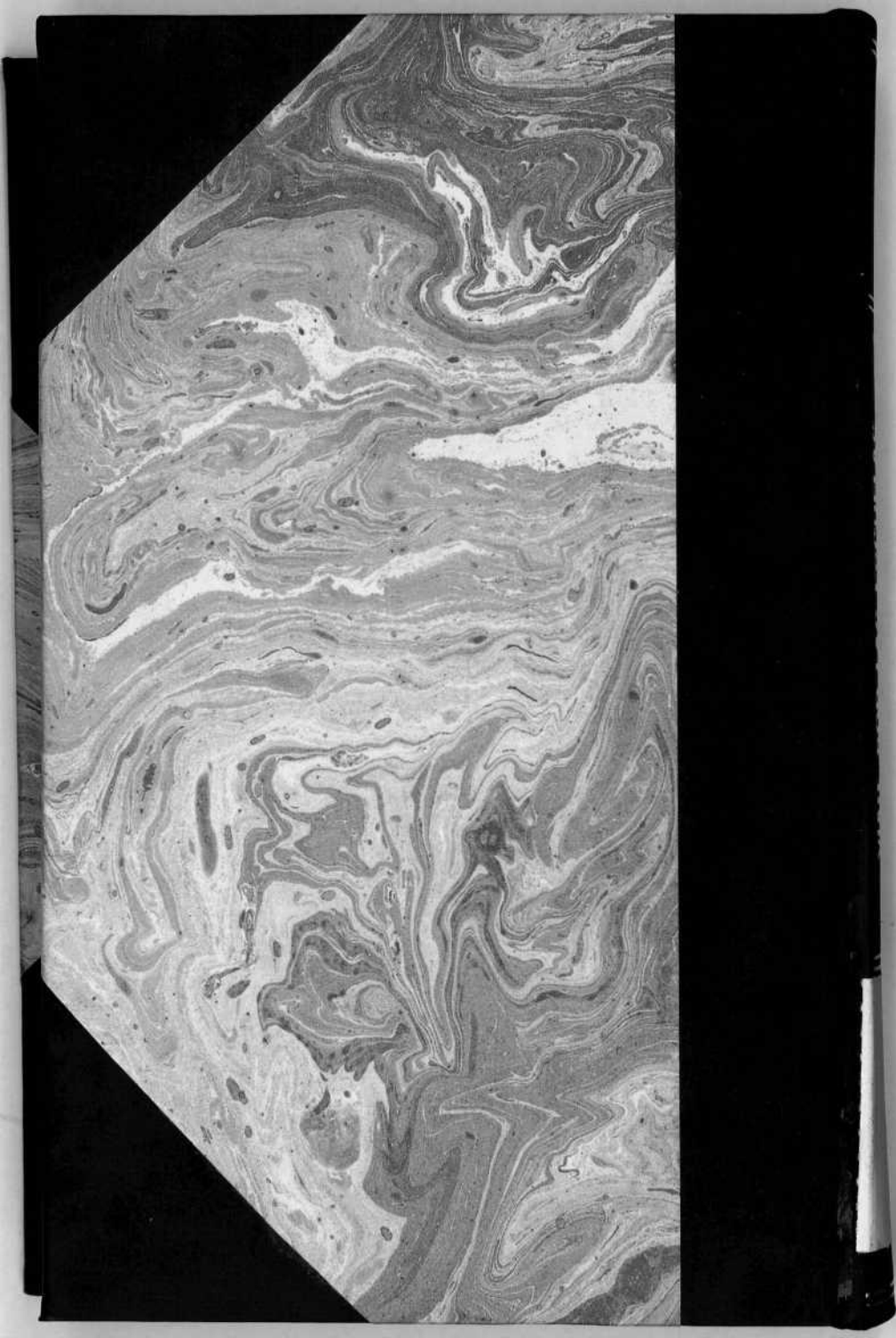
VIAJE POR ASTURIAS

I. — Leitaringos. Brañas de Arriba.	227
II. — Cangas de Tineo: La Feria de Maestros.	230
III. — La obra de los indianos	234

	Páginas.
IV. — En el Camino de Oviedo	245
V. — Grado y sus contornos: De la Universidad oventense a la cueva de Candamo	250
VI. — Entre todos lo sabemos todo	255
VII. — Candamo y su Cueva, Luarca	261
VIII. — El Concejo de Valdés. <i>Los Vaqueiros de alzada</i>	267
IX. — Evocación de D. Fortunato de Selgas.	271
X. — Elogio de Avilés.	275
XI. — Los maestros de Gijón	279
XII. — En la región minera. Sama de Langreo.	285
XIII. — Oviedo: La ciudad y los pueblos	290

ANTEPROYECTO PARA UNA SOCIEDAD DE AMIGOS DE LA ESCUELA

I. — Los fines.	297
II. — Los medios.	302
III. — Una parábola y varias noticias.	306
IV. — Una parábola y varias cartas	310



G 37966

VIAJE POR LAS ESCUELAS
DE ECUMENA